

1000

1000

D.

que vive en

COMPENDIO DE LA BIBLIA

ALBIS ALTO GONDOLA

BA 7697-2C

NA 556910

ANTIGUO TESTAMENTO

AD 1

AJUSTADO A LA VERSION DEL P. SCIO

POR

D. EDUARDO GONZÁLEZ PEDROSO

CDC
222

62N

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA



SEXTA EDICIÓN

MADRID

NUEVA LIBRERÍA DE SAN JOSÉ

Calle del Arenal, núm. 20.

1888

IMPRESA DE B. BARTUILLI Y GARCÍA
Calle de Trafalgar, 11.

AL LECTOR

Después de haber hecho una traducción de la *Biblia puesta en estampas* por el Sr. Presbítero Jorry, pareció al autor de estos renglones no haber correspondido con tan ligero trabajo á lo que exigían la importancia y belleza del asunto; y eligiendo por guía el mismo texto de las Santas Escrituras, formó el Compendio que ahora sale á luz.

En él subsisten, con leves alteraciones, algunos trozos de la obra del Sr. Jorry, y abundan los de la Vulgata, traducida por el P. Scio. Hanse consultado varias Historias que disfrutan merecido crédito. Al trasladar frases de las Santas Escrituras, se han modificado, cuando ha sido preciso, teniendo á la vista las versiones latinas y las notas del sabio traductor español arriba citado.

Ni los estrechos límites en que debía encerrarse el autor del presente Compendio, ni la insuficiencia de sus fuerzas, le permitían buscar la perfección que pueden tener obras de esta clase. Entiende, en efecto, que serán tanto más dignas de su admirable modelo, cuanto más á menudo le

recuerden, no sólo por el fondo, sino por la variedad y belleza de las formas, una vez cumplido su principal objeto, que consiste en adaptar al uso común los textos sagrados, conforme á las explicaciones de la Iglesia. Fuerza es, sin embargo, decir que, áun proponiéndose meramente presentar un apunte de los principales hechos del Antiguo Testamento, alguna vez ha querido el que esto escribe variar de estilo, según variaba el de las narraciones bíblicas. Pero como quien tan poco seguro estaba del acierto, ha procurado captarse por ménos difícil camino la atención de sus lectores; y para satisfacer, á vueltas del interés histórico, las tendencias religiosas y morales del católico pueblo español, ha concedido toda la amplitud posible á la exposición de las profecías y á la de aquellos episodios capaces de hacer admirar las maravillas de Dios, producir amor á la virtud y recrear el alma, excitando suaves sentimientos.

A ANTONIO



13 de Junio de 1858.

Sea, hijo mío, tu amado nombre al frente de estas páginas, primer testimonio de la temprana inquietud que inspiras á tus padres, palabra que empeñe tu fe para con Dios y voz que suene siempre en tu oído, si llegas á la edad de la razón, alentándote á sufrir las pruebas de la vida, en memoria de la angelical hermosura con que hoy resplandece tu alma.

GENERAL A

1841

The first part of the book is devoted to a general
account of the history of the country, and to a
description of the various tribes and nations
which inhabit it. The second part contains
a detailed account of the manners and customs
of the people, and of the various arts and
sciences which they possess. The third part
is a description of the natural history of the
country, and of the various animals and plants
which are found in it. The fourth part
contains a description of the various
minerals and metals which are found in the
country, and of the various arts and
sciences which are practiced in it.

COMPENDIO
DEL
ANTIGUO TESTAMENTO

ÉPOCA PRIMERA

Desde la creación hasta el diluvio.

(COMPRENDE UN PERIODO DE 1656 AÑOS)

CAPÍTULO PRIMERO

LA CREACIÓN

I. *Creación del mundo.*—II. *Adán y Eva.*

I. Dios, eterno y soberano Sér en quien residen la Omnipotencia, la suma Bondad y la Sabiduría infinita, sacó el universo de la nada, ántes que comenzara el orden de los tiempos. Pero al principio faltaban á la materia formas y vida; yacía inerte la tierra en el seno de las aguas; y, en medio de impenetrable lóbreguez, agitábase impetuosamente el viento sobre la haz de aquel abismo.

Dijo Dios: «Sea hecha la luz»; y fué hecha la luz. Y separándola el Señor de las tinieblas, llamó á la una *Día* y á las otras *Noche*. Tal fué el primer día de la Creación (1).

Dijo también: «Sea hecho el firmamento en medio de las aguas»; es á saber, entre las aguas inferiores y las nubes. Y, cumplido este soberano mandato, puso Dios al firmamento el nombre de *Cielo*, habiendo empleado en crearlo el segundo día.

En el tercero dijo el Señor: «Júntense las aguas que están debajo del cielo, en un lugar, y descúbrase lo seco». Por efecto de esta separación, el elemento seco adquirió solidez y se hizo habitable, siendo llamado *Tierra*; mientras que las reuniones de las aguas recibían el nombre de *Mares*. Dijo asimismo Dios: «Produzca la tierra yerbas verdes, que hagan simiente, y árboles frutales, que den fruto, según su género, y simiente para reproducirse»; á cuyas palabras se vistió la tierra de verdor, engalanándose con admirable muchedumbre de flores, yerbas y árboles frondosos, que la convirtieron en una mansión de deleites.

En el principio del cuarto día puso el Señor dos grandes lumbreras en medio del firmamento: la lumbrera mayor, para que presidiese al día, con el nombre de *Sol*; y la menor, llamada *Luna*,

(1) Los días de la Creación, según los expositores sagrados, son periodos de tiempo, cuyas dimensiones no podemos conocer.

para que presidiese á la noche; debiendo además servir entrambas para señalar con sus revoluciones la división natural del tiempo. Despues repartió innumerables estrellas por la bóveda celeste, á fin de que la hermoseasen y mediaran, juntamente con la luna, entre la luz y las tinieblas.

El quinto día comenzaron á existir los primeros seres vivientes. Habiendo ordenado el Señor á las aguas que produjesen peces y aves, los unos poblaron la dilatada extensión del mar, y las otras volaron libremente por la atmósfera en todas direcciones. Bendijoles Dios con estas palabras: «Creced y multiplicaos, y henchid las aguas de los mares; y las aves multipliquense sobre la tierra».

Dijo, en fin, el sexto día: «Produzca la tierra ánima viviente en su género; bestias y reptiles y animales, según sus especies». Y la tierra, sumisa á esta voz creadora, engendró toda clase de animales domésticos, de fieras y de reptiles.

Entonces apareció animado el mundo entero, y Cielo y Tierra comenzaron á publicar con acentos elocuentes la sabiduría, la omnipotencia y la bondad de su Soberano Autor.

II. Cual si reconcentrara su pensamiento para más grande obra, dijo el Señor aquel mismo día: «*Hagamos* al hombre á nuestra imagen y semejanza; y tenga dominio sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se mueve en ella». Crió, pues, al hombre

de la manera siguiente: formó su cuerpo del barro terrenal; inspiróle en su rostro un soplo de vida, y le dió un alma dotada de razón é inmortalidad, capaz de conocerle, de servirle y de amarle, que es el fin para que todos los hombres existen.

Luego que le hubo sacado así de la nada, dióle por nombre Adán, y le puso en un jardin de deleites, llamado Edén ó Paraiso terrenal, para que lo labrase y guardase. Porque el hombre nació destinado al trabajo; bien que, en el estado de la inocencia, no era doloroso el cumplimiento de aquel deber; ántes al contrario, proporcionaba á nuestros padres la purisima satisfacción de multiplicar los productos de la tierra, y de admirar diariamente en cada uno de ellos la bondad incomparable de su Soberano Hacedor.

Usando del don de la palabra (otro beneficio de la Providencia), llamó Adán por sus nombres á todos los peces del mar y á todas las aves del cielo, y á todas las bestias de la tierra; pero como entre tantos seres animados no habia ninguno que se le pareciese, dijo el Todopoderoso: «No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle ayuda semejante á él». Para esto sumergió á Adán en un profundo sueño, y, sin causarle daño, tomó una de sus costillas, de la que formó un cuerpo de mujer, dotándole con un alma igual en privilegios y en gracias á la del varón. Absorto Adán al contemplar aquella nueva criatura, exclamó: «¡Este es el hueso de mis huesos y la carne de mi carne! Por lo cual dejará el hombre á

su padre y á su madre, y se unirá á su mujer, y serán dos en una carne» (1).

De esta manera quedó concluida la obra de la Creación. Fueron, pues, acabados cielos y tierra, y *todo el ornamento de ellos*, en seis dias. En el séptimo descansó el Sumo Hacedor, bendiciéndole y ordenando que se le consagrara particularmente; porque en él reposó de toda su obra, ó, lo que es lo mismo, cesó de producir nuevas criaturas.

CAPÍTULO II

DEGRADACIÓN DEL HOMBRE.—PRIMER ANUNCIO DEL MESÍAS.—EL PATRIARCA NOÉ.

I. *Caida y castigo del hombre.*—II. *Cain y Abel.* (Año del mundo, 128; ántes de J. C., 3876.)—III. *Corrupción del género humano.*—*Primera revelación del diluvio.*—*El Arca de Noé.* (Año del mundo, 1536; ántes de J. C., 2468.)

I. Recién salidos de manos de su Criador, vivian el hombre y la mujer dichosos, justos é inmortales, llena la mente de inteligencia, de amor divino el corazón, y de gracias el cuerpo; y aunque ambos estaban desnudos, su completa ignorancia del pecado no les permitía avergonzarse por ello. Mas no fué duradera tanta felicidad.

(1) En Adán fué prefigurado Jesucristo, de la propia manera que en Eva la Iglesia. Eva salió del seno de Adán durante el sueño de éste en el jardín de las delicias, así como la Iglesia salió del seno alanceado de Jesucristo, cuando dormía sobre la cruz el sueño de la muerte.

En medio del jardín de deleites habia dos misteriosos árboles, llamado el uno *árbol de vida*, y el otro *árbol de ciencia de bien y de mal*; con los cuales quiso el Señor probar la obediencia de sus dos criaturas privilegiadas, á fin de que pudiesen merecer; y así dijo á Adán: «Comerás de todo árbol del Paraíso; mas del árbol de ciencia de bien y de mal, no comas; porque en cualquier día que lo hicieres, morirás irremisiblemente».

Mas al sacar de la nada los cielos y la tierra, habia también criado el Todopoderoso á los Angeles, espíritus puros é incorpóreos, los cuales gozaban de una felicidad mayor todavía que la del hombre, y podían hacerla eterna conservándose fieles á su Criador. Con todo eso, muchos de ellos, ciegos de soberbia, se rebelaron contra su poder; y, ¡oh lastimoso efecto del pecado! en aquel mismo instante perdieron todas las admirables cualidades que los distinguían, comenzando á arrastrar una existencia aborrecible y dañina, en vez de la venturosa que habian perdido. El ángel impuro que habia acaudillado á estos rebeldes, y que por haber sido el más soberbio de todos, fué también el más severamente castigado; envidioso ahora de la raza humana, y ambicionando hacerla cómplice de su rebelión, se transfiguró en serpiente, y dijo á la mujer: «¿Por qué os mandó Dios que no comiéseis de todo árbol del Paraíso?» A lo cual respondió ella: «De la fruta de los árboles que hay en el Paraíso comemos; mas de la fruta del árbol que está en medio del Paraíso nos mandó Dios que no co-

miéramos, y que no lo tocáramos, porque no muramos». «De ninguna manera moriréis (replicó la serpiente); pero sabe Dios que en cualquier día que comiereis de ese árbol, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal».

Tentadoras eran las palabras del maléfico espíritu; el fruto, agradable á los ojos, aún prometía serlo más al paladar. La mujer comió de él, y dió á su marido, que también comió. Esta entrada tuvo el pecado en el mundo, acompañándole la pérdida de la gracia divina, los males todos de la vida humana, y la muerte por último, que son su inevitable consecuencia y su justo castigo.

Abriéronse, en efecto, desde aquel instante los ojos de entrambos delincuentes, mas no de la manera que habían apetecido; porque el espectáculo de su desnudez les ruborizó en términos tales, que hubieron de cubrirla uniendo hojas de higuera y formándose con ellas anchos ceñidores.

La voz del Señor, que resonó en el Paraíso, hizoles huir precipitados á ocultarse entre los árboles. «¿En dónde estás?» decía Dios á Adán atormentándole en su fuga; el cual respondió amedrentado: «Oí tu voz en el Paraíso y tuve temor, porque estaba desnudo, y escondíme». «¿Y quién te ha dicho que estabas desnudo (repuso el Omnipotente), sino el haber comido del árbol de que te mandé que no comieras?» «La mujer que me diste por compañera me dió del árbol, y co-

mí». «¿Por qué has hecho esto?» preguntó el Señor á la mujer; y respondió ella: «La serpiente me engañó, y comí». Dirigiéndose entonces á la serpiente, dijo el Sumo Hacedor: «Por cuanto has hecho esto, maldita eres entre todos los animales de la tierra. *Enemistades pondré entre tí y la mujer, y entre tu linaje y su linaje*: ella quebrantará tu cabeza por medio DEL QUE HA DE NACER DE SU SENO, y tú pondrás asechanzas á su calcañar». Dijo asimismo á la mujer: «Con dolor parirás los hijos, y estarás bajo la potestad de tu marido, y él tendrá dominio sobre tí». Y últimamente pronunció contra el hombre esta sentencia: «Por cuanto oíste la voz de tu mujer y comiste del árbol de que te había mandado que no comieras, maldita será la tierra; espinas y abrojos te producirá, y con el sudor de tu rostro comerás el pan de ella, todos los días de tu vida, hasta que vuelvas á la tierra de que fuiste tomado; porque polvo eres, y en polvo te convertirás».

Tras esto dió el Señor á Adán y á su mujer unas túnicas de pieles, echándolos del Paraíso del deleite, á cuya puerta puso querubines armados de espadas, que arrojaban llamas, á fin de que guardasen el camino del árbol de la vida.

II. Adán llamó *Eva* á su mujer, porque era madre de todos los vivientes; y sujetos entrambos desde entonces al trabajo y á los dolores, expiaron sus culpas con actos sinceros de arrepentimiento y penitencia, que duraron lo que su vida.

Tiempo después del primer pecado, Eva concibió y parió un hijo, á quien puso por nombre Cain, diciendo: «He adquirido un hombre por Dios». Más adelante dió á luz otro varón, llamado Abel. Este fué pastor de ovejas, y Cain labrador. Imitando uno y otro los ejemplos de su padre, tributaban adoración al Sér Supremo, presentándole en ofrenda parte de los bienes que de su bondad recibían.

Una vez, entre muchas, ofreció Cain á Dios porción escogida de los frutos de la tierra, y Abel hizo lo propio de los primogénitos de su ganado; pero el Señor, que penetra hasta el fondo de nuestros corazones, dió á conocer claramente á Abel que acogía benigno sus piadosos presentes, al mismo tiempo que desdeñaba los de Cain cual vana ceremonia. Al advertirlo este último, ensañóse contra su hermano de tal suerte, que el furor y la envidia trastornaron completamente su rostro, dando lugar á que le dijera el Soberano Juez: «¿Por qué te has ensañado, y por qué ha decaído tu semblante? ¿No es cierto que, si bien hicieres, serás recompensado, y si ma^l, estará luego el pecado á tus puertas para devorarte? Mas con tu mano puedes refrenar tu apetito, si verdaderamente desearas enseñorearte de él».

Tan paternas advertencias no labraron efecto alguno provechoso en el corazón endurecido de Cain; ántes al contrario, impulsado por el odio, que siempre pierde á quien le presta oídos, dijo aquel perverso á su hermano: «Salgamos fuera»;

y habiéndole llevado al campo, arrojóse sobre él, y dióle muerte (1).

En aquella hora llamó Dios al asesino, preguntándole: «¿Dónde está tu hermano Abel?» «No lo sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?» respondió Cain con insolencia. Pero el Señor respondió: «¿Qué has hecho, infeliz? La voz de la sangre de tu hermano clama á mí desde la tierra. Maldito serás sobre la tierra, que abrió su boca y recibió la sangre de tu hermano vertida por ti. Cuando la labrares, no te dará frutos, y fugitivo serás sobre toda ella». Cediendo más bien al espanto que al arrepentimiento, exclamó Cain al oír tales palabras: «¡Mi iniquidad es muy grande para merecer perdón! Me esconderé de tu presencia, y seré vagabundo y fugitivo en la tierra; por lo cual todo el que me llamare, me matará». «No será así, dijo el Señor; ántes bien, todo el que matare á Cain, siete veces será castigado». Y púsole una señal para que cuantos le hallaran le dejasen vivir; con lo que, destrozado por sus remordimientos, abandonó Cain aquellos sitios, que incesantemente le recordaban su crimen, y se trasladó con su familia á tierras lejanas.

(1) El sacrificio del inocente Abel á manos de su propio hermano fué figura de la muerte de Jesucristo, que, siendo la misma inocencia, murió inmolado por los hombres, hermanos suyos merced al misterio de la Encarnación. En aquel sacrificio están representadas también las persecuciones que habían de padecer los buenos y hacer los malos en este mundo hasta la consumación de los siglos.

III. A la edad de novecientos y treinta años murió Adán, dejando otro hijo llamado Seth, fiel imitador de las virtudes de Abel, y padre de Enós, quien fué el primero que invocó el nombre del Altísimo con arreglo á determinadas ceremonias. Llamáronse los descendientes de Seth *Hijos de Dios*, en contraposición á los de Caín, á quienes se dió el título de *Hijos de los hombres*. Henoc, que pertenecía al primero de estos dos linajes, anduvo, así como Enós y Seth, por las vías del Señor, quien estimó en tanto sus virtudes y su fe, que á la edad de trescientos setenta y cinco años le hizo desaparecer de la tierra para sustraerle á la común ley de la muerte.

Habiéndose retirado Caín á la parte oriental del Edén, edificó allí la primera ciudad del mundo, llamada Henoquia, en memoria de otro Henoc, hijo suyo. Entre sus descendientes merecen particular mención Jabel, que enseñó á los pastores á acamparse en tiendas; Jubal, inventor de la citara y del órgano; Tubalcain, artifice diestro en fundir metales y en trabajarlos con martillo; y, finalmente, Noema, su hermana, de quien se dice haber sido la primera que redujo á hilazas y tejidos la lana de los rebaños.

Guardó fidelidad á Dios la raza de Seth todo el tiempo que se mantuvo apartada de los impíos; mas como á la postre contrajese con ellos ilícitos enlaces, no tardó en hacerse general la corrupción y en cubrirse de crímenes toda la tierra. Tan grande llegó á ser la perversión del humano linaje, que Dios se arrepintió de su obra; y, tocado de

íntimo dolor: «Raeré, dijo, al hombre de la haz de la tierra, y por el hombre á los animales, desde el reptil hasta las aves del cielo». ¡Tanto es el horror que á Dios infunde el pecado!

Pero existía, en medio de aquella universal abominación, un hombre llamado Noé, cuya edad era entonces de cuatrocientos ochenta años; varón justo, que mereció oír del Señor estas piadosísimas palabras: «Llegado es delante de mi el fin de toda carne; y he aquí que traeré aguas de diluvio sobre la tierra, para destruir todo aquello que contiene espíritu de vida debajo del cielo. Mas porque te he visto justo delante de mi en esta generación, hazte un arca de maderas labradas, y estableceré mi alianza contigo, y entrarás en el arca tú y tus hijos, tu mujer y las mujeres de tus hijos. Y de todos los animales de toda carne, meterás dos en el arca, y tomarás contigo cuanto considerares necesario para tu sustento y el suyo». Desde esta primera revelación hasta su cumplimiento corrieron todavía ciento y veinte años, que empleó Noé en prevenirlo todo, conforme á las órdenes divinas, y en anunciar á los hombres el horrendo castigo que les amenaba, exhortándoles á hacer penitencia; pero fueron inútiles sus esfuerzos; pues sin cuidarse de las palabras de aquel justo varón, ni de las venganzas del Altísimo, siguieron impasibles los hombres aumentando la lista de sus crímenes, hasta el día mismo en que comenzó el diluvio.

ÉPOCA SEGUNDA

Desde el diluvio hasta la vocación de Abraham.

(COMPRENDE UN PERIODO DE 427 AÑOS)

CAPÍTULO ÚNICO

EL DILUVIO. — DISPERSIÓN DE LAS GENTES. — SEM, ANTECESOR DEL MESÍAS.

- I. *El diluvio.* (Año del mundo, 1656; ántes de J. C., 2548.)
—II. *Maldice Noé á Cam en cabeza de Canaán.* —
III. *Torre de Babel.* — *Dispersión de las gentes.* —
Idolatría. (Año del mundo, 1771; ántes de J. C., 2233.)

I. «Entra tú y toda tu casa en el arca, y de todos los animales toma los que te he dicho, é igualmente de las aves del cielo; porque pasados aún siete días, lloveré sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches, y raeré toda sustancia que hice de la superficie de la tierra». Tales fueron las últimas instrucciones que comunicó el Señor á su siervo Noé, próximo ya el tiempo en que habian de tener ejecución sus soberanos decretos; instrucciones que quedaron cumplidas por aquel santo varón el año seiscientos de su vida, en el décimo-séptimo día del segundo mes.

Malogróse, como los demás, el postrer plazo

concedido á la raza humana para su enmienda; y, triunfando por fin la justicia de la misericordia del Criador, su mano poderosa conmovió repentinamente la tierra en sus más hondos cimientos. Rotas las escondidas fuentes del Océano, y abiertas las cataratas del cielo, cae á torrentes una lluvia espantosa por espacio de cuarenta días y cuarenta noches; sube la inundación á quince codos de altura sobre los montes más encumbrados; y fieras, reptiles, aves, hombres, todo cuanto tiene aliento en el mundo, parece anegado, sin que se sustraigan á la cólera celeste otros seres vivientes que los contenidos en el arca.

Ciento y cincuenta días estuvieron las aguas sobre la tierra, al cabo de cuyo tiempo trajo Dios un viento impetuoso, que poco á poco las hizo menguar, hasta que en el vigésimo-séptimo día del séptimo mes pudo reposar el arca sobre uno de los montes de Armenia. A los cuarenta días de esto, abriendo Noé la ventana de su fluctuante vivienda, dió libertad á un cuervo, el cual salió y no regresó. Siete días después soltó una paloma, que, no hallando donde pararse, tornó á buscar refugio en el arca. Pasados otros siete días, despachóla nuevamente, y aquella misma tarde dejóse ver la paloma llevando en el pico un ramo de olivo con las hojas verdes. Esto no obstante, aún corrió otra semana ántes que intentara Noé la tercera prueba; y entonces ya no volvió el ave; señal cierta de hallarse el suelo completamente seco.

Tocaba á su término el noveno mes cuando,

por orden de Dios , saltó en tierra aquel venerable patriarca; y edificando un altar, ofreció holocaustos al Supremo Sér, que por tan maravillosos medios le había salvado; el cual, en muestra de que aceptaba su ofrenda, bendijo á Noé y á su familia, diciendo: «Creced y multiplicáos , y poblad la tierra. Todo lo que se mueve y vive os servirá para el alimento; que así como las legumbres y yerbas , os he dado todas las cosas , á excepción de que no comeréis carne con sangre. Todo el que derramare sangre humana, será derramada su sangre. No habrá en lo venidero diluvio que destruya la tierra. Estableceré mi pacto entre vosotros; pondré mi arco en las nubes, y será señal de alianza entre Mí y la tierra. Y cuando cubriera el cielo de nubes, aparecerá mi arco en ellas, y acordarme hé de mi alianza con vosotros y con toda ánima viviente que vivifica carne» (1).

II. Con Noé salieron del arca sus tres hijos, Sem, Cam y Jafet, de quienes se propagó por todo el orbe el linaje humano; con la diferencia de que, habiendo incurrido Cam en la maldición paterna, en vez de prestar santidad á su progenie, vino á

(1) El Arca en que Noé se salva del diluvio con su familia , y todos los animales que encierra , en tanto que perecen los demás vivientes, es, según los Santos Padres, una admirable figura de la Iglesia de Jesucristo , vehículo de salvación, fuera del cual se perdería infaliblemente quien, conociéndole, le despreciase ó rehusara acogerse á su seno.

ser cabeza de una raza desventurada por todo extremo.

Noé, que era labrador, y había comenzado á trabajar la tierra, plantó una viña, cuya fruta exprimió con curiosidad de gustar su zumo; é ignorando la fuerza que en si contenia aquel licor, bebió hasta embriagarse. Dormido estaba y casi desnudo en medio de su tienda, cuando entró Cam; quien, soltando al verle una irreverente carcajada, corrió en busca de sus hermanos para que le ayudasen á hacer indigno escarnio del autor de sus días; mas no lo consiguió, y, ántes bien, su inícuca proposición fué parte para remediarlo todo; porque entrando Sem y Jafet en la tienda, y andando hacia atrás, puesta una capa sobre sus hombros, cubrieron con ella respetuosamente la desnudez de su padre. Con harto sentimienso supo éste, al despertar, la conducta de Cam; y aunque directamente no quiso maldecirle, respetando la bendición que á todos tres hermanos había dado el Señor cuando salieron del arca, hizolo en su posteridad, empezando por su primogénito Canaán, que, según el dictamen más probable, no había sido ajeno al desacato. Tras esto bendijo Noé á Sem y Jafet, distinguiendo y privilegiando al primero, por haberle escogido la Providencia para depositario de la verdadera fe, cabeza de su pueblo y antecesor del Mesías.

En aquella época comenzó á menguar notablemente la duración de la vida humana; pero conviniendo á los fines del Altísimo que Noé tuviese tiempo bastante para inculcar en la memoria de

sus descendientes las verdades primitivas y las tradiciones históricas, quiso que desde el diluvio viviese todavía aquel justo varón trescientos cincuenta años; de suerte que murió á la edad de novecientos cincuenta.

III. Tan rápidamente se multiplicaron los descendientes de Noé, que, no siendo ya bastante á contenerlos su tierra natal, la Mesopotamia, trataron de separarse; pero ántes de verificarlo se dijeron: «Venid; edificémonos una ciudad y una torre, cuya cumbre llegue hasta el cielo; y hagamos célebre nuestro nombre». Era además su propósito fabricarse un sólido refugio contra la ira del Altísimo, para el caso en que ocurriera algún otro diluvio. Contemplando el Señor aquella loca tentativa, hija de la impiedad y de la soberbia, dijo entre sí: «Un pueblo sólo es ese, y el lenguaje de todos uno mismo; y han comenzado á trabajar, y no desistirán de su pensamiento hasta que lo hayan puesto por obra. Descendamos y confundamos allí su lengua, de manera que ninguno entienda el lenguaje de su compañero». De resultas de este prodigio, comenzó á reinar entre los hombres tan absoluto desacuerdo, que hubieron de abandonar desde aquel instante su sacrilega empresa, quedándose la torre con el nombre de Babel, que quiere decir *confusión*; y recibiendo la ciudad, aumentada y engrandecida en tiempos posteriores, el nombre de Babilonia.

Esparcidas las gentes por regiones no pisadas hasta entonces de humano pié, llevó consigo cada familia, al separarse de las demás, el depósito de

verdades que sus comunes ascendientes les habían transmitido, y que de esta suerte se difundieron por el mundo; mas la intensidad de aquellas verdades primitivas fué poco á poco menoscabándose en la memoria de los hombres; y, como siempre sucede, alojó también al mismo tenor la práctica de los deberes religiosos. Excesos aún más repugnantes que los que precedieron al diluvio, afeaban otra vez la tierra. Olvidada insensiblemente la ley natural, ya no seguían los hombres otra norma que sus pasiones; y á tanto llegó su extravío, que, volviendo las espaldas al mismo Dios, de quien habían recibido el sér, y cuya grandeza publican todas las criaturas, adoraron al sol, la luna y las estrellas; y aún no contentos con esto, tributaron honras propias de la Divinidad á animales, plantas y estatuas inanimadas. Por todo ello, determinó el Señor formar un pueblo destinado á perpetuar su culto, y en cuyo seno naciera el Salvador prometido á los hombres; siendo Abraham el escogido para tronco y cabeza de aquella gente privilegiada.

ÉPOCA TERCERA

Desde la vocación de Abraham hasta la salida de Egipto.

(COMPRENDE UN PERIODO DE 430 AÑOS)

CAPÍTULO PRIMERO

ELIGE DIOS SU PUEBLO.—LOS PATRIARCAS ABRAHAM
É ISAAC, ASCENDIENTES DEL MESÍAS.

I. *Vocación de Abraham.* (Año del mundo, 2083; ántes de J. C., 1921.)—II. *Liberta Abraham á Lot.* (Año del mundo, 2092; ántes de J. C., 1912.)—III. *Nacimiento de Ismael.* (Año del mundo, 2093; ántes de J. C., 1911.)—*Predicción del nacimiento de Isaac.* (Año del mundo, 2107; ántes de J. C., 1897.)—IV. *Predicese la destrucción de Sodoma. — Segunda promesa de Isaac. — Destrucción de Sodoma.* (Año del mundo, 2207; ántes de J. C., 1897.)—V. *Nacimiento de Isaac.* (Año del mundo, 2108; ántes de J. C., 1896.)—*Agar en el desierto.* (Año del mundo, 2113; ántes de J. C., 1891.)—VI. *Sacrificio de Abraham.—Muerte de Sara.* (Año del mundo, 2146; ántes de J. C., 1859.)—VII. *Casamiento de Isaac.* (Año del mundo, 2148; ántes de J. C., 1856.)—*Muerte de Abraham.* (Año del mundo, 2183; ántes de Jesucristo, 1821.)

I. Abraham, descendiente de Sem, residía en cierta población caldea nombrada Haram, con su esposa Sara, en la que no habia tenido hijos, cuando oyó al Señor Todopoderoso decirle: «Sal

de tu tierra y de tu parentela , y de la casa de tu padre , y vé á donde yo te mostraré. Hacerte hé cabeza de gran gente , y te bendeciré y engrandeceré tu nombre; bendeciré á los que te bendigan , y maldeciré á los que te maldigan ; y en tí serán benditos todos los linajes de la tierra». Era Abraham varón piadoso ; y asi, aun cuando ya tenía setenta y cinco años de edad, é ignoraba cuál sería su paradero, partió inmediatamente de su pueblo, con Sara, su mujer, y Lot, hijo de su hermano , y cuantos bienes poseía , atravesando aquella región hasta un lugar llamado Siquem, en donde le dijo el Señor: «A tu posteridad daré esta tierra». Asentó luego su tienda en Bethel; y, sin detenerse aquí más de lo necesario para erigir un monumento religioso, siguió adelante caminando hacia el Mediodía.

Habiendo sobrevenido hambre en toda aquella tierra , tuvo Abraham que acogerse por algún tiempo á Egipto, y de retorno subió segunda vez á Bethel para dar gracias al Soberano Autor del mundo en el altar que le había él mismo levantado. Allí hizo alto, por entonces, con su familia y hacienda. Era esta última muy considerable, tanto en oro y plata, cuanto en cabezas de ganado, mayores y menores ; y como también poseía Lot grandes rebaños, y la comarca daba poco de sí, movíanse rencillas entre los mozos de uno y otro amo, por cuestiones de pastoreo; por lo que dijo Abraham á su sobrino: «No haya, te ruego, contienda entre mí y ti , pues somos hermanos. Ahí tienes á la vista toda la tierra. Si fueres á la

izquierda, yo tomaré la derecha; si tú escoges la derecha, me iré á la izquierda». Lot, pues, recorrió con la vista el territorio, y fijándola en toda la vega del Jordán, que era de regadío, colocó sus tiendas junto á Sodoma, ciudad cuyos vecinos vivían encenagados en la depravación más repugnante.

Solo ya Abraham, oyó estas palabras de Dios: «Alza tus ojos, y mira, desde el lugar en que ahora estás, hacia el Septentrión y el Mediodía, hacia el Oriente y el Poniente. Toda la tierra que registras daré á ti y á tu posteridad para siempre, y multiplicaré tu linaje como el polvo de la tierra: si puede alguno de los hombres contar los átomos del polvo de la tierra, ese podrá también contar tu descendencia».

Levantando entonces sus tiendas el santo Patriarca, marchó á plantarlas junto al valle de Mambré, no lejos de Hebrón, y construyó allí otro altar.

II. No muchos años después de haberse apartado Lot de su tío, estuvo á punto de perder inopinadamente libertad y hacienda; porque capitaneados cuatro reyes de aquellas comarcas por el de Sodoma, movieron guerra á otros cuatro príncipes enemigos suyos, y les presentaron batalla. Perdiéronla el Sodomita y sus confederados; y, poniendo los vencedores á saco la capital, entre la mucha gente que su codicia esclavizó, lleváronse á Lot, con todo cuanto poseía. Mas enterado Abraham de este suceso por un prófugo de la ciudad, escogió sin perder tiempo trescientos

diez y ocho siervos de su casa, los armó á la ligera, y, reforzándolos con socorros de tres vecinos suyos, siguió al alcance de los vencedores. Echóse de noche sobre ellos, rompió sus huestes, y no solamente redimió la hacienda y la persona de Lot, sino que dió libertad y devolvió sus bienes á todos los demás cautivos.

De vuelta para su morada, salieron á recibirle y festejarle el rey de Sodoma y Melquisedec, monarca de Salém; quien, presentando pan y vino, porque juntaba al principado la dignidad del sacerdocio, cantó así los loores del santo Patriarca: «¡Bendito Abraham del Dios excelso que crió el cielo y la tierra! ¡Y bendito el Dios excelso con cuya protección los enemigos están en tus manos!» Y Abraham le dió diezmos de toda la presa (1).

Instábase el rey de Sodoma, en muestra de su gratitud, para que se quedase con lo rescatado del enemigo, devolviendo únicamente los prisioneros; pero no consintió en tal propuesta aquel generoso y justo varón. «Los aliados que fueron conmigo (respondió) tomarán sus porciones; mas yo levanto mi mano al Dios poseedor de cielo y tierra, protestando que desde un hilo de trama hasta la correa de un calzado, nada tomaré de lo tuyo, porque no digas: Yo enriquecí á Abraham».

(1) Melquisedec, pontífice y rey, figura aquí á Jesucristo, que es Rey de todo lo criado y Pontífice por excelencia: simbolizándose en el sacrificio del pan y del vino la Eucaristía, que había de fundar Nuestro Redentor para que durase hasta el fin del mundo.

En premio de tanta confianza y desinterés, renovó el Altísimo las promesas que á su siervo tenia hechas, hablándole asi: «No temas, Abraham; yo soy tu protector, y tu galardón grande sobremanera». «Señor Dios, ¿qué me darás, pues no me has dado sucesión?» exclamó Abraham. Pero sacándole de su tienda Aquel cuya voluntad fué bastante para hacer de la nada todas las cosas, le dijo: «Mira al cielo y cuenta las estrellas, si puedes. Así sera tu descendencia». Y Abraham creyó en la divina palabra, siéndole imputada su fe á justicia. Tras esto tornó el Señor á asegurarle que su posteridad ocuparía la tierra de Canaán, y le mandó preparar un sacrificio compuesto de muchas hostias (ó victimas), entre las que se contaban una tórtola y una paloma. Al ofrecer esta oblación, en la que todo es misterioso, dividió Abraham por medio de cada victima, y puso las dos mitades una en frente de otra, á entrambos lados del altar; mas no partió la paloma ni la tórtola; y, concluido el holocausto, espantó las aves de rapiña, que descendian á revolotear en torno de los cuerpos sacrificados. Estando ya el sol para ponerse, cayó sobre Abraham un profundo sueño, acompañado de gran terror y oscuridad; y en medio de ella vió aparecer un horno humeando, y al Señor en figura de llama de lámpara, que pasaba por entre los animales divididos, y le decía: «Sabe desde ahora que tu posteridad ha de estar peregrina en una tierra no suya, y que los sujetarán á servidumbre, y los afligirán muchos años. Mas á la nación á

quien han de servir, yo la juzgaré y castigaré; y después de esto saldrán los tuyos con grande riqueza. Tú irás en paz á tus padres, y serás enterrado en buena vejez; pero tus descendientes no ocuparán la tierra prometida, sino en la cuarta generación; porque todavía no están cumplidas las maldades de los que habitan aquella tierra hasta el presente».

III. A los diez años de haberse partido Sara de Caldea para pasar con su marido á la tierra de promisión, viéndose sin hijos y muy entrada en edad, pidió á Abraham que tomase otra consorte subalterna, conforme al uso de aquellos tiempos; proposición que aceptó él, tomando, en efecto, una sierva egipcia, que tenia por nombre Agar. Pero esta mujer abusó muy pronto de las ventajas de su nuevo estado, en tal manera, que Sara hubo de reclamar de su esposo el condigno castigo. «En tu mano está tu esclava, respondió Abraham; haz con ella como te pareciere». Mas cuando Sara quiso usar de este permiso, la ensoberbecida sierva se fué huyendo al desierto. En cierto lugar solitario, á orillas de una fuente, se la apareció un ángel del Señor, que la dijo: «Agar, sierva de Sara, ¿de dónde vienes y á dónde vas?» «Voy huyendo del semblante de Sara, mi señora», respondió ella. Pero el ángel repuso: «Vuélvete á tu señora, y humíllate debajo de su mano. Has concebido y parirás un hijo, y llamarás su nombre Ismael, por cuanto el Señor ha oído tu aflicción. Este será un hombre fiero, y, frente á frente de todos sus hermanos, plantará sus tien-

núm.

se suscribe á EL CRONISTA DEL CLERO por un año.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO LIBRARY

das: las manos de él contra todos, y las manos de todos contra él».

Tornó, pues, Agar á casa de sus amos, y, habiéndose sometido á la autoridad de Sara, no tardó en ver realizadas las promesas divinas. Ya tenia Ismael trece años, y Abraham contaba noventa y nueve, cuando el Sumo Hacedor fortaleció las esperanzas de su siervo con estas palabras: «Yo soy el Dios Todopoderoso; anda en mi presencia, y sé perfecto. Pondré mi alma entre Mí y ti, y multiplicaré tu raza en gran manera». «Si, (continuó diciendo el Señor, mientras que Abraham se postraba hasta tocar con el rostro en tierra); estableceré mi pacto entre Mí y ti, y entre tu posteridad, cuando fueres linado, con alianza eterna. Y seré Dios tuyo y de tus generaciones. Y daré á ti y á tus descendientes la tierra de Canaan en heredad perpétua». Para que también quedara sellado en la carne este pacto, instituyó luego el Señor la circuncisión, y le confirmó más y más, añadiendo: «Bendeciré á Sara, tu mujer, y de ella te daré un hijo, á quien he de bendecir, y se extenderá su progenie por naciones; y reyes de pueblos saldrán de él». Segunda vez se prosternó Abraham al oír tales palabras; aunque interiormente titubeaba y decia: «¿Sara, de noventa años, ha de parir? ¡Ojalá Ismael viva delante de Dios!» Pero Dios, penetrando hasta sus más íntimos pensamientos, repuso: «Ya he oído tus plegarias acerca de Ismael; te bendeciré y haré crecer y multiplicaré mucho; mas mi pacto no lo estableceré sino con Isaac, á quien te parirá Sara

por este tiempo, el año venidero». Desde entonces descansó Abraham con viva y completa fe en las promesas de Dios, y glorificó su bondad, no ménos grande ni ménos maravillosa que su Omnipotencia.

IV. Ni fueron aquellos los únicos favores con que plugo á la Bondad Suprema alentar las esperanzas del Patriarca de Haram. Sentado estaba cierto dia, en el mayor calor del sol, á la puerta de su tienda, cuando vió pasar por el valle tres ángeles en figura de varones, á cuyo encuentro se adelantó para saludarlos amigablemente, diciendo, cual si á uno sólo se dirigieran sus palabras: «Señor, si he hallado gracia en tus ojos, ruégote que no pases de tu siervo». A lo que añadió: «Permitid que traiga un poco de agua, y lavad vuestros pies, y reposad debajo del árbol hasta tanto que os prepare manjares para que fortalezcáis vuestro corazón y paseis adelante». «Haz como lo has dicho»; contestaron los ángeles, puestos ya á la sombra del árbol, que extendía sus frondosas ramas sobre la tienda; y, entrando en ésta presurosamente Abraham, encargó á su mujer que arrimase al rescoldo panes de harina, mientras él en persona escogía el becerro más tierno de la vacada, y lo daba á un mozo, quien le coció con toda diligencia. Aderezado así el banquete, lo sirvió á sus huespedes con leche y manteca, quedándose junto á ellos, en pié y debajo del árbol, en tanto que comian.

Luego que hubieron concluido, preguntaron los peregrinos á Abraham en dónde estaba su

esposa ; y uno de los tres dijo que al año inmediato pasaría otra vez por el valle , y que para entonces ya tendría Sara sucesión. Ella , que tal oyó , porque andaba entretenida en sus faenas mujerieles detrás de la puerta de la tienda , rióse murmurando : «¿Será verdad que haya de parir una vieja como yo?» por cuya incredulidad la reprendió el Sér Supremo , reiterando con este motivo nueva y explicitamente todas sus promesas. A la hora de proseguir la jornada , salió el santo Patriarca con sus huéspedes por el camino de Sodoma , y en la mitad de él oyó la voz del Señor , que hablaba así : «Abraham ha de acaudillar gente fuerte y grande; y debiendo ser benditas en él todas las naciones de la tierra, no puedo encubrirle lo que voy á hacer. El grito de Sodoma y de Gomorra se ha acrecentado hasta mí , y su pecado se ha agravado con exceso. Descenderé , pues , y veré si han colmado la medida de sus obras , y tomaré venganza». Compadecido Abraham , exclamó : «¿Por ventura destruirás al justo con el impío? ¿Si hubiere cincuenta justos en la ciudad , perecerán á una , y no perdonarás á aquel lugar por amor de los cincuenta?» «Si hallare cincuenta justos en medio de Sodoma (respondió el Sér infinitamente misericordioso) , perdonaré á todo el lugar por amor de ellos». Pero Abraham tornó á decir : « Ya que he comenzado una vez , hablaré otra á mi Señor , aunque no soy más que polvo y ceniza. ¿Y si fueren hallados cuarenta justos , qué harás?» «No heriré á la ciudad por amor de los cuarenta». «¿Y qué , si se hallaren

allí treinta?» «Perdonaré á todos», «No lloves á mal mis palabras, Señor: ¿qué harás si hubiere veinte?» «No destruiré á la ciudad». «Señor, Señor, ruégote que no te enojés, porque te hablo por última vez. ¿Y si se halláren en Sodoma solos diez justos?» «Perdonaré á Sodoma por amor de los diez». Dicho esto, escondióse el Señor de la vista de Abraham, quien regresó á su tienda.

Mas no había diez justos en toda Sodoma; y así, al caer de aquella misma tarde, entraron dos de los tres ángeles en la ciudad maldita, á tiempo que estaba Lot sentado á sus puertas. El cual, al verlos, se incorporó y les salió al camino para suplicarles con respetuosa reverencia que fueran á posar con él; y, aunque lo rehusaban una y otra vez los dos celestiales caminantes, tanto les estrechó aquel hospitalario varón, que al cabo hubieron de acompañarle á su morada. Pero como cundiese á poco rato por la ciudad la nueva de su venida, atumultuándose los habitantes alrededor de la casa, comenzaron á pedir con espantosa grita que se les entregase á entrambos forasteros; y ya iban á derribar las puertas cuando, heridos todos de repentina y prodigiosa ceguera, perdieron el tino de tal suerte, que no les fué posible acertar con la entrada. Entonces manifestaron á Lot los divinos mensajeros el terrible castigo que á Sodoma y otras cuatro ciudades vecinas estaba reservado, encargándole que sin tardanza previniera á los suyos, y se aprontaran todos para huir; pero aunque aquel santo Patriarca dió noticia del caso á dos mancebos, que á

la sazón estaban para unirse con sus hijas, fué superior á sus buenos deseos la obstinación de aquellos insensatos; pues presumiendo que se burlaba, rehusaron rendirse á sus más enérgicas exhortaciones.

Al apuntar del alba metían prisa los ángeles á Lot, diciéndole: «Toma á tu mujer y las dos hijas que tienes, y salva tu vida; no vuelvas la vista atrás, ni te pares en toda esta comarca; mas acógete al monte; porque no perezcáis vosotros también con los otros». Y al punto llovió el Señor, sobre Sodoma y Gomorra y todo el territorio comarcano, azufre y fuego, que redujo á cenizas cinco ciudades, con todos sus moradores y cuanto producian sus campiñas. Y habiéndose vuelto para mirar atrás la mujer de Lot, quedó convertida en estatua de sal.

Levantóse Abraham de mañana, y tendiendo la vista por Sodoma y Gomorra, y sus contornos, vió encapotada la atmósfera con lóbregos torbellinos de humo y pavesas, que desde toda aquella campiña subían al firmamento, como desde una inmensa fogata, en testimonio de haberse ya consumado las justas venganzas de Dios; después de lo cual, salió el santo Patriarca del valle de Mambré para la tierra del Mediodía, dirigiendo su peregrinación á Gerara, en donde moró algún tiempo.

V. Realizadas con la propia puntualidad las promesas divinas, en lo tocante á Sara, concibió ésta en su vejez y dió á luz un varón, á quien se puso el nombre de Isaac, siendo circuncidado en

el octavo día por su padre, cuya edad llegaba ya entonces á los cien años. Crióse felizmente el muchacho á los pechos de su propia madre, y Abraham celebró el día de su destete con un opiparo convite.

Andando el tiempo, como advirtiese Sara que el hijo de la egipcia maltrataba á Isaac en sus juegos infantiles, acudió afligida y quejosa á su marido. «Menester será (repetia) echar á esta esclava y á su hijo, señor; porque el hijo de la esclava no ha de ser heredero con Isaac, hijo de mujer libre»; pero aunque tal pretensión se ajustaba á los ocultos planes de la Providencia, era tan poco conforme con los sentimientos paternales de Abraham, que el Altísimo hubo de convertirla en mandato expreso, diciendo: «No te parezca cosa recia á causa del muchacho y de tu esclava, y oye lo que Sara te dijere; porque en Isaac será la descendencia que conserve tu nombre. Al hijo de la esclava yo le haré caudillo de un gran pueblo, porque es hijo tuyo». Rindiéndose, pues, á tan explícitas palabras, cargó Abraham á su sierva con panes y un odre lleno, y la despidió, en compañía de Ismael, una madrugada.

Triste y sola discurría Agar por el desierto de Bersabée, atendiendo con aquellas parcas provisiones á su sustento y al de su hijo; mas, concluida que fué el agua del odre, exclamó: «¡No, no veré morir al muchacho!» y abandonándole al pié de un árbol, siguió su camino, en el que, ya sin fuerzas, se sentó á llorar. Pero en medio

de tanto desconsuelo, subieron los gemidos de Ismael hasta el Señor, quien ordenó á un ángel que dijese á la abatida esclava: «¿Qué haces, Agar? No temas; que Dios ha oído la voz del muchacho desde el lugar en que está. Levántate, alza á Ismael y tómale de la mano sin desalentarte, pues lo haré caudillo de un gran pueblo»; y abiertos al punto los ojos de Agar, presentósele de improviso un abundante manantial, que allí cerca corria, con cuyas puras aguas dióse prisa á henchir su odre para tornar á donde estaba Ismael. Años adelante tuvo éste consigo al Señor; moró en el desierto, donde adquirió suma destreza en disparar saetas, y casó con mujer de tierra de Egipto, siendo padre y cabeza del pueblo arábigo, que por ello se apellidó también ismaelita.

Por aquel mismo tiempo fué en busca de Abraham el rey de Gerara, Abimelec, acompañado de los principes de sus ejércitos, y cerró con él tratos de paz, amistad y protección reciproca.

VI. Libre de todo competidor, y tenido ya en la casa paterna por único heredero, vivía Isaac tranquilo y venturoso; mas el Supremo Regulador de los sucesos humanos, á cuyos propósitos importaba probar la fe de su siervo Abraham, turbó inesperadamente la felicidad que le había deparado, diciéndole un día: «Toma á tu unigénito, á quien amas, á Isaac, y vé y me le ofrecerás en holocausto sobre una de las montañas que te mostraré». Terrible, como ninguno, era este

soberano mandamiento ; pero con todo eso , no titubeó el santo varón ; y levantándose y aparejando su asno una mañana ántes de amanecer, se puso en camino con el mancebo y dos siervos, después de haber hecho provisión suficiente de leña para el sacrificio. Al tercero dia, estando ya cerca del monte Moria ó Calvario (lugar donde debia verificarse la inmolación), dejó encomendado el asno á la guarda de los dos mozos, y comenzó á trepar por la cuesta , sólo con su hijo, que iba cargado con la leña, en tanto que Abraham llevaba en sus manos el fuego y el cuchillo. Y mientras caminaban juntos, dijo Isaac: «Padre mio». «¿Qué quieres , hijo?» le preguntó Abraham ; y repuso el mancebo: «He aqui el fuego y la leña; pero ¿en dónde está la victima del holocausto?» «Dios se proveerá de victima, hijo mio», contestó aquel piadoso Patriarca. Siguiéron, pues, silenciosamente su camino, hasta que, llegados á la cumbre del monte , erigió Abraham un ara, donde acomodó la leña; y atando á Isaac, púsole sobre la hacina del altar , tomó el cuchillo y extendió su brazo para degollarle... Mas de improviso sonó en los Cielos la voz de un ángel, que decia: «¡Abraham , Abraham!» y habiendo respondido éste: «¡Aqui estoy!» le habló así el divino mensajero: «No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada: ahora he conocido que temes á Dios , y que no has perdonado á tu hijo unigénito por amor de Mi». Entonces alzó Abraham los ojos , y viendo tras si un carnero enredado por las astas entre las ramas de un zarzal,

apoderóse de él y le ofreció en holocausto en lugar de su hijo (1).

Mientras se consumía la víctima, habló segunda vez el Señor, fortaleciendo la fe de su siervo con las siguientes palabras: «Por mí mismo juro, ya que has hecho esta acción, y no has perdonado á tu hijo por amor de Mí, que te bendeciré y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está á las riberas del mar; tu posteridad estará á las puertas de sus enemigos. Y en AQUEL QUE HA DE SALIR DE TÍ, serán benditas todas las naciones de la tierra»: promesas en que explícitamente se anunciaba el Mesías, manantial de gracia y de salud para todos los pueblos.

Con esto regresaron Abraham é Isaac á donde habían quedado los dos mozos, en cuya compañía tomaron alegres la vuelta de su tienda.

Poco después falleció Sara en Hebrón, ciudad de Canaán, á la edad de ciento veinte y siete años, siendo enterrada en una cueva de dos senos, contigua á cierto campo que compró Abraham para sepulcro suyo y de su familia.

VII. No queria el piadoso Patriarca que su

(1) Isaac, subiendo al Calvario y llevando en hombros la leña que debe consumirle, es una pasmosa imagen de Jesucristo, caminando por el mismo monte cargado con la cruz en que espiró para redimirnos. El sacrificio de Isaac, que realmente quedó terminado delante de Dios, si bien no llegó á ser inmolada la víctima, sirvió de figura al Sacramento del altar, en el cual se ofrece Jesucristo verdaderamente á su Padre, por más que sea de un modo incruento.

hijo Isaac emparentase con las hijas de los Cananeos; y, á fin de buscarle esposa más de su gusto, ántes que faltase de su lado (puesto que ya no daba mucha espera su avanzada edad), despachó para Mesopotamia á un criado y mayordomo suyo, que tenia por nombre Eliecer; el cual, con diez camellos cargados de objetos preciosos de toda especie, llegó, al caer de cierta tarde, á vista de la ciudad de Haram. Era aquella cabalmente la hora en que solían ir las mujeres de la ciudad á tomar agua de un pozo que en las inmediaciones había; por lo que, haciendo allí alto el mayordomo, para dar descanso á sus bestias, « Señor Dios de Abraham mi amo (dijo), asisteme, te ruego, en este día, y haz misericordia con mi señor. Haz que entre las hijas de los moradores de esta ciudad que saldrán á la fuente del agua, la doncella á quien yo dijere: *Abaja tu cántaro para que beba; y que me respondiére: Bebe, y aún á tus camellos daré también de beber, sea la destinada para tu siervo Isaac; y por esto conoceré que has hecho misericordia con mi amo* ».

No bien había acabado de hablar, dejóse ver en el camino la hermosa Rebeca, hija de Bathuel y nieta de Nacor, hermano de Abraham; la cual, descendiendo ligeramente al pozo, llenó su cantarillo, y ya se disponía á volver atrás cuando la atajó el paso la voz de Eliecer, que la pedía un poco de agua. « Bebe, señor mio », respondió ella inclinando el cántaro; mas no contenta con esto, dijo, en cuanto el forastero hubo satisfecho su

sed: «También sacaré agua para tus camellos, hasta que todos beban»; y arrojando en los dornajos dispuestos al efecto la que le quedaba, tornó á llenar y á vaciar su cántaro, hasta reunir cantidad suficiente para que bebiesen las acémilas á todo su placer. Mirábala silencioso el mayordomo, deseando con impaciencia averiguar si había el Señor bendecido su viaje; hasta que, abrevados ya los camellos, sacó unos zarcillos y unos brazaletes de oro, y preguntó á Rebeca presentándoselos: «Dime, ¿de quién eres hija? ¿Hay en casa de tu padre lugar para posar?» á lo que contestó ella: «Soy hija de Bathuel, hijo de Nacor. En nuestra casa hay lugar espacioso para que te hospedes, y también abundante provisión de paja y heno para los camellos». Entonces se prosternó Eliecer en acción de gracias al Todopoderoso por haberle guiado tan derechamente á casa del hermano de Abraham, mientras que la gallarda doncella corría á la ciudad y refería á su madre todo lo sucedido. Un hermano de Rebeca, llamado Labán, salió apresurado en busca del forastero, y hallándole todavía junto al pozo, «Entra (le dijo) bendito del Señor; ¿por qué te estás fuera? He preparado la casa y el lugar para los camellos». Llevóle, pues, consigo á su hospedaje; donde, luego que le hubieron lavado los pies, así como á las demás personas de su compañía, sacáronles de comer; pero él manifestó que no probaría manjar alguno si ántes no le dejaban exponer el objeto de su jornada; y procediendo á hacerlo con la venia de Bathuel, dijo ser criado de Abraham,

quien le enviaba á buscar entre las mujeres de su parentela una para su hijo Isaac; y contó su llegada al pozo del agua, con la oración que allí habia hecho al Señor, y todo lo demás ocurrido entre Rebeca y él. «Por lo cual (añadió), si hacéis misericordia y bondad con mi amo, declarádmelo; pero si queréis otra cosa, decídmelo también, para que yo vaya á la derecha ó á la siniestra, en cumplimiento de lo que se me ha encargado».

Respondiéronle Bathuel y Labán: «Del Señor ha salido esta plática, y no podemos hacer otra cosa sino lo que á El place. Ahí está delante de tí Rebeca; tómala, y vete; y sea mujer del hijo de tu amo, como lo ha dicho el Señor». Al oír tales palabras, el mayordomo adoró á Dios prostrado en tierra; y sacando vasos de plata y oro, y vestiduras preciosas, lo repartió todo entre Rebeca y su familia.

Tras esto cenaron; y á la madrugada siguiente, aquejado Eliecer de viva y legitima impaciencia, dijo á sus huéspedes: «Dejadme volver á mi amo». Oponiéndose á ella los hermanos y la madre de Rebeca; «Estése la muchacha con nosotros (clamaban á una); estése siquiera diez días, y después se marchará». Pero Eliecer les replicaba: «No queráis detenerme, porque el Señor ha enderezado mi camino, y es justo que torne á mi amo con esta buena nueva». Menester fué, por lo tanto, que los padres de Rebeca llamaran á ésta para explorar su voluntad; y habiéndola preguntado: «¿Quieres ir con este hombre?» dijo ella

resueltamente: «Iré». Con lo que, subiendo en los camellos la hermosa joven, su nodriza y sus criadas, entre las bendiciones de toda la familia, fuéronse con Eliecer, que se tornó presuroso á su tierra.

Caido ya el día, estábase paseando Isaac por la senda que conducía á Mesopotamia, á tiempo que llegaban en dirección opuesta los deseados caminantes; y habiendo alzado los ojos, viólos venir de lejos; en tanto que Rebeca, no ménos atenta á lo que ocurría hacia la otra parte, preguntaba á Eliecer quién era aquel que por el campo se dirigía á su encuentro. Sabedora de lo que apetecía, bajóse en el acto de su cabalgadura, y se cubrió con su velo; el mayordomo se apeó también, y, juntos ya todos, enteró del buen suceso de su viaje á Isaac, quien, haciendo entrar á Rebeca en la tienda de Sara, recibíola por mujer, y la amó en tal manera, que se templó por ello el dolor que le había causado la muerte de su madre.

Abraham murió de allí á treinta años, siendo sepultado en la misma cueva donde descansaban los restos de su esposa Sara.

CAPÍTULO II

PRINCIPIOS DEL PUEBLO ISRAÉLITA.—EL PATRIARCA
JACOB Ó ISRAEL, ANTECESOR DEL MESÍAS.

- I. *Jacob y Esau.* (Año del mundo, 2168; ántes de J. C., 1636.)—II. *Bendición de Isaac.* (Año del mundo, 2245; ántes de J. C., 1759.)—III. *Huida de Jacob —Escala misteriosa.—Raquel y Lía.* (Año del mundo, 2245; ántes de J. C., 1759.)—IV. *Sale Jacob de casa de Labán.* (Año del mundo, 2268; ántes de J. C., 1736.)—V. *Encuentro de Jacob con Esau.* (Año del mundo, 2268; ántes de Jesucristo, 1736.)—VI. *Dina.—Muerte de Raquel y de Isaac.* (Año del mundo, 2273; ántes de J. C., 1731.)

I. Era Isaac hombre de cuarenta años cuando tomó mujer, y aun pasaron otros veinte ántes que el Señor hiciera fecunda su unión, vencido de las continuas y fervorosas súplicas de entrambos esposos; pero lejos de calmarse con esto la aflicción de Rebeca, subió de punto al observar que llevaba en su seno dos criaturas, las cuales se movían una contra otra y luchaban entre sí encarnizadamente. «Dos razas están en tus entrañas (dijola entonces el Altísimo), y dos pueblos desde tu vientre serán divididos; y el uno subyugará al otro, y el mayor servirá al menor».

Rebeca, en efecto, dió á luz dos mellizos, que se llamaron Jacob y Esau: bermejo y todo velludo éste; el otro hermoso y de mansa condición.

De conformidad con tan diversas organizaciones, el mayor (que era el bermejo) llegó á hacerse

con el tiempo hombre fuerte en la caza y amigo del campo; en tanto que Jacob, mancebo sencillo, habitaba pacíficamente en las tiendas de su padre, por lo que le prefería Rebeca, al paso que Isaac miraba con predilección á Esaú. Cierta día, volviendo este último de cazar con grande apetito y hallando entretenido á su hermano en aderezar un plato de lentejas, le dijo así: «Dame de eso rojo que has cocido, pues en gran manera estoy fatigado». A lo que le respondió Jacob: «En hora buena; pero véndeme tu primogenitura». «¿Ves (repuso Esaú) que me estoy muriendo de hambre, y podrá servirme de algo la primogenitura?» Y jurando que se la cedía, sin detenerse en más razones, tomó pan y el plato de lentejas, comió, bebió y se alejó, bien descuidado de lo que acababa de hacer. ¡Imagen perfecta de aquellos insensatos que, á trueque de saciar groseros apetitos, renuncian con indiferencia á los mayores tesoros de la eternidad!

A consecuencia de haber sobrevenido hambre por aquellos tiempos en la tierra de Canaán, proyectó Isaac trasladarse á Egipto; pero el Señor le obligó á desistir de tal pensamiento, renovando con este motivo las promesas hechas á su padre. «Seré contigo (le dijo), y te bendeciré. A tí y á tu posteridad daré todas estas tierras, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y serán benditas en AQUEL QUE SALDRÁ DE TÍ, todas las gentes; por cuanto Abraham obedeció á mi voz, y guardó mis preceptos y mandamientos, y observó mis ceremonias y leyes».

II. A los ciento treinta y siete años de su edad, estando ya Isaac casi del todo ciego, y creyéndose cercano al sepulcro, dijo á su primogénito Esaú: «Bien adviertes que he envejecido, y no sé el día en que he de morir. Toma, pues, tus armas, la aljaba y el arco, y sal fuera; y cuando hubieres cazado alguna cosa, hazme de ella un guisado, como sabes que es de mi gusto, y tráemelo para que lo coma y te bendiga mi ánima antes que muera». Pero Rebeca, que oyó estas palabras, las comunicó sin tardanza á su hijo menor, hablándole así: «He oído á tu padre que conversaba con Esaú, tu hermano, y le decia: Tráeme de tu caza y guisamela para que coma y te bendiga delante del Señor, antes que muera. Ahora bien, hijo mio; condesciende á mis consejos, y, yendo al ganado, tráeme dos cabritos de los mejores, para hacer con ellos á tu padre las viandas que come con gusto, las cuales le presentarás, para que te bendiga antes de su muerte». «Esaú, mi hermano, es hombre veloso (respondió Jacob titubendo), y yo lampiño. Si mi padre me palpase y lo conociese, temo no crea que me he querido burlar de él, y que sobre mí traiga yo maldición en lugar de bendición». «Sobre mí sea (repuso su madre) esa maldición, si viniere: oye solamente mi voz, y vé á traerme lo que te he dicho». En suma, obedeció el mancebo: Rebeca aprestó los manjares, vistió á Jacob las mejores ropas de Esaú, rodeóle á las manos y al cuello las pieles de ambos cabritos, y le entregó la vianda para que la presentase á su padre.

Entrando, pues, Jacob á donde el anciano se hallaba, le dijo: «Padre, aquí estoy». Y preguntó Isaac: «¿Quién eres tú, hijo mío?» Gozaba ya Jacob por donación divina el derecho de primogenitura, y, por otra parte, su mismo hermano se la habia vendido, por cuyas razones juzgó que le era licito responder: «Yo soy tu primogenito; he hecho como me has mandado; levántate y come de mi caza para que me bendiga tu ánima». Mas Isaac repuso: «Llégate acá para palparte»; y habiéndolo hecho Jacob, siguió diciendo: «La voz, cierto, voz es de Jacob; mas las manos son manos de Esaú. Ven á mí y dame un beso, hijo mío». Llegóse el mozo y besáronse; y habiendo percibido entonces Isaac la fragancia de los vestidos prestados, bendijo á Jacob con estas palabras: «He aquí el olor de tus ropas, como olor de un campo lleno al que bendijo el Señor. Dios te dé del rocío del cielo y de la grosura de la tierra abundancia de frutos, y sirvante los pueblos y adórente las tribus, é inclinense delante de ti los hijos de tu madre. El que te maldijere, maldito sea él; y el que te bendijere, sea colmado de bendiciones».

Apenas habia acabado Isaac de hablar, y de salir Jacob, llegó Esaú con las viandas que habia cazado; y aunque fué grande su consternación al saber lo ocurrido, disipada ya su cólera en inútiles clamores, rogó al anciano que también le bendijese; mas él confirmó lo hecho con estas palabras: «Vino tu hermano y recibió la bendición tuya», y como preguntase Esaú: «¿Por ven-

tura , padre mío , no has guardado bendición también para mí?» le respondió : «Le he constituido señor tuyo, y he sometido todos sus hermanos á su servidumbre: del trigo y del vino le he hecho dueño: después de esto, hijo mío, ¿qué podré yo hacer por tí?» Esaú, sin embargo, insistía diciendo: «¿Pues no tienes, padre mío, sino una sola bendición? Ruégote que también á mi me bendigas», hasta que , por último , dejándose conmovido Isaac , le habló de este modo: «En la grosura de la tierra y en el rocío del cielo de arriba, será tu bendición. Vivirás por la espada, y á tu hermano servirás ; mas llegará tiempo en que sacudas y quites su yugo de tu cerviz».

III. Desde entonces aborreció Esaú á su hermano , y decía dentro de sí: «Vendrán los días del luto de mi padre , y mataré á Jacob». Para evitarlo pareció lo mejor á Rebeca que se ausentase el mancebo de la tierra de Canaán ; y como hubiese tomado Esaú por mujeres dos cananeas, á disgusto de todos los suyos, convinieron madre é hijo en pedir licencia á Isaac para que marchase Jacob á Mesopotamia, con el objeto de buscar esposa entre las doncellas de su parentela.

«Aburrida estoy de vivir (dijo, pues, Rebeca al anciano), á causa de las hijas de Canaán ; si Jacob tomare mujer de linaje de las de esta tierra, no quiero tener vida». Y condescendiendo fácilmente Isaac con tales deseos, comunicóselos á su hijo en estos términos : « No tomes mujer de la casta de Canaán ; mas vé y pasa á la Mesopotamia de Siria, y escógete de allí mujer de las hijas

de Labán, tu tío materno. Y el Dios Omnipotente te bendiga; con cuya orden partió Jacob inmediatamente para la ciudad de Haram. Después de puesto el sol, queriendo reposar en cierto sitio solitario, tomó por cabezal una de las piedras que en el suelo había, y á poco se durmió. Vió entonces en sueños una escala, cuyo pié estribaba sobre la tierra, y cuyo remate tocaba en el cielo; por sus peldaños subía y bajaba gran muchedumbre de ángeles, y en la parte más alta estaba apoyado el Señor, que le decía: «Yo soy el Señor Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isaac. La tierra en que duermes la daré á ti y á tu posteridad, y será tu descendencia como el polvo de la tierra. Serás dilatado al Occidente, y al Oriente, y al Septentrión, y al Mediodía; y serán benditas en ti y en AQUEL que SALDRÁ DE TÍ, todas las familias de la tierra. Y yo seré tu guarda á donde quiera que fueres, y te volveré á esta tierra, y no te dejaré hasta haber cumplido todo lo que he dicho». » ¡Cuán terrible es este lugar! (exclamó Jacob despertando despavorido); ¡verdaderamente no es lugar de hombres, sino casa de Dios y puerta del Cielo!» Y, ungiendo con aceite la piedra en que se había reclinado, pronunció esta promesa: «Si fuere Dios conmigo, y me guardare en el camino por donde yo ando, y me diere pan para comer y vestido para vestir, y me devolviese felizmente á casa de mi padre, el Señor será mi Dios; y este lugar en que dejo la piedra será llamado *Casa de Dios*; y de todo lo que me diere mi Criador, le ofreceré diezmos».

En breve, andando su camino, llegó cerca de Haram, á cuyas puertas halló tres hatos de ovejas, que sesteaban junto á un pozo, tapado con una grande piedra. «Hermanos (dijo Jacob á los pastores), de dónde sois?» «De Haram», respondieron ellos. «¿Acaso conocéis á Labán, hijo de Nacor?» «Le conocemos; y ve aquí que Raquel, su hija, viene con su ganado». Aún estaban hablando cuando llegó Raquel, que pastoreaba por sí misma los rebaños de su padre. Luego que Jacob la vió, y supo que era su prima hermana, levantó la losa con que se cubría la boca del pozo para que pudiesen abrevarse las ovejas; y la doncella, por su parte, en cuanto se hubo dado él á conocer, marchó presurosa á contar á Labán lo que ocurría; el cual, oyendo que estaba allí Jacob, hijo de su hermano, salió á su encuentro; y, abrazándole y besándole, le hospedó en su casa, donde le hizo referir la causa de tan inesperado viaje.

Dos hijas tenía Labán, á saber, Lía y Raquel. Por casarse con esta última, que era la menor, prometió Jacob servir á su tío durante siete años; mas aceptada la oferta, y transcurrido el plazo, vióse compelido á tomar á Lía por mujer, so pretexto de no ser costumbre en aquella tierra dar antes en matrimonio las menores. Mas como se aviniese mal el hijo de Rebeca con tan pérfida retractación, procuró Labán tranquilizarle con palabras de que le daría también á Raquel, siempre que le sirviera otros siete años; en lo que consintió Jacob, cediendo de su derecho por

amor de la paz: insigne ejemplo del espíritu de condescendencia, que debe reinar entre todos los individuos de una familia, para que dure su concordia, sin la cual no puede haber felicidad doméstica.

IV. Cumplidos ya los catorce años de su empeño, dijo Jacob á Labán: «Déjame volver á mi patria y dame mis mujeres y mis hijos para que me vaya. Tú sabes de qué manera te he servido y cuánto ha crecido tu hacienda en mis manos; porque el Señor te ha dado su bendición á mi entrada. Y así es justo que alguna vez provea yo también á mis propios medros». Pero Labán, cuyos bienes habian efectivamente prosperado en gran manera, gracias á los desvelos de su yerno, rogóle que se quedara, pactando con él los intereses que en adelante habia de pagarle por apacentar y guardar sus ganados; y así pasó Jacob seis años más, recibiendo nuevas muestras de la protección divina, y acrecentando al mismo tiempo su peculio de tal suerte, que su suegro y sus cuñados comenzaron á mirarle de mal talante. Irrevocablemente decidido entonces á tornar á sus padres y á su tierra, y confirmado aún más en su propósito por la voz del Señor, que le prometió ser en su ayuda, marchóse de secreto con su familia y bienes, llevándose Raquel además, sin haberlo comunicado con nadie, algunos ídolos, á los que impiamente tributaba Labán la propia adoración que al verdadero Dios. Ya habia ganado Jacob mucha delantera, cuando supo el suegro su partida; mas, sin desesperar

por ello, tomó consigo gentes de confianza, y fué siguiendo al fugitivo, hasta que le alcanzó á los siete dias en el monte Galaad. Pero habiéndosele aparecido allí el Altísimo, para vedarle bajo terribles penas que ofendiese á Jacob, ciñéronse todas las quejas de Labán á la circunstancia de haberse partido su yerno sin avisarle, y concluyó su discurso diciéndole: «Querías ir á los tuyos y tenías en deseo la casa de tus padres. Está bien; pero ¿por qué me has robado mis dioses?» Jacob, luego que hubo alegado sus descargos en breves palabras, contestó en cuanto á lo del hurto: «Escudriña si hay en mi poder alguna cosa tuya, y aquel en cuyo poder fuere hallada, sea muerto á la vista de nuestros hermanos». Esto decía sin saber que Raquel hubiese cogido los ídolos; mas nada arriesgó en ello; pues aunque Labán registró las tiendas de Jacob y de sus mujeres en busca de aquellos impíos simulacros, dióse Raquel tal maña para ocultarlos bajo los aparejos de un camello, que vió conseguida su buena intención, dejando burladas todas las pesquisas de su padre.

En quejas más amargas y mejor fundadas prorrumpió entonces Jacob contra su suegro «¿Por que pecado mío (le dijo) te has enardecido tanto contra mí? ¿Para esto he estado veinte años contigo? Tus ovejas y cabras no fueron estériles mientras las apacenté; no me he comido los carneros de tu ganado. Ni te hablé de los que habían arrebatado las fieras; antes bien yo resarcía todo el daño, y todo lo que perecía por hurto me lo exigías con rigor. De dia y de noche me quemá-

ban el calor y la helada, y huía el sueño de mis ojos; y, sin embargo, si el Dios de mi padre Abraham no me hubiera asistido, tal vez ahora me hubieras despachado. Pero Dios miró mi aflicción y el trabajo de mis manos, y ayer te reprendió por tus malos intentos».

Reconociendo Labán su yerro al oír tales palabras, juró para en adelante á Jacob amistad sincera á la faz del Altísimo; dió su bendición paternal á todos los caminantes, y, habiendo comido juntos suegro y yerno, despidiéronse en la madrugada del siguiente día.

V. Alentado Jacob en su viaje con nuevas promesas de protección divina, despachó mensajeros á la tierra en que moraba su hermano para saludarle afectuosamente; y, no sin sorpresa, los vió volver á toda prisa, anunciando que Esaú se dirigía á cortarle el paso con cuatrocientos hombres. Repartida entonces su gente en dos cuadrillas, y hecha igual distribución de sus ovejas, vacas y camellos, por si á lo ménos podía salvar una parte, pronunció desde lo íntimo de su pecho esta plegaria: «Dios de mi padre Abraham, y Dios de mi padre Isaac; Señor que me dijiste: *Vuélvete á tu tierra y al lugar de tu nacimiento, y te haré bien*; inferior soy á todas tus misericordias y á la verdad con que me has cumplido todas tus promesas. Sin más que mi cayado pasé este Jordán; y ahora le vuelvo á pasar con dos cuadrillas de ganados y una dilatada familia. Librame, pues, de la mano de Esaú mi hermano; no sea caso que, viniendo hasta aquí, hiera á la madre con los hijos».

Tras esto, entresacó de sus rebaños gran número de reses, con las que formó diversas manadas, á cuyos conductores hizo las prevenciones siguientes: «Adelantáos á mí, y cuidado bien de que haya un espacio entre manada y manada. Si encontráreis á mi hermano Esaú y os preguntare: —¿De quién eres; ó: á dónde vas; ó: de quién es esto que llevas delante de ti?—responderéis: Son presentes de tu siervo Jacob, que ha enviado á mi señor Esaú, y él mismo también viene en pos de nosotros, porque dijo: Le aplacaré con los presentes que van delante, y después le veré; quizá me será propicio».

Aquella noche durmió Jacob acampado aparte con su familia; y, puesto en pié ántes del alba, envió por delante á sus mujeres y sus hijos para vadear el río. Luego que se quedó solo, descendió un ángel en figura de varón, que luchó con él hasta la aurora. Mas, como no pudiese vencerle, tocóle en un muslo y le dejó cojo, diciendo en seguida: «Suéltame, que ya sube el alba». «No te soltaré (respondió Jacob) si no me bendijeres»; y se lo rogaba llorando. El ángel, después de preguntarle su nombre, desapareció bendiciéndole y pronunciando estas palabras: «De ninguna manera te llamarás Jacob, sino *Israel*; porque si contra Dios fuiste fuerte, ¡cuánto prevalecerás con los hombres!»

Así fortalecido, continuó Jacob su ruta, hasta que, alzando los ojos, vió venir á Esaú con su tropa; á cuyo aspecto dividió inmediatamente su familia en tres grupos, y, yendo al frente de to-

dos, se prosternó siete veces en presencia de su hermano. Pero Esaú corrió á estorbarle la acción en cuanto pudo, y, deshecho en lágrimas, le abrazó y besó repetidas veces, preguntándole al reparar en las mujeres y en los niños: «¿Quiénes son éstos? ¿Acaso te pertenecen á ti?» «Son los niños que Dios me ha dado á mi tu siervo», le dijo Jacob al mismo tiempo que, acercándose ellos, le saludaban con reverente rendimiento. «¿Y esas manadas que he tenido al encuentro, cuyas son?» volvió á preguntar Esaú. «Helas enviado para hallar gracia delante de mi señor». «Hermano mio (dijo entonces Esaú), tengo bienes muchísimos; sean para ti los tuyos». Pero Jacob repuso: «No quieras tal, te ruego, hermano mio; mas si he hallado gracia delante de tus ojos, acepta este don; recibe la bendición que te he traído, y que Dios, que da todas las cosas, me ha dispensado». Viniendo por fin en ello Esaú, aunque no sin gran resistencia, mostróse dispuesto á concluir el viaje con su hermano; mas como le manifestara éste que la poca edad de sus hijos y el cansancio de sus reses le forzaban á caminar más despacio de lo que á Esaú conviniera, separáronse con nuevas protestas de amistad, marchando Jacob á morar en la tierra de Canaan, y tornándose el otro por el camino que había venido.

VI. Cuando volvió de Mesopotamia el fundador de la estirpe de Israel, tenía doce hijos, á saber, once varones y una hembra. Llamábanse aquéllos Rubén, Simeón, Levi, Judá, Dan, Nefta-

li, Gab, Asser, Issacar, Zabulón y Josef, que era el menor y el único habido en Raquel. La hembra tenía por nombre Dina.

Jacob plantó sus tiendas á las inmediaciones de una ciudad llamada Salén, donde á poco tiempo sobrevino un triste acaecimiento, que le forzó á mudar de residencia. Sucedió, pues, que habiendo salido Dina cierto día á recorrer la vecindad sin noticia de su padre, dió en manos de un desatentado mancebo, que, bárbara é indignamente, la atropelló: supieron el hecho los hermanos de la víctima; y ardiendo en sed de venganza Simeón y Levi, echaron tras el culpable (cuyo nombre era Siquem), matáronle, juntamente con todos los varones de su parentela, y prendieron fuego á su ciudad, después de haberla entrado á saco. En el más alto punto rayó la aflicción de Jacob al saber estos sucesos. Henchido el corazón de amargura, afeó la bárbara conducta de sus hijos, que tan criminales se habían hecho ante el Omnipotente, como odiosos para con todos los pueblos comarcanos; y con fervorosas preces imploró luego el auxilio del cielo, que no le faltó en aquel apurado trance. Guiado, pues, por inspiración divina, trasladó sus tiendas á Bethel, lugar donde se le había mostrado en sueños la escala misteriosa; pero ántes soterró los ídolos quitados á los siquemitas, y purificó á toda su familia por medio de sacrificios; precauciones que pudo tomar holgadamente, porque sus enemigos, dominados de sobrenatural terror, no le siguieron el alcance.

En la primavera siguiente dió á luz Raquel un hijo llamado Benjamín; y, habiendo perdido la vida por la dificultad del parto, fueron depositados sus restos dentro de un sepulcro erigido por Jacob en el mismo lugar que, tiempos adelante, recibió el nombre de Belén.

Algo después, pasó Jacob al valle de Mambré, donde vivía su padre como peregrino, á semejanza de Abraham; y, asistiéndole con filial solicitud, moró en aquellas tierras veinte y tres años, hasta que, muerto el venerable Patriarca á los ciento ochenta de su edad, le dió Jacob, juntamente con su hermano Esaú, digna y piadosa sepultura.

CAPÍTULO III

PROMÉTESE EL CETRO DE JUDÁ HASTA EL ADVENIMIENTO DEL MESÍAS.—HISTORIA DE JOSEF.

- I. *Venden á Josef sus hermanos* (Año del mundo, 2276; antes de J. C., 1728.)—II. *Josef en Egipto. — Véndenle á Putifar, cuya mujer le calumnia. — Es encarcelado.* (Año del mundo, 2286; antes de J. C., 1718.)—III. *Explica Josef los sueños de dos criados del Rey.* (Año del mundo, 2287; antes de J. C., 1717), *y los del mismo Faraón.*—*Este le otorga su valimiento.* (Año del mundo, 2289; antes de J. C., 1715.)—IV. *Llegan á Egipto los hermanos de Josef.* (Año del mundo, 2297; antes de Jesucristo, 1707.)—V. *Segundo viaje de los hijos de Jacob á Egipto.* (Año del mundo, 2298; antes de J. C., 1106.)—VI. *Reconocen á Josef sus hermanos.* (Año del mundo, 2298; antes de J. C., 1706.)—VII. *Pasa Jacob á Egipto. — Su muerte y la de Josef.* (Años del mundo, 2298 á 2396; antes de J. C., 1635.)

I. Tanto por la candorosa inocencia que res-

plandecía en todas las acciones de Josef, cuanto por haberle engendrado en su ancianidad, profesaba Jacob particular amor á este privilegiado mancebo; de donde nació, según frecuentemente acontece, que sus hermanos le mirasen con envidia; pasión que, una vez apoderada del ánimo, crece sin consentir obstáculos, y en todo encuentra acomodado alimento. El haberlos, pues, reprendido su padre por algunas culpas graves que Josef no le pudo ocultar, y el haber regalado á éste, poco tiempo después, una túnica de ricos y variados colores, fueron causas bastantes para convertir en iracundo encono la oculta enemistad de aquellos desventurados; pero aún dió mayor impulso á su saña la revelación que Josef les hizo de dos sueños proféticos, concernientes á su engrandecimiento futuro. »Parecíame (les dijo primero) que estábamos atando gavillas en el campo, y que mi gavilla se levantaba y se tenía derecha; y que las vuestras, que estaban alrededor, se conservaban adorando á mi gavilla»; profecía harto clara de suyo, y que aún llegó á serlo más por medio de esta otra: «He visto en el sueño como que el sol, la luna y once estrellas me adoraban». «¡Cómo! (prorrumpieron ceñudos al oírle los once hijos de Jacob); ¿tratas de ser nuestro rey? ¿Estaremos sujetos á tu dominio?» Y hasta su padre le reprendía diciendo: «¿Qué significa ese sueño? ¿acaso yo, y tu madre y tus hermanos, hemos de adorarte sobre la tierra?» Mas, entre tanto que los once envidiosos se abandonaban á extremos propios de su baja pasión,

Jacob consideraba taciturno y maravillado el caso.

Predispuestos aquellos de tal manera, cierto día que habían salido hacia Siquem con sus ovejas, alcanzaron á ver desde lejos á Josef, que por encargo de su padre iba buscándolos; y, en cuanto le divisaron, se dijeron: «Mirad que viene el soñador. Venid, matémosle y echémosle en una cisterna vieja, y diremos: Una fiera le devoró; y veremos qué le aprovecharán sus sueños». Pero Rubén, el primogénito, ménos cruel que los otros, hizoles presente que, hallándose en un lugar tan solitario, no requería la necesidad que contaminasen con sangre sus manos, puesto que para deshacerse del mancebo bastábales arrojarle vivo en el algibe, donde seguramente moriría de hambre; palabras sugeridas por el deseo de volver luego en busca de Josef y restituirlo secretamente á su casa. Conformes en ello los demás, llevaron á cabo la idea, desnudando primero á su indefensa é inocente víctima; mas, á pesar de esto, no correspondió enteramente á los deseos de Rubén el éxito de su piadosa tentativa; porque acertando á pasar en tan mala sazón unos caminantes, que se dirigian á Egipto con mercaderías, tentados de repentina codicia aquellos endurecidos hermanos, tuvieron por mejor acuerdo sacar á Josef de la cisterna y venderlo á los mercaderes por veinte monedas de plata. Hecho así, tiñeron la túnica del mozo en sangre de cabrito, y se la enviaron á Jacob, ordenando á los emisarios que dijesen: «Esto hemos hallado; mira si es la túnica de tu hijo, ó no». Jacob, al recibirla,

rasgó sus vestiduras, y exclamó llorando amargamente: «La túnica es de mi hijo. ¡Una fiera muy mala se lo comió! ¡Una bestia devoró á mi Josef!» y aunque todos juntos procuraron mitigar su aflicción, él no quiso admitir consuelo alguno; y, cubierto con un cilicio, repetía sin cesar: «¡Hasta la muerte lloraré; descenderé á mi hijo, llorando hasta el sepulcro!»

II. De las manos de los mercaderes pasó Josef, en cuanto llegó á Egipto, á poder de Putifar, gran dignatario de la corte de Faraón y príncipe de sus ejércitos; y como en todos sus actos favorecía el Señor á aquel virtuoso joven, no tardó su amo en otorgarle gracia y autoridad omnimoda para que gobernase su palacio; siendo tan buena su fortuna, que sin entender aquel Príncipe, según las palabras de la Escritura, *en alguna otra cosa sino en el pan que comía*, vió desde entonces prosperar de inesperada manera, así sus predios urbanos, como sus haciendas campestres, gracias á la inteligencia y actividad de tan celoso mayordomo.

Era éste de hermoso aspecto y sumamente agraciado en todo su talante; dotes en que puso sus ojos, al cabo de algún tiempo, la esposa de Putifar, aficionándose á ellas con pasión más inconsiderada de lo que á su honra y á la de su marido conviniera; si bien una y otra hallaron, por fortuna, quien las preservase de todo menoscabo en el mismo Josef, que, tan virtuoso como leal, dijo así á su ama: «Bien ves que Putifar ha depositado tanta confianza en mí, que ni sabe lo que

tiene en su casa. No hay cosa alguna que no me haya entregado, á excepción de tí, que eres su mujer. ¿Pues cómo quieres que pague sus beneficios con tan grande maldad? Y, dado que pudiera hacerlo, ¿cómo puedo pecar contra mi Dios? ó, si le ofendiera, ¿dónde me libertaría de su mirada?»

Mas, lejos de tornar por esto á mejores sentimientos la criminal Princesa, importunaba desde entonces al mancebo con más solícita porfía; que tales frutos suele producir en espíritus soberbios el ejemplo de la castidad; hasta que, roto ya todo freno, aprovechó un momento en que se hallaba Josef ocupado á solas en las faenas de su cargo, para demandar abierta y desacordadamente un imposible triunfo á la violencia y la sorpresa. ¡Inútil cuanto vergonzosa tentativa! Para burlarla bastó á Josef huir, dejando en manos de aquella desenvuelta mujer la capa de que, fuertemente asida, había intentado sujetarle.

Cedió entonces, ¿y cómo no? la ceguedad de la Princesa á tan rudo sacudimiento; mas, para vengar su liviandad, alzóse al mismo tiempo dentro de su corazón otra pasión igualmente bastarda y no ménos impetuosa. Al verse despreciada por un humilde siervo, y al contemplar patente en sus manos el monumento de su ignominia, dictó el despecho á sus labios furiosas calumnias y amenazas, á cuyo ruido acudieron todos sus familiares. «¿Quién ha metido aquí á este hebreo (decía) para que hiciese irrisión de nosotros? Ha entrado á donde yo estaba; ha que-

rido atropellarme; alzé el grito, y oyó mi voz; y, soltando la capa, que yo tenía asida, salióse fuera». Y, cuando tornó su marido, que á la sazón se hallaba ausente, mostróle asimismo el ropaje con que falsamente atestiguaba su fidelidad, y le dijo, como ántes á sus criados: « Ha entrado á donde yo estaba ese esclavo hebreo, para hacer escarnio de mí, y he conservado la capa que aquí ves, en prueba de su perversidad y de mi inocencia ».

Putifar prestó excesivo crédito á estas pérfidas palabras, y encerró en la cárcel de los reos de Estado al hombre que de tan inminente peligro había salvado su honra; pero el Sér soberanamente Justo no desamparó á su siervo en tan critica ocasión; é hizo, por el contrario, que, ganándose Josef en breve tiempo la voluntad de su alcaide, obtuviera grandes alivios y distinciones, de las cuales fué una encargarle la custodia de los otros presos.

III. Aconteció, andando el tiempo, que enojado el Rey de Egipto con su copero mayor, y con el jefe de su panadería, les metió en la cárcel de Josef, donde cierta noche tuvo cada cual de ellos un misterioso sueño, en la forma siguiente. Parecióle al copero que se ofrecía á sus ojos una cepa de tres sarmientos, la cual iba creciendo prodigiosamente en flores y frutos; y que, tomando él la copa con que acostumbraba á ejercer su oficio, exprimía las uvas y presentaba el zumo á su señor. El panadero soñó, por el contrario, que llevaba en la cabeza tres canastillos de hari-

na , uno sobre otro ; y que en el canastillo más alto , lleno de todo cuanto se elaboraba por el arte de la panadería , daban furiosos picotazos las aves. Cavilosos , pues , ambos presos con tan extrañas visiones , y recelando que encerrasen algún sentido oculto , consultaron á Josef , quien , ayudado de divina inspiración , les respondió de esta manera : « Los tres sarmientos y los tres canastillos son aún tres días , al cabo de los cuales Faraón se acordará de su copero y le restituirá su gracia ; y al panadero le quitará la cabeza y le colgará en una cruz , y las aves despedazarán sus carnes ». « Solamente te ruego (dijo entonces al futuro favorito) , que te acuerdes de mí cuando tuvieres esta dicha y hagas conmigo misericordia , insinuando á Faraón que me saque de esta cárcel ».

Verificóse todo punto por punto , según lo indicaba la profecía de Josef ; y como con las mudanzas de la fortuna suelen cambiarse también los corazones , ya habia perdido el copero mayor hasta la memoria de su promesa , cuando , al cabo de dos años , se la refrescaron impensadamente otros dos sueños que tuvo el mismo Rey de Egipto. En el primero de ellos habia visto Faraón salir del Nilo siete vacas hermosas y muy gruesas , que se pusieron á pacer en lugares lagunosos ; hasta que , subiendo también del rio otras siete vacas flacas y consumidas , devoraron á aquellas cuya hermosura y lozania tanto le habian deleitado. De la propia manera creyó , durante su segundo sueño , que veia brotar en una

sola caña siete espigas llenas y robustas , y que otras siete delgadas y picadas de tizon devoraban toda la opulencia de las primeras. Como al venir la mañana convocase el Rey á los sabios y adivinos de su corte para pedirles , aunque sin fruto alguno , la interpretación de tan singulares ensueños , asaltó de improviso al copero mayor el recuerdo de su encarcelado amigo; y puesto éste al punto en presencia de Faraon , manifestó que las siete vacas hermosas y las siete espigas llenas significaban siete años de grande abundancia y fertilidad, que habian de venir sobre Egipto, á los que sucederian otros tantos años de esterilidad y hambre, representados por las espigas mezquinas y las vacas desmedradas. Por lo cual aconsejaba al monarca que escogiera un varón sabio é industrioso á quien poner por Gobernador de toda la tierra, á fin de que aprovechase los años de abundancia y se precaviera contra los de esterilidad, estableciendo pósitos bien surtidos en todas las ciudades del imperio.

Fueron tan de gusto de Faraón tales explicaciones y consejos, que, adoptando inesperadamente una gran determinación, dijo vuelto hacia sus magnates: «¿Por ventura podremos hallar otro varón que esté tan lleno del espíritu de Dios?» Y levantó hasta su privanza á Josef con estas palabras: «Tú seras sobre mi casa, y al imperio de tu boca obedecerá todo el pueblo ; solamente en el único solio del reino te precedere». En corroboración de ello , cambió a Josef su nombre por otro que en lengua egipciaca quiere decir *Salva*.

dor del mundo ; púsole su propio anillo real; vistióle una ropa de finísimo lino; le rodeó á la garganta un collar de oro , y le hizo subir en su carroza, gritando un pregonero delante de él que todos doblasen la rodilla y supiesen que era Gobernador de la tierra de Egipto.

Josef tenía á la sazón treinta años.

IV. Durante la fertilidad de los siete años, fueron tan acertadas y constantes las providencias que dictó el nuevo Gobernador para acopiar mieses, que, venido el tiempo de escasez, nunca faltó en Egipto pan , al paso que iba el hambre asolando cada vez más lastimosamente los territorios fronterizos. Si recurría á la corte en demanda de granos alguna población ménos bien repuesta, decía el monarca: «Id á Josef»; y abriendo éste sus pósitos , vendía á los hambrientos cuanto necesitaban , no sin extender muchas veces sus larguezas á los naturales de otras naciones.

La fama de esta rara generosidad cundió de pueblo en pueblo hasta los oídos de Jacob; y como cabalmente era la tierra de Canaán una de las más trabajadas por la carestia, dióse prisa aquel venerable Patriarca á despachar para Egipto con dinero abundante á todos sus hijos , exceptuando tan sólo á Benjamín, por ser el menor y el único que de Raquel le quedaba.

Llegaron, pues, á presencia del ofendido Josef aquellos diez hermanos , que por ruin manera habían querido estorbar , tantos años hacia ; su actual engrandecimiento; y, bien ajenos de cono-

cerle, se prosternaron humildemente á sus plantas. Al verlos en aquella actitud, agolpáronse á la mente del varón hebreo todos los sueños de su mocedad, y adoró dentro de sí las ocultas vías de la Providencia; pero venciendo por entonces el deseo de descubrirse á sus hermanos, hablóles con despego y aspereza, y aun indicó que los tenía en opinión de espías. «No es así, señor (dijeron ellos sincerándose); venido han tus siervos á comprar alimentos. Doce hermanos somos, hijos de un solo hombre en la tierra de Canaán; el más pequeño está con nuestro padre, y el otro no existe ya». «Voy ahora á hacer prueba de vuestra verdad (repuso á esta sazón Josef); ¡por vida de Faraón, que no saldréis de aquí hasta que venga vuestro hermano el más pequeño! Enviad uno de vosotros, y tráigalo; y los demás viviréis en prisiones hasta que se pruebe si es verdadero ó falso lo que habéis dicho».

Comenzó, en efecto, á cumplirse desde aquel instante la rigurosa sentencia; pero sólo por brevísimo espacio, porque Josef, cuyos planes eran muy diversos, sacóles á todos de la cárcel al tercer día con estas palabras: «Haced lo que he mandado y viviréis, pues temo á Dios. Si sois de paz, id y llevad los granos á vuestras casas, y traedme á vuestro hermano el más pequeño para que pueda acreditar vuestro relato; pero uno de vosotros quede acá atado en la cárcel». Reducidos ellos á la imprescindible necesidad de obedecer: «Justamente padecemos esto (se decían en su lengua) porque pecamos contra nuestro herma-

no , viendo la angustia de su alma , cuando nos rogaba y no le oíamos; por eso ha venido sobre nosotros esta tribulación»; y solamente Rubén les replicaba: «¿Por ventura no os dije: No que-
ráis pecar contra el muchacho; y no me escuchásteis? ¡ Ved cómo es demandada su sangre!» Josef , que prestaba atento oído , y , sin saberlo ellos , entendía todo cuanto hablaban , tuvo que apartarse disimuladamente para enjugar el llanto , que de sus párpados salía con irresistible impulso; mas no por eso desistió de sus propósitos , y , ántes al contrario , así que logró serenarse , mandó que fuese maniatado Simeón á presencia de todos los demás , y que á éstos se les despachara con provisiones abundantes , encargando , por último , á sus oficiales , que al llenar los sacos de trigo , metieran secretamente dentro de cada uno las monedas que por precio de la venta se hubiesen cobrado. Hecho todo así , tornaron por fin á Canaán los hijos de Jacob , menos el que quedaba en rehenes.

Grande fué la extrañeza con que , al abrir uno de los sacos en mitad de la jornada , notaron que iba dentro el dinero ; pero llegados á casa de Jacob , trocóse su sorpresa en verdadero asombro , cuando un escrupuloso registro les convenció de que sucedía lo propio en todos los demás costales. Solamente miró con indiferencia este fausto suceso el anciano y venerable Patriarca , cuya atención se reconcentraba toda en lo acontecido durante el viaje , y á cuyo corazón , dolorosamente conmovido ya por el encarcelamiento de uno

de sus hijos, se hacía imposible consentir en separarse de aquel que más amaba, para enviarlo á poder de Faraón. «Nó (decía); vosotros me habéis hecho estar sin hijos. Josef ya no existe, Simeón queda en prisiones, y queréis quitarme á Benjamín... Mi hijo no descenderá con vosotros; si le acaeciese algún desastre en la tierra á donde os encamináis, llevariais mis canas con dolor al sepulcro».

V. Arreciaba, sin embargo, el hambre en toda la comarca, y, acabados ya los acopios hechos en Egipto, menester fué que Jacob acordara enviar á sus hijos en busca de otras provisiones; tras de lo cual surgieron de nuevo, como era de temer, las dificultades relativas á la marcha de Benjamín, puesto que declaraban unánimes sus hermanos, y Judá muy señaladamente, que, sin llevarle, por ningún concepto osarian ponerse en presencia del Ministro de Faraón. «Yo me encargo del muchacho, decía Judá; demándalo de mi mano, y si no te lo volviere á traer, seré reo de pecado contra tí en todo tiempo». «Para desdicha mía (respondió Jacob suspirando), dijisteis en Egipto que aún teniais otro hermano. Mas si así es menester, haced lo que quisiéreis. Tomad en vuestras vasijas de los mejores frutos de la tierra, y llevad á aquel hombre presentes. Llevad también, con vosotros, el dinero que hallásteis en los costales, no sea que haya sucedido por yerro; y, en fin, tomad á vuestro hermano. Y mi Dios Todopoderoso os haga favorable á aquel hombre, y remita con vosotros á vuestro herma-

no, que tiene en su poder, y á este Benjamín. Yo quedaré aguardando aquí, como destituido de hijos».

Puestos, pues, en marcha, con dinero en doble cantidad que la vez anterior, y con regalos costosos para el favorito, no bien asentaron el pié en la corte de los Faraones, cuando se vieron detenidos y trasladados, sin explicación alguna, al palacio de Josef, que había dicho á su mayordomo: «Introduce en casa á esos hombres, y mata víctimas, y prepara un banquete, porque han de comer conmigo á medio día».

Ellos, que no podían atinar con el oculto móvil de su detención, llenáronse de sobresalto y congoja al verse presos, recelando si se pensaría en castigarlos por la sustracción del dinero hallado en sus costales; y, fijos en esta idea, comenzaron á justificarse, mostrando en abono de su dicho las monedas que llevaban prevenidas para reparar aquel involuntario yerro.

Pero el mayordomo de Josef les tranquilizó diciendo: «Paz con vosotros, y no temáis. Nuestro Dios, y el Dios de vuestro padre, pondría esos tesoros en los costales; porque el dinero que me disteis lo tengo yo en buena moneda»: y sin más tardanza les encaminó á donde pudiesen acomodar sus acémilas, dióles agua para los piés, y sacó á Simeón de su encierro. En esto llegó Josef, ante quien se postraron todos con humilde reverencia, ofreciéndole los dones que á prevención traían. Sonrióse él afablemente, y les preguntó: «¿Por ventura está bueno vuestro padre

anciano, de quien me hablásteis? ¿Vive todavía?» A lo que contestaron los diez hermanos: «Bueno está tu siervo, nuestro padre»: y acompañaron estas palabras como en nombre de Jacob, con otro profundísimo saludo. Reparando entonces en Benjamín, tornó á preguntar Josef: «¿Es este vuestro hermano el pequeño, de quien me hablásteis?» Mas, sin aguardar respuesta, le volvió precipitadamente la espalda, diciendo: «¡Dios misericordioso te proteja siempre, hijo mio!» porque al fijar la vista en el mancebo fué tanto lo que se enterneció, que se le saltaban las lágrimas de los ojos; y así, retirado á solas en otro aposento, lavóse el rostro y desahogó su corazón, hasta que, ya más sosegado, pudo salir; y mandando que le sirviesen, se sentó á la mesa con todos sus hermanos.

VI. Otro día por la mañana fueron despachados para Canaán los hijos de Jacob con sus acémilas; pero ántes habia dicho Josef secretamente á su mayordomo: «Llena de trigo los costales de ellos, cuanto pueda caber, y pon el dinero de cada uno en lo más alto del costal. Y en la boca del costal del más joven pon mi copa de plata encima del dinero que ha dado por el trigo». Así fué que, apenas se hubieron apartado algun trecho de la ciudad, cuando el mayordomo, corriendo tras ellos de orden de Josef, y dando gritos para que hicieran alto, les acusó de haber hurtado la copa de su señor.

Es indecible el asombro con que oyeron tales palabras. «Si el dinero que hallamos en lo alto

de los costales (decíanle angustiados), te lo volvimos á traer desde la tierra de Canaán, ¿cómo es consiguiente que hayamos hurtado de la casa de tu señor oro ó plata?... Cualquiera de nosotros en cuyo poder fuere hallado lo que buscas, muera, y los demás seremos esclavos de tu señor». «Hágase conforme á vuestra sentencia», respondió el mayordomo; y habiendo escudriñado los costales, se halló la copa en el de Benjamín.

A tal espectáculo, mudos de sorpresa y de pavor todos los hermanos, rasgaron desesperadamente sus vestiduras, y, cargando de nuevo las caballerías, tornaron cabizbajos á presencia de Josef, quien con severa voz les manifestó ser forzoso que la justicia quedase satisfecha; y que, por cuanto no aparecía allí otro culpable que aquel en cuyo poder se había encontrado la copa, aquel sólo sería el castigado.

Con trazas de piadosa, semejante resolución afligia más cruelmente que otra alguna á los hijos de Jacob, y sobre todos ellos á Judá, por ser quien con mayor empeño había intervenido en el aciago viaje de Benjamín. Puesto, pues, á las plantas del enojado Ministro, y obtenida su venia: «Sea (exclamó), sea yo propiamente tu esclavo; yo que salí fiador por él y me obligué diciendo: Si no le volviese á traer, reo seré de pecado contra mi padre en todo tiempo. Tómame, señor, por tu siervo, y vuelva á mi padre el muchacho, puesto que su vida está colgada de la de éste; porque al entregarnos á Benjamín nos dijo así: Vosotros sabéis que dos me parió mi mujer.

Salió el uno y dijisteis: Una fiera le devoró ; y hasta ahora no parece. Si lleváreis también á éste y le acaeciére en el camino algún azar , llevaréis mis canas con tristeza al sepulcro. ¿ Pues cómo podremos volver á tu siervo, nuestro padre, quedándose acá el muchacho, para que, al notar su falta, muera, y tengan tus siervos que llevar las canas de él con dolor al sepulcro? »

Tan vivas, tan penetrantes, tan derechas iban hiriendo estas palabras el corazón de Josef , que ya no pudo contenerse. Mandó, pues, á los egipcios que despejasen; y vuelto precipitadamente á donde sus hermanos estaban, lanzó un grito, que fué oído en todo el palacio , y dijo: « ¡ Yo soy Josef! ¿ Con que vive mi padre? » Mas viendo que, sobrecogidos ellos de espanto , no acertaban á responderle , endulzó el tono de su voz , y con frases de amor, y lágrimas , y sollozos , procuró infundirles confianza , ya fuese que aún no acabaran de creer lo que oían, ya que el terror causado por la presencia de su ultrajado hermano no les diera lugar á más suaves sentimientos. « Llegaos á mi (les decia). Yo soy Josef, vuestro hermano , á quien vendisteis para Egipto. No os asustéis, ni os parezca cosa dura el haberme enviado á estas regiones; porque por vuestra salud me envió Dios ántes que á vosotros; y no por consejo vuestro, sino por voluntad divina he venido acá. Apresuraos y subid á mi padre, y le diréis que Dios me ha hecho dueño de toda la tierra de Egipto, y que descienda sin detenerse y habitará cerca de mí con su familia; y le alimentaré (por-

que aún restan cinco años de hambre), para que no perezcan él ni su casa. ¿Qué dudáis? He aquí que vuestros ojos y los de mi hermano Benjamín están viendo con certeza que mi boca es la que os habla. Anunciad, pues, á mi padre toda mi gloria y todo lo que habéis visto en Egipto. Apresuraos y traédmele». Dicho esto, se dejó caer llorando sobre el cuello de Benjamín, y llorando igualmente Benjamín, abrazó á Josef; con cuyo ejemplo, alentados los demás, se atrevieron por fin á dirigirle la palabra, y á estrecharle arrepentidos entre sus brazos.

De allí á pocos días, vueltos á Canaán los once hermanos, con viveres abundantes y algunos carros destinados al transporte de toda la familia de Jacob, dijeron á éste: «Tu hijo Josef vive y manda en toda la tierra de Egipto». Y aunque apenas acertaba á creerlo el venerable Patriarca, convencido, en fin, al oírles relatar los pormenores del suceso, y al ver los carros y admirar los presentes que para él venían, exclamó, sintiendo robustecerse con nuevas fuerzas su postrado espíritu: «¡Bástame si todavía vive mi hijo Josef! ¡Iré y le veré antes que muera!»

VII. Para abandonar la tierra de Canaán quedábale á Jacob el recelo de contravenir las promesas divinas, conforme á cuyo tenor había de dominar su linaje, andando el tiempo, sobre aquella extensa comarca; pero el mismo Dios, que para cabeza de su pueblo le había escogido, desvaneció sus reparos, diciéndole: «No temas, y desciende á Egipto; porque allí te haré padre de una

gente grande , y bajaré contigo , y te traeré de allá cuando vuelvas».

Partióse , pues , para Egipto toda la prole de Israel, compuesta de setenta personas entre hijos y nietos , sin contar las hembras ; y habiéndose adelantado Judá, luego que atravesaron los límites del imperio, para avisar á su hermano , salió éste en opulenta carroza, hasta el lugar de Gessen, al encuentro de Jacob, á quien estrechó entre sus brazos con indecible ternura y alegría. «Ya moriré contento (exclamaba también aquel santo anciano), porque he visto tu rostro y te dejo vivo». Introducido después á presencia del monarca , que quiso saber su edad: «Cólmete de bendiciones Dios mi Señor (le dijo), y haga prósperos tus años. Los de mi peregrinación son ciento treinta, cortos y malos , y no han llegado á los años en que peregrinaron mis padres»; bien que aún vivió Jacob otros diez y siete en la feraz campiña de Gessen, donde le dió su hijo terrenos para establecerse.

Había ya jurado Josef , por formal exigencia del anciano , sacar sus restos de Egipto y trasladarlos al sepulcro que en la tierra de Canaán poseían sus mayores , cuando , sabedor de que se hallaba enfermo , tomó consigo á sus dos hijos Manasés y Efraim, y marchó á visitarle. Cobrando aliento Jacob con su llegada, sentóse sobre el lecho ; mas como la mucha vejez le había oscurecido la vista , preguntó sin conocer á sus nietos: «¿Quiénes son éstos?» y al responder Josef: «Son hijos míos , que el Señor me ha dado en

este lugar». «Acércamelos (le dijo), para bendecirlos». Cuando los tuvo en su regazo, distraído ya de lo que se proponía, los besaba y abrazaba con cariñosos extremos, que también hizo extensivos al padre con estas palabras: «Por la misericordia del Señor no he sido defraudado de tu vista en mi ancianidad; y demás de esto, Dios me consuela mostrándome á tus hijos». Viendo esto Josef, tomó los niños y los colocó á entrambos lados del moribundo, Manassés á la derecha, por ser el mayor, y Efraim á la otra mano; pero trocando las suyas al propio tiempo el venerable Patriarca, extendió la derecha sobre la cabeza de Efraim y la izquierda sobre Manassés, y pronunció la bendición siguiente: «¡El Dios en cuya presencia anduvieron mis padres Abraham é Isaac; el Dios que me mantiene desde mi juventud hasta el día de hoy; el ángel que me libró de todos los males; bendiga á estos niños!» Josef, que no sin sentimiento advirtió el trueque de las manos de su padre, trató de hacerle colocar la derecha sobre Manassés, y le decía: «Padre, no conviene así, porque este es el primogénito; pon tu derecha en su cabeza»; pero Jacob le contestó: «Lo sé, hijo mío; lo sé: Manassés ciertamente será también sobre pueblos; mas su hermano menor será mayor que él, y su posteridad crecerá en gentes».

Tras este solemne acto, congregó Jacob á todos sus hijos, y en la bendición particular que dió á cada uno, les anunció lo que había de acontecer á su descendencia, dirigiendo á Judá, que era el

cuarto hermano, estas memorables palabras: «Cachorro de león, Judá, á la presa subiste, hijo mío; reposando te acostaste, como león; ¿quién osará tocarle? *No será quitado de Judá el cetro hasta que venga EL QUE HA DE SER ENVIADO, y será la espectación de las gentes*» (1).

Satisfechos así los deseos de su corazón, ya nada quedó por hacer al santo Patriarca, sino aguardar silenciosa y apaciblemente la hora de su eterno descanso; y, luego que hubo fallecido, mandó Josef embalsamar el cadáver, y lo llevó, en compañía de todos sus hermanos, á la tierra de Canaán, para sepultarlo en la cueva de dos senos, donde yacian Abraham é Isaac con sus dos esposas.

Pese á las muchas muestras de afectuosa bondad que Josef les habia dado, todavia angustiaba á los otros hijos de Jacob el amargo recuerdo de sus culpas; y, temiendo al verse ahora de vuelta en Egipto, que en la mente de su hermano se despertasen los antiguos resentimientos, echaronse de nuevo á sus piés, con señales de sincero dolor, y le pidieron perdón en nombre de su padre. Tan propicio se mostró Josef á estos ruegos, que no sólo perdonó, sino que disculpó su crimen, y así les dijo: «Desechad todo temor; ¿podemos acaso resistir á la voluntad de Dios? Vosotros pensásteis mal contra mí; mas Dios lo con-

(1) Esta célebre profecía de Jacob determina exactamente la época en que debía aparecer el Redentor del mundo.

virtió en bien para ensalzarme , como lo véis al presente, y para hacer salvos á muchos pueblos. Por tanto , cobrad ánimo ; yo os mantendré á vosotros y á vuestros niños».

Vivió , pues , en Egipto toda la casa de Jacob protegida por Josef, hasta que falleció éste de edad de ciento y diez años (2369 del mundo), diciendo á sus hermanos: «Después de mi muerte, Dios os asistirá y os hará subir de esta tierra á la tierra que prometió dar á Abraham , y á Isaac, y á Jacob. Juradme que llevaréis mis huesos con vosotros de este lugar». En cumplimiento de cuya orden fué embalsamado su cadáver y puesto en una caja para trasladarle á la tierra de Canaán , cuando pluguiese al Señor llevar allá á su pueblo (1).

CAPÍTULO IV

HISTORIA DE JOB

I. *Virtudes, trabajos y paciencia de Job.*—II. *Visitante tres amigos suyos.*—III. *Pensamientos de Job acerca de sus trabajos.*—IV. *Acusado de graves culpas, defiende su inocencia.*—V. *Da el Señor á Job el doble de lo que le habia quitado.*

I. Por el mismo tiempo en que murió Josef, había en la tierra de Hus, próxima á la Idumea, un varón de la raza de Esaú, llamado Job, el cual demostraba con su santa vida que para ado-

(1) Josef, salvador de Egipto, fué durante toda su vida la figura más admirable de N. S. J., Salvador del mundo.

rar al verdadero Dios no eran obstáculos insuperables, ni el pertenecer á otro linaje que el de Jacob, ni el morar entre gentiles.

Tenia á su devoción innumerables siervos; poseía siete mil carneros, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes y otras tantas de asnos; y, en suma, Dios había derramado tan profusamente bendiciones sobre su cabeza, que se le creía el varón más opulento entre todos los orientales; por lo que llevaba puesta en la frente una diadema, y á sus amigos se les señala con el nombre de *Reyes* en el libro de Tobías. Pero en medio de esta grandeza, Jacob era hombre sencillo, recto y temeroso de Dios; de gran caridad para con todo indigente y afligido, y padre celoso y amante de los diez hijos, siete varones y tres hembras, con que el Señor había bendecido su matrimonio.

Para atestiguar ante los hombres que nada hay duradero en este mundo, y que la Providencia, señora de cuanto existe, aflige algunas veces á los justos de la propia manera que castiga á los pecadores, el Soberano Criador de cielo y tierra permitió á Satanás que tentase á Job, despojándole de todos sus bienes. Vinieron, pues, á noticiarle en un mismo día, que los árabes habían dado muerte á sus siervos, robándoles los bueyes y los asnos; que el fuego del cielo había consumido á los carneros con sus pastores; que unos ladrones de Caldea se habían llevado los camellos; y que la habitación de sus hijos se había desplomado, cogiéndoles debajo á todos. Al reci-

bir aquel santo hombre , una sobre otra , tales noticias, rasgó sus vestiduras y se postró en tierra diciendo: «Desnudo sali del vientre de mi madre , y desnudo volveré allá: el Señor lo dió, el Señor lo quitó; como agradó al Señor, así se ha hecho: bendito sea el nombre del Señor».

Exasperado de tanta resignación el príncipe de las tinieblas , y de la propia manera que se presenta un ciego delante del sol , sin poderle ver, así compareció en presencia del Altísimo: «¿Has reparado (le dijo éste), en mi siervo Job, que no hay semejante á él en la tierra, varón sencillo, y recto y temeroso de Dios, y que aún conserva su inocencia? En vano me has incitado contra él para que le afligiese». A lo que respondió Satanás: «Piel por piel , y todo cuanto el hombre tiene, dará por si mismo. Pero extiende tu mano y toca su carne y sus huesos, y entonces verás si te maldice ó no». «Hélo ahí , pues ; en tu mano está (díjole el Señor) : atormenta su persona , á condición de que guardes su vida». En virtud de esta autorización , saliendo Satanás de la presencia de su Soberano Dueño, afligió á Job con una úlcera horrible, que le cubría desde la planta de los piés hasta lo alto de la cabeza. Y como nada quedaba al santo varón de su opulencia antigua, sentado en un estercolero, por falta de mejor cama, se raía la podredumbre de la llaga con un casco de teja. De todos sus parientes solo había permanecido con él su mujer, cuyas frívolas expresiones, lejos de proporcionarle alivio, tiraban á despertar en su pecho sentimientos de impa-

ciencia y desesperación. «¿Aún te estás en tu simplicidad? le decía. ¡Bendice, bendice á Dios, y muérete?» Pero Job respondia inalterable en su sumisión á la voluntad del cielo: «Como una de las mujeres necias has hablado. Si de la mano de Dios hemos recibido los bienes, ¿por qué no recibiremos los males?»

II. Cuando ya no parecía posible que se aumentasen los trabajos de Job, le fué enviado otro ménos tolerable acaso que todos los anteriores; porque, dolidos de su estado, pasaron á visitarle tres amigos, mencionados en la Escritura con los nombres de Elifaz, Baldad y Sofar; hombres imprudentes, que, en vez de atenuar sus desgracias, las agravaron con toda especie de sospechas infundadas é injustas acriminaciones. No quedaba al santo varón, en medio de tan grandes cuitas, otro refugio que el testimonio de su conciencia; y ese consuelo precisamente fué lo que sus amigos trataron de arrebatarle, afirmando que, para haberle castigado el Señor tan ejemplarmente, era forzoso que hubiese cometido crímenes enormes.

«Yo ví (dijole uno), yo ví al impio con firmes raíces, y al punto maldije su belleza. Y exclamé al mirarle: Sin salud verá sus hijos, y su miés comerá el hambriento, y á él mismo le arrebatará el armado, y los sedientos beberán sus riquezas. —No viene de la tierra el dolor, y nada pasa en ella sin motivo; ántes bien he visto que lós que obran iniquidad y siembran dolores y los siegan, perecieron al soplo de Dios y fueron consumidos

por el aliento de su ira. El ave nace para volar, y el hombre para los trabajos. Por eso, si viniere sobre mí el azote de Dios, lejos de flaquear y de turbarme, rogaría al Señor, y á Dios volvería mi habla; el cual hace cosas grandes é investigables y maravillosas sin número, y á los tristes levanta con salud, y al pobre saca de la mano del violento. ¡Bienaventurado el hombre á quien Dios, por si mismo, corrige! No desprecies, pues, la corrección del Señor, porque Él mismo hace la llaga y da la medicina; hiere, y sus manos curarán».

Job respondió: «¿Luego vosotros solos sois hombres, y con vosotros morirá la sabiduría? Pues yo también tengo sentido como el vuestro; porque, eso que me decís, ¿quién hay que lo ignore? Mas á Dios invocará el que es escarnecido por sus amigos, y á él le oirá el Señor, que no quiere ver escarnecida la sencillez del justo. ¡Aliñáis discursos para reprenderme, y os arrojáis sobre un huérfano, y os esforzáis en trastornar á vuestro amigo! Consoladores gravosos sois vosotros; ¡ojalá calláseis para que fuerais tenidos por discretos! No obstante, acabad lo que habéis comenzado; estadme atentos, y ved si digo mentira.

«Dios es sabio de corazón y fuerte de brazo: ¿quién le resistió y tuvo paz? Milicia es la vida del hombre sobre la tierra, y tentación continua; y como días de jornalero son sus días. ¡Dios mío! yo tuve meses sin fruto, y noches trabajosas conté para mí. Pequé; ¿qué haré para conti-

go, oh guardador de los hombres? Pero acuérdate que mi vida es viento; perdóname, que nada son mis días. ¿Qué cosa es el hombre para que le engrandezcas, ó por qué te dignas de poner en él tus miradas? Que como flor sale y al punto es ajado, y huye como sombra, y jamás permanece en la misma condición; ¿y tienes por cosa digna abrir tus ojos sobre este tal y traerle á juicio contigo? ¿Quién puede ser puro delante de tí? ¿Quién puede hacer limpio al que en pecado fué concebido? ¿Quién, sino tú, que eres solo? Breves son los días del hombre; en tí está el número de sus meses: has establecido sus términos, más allá de los cuales no podrá pasar: y cuando durmiere, después de la muerte, no resucitará hasta que el mundo sea consumido. Acuérdate de mí, Señor, pues yo sé que en el último día he de ser rodeado de mi piel, y en mi carne veré á mi Dios: esta esperanza me sostiene.

»La plata tiene un principio, que son sus venas, y el oro tiene un lugar donde se fragua; mas la sabiduría, ¿en dónde se halla? ¿Y cuál es el lugar de la inteligencia? Su precio no conoce el hombre, ni se halla en la tierra de los que viven deliciosamente. Escondida está á los ojos de los vivientes; la perdición y la muerte dijeron: *Hemos oído su fama*. Pero Dios sólo entiende su camino, y Él es el que sabe el lugar de ella. Él, que dió peso á los vientos y pesó las aguas con medida; cuando prescribía ley á las lluvias y camino á las tempestades ruidosas, entonces la vió, é investigó y dijo al hombre: *El temor del Señor, esa es la*

Sabiduría; y el apartarse de lo malo, la inteligencia.

»Viven los impíos, son ensalzados y crecen en riquezas. Sus casas están sin temor y en paz; su vaca concibió y no abortó; salen como á manadas sus niños, y saltan y juguetean. Ellos dijeron á Dios: *Apártate de nosotros, que no queremos la ciencia de tus caminos.* Mas aunque pasan en medio de bienes sus días, en un punto descienden á los infiernos. ¡Lejos sea de mí su consejo! ¡Cuántas veces fué apagada la antorcha de los pecadores, y fueron delante de Dios como las pajas delante del viento y como la pavesa, que esparce un torbellino! Uno muere robusto y sano, y rico y feliz; y otro muere en amargura de alma sin algunos bienes; y con todo eso, dormirán juntos en el polvo, y gusanos los cubrirán; pero para el día de la perdición es reservado el malo, y al día del furor será conducido.

III. »Mi alma tiene tedio de mi vida. Las saetas del Señor en mí están, cuya indignación apura mi espíritu; y espantos del Señor militan contra mí. Como por muro roto y puerta abierta se arrojaron calamidades sobre mí, y soy comparado al lodo, y soy asemejado al polvo y á la ceniza. Clamo á ti, Dios mío, y no me oyes: estoy presente, y no me miras: esperaba bienes, y viniéronme males: aguardaba luz, y sobreviniéronme tinieblas. Mis entrañas hierven sin reposo; denegrida está mi piel sobre mí, y, á causa del grande ardor, se secaron mis huesos. Me han abominado los que en otro tiempo eran mis con-

sejeros, y aquel á quien más amaba, me ha vuelto las espaldas. A mi siervo llamé, y no me respondió: ¡por mi propia boca le rogaba!—A la podredumbre he dicho: Mi padre eres tú.—Mi madre y mi hermana sois, he dicho á los gusanos. ¡Apiadaos de mí, apiadaos de mí, siquiera vosotros mis amigos, porque la mano del Señor me ha tocado! Y tú, Señor, no quieras condenarme; tus manos me formaron todo en contorno; ¿y tan de repente me despeñas? Acuérdate, te ruego, que como barro me hiciste, vida y misericordia me concediste, y tu visita custodió mi espíritu. Si pequé, y me diste lugar de penitencia, compadécete de tu siervo: ¿por qué no permites que yo sea limpio de mi iniquidad? ¿Por ventura el corto número de mis días no acabará en breve? Dejame, pues, que llore un poquito mi dolor, ántes que vaya á la tierra cubierta de oscuridad de muerte. Señor, á lo ménos dos cosas te pido: que alejes tu mano de mí, y no me asombres con el terror de tu poder, Muéstrame mis maldades y delitos. ¿Por qué escondes tu rostro y me cuentas por enemigo? Contra una hoja que es arrebatada del viento, haces alarde de tu poderio, y persigues á una paja seca; y me quieres consumir por los pecados de mi juventud: á mí, que mañana seré podredumbre y como vestido apolillado.

»Moriré, sí; mas yo sé que vive mi Redentor, y que en el último día he de resucitar de la tierra. Y en mi carne seré delante de mi Dios, á quien he de ver yo mismo, y mis ojos lo han de

mirar, y no otro. Esta mi esperanza está depositada en mi pecho.

»Testigos falsos se levantan para contradecirme en mi cara; el enemigo recogió su furor, y, amenazándome, rechinó sus dientes; con ojos terribles me miró; y esto he sufrido sin maldad de mis manos, cuando ofrecia á Dios limpios mis ruegos. Pero he aquí que el testigo de mi inocencia está en el cielo, y en las alturas el que me conoce. De los amigos que me ofenden apelo con lágrimas á mi Dios, en quien espero. ¡Librame, Señor, y ponme cerca de tí; y la mano de quien quiera, pelee contra mí!»

IV. Por más que admirasen la paciencia de Job, no llevaban á bien sus amigos que insistiera tanto en defenderse; y habiéndole repetido que solamente á sus crímenes debía atribuir los males que le aquejaban, dijo en respuesta aquel santo varón: «¡Quién me diera poder hallar á Dios y llegar a las gradas de su trono! Expondría ante él mi causa, y llegaría á victoria mi juicio. Porque el Señor sabe mi camino, y me ha acrisolado como el oro que pasa por el fuego. Sus pisadas siguió mi pié; sus vías he guardado; de los mandamientos de sus labios no me aparté, y en mi seno escondí las palabras de su boca. Siempre sentencié á favor del agraviado y del huérfano que no tenía quien le ayudase. La justicia, como manto y corona real, resplandecía en mis acciones: ojo fui para el ciego, y pié para el cojo: y estando sentado como un rey, rodeado de gente armada, era, no obstante, el consolador de

afligidos. Hice concierto con mis ojos de ni aun siquiera fijarlos en una doncella; porque si esto no hubiera hecho, ¿qué parte tendría Dios en mí, y qué heredad el Omnipotente desde las alturas? ¿Por ventura no perderá El al malvado y no enajenará de Sí á los que obran con injusticia? Péseme Dios en balanza justa, y conozca mi sencillez. Mis pasos no se desviaron del camino; mi corazón no siguió á mis ojos; y no se apegó mancilla á mis manos.

»Nunca me desdeñé de entrar en compostura con mi siervo y con mi sierva, cuando pleiteaban contra mí; porque el que á mí me hizo, le hizo á el también, y uno fué nuestro padre. No me negué al menesteroso, ni me aguardó en vano la viuda desamparada, ni comí bocado en que al huérfano no le cupiese parte. Jamás desprecié al desnudo que iba á perecer; con los vellones de mis ovejas se abrigó, y me bendijeron sus costados. Hospedé al peregrino, y me abstuve de alzar la mano contra el débil; porque temi á Dios como á olas hinchadas sobre mi cabeza. Y decia: En mi nidito moriré, y como la palmera multiplicaré los dias.—Mas si puse mi alegría en mis muchas riquezas y dije al oro más acendrado: Mi confianza eres;—si me holgué de la ruina de aquel que me aborrecia y me regocijé del mal que le vino; si permití que pecase mi garganta demandando con imprecaciones la muerte de mi enemigo; si encubri como hipócrita mi pecado, y oculté en mi seno mi iniquidad; mi hombro se desprenda de su coyuntura, y mi brazo se quiebre con sus huesos».

No replicaron á estas palabras los tres amigos; pero otro interlocutor, mancebo, que tenia por nombre Eliú, acudió vivamente á la conversacion, y sostuvo, en una larga plática, que la virtud de Job era soberbia é hipocresia; que sus amigos carecian de arrojo y ciencia, puesto que no acertaban á responderle; y que él, á pesar de su mocedad, estaba dotado de bastante cordura para justificar los caminos de Dios y enseñarles sabiduria á todos.

V. Hizo entonces el Señor oír su voz desde un torbellino; y, hablando con Job, ó, por mejor decir, con todos aquellos que tratan de entender las impenetrables vías de la Providencia, le mostró en parangón la pequeñez del hombre con la Omnipotencia divina; á cuyos soberanos acentos, humillándose el piadoso Patriarca, «Señor (exclamó), sé que todo lo puedes, y que ningún corazón se te esconde. ¿Quién será, pues, tan necio que pretenda usurparte la sabiduria y encubrirte su pensamiento? Por esto yo confieso que he hablado en demasia, y lo que sin comparación excedia mi ciencia. Mas dignate de oirme, y hablaré; dignate de responderme para que me instruya, y te preguntaré. De oidas te conocia hasta ahora, Señor; mas al presente te veo delante de mí, y con tu luz has disipado la ignorancia de mi alma. Y por esto yo me condeno á mi mismo, y haré penitencia envuelto en pavesa y ceniza».

Dijo después el Señor á Elifaz: «Mi furor se ha airado contra ti y tus dos amigos, porque no habéis hablado delante de mí lo recto,

siervo Job. Tomad, pues, siete toros y siete carneros, e id á aquel á quien habéis ofendido, y ofrecédmelos en holocausto, para que Job interceda por vosotros, á fin de que no os sea imputada vuestra imprudencia».

Cumplido religiosamente este precepto, acogió el Altísimo con benignidad las súplicas de Job en favor de sus tres amigos; y queriendo recompensar asimismo la constancia de aquel justo varón, le devolvió la salud, hizo fecundo otra vez su matrimonio, y le dió doblados bienes de los que había perdido, á saber: catorce mil carneros, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y otras tantas de asnos: después de lo cual vivió el santo Patriarca de Hus ciento y cuarenta años, viendo los hijos de sus hijos hasta la cuarta generación, y volviendo en paz y virtud al seno del Todopoderoso.

CAPÍTULO V

INSTITUCIÓN DE LA PASCUA.—MOISÉS EN EGIPTO.

—

I. *Nacimiento y educación de Moisés.* (Año del mundo, 2133; antes de J. C., 1571.)—II. *Su vocación.*—*La zarza ardiendo* (Año del mundo, 2519; antes de J. C., 1491.)—III. *Plagas de Egipto.* (Año del mundo, 2513; antes de Jesucristo, 1491.)—IV. *Cordero pascual.*—*Muerte de los primogénitos.*—*Salida de Egipto.* (Año del mundo, 3513; antes de J. C., 1191.)

I. En tanto que daba Job á los idumeos estos insignes ejemplos de virtud, acrecentada rápida-

mente la familia de Israel y convertida ya en pueblo numeroso, era, entre los egipcios, otro testimonio más de la inestabilidad de las cosas humanas; porque de su prosperidad en tiempos de Josef, habían descendido los hebreos á tan dura servidumbre y postración tan absoluta, que, no contentos los monarcas de aquella tierra con quitarles la libertad, obligándolos á emplearse en la fabricación de ladrillos y otras faenas serviles, ordenaron que fuesen muertos por las mismas parteras de su raza todos los niños israelitas en el acto de nacer; bárbara ley, que, trocando las mujeres en verdugos, sobrepujaba todos los límites de la ferocidad; y que, acreditada de imposible en la práctica, fué luego abolida por otra, según la cual, debían ser echadas en el Nilo aquellas infelices criaturas.

Por entonces dió á luz una hebrea llamada Jocabed, mujer del levita Amram, un niño de tan singular hermosura, que á toda costa resolvieron sus padres salvarle la vida; mas como, transcurridos los tres primeros meses, fuera ya imposible guardar el conveniente secreto, determinaron fiarle á la Divina Providencia, colocándole en una cestilla de juncos calafateada con betún y pez, y dejándole á la orilla del río, en un carrizal, aunque de orden de Jocabed se quedó á lo lejos otra hija suya, nombrada María, para observar lo que ocurriera. Llegó, horas después, á bañarse en el Nilo, con algunas doncellas de su séquito, una princesa de sangre real, hija de Faraón; divisó la cestilla entre los cañaverales, y,

habiéndola mandado recoger, fué grande su compasión cuando halló dentro aquella hermosa y desvalida criatura. Viendo esto Maria, que ya para entonces se había aproximado, la preguntó: «¿Quieres que vaya á llamarte una mujer hebrea que pueda criar al niño?» y en el momento marchó en busca de su madre, á quien dijo la Princesa: «Toma ese niño, y criámelo, que yo te pagaré tu salario». Hizolo así Jocabed; y cuando entregó al tierno infante, ya criado, en poder de la hija de Faraón, tomóle ésta por suyo, dándole el nombre de Moisés, que significa *sacado de las aguas*.

Moisés pasó en la corte los primeros cuarenta años de su vida, tenido en calidad de hijo adoptivo del monarca, y dado al estudio de todas las ciencias de los egipcios, hasta que, no pudiendo mirar sin lástima cuán diversa de su suerte era la de sus correligionarios, salióse de palacio y se reunió con las tribus de Israel. Poco después de esto, acaecióle ver á cierto egipcio golpeando inhumanamente á un hebreo; y, encendido en ira, dió muerte al agresor y le enterró en la arena. Pero como á la otra mañana hallase dos israelitas riñendo, y dijese al uno: «¿Por qué das golpes á tu prójimo?» le respondió el hebreo: «¿Quién te ha puesto á ti por juez sobre nosotros? ¿Quieres, por ventura, matarme, como mataste ayer al egipcio?» Por donde vino á temer Moisés que alguien le delatase, y se acogió huyendo á la tierra de Madián, que estaba en Arabia. Habiéndose allí sentado á descansar junto á un pozo, quiso

la suerte que llegasen al mismo sitio para abrevar sus rebaños siete doncellas, hijas de cierto sacerdote llamado Raguel ó Jethró, á cuyo tiempo sobrevinieron unos pastores que las echaron; pero el prófugo israelita tomó su defensa con tales bríos, que, ahuyentados en breve los atropelladores, pudieron ellas usar del pozo con toda libertad; acción que premió Jethró dando á Moisés en matrimonio una de las muchachas, que tenía por nombre Séfora, y encomendándole la guarda de todo su ganado.

II. Durante el transcurso de otros cuarenta años, poco más ó ménos, que pasó Moisés con los madianitas, continuaron gimiendo los hijos de Israel bajo la dura opresión de Egipto; hasta que, apiadado por fin el Señor de sus largos padecimientos, acordóse de la alianza concertada con Abraham, Isaac y Jacob, y resolvió libertarlos.

Cierto día, pues, que habia ido el varon israelita con las ovejas de su suegro Jethró á lo interior del desierto, cerca del monte Horeb, sorprendióle de improviso el extraordinario brillo de una zarza, que ardia sin consumirse; y avanzaba ya para averiguar el origen de tan singular fenómeno cuando oyó una voz que, saliendo de entre las llamas, le decía: «Moisés, Moisés, no te acerques acá; desata el calzado de tus plantas, porque el lugar en que estás, tierra santa es. Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob».

Cubrióse Moisés el rostro al oír tales palabras,

y la voz continuó así: «He visto la aflicción de mi pueblo y he oído su clamor; ven, y te enviaré á Faraón para que saques de Egipto á los hijos de Israel». «Señor (dijo entonces el aterrado hebreo), ¿quién soy yo para ir á Faraón y sacar á los hijos de Israel de Egipto?» A lo que respondió el Omnipotente: «Yo estaré contigo: esto tendrás por señal de que te he enviado». Mas tornó á decir Moisés: «He aquí que yo iré á los hijos de Israel, y les diré: El Dios de vuestros padres me ha enviado á vosotros. Pero si me dijeren: ¿Cuál es su nombre? ¿qué les responderé?» «YO SOY EL QUE SOY (sonó la voz); de este modo dirás á los hijos de Israel: EL QUE ES me ha enviado á vosotros; el Señor Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el cual ha resuelto sacaros de la aflicción de Egipto á una tierra buena y espaciosa; á una tierra que mane leche y miel».

«Pero no oirán mis palabras (repuso aquel piadoso israelita), ni me creerán si les dijere: Se me ha aparecido el Señor». Habiéndole entonces ordenado Este que soltase la vara que en la mano tenía, al punto que tocó el suelo la vió convertirse en serpiente. Amedrentado Moisés, iba á huir, cuando le dijo el Todopoderoso: «Extiende tu brazo y tómalala por la cola»; y, hecho así, la vara recobró su sér. Luego le fué mandado que escondiese la mano bajo su túnica, y al sacarla hallóla cubierta de lepra. Volvió á esconderla, y quedó limpia. «Para que vean (prosiguió la voz) que se te ha aparecido el Dios de tus padres; si no die-

ren oídos al lenguaje de la señal primera, creerán la palabra de la señal segunda. Y si ni aún así dieren crédito á estas señales, toma agua del río y derrámala en tierra, y cuanta sacares se convertirá en sangre». «Considera, Señor (repetía Moisés), que soy tartamudo y pesado de lengua»; pero el Señor le preguntó: «¿Quién hizo la boca del hombre, ó quién formó al mudo y al sordo, al que vé y al ciego? ¿Por ventura no soy Yo? Pues anda, y yo estaré en tu boca, y te enseñaré lo que has de hablar». Y como aún insistiese el humilde hebreo, diciendo: «Ruégote que envíes al que debas enviar»; le fué contestado: «Aarón, tu hermano, el Levita, sé que es elocuente; pon mis palabras en su boca, y él será tu boca y hablará por ti al pueblo; mas tú serás para él en las cosas que pertenecen á Dios».

De allí, pues, marchó Moisés á despedirse de Jethró para pasar á Egipto, donde le esperaba ya su hermano, que de todo lo acaecido había tenido celestial aviso; y comunicado el caso por Aarón á los ancianos de Israel, obró Moisés ante ellos maravillas tales, que á nadie pudo quedar duda de que por fin había oído propicio el Señor los lamentos y las súplicas de su oprimido pueblo.

III. Fué la primera diligencia de entrambos hermanos reclamar del monarca egipcio que autorizase á los israelitas, en nombre de su Dios y Señor, para ir al desierto á ofrecerle sacrificios; pero Faraón se redujo á contestar: «¿Quién es el Señor, para que obedezca á su voz y deje ir á Is-

rael? No conozco al Señor, ni dejaré ir á Israel»: y desde aquel punto mandó tratar á los hebreos con doblada dureza, porque decia: «Quieren holgar, y por esto alzan el grito clamando: *Vamos, y ofrezcamos sacrificios á nuestro Dios*».

Ordenóseles, por tanto, que al fabricar los ladrillos, fuese de su cuenta en lo sucesivo el buscar los materiales necesarios; y, si por cumplir con esta pesadísima condición, no podían entregar hecha cada día la tarea que ántes tenían por costumbre, castigabase con la mayor crueldad á los capataces del pueblo, sobre quienes vigilaban incesantemente los exatores egipcios, ministros inmediatos de las órdenes de su Rey. Y en vano se quejaron á éste los agraviados, porque Faraón les decia desdeñosamente: «Estáis holgando; andad y trabajad»: de donde nació que, viéndose los capataces faltos de todo arrimo, y expuestos á diarias tropelias, prorrumpiesen en amargas querellas contra Moisés, y hasta se negasen á atenderle cuando en nombre de Dios trató de sostener su abatido espíritu.

Llegadas ya las cosas á tal extremidad, habló el Soberano Autor de todo lo criado al caudillo de su pueblo, en estos términos: «Te constituyo Dios de Faraón, y Aarón será tu Profeta. Comunicarás con éste todas las cosas que yo te mandare, y él dirá á Faraón que deje ir á los hijos de Israel á su tierra. Pero el corazón del Rey se endurecerá, y por eso multiplicaré mis señales y mis portentos; y puesta mi mano sobre la tierra de Egipto, sacaré de ella mi ejército y pueblo,

los hijos de Israel , con juicios muy grandes. Y sabrán los egipcios que yo soy el Señor».

Y, en efecto, aunque Moisés y su hermano llevaron á cabo en presencia del Rey los más prodigiosos hechos para probar de un modo fehaciente el divino impulso á que obedecían , tanto se infatuó aquel Monarca con el dictamen de sus sabios y de sus hechiceros , que no hubo forma de que consintiera en poner término á la esclavitud de los israelitas ; dando así lugar á las terribles calamidades que devastaron su imperio, y que designa la historia con el nombre de *las plagas de Egipto*.

Fué la primera, convertirse las aguas potables en sangre, con muerte de los peces y gran corrupción y fetidez en los ríos. La segunda, invadir y contaminar una innumerable multitud de ranas todos los lugares habitados. La tercera, encapotarse la atmósfera con bandadas de cinifes, que acosaban furiosos á hombres y á brutos. La cuarta plaga fué de moscas, cuyo maligno influjo no alcanzó á los israelitas; y la quinta consistió en una horrible peste, que, perdonando los ganados del pueblo de Dios , acabó con cuantos poseían los egipcios. Siguióse á esta peste otra de úlceras y vejigas enconadas, igualmente mortíferas para los hombres y para los irracionales. La séptima calamidad fué un granizo espantoso , y la octava una nube de langostas, que, ocupando todas las campiñas , destruyeron lo que se había salvado del furor de la tormenta. En la plaga novena se oscureció Egipto durante tres dias con

pavorosas tinieblas , por entre las cuales trasmítia, sin embargo , el sol la claridad de sus rayos hasta los hebreos.

Pero, á pesar de tantos castigos, aún no se humillaba el corazón del Monarca , pronto siempre á prometer cuando el azote de Dios le afligia , y remiso para cumplir, luego que cesaba el peligro, con sus ofertas y las oraciones de Moisés ; por lo que pareció necesario á la justicia divina hacer un escarmiento tan ejemplar, que ya no pudiera resistirse á su terrible elocuencia la altivez de aquel Rey mal aconsejado.

IV. Vista, pues, la inutilidad de las últimas tentativas para vencer al empedernido Faraón, ordenó el Señor á Moisés y á su hermano que dijesen á los israelitas: «Tome cada uno por su familia y casa un cordero de un año, macho, y sin mancha , y tendréislo guardado hasta el día catorce de este mes; y toda la multitud de los hijos de Israel lo inmolará aquella tarde, y tomará de su sangre, y señalará con ella los postes y los dinteles de sus casas. Y en aquella noche comeréis las carnes asadas al fuego , y panes ácimos y lechugas silvestres, y no quedará nada del cordero para la mañana ; si sobrare alguna cosa, la quemaréis al fuego. Ceñiréis vuestros lomos, y tendréis zapatos en los piés y báculos en las manos, porque es la Pascua, esto es, *el paso del Señor*».

Atuviéronse fielmente los hebreos á estas prescripciones; y , cuando promedió la noche designada. vióse con espanto descender un ángel, que dió muerte á todos los primogénitos de Egipto,

así de animales como de hombres, desde la familia del Rey hasta la del último esclavo, sin respetar más casas que las señaladas con la sangre del cordero. Rápidas y decisivas fueron las consecuencias. Rendida, por fin, la soberbia de Faraón, y aterrizado su espíritu con el indescriptible estruendo de lamentos, alaridos y amenazas en que prorrumpían los egipcios, llamó á su presencia, sin aguardar que amaneciese, á los caudillos de Israel, y les mandó salir inmediatamente de sus dominios. Uniase á la voz del soberano, para acelerar aquella partida, el universal clamor de los vasallos, temerosos aún de que la mortandad de la noche siguiese adelante; pero antes de emprender las mujeres israelitas su marcha, pidieron á sus vecinas alhajas de plata y oro, y preciosos vestidos, con los que plugo al Arbitro y Dueño absoluto de todas las cosas pagar los trabajos, tan prolongados como crueles, que había padecido su pueblo bajo la dominación egipciaca.

Salieron, pues, de Egipto cerca de seiscientos mil hebreos, fuera de niños y mujeres, sin que en todas las tribus hubiera una sola persona enferma, llevando además consigo gran número de reses mayores y menores, así como los huesos de Josef, en cumplimiento de lo ordenado por este Patriarca.

Para eterna memoria de tan señalada merced, dijo Moisés en nombre del Altísimo á los israelitas: «Hoy salis, en el mes de las nueve mieses. Acordáos de este día en que salisteis de Egipto y

de la casa de la esclavitud, y consagradlo al Señor comiendo ácidos siete días, é inmolando un cordero en la noche del último. Y cuando el Señor os hubiere introducido en la tierra del Cananeo, como lo juró á vosotros y á vuestros padres, y os la hubiere dado, separaréis para el Señor todos vuestros primogénitos del sexo masculino, y todo lo primerizo de vuestros ganados. A vuestros primogénitos los rescataréis por un poco de dinero, y á los primerizos de los rebaños los mataréis. Y cuando os preguntare vuestro hijo el día de mañana, diciendo: «Qué es esto?» le responderéis: «Con mano fuerte nos sacó el Señor de la casa de la esclavitud; porque habiéndose endurecido Faraón, y no queriendo dejarnos ir, mató el Señor á todo primogénito en la tierra de Egipto; por esto sacrificio del sexo masculino al Señor, é inmoló el cordero y rescato todos los primogénitos de mis hijos» (1).

(1) El Cordero pascual es una figura admirable de la Sagrada Eucaristía, en la que Jesús, inmaculado cordero, sacrifica su vida dándose á los hombres por la salvación del mundo.

ÉPOCA CUARTA

Desde la salida de Egipto hasta la construcción del templo de Salomón.

(COMPRENDE UN PERIODO DE 487 AÑOS)

CAPÍTULO PRIMERO

REVELACIÓN DE LA LEY ESCRITA Y NUEVA PROMESA DEL MESÍAS.—MOISÉS EN EL DESIERTO.

I. *Paso del mar Rojo.* (Año del mundo, 2513; antes de J. C., 1491.)—II. *El maná.*—*Agua de la peña.*—*Derrota de los amalecitas.* (Año del mundo, 2513; antes de J. C., 1491.)—III. *Dicta Dios su ley en el monte Sinat.*—*Otra promesa del Mesías.* (Año del mundo, 2514; antes de J. C., 1490.)—IV. *Tablas de la ley*—*Becerro de oro.* (Año del mundo, 2514; antes de J. C., 1490.)

I. Puestos en camino los israelitas por el desierto que precede al mar Rojo, mostrábaseles su ruta el mismo Dios, yendo delante de una columna misteriosa, que era de opacas nubes durante el día, y por la noche se transformaba en fuego.

Ni fué este el solo portentoso con que se vió auxiliado el pueblo hebreo en su salida de Egipto; porque vuelto á su antigua impiedad el tornado Faraón, en cuanto cesó de oprimirle la mano

vengadora del Todopoderoso, mandó prevenir su carroza, y, al frente de formidable ejército, marchó en persecución de los fugitivos, llegando á sus alcances cerca ya del mar Rojo. El primer impulso de los israelitas, al contemplarse estrechados entre el agua y aquellas enfurecidas huestes, fué querellarse de su caudillo; pero el Señor atajó prontamente tales murmuraciones, diciendo á Moisés: «Alza tu vara y extiende tu mano sobre el mar, y dividele para que caminen en seco los hijos de Israel por medio de las aguas; y los egipcios irán en pos de ellos, y sabrán que yo soy el Señor, cuando fuere glorificado en Faraón y en sus carros y en su caballería». Tendió, pues, aquel caudillo su vara, y las aguas se detuvieron formando como un muro á diestra y siniestra, mientras que pasaba el pueblo hebreo; mas al intentar los egipcios hacer lo propio, introdujo el poder del cielo en sus ánimos una perturbación espantosa, rompió las ruedas de sus carros, y desordenó todas sus compañías. «Huyamos de Israel (dijeron entonces), porque el Señor pelea por ellos contra nosotros»; y ya tornaban atrás, cuando de orden del Altísimo extendió nuevamente Moisés su mano sobre el piélago, cuyas aguas se reunieron, cubriendo las huestes de Faraón, en tanto que los israelitas trepaban á pié enjuto á las costas de Arabia, desde donde, vueltos los ojos hacia el lugar de la catástrofe, pudieron contemplar las armas y cadáveres de sus enemigos, hechos ya miserable juguete de las olas. Prodigio memorable, que celebró todo el

pueblo de Israel , prorrumpiendo en estas fervorosas exclamaciones:

« Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido, y al caballo y al cabalgador derribó en el mar. Mi fortaleza y mi alabanza es el Señor; salvación ha sido para mi; es mi Dios, y le glorificaré; es el Dios de mi padre, y le ensalzaré. El Señor me amparó en la guerra; su nombre es *Omnipotente*. Los carros de Faraón y su ejército arrojó al mar; sus príncipes escogidos fueron sumergidos en el mar; los abismos los cubrieron; descendieron al profundo como una piedra. Tu diestra, ¡oh Señor! ha sido engrandecida en fortaleza; con la multitud de tu gloria has derribado á tus adversarios, y con el soplo de tu furor se agolparon las aguas; paróse la ola corriente; amontonáronse los abismos en medio del mar. Dijo mi enemigo: Seguiré el alcance, y alcanzaré; repartiré despojos en que se harte mi alma; desenvainaré mi espada, y los matará mi mano. Mas sopló tu espíritu, y fueron sumergidos como plomo en aguas tempestuosas. ¿Quién semejante á ti entre los fuertes, Jehová? ¿Quién semejante á ti, magnífico en santidad, terrible y loable, y hacedor de maravillas? Con tu misericordia redimiste como caudillo al pueblo; y, al oirlo, dolores ocuparon á los habitantes de Palestina; temblor se apoderó de los príncipes de Edom y de los valientes de Moab, y fueron conturbados los cananeos. Caigan de lleno sobre ellos el miedo y el terror, y quédense inmóviles como piedra, hasta que introduzcas á tu pueblo en la

heredad que le prometiste, en la firmísima morada tuya, que has labrado, Señor; en tu santuario, Señor, que afirmaron tus manos».

II. Entrando ya, desde la opuesta orilla del mar Rojo, en otro vasto desierto, que daba paso á la tierra de promisión, llegaron los hebreos á un manantial nombrado Mara, que resultó ser insalubre y desabrido; é irritados por no hallarse más rastro de agua en los contornos, comenzaron á murmurar de Moisés; pero les acalló éste, arrojando, por mandato divino, su vara al raudal, que de amargo se trocó al punto en dulce y saludable.

De Mara pasaron los hijos de Israel á Elim, y de este lugar, al desierto de Sin, que estaba entre Elim y el monte Sinai. Faltos aquí de vituallas, tornaron á querellarse de su caudillo; el cual, después de haberles reprendido severamente, recordándoles las promesas que Dios les tenía hechas y los beneficios que ya les había dispensado, predijo que no tardaría la Providencia en acudir al remedio de su necesidad: y, en efecto, aquella misma tarde vino sobre el campamento una nube de codornices, bastantes para hartar el hambre de todos ellos.

A la otra mañana apareció cubierta la tierra de objetos menudos y como machacados en mortero, á semejanza de escarcha; lo que habiendo visto los hijos de Israel, se decían unos á otros: «¿Manhu?» que significa: «¿Qué es esto?» y respondiéndoles Moisés: «Este es el pan que el Señor os ha dado para comer; recoja de ello cada uno

cuanto baste para su alimento»; señaló exactamente la medida á que deberian ajustarse. Dióse, pues, á aquel manjar el nombre de *Maná* (1); y todas las mañanas, ántes de salir el sol (porque con el calor desaparecía del suelo la milagrosa sustancia), tomaba cada israelista su parte, sin excederse á juntar provisión para más de veinte y cuatro horas, ya por haberse mandado así, ya también porque el maná fermentaba y se corrompía por su propia virtud en poder de los que violaban aquel precepto. Solamente en el sexto día de cada semana se recogía porción doble, y sólo también entonces duraba en buen estado lo recogido, sirviendo para el sábado inmediato, en el que faltaba constantemente la prodigiosa lluvia.

Pasando de allí á un lugar llamado Rafidim, se hallaron segunda vez sin agua los hebreos; y, aunque ya parecía imposible que desconfiasen de la Providencia, su apocamiento les hizo prorrumpir en nuevos murmullos contra su caudillo. «¡Ojalá (exclamaban) hubiéramos muerto en Egipto, cuando nos sentábamos sobre las ollas de las carnes y comíamos en hartura! ¿por qué nos has sacado á este desierto, para matar á toda la multitud?» Moisés, en tanto, acudía al Señor, diciéndole: ¿Qué haré á este pueblo? De aquí á un momento también me apedrearán». A lo que respondió apiadado el Todopoderoso: «Adelántate

(1) El maná es otra figura de la Divina Eucaristía, verdadero pan celestial dado á los hombres para sostenerlos en su peregrinación por este mundo.

y toma contigo de los ancianos de Israel, y lleva en tu mano la vara y llega á la piedra de Horeb. Yo estaré allí, y herirás la piedra». Hecho lo cual, brotó del peñasco un caño de agua en cantidad sobrada para que se abasteciera todo el pueblo.

Poco más allá, salieron á su encuentro los amalecitas, gente belicosa, con ánimo de estorbarles el paso: á cuyo anunció mandó Moisés tomar las armas á todos los varones capaces de sostener su peso; y habiendo encomendado á Josué la dirección de la batalla, se retiró con Aarón y con Hur á un monte cercano, para invocar la protección divina. Trabada la refriega, siempre que Moisés alzaba las manos al cielo, llevaba Israel la mejor parte; y si, por el contrario, las bajaba algún tanto, sobrepujaba Amalec; atendiendo á lo cual, y á que Moisés iba perdiendo las fuerzas, obligáronle sus dos compañeros á sentarse, y sostuvieron en el aire sus brazos hasta que Josué hubo triunfado por completo. Conmemoró el piadoso vencedor este admirable ejemplo de lo que puede la oración, animada por la fe y por *la esperanza en la cruz*, erigiendo un altar en el mismo campo de batalla, y poniéndole un nombre que quería decir: *El Señor es mi exaltación*.

III. Al tercer mes de su salida de Egipto llegaron los israelitas á la falda del Sinai; y en cuanto hubieron asentado sus tiendas al frente de aquel monte, ordenó el Señor á Moisés que subiese á la cumbre, donde le dijo: «Esto anun-

ciarás de mi parte á los hijos de Israel: Vosotros mismos habéis visto lo que he hecho á los egipcios, de qué manera os he llevado sobre alas de águilas y tomado para mí. Si oyéreis, pues, mi voz y guardáreis mi pacto, seréis una porción escogida entre todos los pueblos, un reino sacerdotal y una nación santa». Repetidas fielmente por Moisés estas palabras, gritaron unánimes los israelitas: «Todo lo que ha dicho el Señor haremos»; con cuya respuesta tornó á decir el Omnipotente á su siervo: «Vé al pueblo, y purificalos hoy y mañana, y laven sus vestiduras, á fin de que estén apercebidos para el día tercero, porque ese día descenderá el Señor á vista de todo el pueblo sobre el monte Sinai. Señalarás límites al rededor, y les dirá: Guardáos de subir al monte ni de tocar sus límites; porque todo el que llegare á él, será herido de muerte». En efecto, al aclarar la mañana del tercero día, se oyó de improviso en la cumbre del Sinai un ruido extraordinario de truenos y de bocinas; nubes tenebrosas rodearon la montaña, y de su seno comenzaron á salir relámpagos, cuyas deslumbradoras llamaradas ponían espanto en todos los corazones. Moisés sacó del campamento á los aterrorizados israelitas para colocarlos á la raíz del monte; y entonces se dejó oír una voz sobrehumana, dictando entre remolinos de fuego y humo los diez mandamientos siguientes:

«I.—Yo soy el Señor Dios que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí. No harás

obra de escultura, ni figura alguna para adorarlos ni darles culto; porque yo soy el Señor tu Dios, fuerte, celoso, que visito la iniquidad de aquellos que me aborrecen.

II.—No tomarás el nombre del Señor, tu Dios, en vano.

III.—Acuérdate de santificar el día de Sábado. Seis días trabajarás y harás todas tus haciendas; mas el séptimo día es del Señor tu Dios; no harás obra ninguna en él ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus puertas: porque en seis días hizo el Señor el cielo y la tierra y la mar y todo lo que hay en ellos, y reposó en el séptimo día; por esto bendijo el Señor el día de Sábado, y lo santificó.

IV.—Honra á tu padre y á tu madre, para que seas de larga vida sobre la tierra, que el Señor, tu Dios, te dará.

V.—No matarás.

VI.—No fornicarás.

VII.—No hurtarás.

VIII.—No dirás contra tu prójimo falso testimonio.

IX.—No desearás la mujer de tu prójimo.

X.—No codiciarás su casa, ni su siervo, ni cosa ninguna de las que son de él.

Cada vez más espantados los hijos de Israel con el penetrante sonido de estas palabras, el clamor de las bocinas, el estrépito de los truenos y las llamaradas y el humear del monte, dijeron á su caudillo: «¡No nos hable el Señor, no sea

que muramos de espanto! ; Háblanos tú, y oiremos!» Pero Moisés les respondió severamente: «Dios ha venido á hacer prueba, para que su terror esté en vosotros y no pequéis». Y la voz divina clamó desde la altura: «Levantaré para ellos UN PROFETA DE EN MEDIO DE SUS HERMANOS, semejante á ti; y pondré mis palabras en su boca, y les hablará todo lo que yo le mandare. Reverenciadle y escuchad su voz; porque cuando pecáreis no os lo pasará, y *en él está mi nombre*. Mas quien no quisiere oir sus palabras que hablará en mi nombre, experimentará mi venganza».

Tras esto, se acercó Moisés á la oscuridad de la montaña, donde le dictó el Soberano Legislador gran número de preceptos encaminados á facilitar la inteligencia y la ejecución de los diez principales; y habiéndolos copiado todos de su puño, erigió al pié del monte, para confirmar la alianza del pueblo con su Dios, un ara que representaba el trono del Altísimo, y al rededor doce columnas de piedra, como símbolo de las doce tribus. Prevenido así el lugar, leyó Moisés el libro de la ley, contestándole el pueblo: «Todo lo que ha hablado el Señor haremos, y seremos obedientes». Y puesto entonces aquel venerable caudillo junto al altar, con un manojito de hisopo en la mano, lo empapó en sangre de las víctimas mezclada con agua clara, y roció á las tribus reunidas, diciéndolas: «Esta es la sangre de la alianza que ha concertado el Señor con vosotros, para que cumpláis sus preceptos».

IV. Mas no satisfecha la Suma Bondad con

haber mostrado por sí misma á los israelitas la senda segura de su salvación, dijo á Moisés: «Sube á mi al monte, y estáte allí; y te daré unas tablas de piedra con mi ley, que he escrito para que las enseñes»; á cuyo mandato obedeció aquel piadoso varón, saliendo con Josué del campamento y penetrando en la misteriosa nube. Durante los cuarenta días que pasó esta vez en el Sinai, le ordenó el Señor que construyese un tabernáculo, señalándole sus dimensiones y trazándole el diseño; prescribióle la forma que habían de tener las vestiduras de los sacrificadores, y le instruyó en las ceremonias de la consagración y en otras cosas que atañían al culto divino; hecho lo cual, puso en sus manos las dos tablas del *testimonio*, ó de la ley, que eran de piedra, *escritas con el dedo de Dios*.

Viendo el pueblo cuánto se tardaba Moisés en bajar de la montaña, congregado contra Aarón, gritó: «Levántate y haznos dioses que vayan delante de nosotros, porque no sabemos qué haya acontecido á Moisés, ese hombre que nos sacó de la tierra de Egipto»; palabras que postraron la entereza de Aarón en tal manera, que les dijo: «Traedme los zarcillos de oro de las orejas de vuestras mujeres, é hijos, é hijas»; y reuniendo todas aquellas alhajas, las vació en un molde é hizo de ellas un becerro. Así que estuvo concluido, exclamaron los israelitas: «Estos son tus dioses, Israel, que te sacaron de la tierra de Egipto»; y, no contentos con emplear el día en banquetes y juegos, le celebraron también

ofreciendo sacrificios á aquel vil simulacro.

Ofendido de tanto desacato y tan insigne ingratitude, dijo entonces el Sumo Hacedor á Moisés: «Anda, baja; pecó harto pronto tu pueblo, el que sacaste de la tierra de Egipto; se ha hecho un becerro fundido y adórale como á Dios. Veo que es de dura cerviz; déjame que se enoje mi saña contra ellos, y que los deshaga, y te haré cabeza de una gran nación».

Mas, aunque al oír tales nuevas fué indecible la consternación del caudillo israelita, todavía tuvo aliento para rogar humildemente á la ultrajada majestad de Dios que, suspendiendo el golpe de su justicia, tomase en cuenta los mismos prodigios de bondad que había ya obrado en favor de su ingrato pueblo, y le perdonara; súplicas eficaces (que tan grande es el poder de la oración), y en cuya virtud suspendió el Señor el cumplimiento de sus amenazas.

Descendía de la cumbre Moisés y acercábase ya al campamento, cuando Josué, que le había acompañado á cierta distancia, aunque sin enterarse de lo ocurrido, le manifestó que oía alaridos como de dos ejércitos peleando. «No es clamor de gentes que exhorte al combate, ni vocería de los que compelan á la fuga (le respondió Moisés), sino voces de gentes que cantan». En esto se arribaban ya á las tiendas, junto á las cuales vieron el idolo y las danzas. La indignación que en Moisés produjo aquel espectáculo le hizo arrojar las tablas de la ley, quebrándolas al pié del monte, como si no juzgase al pueblo hebreo

merecedor de poseerlas; reprendió en seguida agriamente á Aaron por su criminal cobardía, y arrebatando de su pedestal el becerro, lo quemó hasta reducirlo á polvo vano, con el cual formó una pócima, que de grado ó por fuerza hubieron de apurar los israelitas prevaricadores; y, por último, castigó con la muerte á tres mil de los más culpables, y prometió aplicar la propia pena á cuantos reincidiesen en su delito.

Hecho este ejemplar escarmiento, oró de nuevo al Soberano Juez en favor de aquella nación sacrilega; y alcanzó como premio á su fidelidad, no solamente el perdón que solicitaba, sino también que le prometiera el Altísimo ser siempre con él, y ayudarle con su invencible fuerza y sus santas inspiraciones.

CAPÍTULO II

EL TABERNÁCULO.—MOISÉS EN EL DESIERTO.

I. *Otras tablas de la ley.*—*Descripción del tabernáculo.* (Año del mundo, 2514; antes de J. C., 1490.)—II. *Vestiduras sacerdotales*—*Sacrificios.*—*Fiestas*—*Año sabático.*—*Jubileo.* (Año del mundo, 2514; antes de Jesucristo, 1490.)—III *Nadab y Abiú.*—*Blasfemo apedreado.*—*Levantar los israelitas sus tiendas.* (Año del mundo, 2514; antes de J. C., 1490.)

I. Dijo, pues, el Señor á su caudillo: «Córtate dos tablas de piedra como las primeras, y apercíbete para mañana, á fin de que subas luego al Sinai y estés conmigo sobre la cima del monte»; y cuando obedeció Moisés, vió recompensados

generosamente todos sus trabajos con la inefable ventura de que descendiese á su presencia el Autor y Regulador del universo; quien, pasando por delante de él, diósele á conocer en estos términos: «El Señor Dios, dominador, sufridor y verídico; el que guarda misericordia sobre millares de generaciones; el que quita los pecados, la iniquidad y las maldades, y en cuya presencia ninguno hay que por sí sea inocente». Oído lo cual, se prosternó el piadoso israelita hasta tocar la tierra, y oró á Dios diciendo: «Señor, si he hallado gracia delante de ti, ruégote que camines con nosotros, porque es un pueblo de dura cerviz, y que quites nuestras iniquidades, y que nos poseas».

Otros cuarenta días con sus noches permaneció ahora sobre el monte Sinai el caudillo de los israelitas conversando con su Criador, quien le entregó el día postrero los diez mandamientos de su ley, escritos en las tablas de piedra. Cuando bajó Moisés con ellas, salían de su frente rayos luminosos, en testimonio de que había gozado de la presencia del Altísimo; y desde entonces se cubrió la cabeza con un velo, siempre que dirigió su voz al pueblo de Israel.

Congregándole en esta ocasión, le encargó que separase sus alhajas de más precio, y las diera en voluntaria ofrenda para costear el Tabernáculo, las vestimentas sacerdotales, y todo lo indispensable al culto divino, encareciendo asimismo á los artifices diestros la importancia de que concurriesen con sus personas á la fábrica del mo-

numento. Así se verificó ; y fué tal la profusión de joyas, maderas finas, aromas, pieles, tejidos, piedras y preciosidades de toda especie con que contribuyeron los israelitas, que Moisés hubo de mandar por fin, á voz de pregón: «Ni hombre ni mujer ofrezca en adelante cosa alguna para el Santuario».

Por designación divina pusiéronse al frente de las obras Beseleel y Ooliah, hombres de singular ingenio, en cuya escuela se amaestró muy en breve un considerable número de operarios tan celosos como entendidos.

Concluidos todos los aprestos para el primer aniversario de la salida de Egipto, erigió Moisés el Tabernáculo conforme al divino diseño. Era una tienda compuesta de diez cortinas de lino fino retorcido, de color blanco, jacinto y púrpura, con variedad de bordados y obra de imaginaria, sujetas entre sí por medio de presillas y anillos de oro, y unidas todas á una techumbre de paño de pelo de cabra. Para preservar estas telas de la intemperie, se fabricaron cubiertas de pieles de carneros, cárdenas y almagradas. Otra cortina ó velo bordado de extraordinarias dimensiones y crecido valor, dividía en dos compartimientos lo interior del Tabernáculo. La parte septentrional, que era la primera al entrar, tenía por nombre el *Santo*; y la austral, que quedaba oculta con el velo, el *Santuario*, ó *Santisimo*, ó *Santo de los Santos*: aquí se custodiaba el *Arca de la Alianza*, hecha toda de maderas exquisitas, revestidas de oro por ambas caras. Guardábanse en

esta Arca las dos tablas del testimonio , ó de la ley, juntamente con una urna riquísima, llena de maná; y á las dos extremidades de su tapa , que se llamaba el *propiciatorio*, y era también de oro, descollaban dos querubines trabajados á martillo en el mismo precioso metal, en actitud de mirarse uno á otro y extender las alas sobre todo el conjunto. Desde el propiciatorio , y en medio de los dos querubines, dirigía el Altísimo sus oráculos á los hijos de Israel.

A un lado del *Santo*, ó parte septentrional, estaba un candelero de siete brazos , con peso de tres mil siclos, ú ochenta y dos libras de oro purísimo; á la otra parte una mesa de igual materia, sobre la que había, en representación de las doce tribus, otros tantos *panes de la proposición*, que se mudaban todos los sábados ; y en medio un altar , de oro también , donde sin interrupción se quemaban aromas regalados , á los que debía su nombre de *altar de los perfumes*.

Ultimamente, al rededor del Tabernáculo hallábase dispuesto un recinto ó *atrio*, que ocupaba la extensión de cien codos á lo largo, de Oriente á Occidente, y cincuenta á lo ancho, de Mediodía á Septentrion, rodeado todo de columnas de bronce con sus capiteles de plata, y cerrado con vistosas cortinas de finísimo lino, hechas en forma de red, para que desde fuera se pudiese registrar lo interior. En el *atrio* había otro altar chapeado de bronce, que llamaban *altar de los holocaustos*, por ser este el sacrificio más excelente que en él se ofrecía; y entre dicho altar y el

Tabernáculo, una gran pila del mismo metal, donde se lavaban las víctimas, y también los sacerdotes ántes de proceder á desempeñar las funciones de su ministerio.

Al consagrar Moisés aquel magnífico templo, le ungió con óleo santo, así como el arca, el candelero, la mesa de la proposición, los dos altares, la pila, y, en suma, todos los objetos destinados al culto. Y para dar un testimonio visible de su aprobación y agrado, colocó el Sumo Hacedor encima del Tabernáculo la misteriosa columna que había guiado á su pueblo por el desierto, y que, según se dijo ya, de día era una nube, que suavizaba los rayos de sol, y de noche se convertía en llama, que alumbraba á los israelitas por entre las tinieblas.

II. Reunidos luego cerca del Tabernáculo los hijos de Israel, anunció Moisés solemnemente que Dios había escogido á Aarón y su prole para ejercer el ministerio sacerdotal; y habiéndolos consagrado con óleo santo y sangre de las víctimas, puso á todos las vestiduras propias de su empleo. Constaban las del Sumo Sacerdote de una túnica talar de lino fino, semejante á las albas modernas, y ajustada al cuerpo por medio de un cingulo; de otra túnica de color violado, la cual era casi talar, adornada en sus remates con campanillas y granadas, y sujeta á la cintura por un ceñidor costoso y bien labrado; del *ephod* ó superhumeral, vestido exterior muy corto, tejido de oro y púrpura, recamado de pedrería, y en todo su conjunto extraordinariamente rico; del

racional ó pectoral del juicio, pieza cuadrada, inseparable del *ephod*, la cual se ponía sobre el pecho, y ostentaba grabados en doce piedras preciosas los nombres de los jefes de las doce tribus; de una *plancha de oro*, que se llevaba en la frente, y en la que estaban escritas estas palabras: *Santidad á Jehová*; y, por último, de la tiara pontificia. El traje de los simples sacerdotes, ó levitas, se componía solamente de la túnica talar de lino; del cingulo, tejido de varios colores, y de una mitra, también de lino, en figura de media luna, que por medio de una cinta ó cordón se ajustaba á la cabeza.

Después de haber bendecido y entregado sus ornamentos á los sacerdotes, ofreció el caudillo de Israel diversos sacrificios, durante los cuales instaló á todos en las funciones de su ministerio.

El más importante que los sacerdotes ejercían era el de sacrificadores.

Dos clases de sacrificios se contaban: incruentos los unos, hacíanse de la barina más pura y eran anticipada imagen del Sacramento de la Eucaristía; los otros, con efusión de sangre, presentaban en sus víctimas otras tantas proféticas figuras de aquella víctima verdadera que Jesucristo había de ofrecer al Padre en el gran sacrificio de la Cruz.

Los sacrificios sangrientos eran de tres especies, alusivas todas, aunque por diversos conceptos; á la muerte del Mesías, á saber: el *holocausto*, la *hostia pacífica* y el *sacrificio de expiación*. El *holocausto*, el más perfecto de los tres, se tri-

butaba á Dios en señal de amoroso rendimiento; y en él se consumía al fuego toda la víctima, así como al divino Cordero habian de consumir sobre el árbol de la Cruz las llamas de su caridad. La *hostia pacífica* tenia por objeto pedir mercedes ó agradecer las recibidas, figurando la paz, que anunció Jesucristo en su nacimiento, que prometió cuando iba á entregarse á la muerte, y que dió á sus discípulos después de resucitado. Ultimamente, el *sacrificio de expiación*, que se ofrecia en descuento de los delitos, profetizaba y representaba al Redentor muriendo por los pecados de todo el mundo.

Además del sábado y del día primero de cada mes, que solemnizaban los hebreos en acción de gracias por los beneficios alcanzados durante el anterior, instituyéronse diversas fiestas; aunque, atendiendo á la falta de medios para observarlas dignamente, algunas no fueron obligatorias mientras anduvieron los hijos de Israel peregrinos por el desierto. Entre ellas merecen particular mención la *Pascua* y las fiestas de *Pentecostés*, de la *Expiación* y de los *Tabernáculos*. La Pascua empezaba á celebrarse en la noche catorcena del primer mes, que corresponde, según el cómputo moderno, á la luna de Marzo: instituída, como en su lugar se dijo, para conmemorar la salida de Egipto, comenzaba con la inmolación del cordero, y duraba siete días, en los cuales no comían los israelitas más que panes ácimos ó sin levadura. Siete semanas más adelante acaecía la fiesta de Pentecostés, con que se solemnizaba la

promulgación de la ley sobre el monte Sináí. Las otras dos fiestas tenían lugar terminada la recolección de los frutos, en el séptimo mes del año, que venía á ser como el sábado de los meses. Durante la fiesta de los tabernáculos ó tiendas, que principiaba el día quince de dicho mes, vivían los israelitas una semana acampados bajo tiendas ó cabañuelas, hechas de ramas de árboles, en memoria de la peregrinación de sus padres; y cinco días ántes de esto celebrábase la fiesta de las Expiaciones, con penitencias y ayunos generales, en descuento de los pecados de todo el pueblo. Aquel era el único día del año en que se daba facultad al Sumo Sacerdote para penetrar hasta el *Sancta Sanctorum* ó Santo de los Santos, siéndole obligatorio hacerlo con el incensario en la mano, revestido de ornamentos de simple sacerdote, en muestra de tristeza, y manchado con sangre de las víctimas inmoladas, en expiación de sus propias culpas y de las ajenas. Echando allí suertes entre dos machos cabríos, sacrificaba el uno por los delitos del pueblo; confesaba, con las manos puestas sobre la cabeza del otro, todas las iniquidades de los hijos de Israel; y, después de presentarlo en ofrenda á Dios, mandaba sacar del campamento al animal vivo y abandonarlo en la soledad del desierto, de donde tomó su nombre de *macho cabrío emisario*.

Aún comunicó el Señor á los israelitas otros avisos y preceptos, á que puso fin con los siguientes: «Seis años sembrarás tu campo, y seis años podarás tu viña y recogerás sus frutos; mas

el año séptimo será sábado de la tierra, y no cultivarás tu campo ni tus viñas. Y por si dijereis: ¿Qué comeremos el año séptimo?—he aquí lo que respondo: Os daré mi bendición el año sexto, y producirá los frutos de tres años.—Te contarás asimismo siete semanas de años, esto es, siete veces siete, que, juntos, hacen cuarenta y nueve, y en el tiempo de la fiesta de las Expiaciones tocarás la bocina por toda tu tierra, anunciando la santificación del año quincuagésimo, porque este es el Jubileo. El año del Jubileo volverán todos á sus posesiones, y los esclavos volverán á ser libres.

»La tierra no se venderá entre vosotros para siempre, porque mía es, y vosotros sois extranjeros y colonos míos. Por tanto, si, empobrecido tu hermano, vendiere su hacenduela, y no hallare su mano con qué volver el precio, tendrá el comprador lo que compró hasta el año del Jubileo. Porque en éste, todo lo vendido volverá á su antiguo dueño y poseedor.

»Si tu hermano, obligado de la pobreza, se vendiere á tí, no le oprimirás con servidumbre de esclavos, sino que le tendrás como un jornalero y como un colono: trabajará en tu casa hasta el año del Jubileo, y después saldrá con sus hijos, y volverá á la parentela y á la posesión de sus padres.

»Yo soy el Señor, Dios vuestro: guardad mis sábados, y tened pavor á mi Santuario. Si anduviéreis en mis preceptos y los cumpliereis, os daré lluvias á sus tiempos; la tierra producirá

sus esquilmos; los árboles se cargarán de frutos; os miraré, y os haré crecer, y afirmaré mi pacto con vosotros».

III. Por un triste caso, que acaeció á poco tiempo, púdose conocer claramente cuánto importaba al pueblo de Dios la escrupulosa observancia de todos los preceptos que acabamos de reseñar Juzgándolo de otro modo los dos hijos mayores de Aarón, llamados Nadab y Abiú; y, teniendo por culpa leve desentenderse de las órdenes divinas en puntos de mera ceremonia, aplicaron á usos del Templo fuego profano, en vez del santo y bendito que debian los sacerdotes mantener siempre encendido en el altar; osadía cuyo castigo fué tan rápido como tremendo; pues en el propio instante de cometerla, cayeron sin vida aquellos infelices, consumidos de una prodigiosa llama, que no cundió á lo exterior, ni alteró siquiera un hilo de sus vestiduras. Con ellas puestas, y en el mismo miserable estado en que los dejó la Suprema Justicia, dispuso Moisés que fuesen quitados ambos cadáveres de la vista del Santuario y de las tiendas: tomando ocasión del terror que tal suceso produjo en el ánimo de todos los sacerdotes, para encomendarles con enérgica elocuencia el más estricto cumplimiento de sus deberes en lo relativo al culto.

Tan espantable como este castigo de dos levitas prevaricadores fué otro impuesto por sentencia divina á cierto hombre del vulgo, hijo de padre egipcio y madre israelita; el cual, riñendo con otro hebreo, osó blasfemar y maldecir del santo

nombre de Dios, y fué puesto en un encierro, hasta que se acordara lo procedente, atendida la novedad del caso. «Saca al blasfemo fuera del campamento (dijo el Señor á Moisés), y todos los circunstantes pongan sus manos sobre la cabeza de él, como testigos de que le oyeron blasfemar; y apedréele después el pueblo. Y dirás á los hijos de Israel: Hombre que maldijere á su Dios, llevará la pena de su iniquidad. Al que blasfemare el nombre del Señor, lo acabará á pedradas toda la multitud, ya fuere ciudadano, ya extranjero. El que hiriere y matare á hombre, muera también de muerte. El que causare lesión á alguno de sus conciudadanos, como hizo, así se hará con él; quebradura por quebradura, ojo por ojo, diente por diente... Sea igual la justicia entre vosotros, ya fuere extranjero, ya ciudadano el que pecare, porque yo soy el Señor Dios vuestro».—Y no sólo tuvo ejecución esta severa ley en el blasfemo, sino que, algo más adelante, se aplicó igual suplicio á otro hombre por haber salido irreligiosamente un sábado á recoger leña.

Aunque siempre estaban dispuestos los israelitas á mover el campo, pasaron mucho tiempo al frente del Sinái, por ser piadosa costumbre suya aguardar un precepto terminante del Señor ya para emprender, ya para suspender su camino. Por fin, el año segundo, á los veinte días del segundo mes, se alzó por los aires la misteriosa nube que circuía el Tabernáculo de la Alianza. Ordenadas en el instante las tribus, pusiéronse en movimiento las de Judá, Issacar y Zabulón,

con los levitas, al primer tañido de las trompetas; las de Rubén, Simeón y Gad, al segundo tañido; al tercero, las de Efraim, Manassés y Benjamín; y al cuarto, las de Dan, Aser y Neftalí: en cuyo recuento se advertirá que dos de los doce hijos de Jacob, á saber, Levi y Josef, no daban nombre á ninguna tribu, por ser el primero cabeza de la raza sacerdotal, y estar en lugar del otro Efraim y Manassés, á quienes adoptó y bendijo en su ancianidad aquel santo Patriarca, geuador del pueblo israelita.

Constando ya este último de tres millones de personas, entre las que se contaban 603.350 aptas para pelear (fuera de los sacerdotes, que eran 22.000), atravesó con todas sus riquezas y numerosísimos rebaños el desierto de Siná, hasta las soledades de Farán, precediéndole siempre el Arca del Testamento y la prodigiosa columna que iba señalando el camino.

CAPÍTULO III

ESTRELLA PROFETIZADA POR BALAAAM.—QUEJAS Y SEDICIONES DEL PUEBLO ISRAELITA.—MUERTE DE MOIÉS.

- I. *Murmuraciones del pueblo.*—*Nombra Moisés setenta ancianos para que le ayuden en el gobierno*—*Nube de cordornices*—*Lepra de María* (Año del mundo, 2514; ántes de J. C., 1490.)—II. *Racimo de Canaan.*—*Más murmuraciones.* (Año del mundo, 2514; ántes de J. C., 1490.)—III. *Coré, Dathan y Abirón.*—*Vara de Aarón.*—*Aguas de la contradicción*—*Muerte de Aarón.*—*Serpiente de bronce* (Año del mundo, 2514; ántes de J. C., 1490.)—IV. *Vencen los israelitas á Sehón, Og y Arán.*—*Balaam.* (Año del mundo, 2553; ántes de J. C., 1451.)—V. *Derrota de los madianitas.*—*Muerte de Moisés.* (Año del mundo, 2553; ántes de J. C., 1451.)

I. Tres dias de marcha por la aridez del desierto bastaron para que otra vez prorrumpiesen los israelitas en violentos murmullos, cuyo castigo fué incendiarse sobrenatural é instantáneamente una extremidad del campamento; y aunque las súplicas de Moisés, á quien acudió el pueblo todo con desaforados clamores, tuvieron virtud para atajar á tiempo el estrago, lejos de enmendarse aquellos hombres apocados y olvidadizos, tornaron con más fuerza que nunca á sus acusaciones y querellas en cuanto volvieron á recelar que escaseasen los víveres de su gusto. «¿Quién nos dará carnes para comer? (decían llorosos y flojamente sentados á la entrada de sus tiendas). Nos acordamos de los peces que de bal-

de comíamos en Egipto; se nos vienen al pensamiento los cohombres, y los melones, y los puerros, y las cebollas, y los ajos. Aquí nuestra alma está ya seca; ¡ninguna otra cosa registran nuestros ojos sino maná!»—En gran manera indignó al Sumo Hacedor la ingratitud de su pueblo; y aun el mismo Moisés, teniéndola por cosa intolerable, clamaba al cielo diciendo: «¿Por qué me han echado á costas el peso de toda esta gente? ¿Soy yo acaso el que los ha concebido, para que como niños floren contra mí, y digan: Danos carne que comamos, y llévanos en tu seno, así como la nodriza suele traer al que cria? ¿De dónde he de sacar yo carne que dar á tan grande multitud? No puedo yo solo soportar á este pueblo, porque me es pesado. Si te parece otra cosa, ruégote que me quites la vida, siempre que halle gracia delante de tus ojos para no ser poseído de tantos males».

Mas el Señor consoló por muy diverso modo al enojado caudillo de Israel, á quien dijo así: «Congregame setenta varones de los ancianos que tú conozcas ser aptos para regidores del pueblo, y los llevarás á la puerta del Tabernáculo de la Alianza, á donde descenderé, y te hablaré, y les daré del mismo espíritu que hay en tí, para que sostengan contigo el peso del pueblo y no seas cargado tú solo. Dirás también á los murmuradores que mañana comerán carnes, y no un solo día, ni dos, ni cinco, ni diez, ni aun veinte, sino hasta un mes entero, hasta que salga por sus narices y se convierta en náuseas; por cuanto han

desechado al Señor, que está en medio de ellos, y han llorado delante de él diciendo: «Por qué salimos de Egipto?»

Vuelto, pues, Moisés al pueblo, y reunidos conforme á las órdenes divinas sus nuevos auxiliares, descendió el espíritu del Señor á la misteriosa columna que circuía el Tabernáculo; y luego que hubo reposado sobre los setenta ancianos de Israel, adquirieron todos don de gobierno, de doctrina y de consejo.

Casi al mismo tiempo suscitábase un viento meridional, que arrebatando de la opuesta parte del mar Rojo bandadas de codornices, las dejó caer sobre los israelitas con tal profusión, que después de emplear dos días y una noche en recoger cuantas pudieron, se hallaron, los que menos, con el prodigioso repuesto de diez *coros* ó doscientas arrobas, siéndoles preciso, para conservar tanta abundancia de carnes, salarlas y secarlas al sol. Mas al espirar el plazo señalado por la Justicia del cielo, la destemplanza con que devoraron los israelitas aquel apetecido manjar, había hecho cundir por el campamento una enfermedad mortal para incalculable número de personas. Así se cumplieron las divinas amenazas, y desde entonces fueron llamados aquellos lugares *sepulcros de concupiscencia*, porque en ellos estaban enterrados los que, á impulsos de un apetito vil, habían osado fatigar con súplicas al Hacedor Supremo.

El mismo Aarón, y su hermana María, envidiosos de la grande autoridad de Moisés, mur-

muraron de él por aquel tiempo, exclamando: «¿Pues qué, ha hablado el Señor por solo Moisés? ¿Acaso no nos ha hablado á nosotros del mismo modo?» Pláticas que escuchaba sin alterarse el caudillo hebreo, cuya mansedumbre era extremada; pero que provocaron la ira del Señor, á quien se oyó decir desde la sacrosanta nube que rodeaba el Templo: «Si alguno fuere entre vosotros profeta, yo, que soy el Señor Dios, me le apareceré en visión, ó le hablaré por ensueño. Mas no así á mi siervo Moisés, que es el más fiel en todo mi pueblo. Porque le hablo boca á boca; y él claramente, y no bajo de enigmas y figuras, ve al Señor. ¿Pues cómo no habéis temido de hablar mal de mi siervo Moisés?» Calló la voz, y al apagarse sus últimos sonidos, apareció Maria repentinamente cubierta de lepra, sin que la intercesión de su hermano fuera poderosa á liberarla por entonces de aquel castigo de su maldiciente locuacidad; y, ántes al contrario, hubo que arrojarla del campamento por expreso mandato de Dios, hasta que á los siete días recobró la salud y pudo regresar al seno de su familia.

II. Siguiendo su peregrinación, se aproximaron por fin los hebreos á la tierra prometida; cerca de cuyas fronteras dijo el Señor á Moisés: «Envía hombres que reconozcan la tierra de Canaán, uno de los principales de cada tribu»; orden que dió por resultado volver los exploradores al cabo de cuarenta días, con abundantes muestras de los frutos de aquella región, y, entre

ellas, con un racimo de uvas de tan extraordinaria magnitud, que tenían que llevarle dos hombres colgado de un varal. Dada por los emisarios larga cuenta de su viaje á Moisés y al pueblo, compendiaron así su relato: « La tierra á donde nos enviaste, en verdad mana leche y miel, como se puede conocer por estos frutos. Pero tiene unos habitantes muy valerosos, y ciudades grandes y muradas. Hemos visto allí la raza de Enac: Amalec habita al Mediodía; el Hetheo y el Amorreo sobre las sierras, y el Cananeo mora junto al mar y á las corrientes del Jordán ».

Al oír tales nuevas, más atemorizada que nunca aquella inquieta muchedumbre, prorrumpió en nuevos ayes, y asordó muy pronto con sus clamores los montes circunvecinos. Moisés trató de vencer tan vergonzosa postración, recordando al pueblo las promesas que les tenía hechas. Aquel que no puede faltar: Aarón ayudó á su hermano: Caleb y Josué, que eran de los exploradores, recorrían el campamento procurando acallar el tumulto y restablecer la confianza. Pero ni la mansedumbre de Moisés, ni la elocuencia de Aarón, ni los esfuerzos de Josué y de Caleb, produjeron efecto alguno; arreció, por el contrario, la gritería, al levantarse por cabezas del motín los otros diez emisarios venidos de Canaán; y pasando ya del abatimiento á la ira, trataron los sediciosos de apedrear á cuantos les hicieran frente, y elegir otro caudillo, que de regreso los llevase á Egipto. En tan crítico instante sonó airada y aterradora desde el Santuario la voz del

Omnipotente. «¿Hasta cuándo (dijo) me irritará ese pueblo? ¿Hasta cuándo no me han de creer, con todos los prodigios que he hecho por ellos? Los heriré, pues, y consumiré con pestilencia; y á ti, Moisés, mi siervo, te haré cabeza sobre gente grande y más fuerte que esta»; á cuyas amenazas se siguió el caer repentinamente muertos los diez exploradores desleales; castigo que solo hubiera sido preludio de otros más tremendos, si el mismo caudillo de Israel, postrándose apresurado en tierra, no hubiese intercedido por todos los demás delincuentes. Díjole entonces el Señor: «He perdonado conforme á tu palabra. Mas juro por Mí mismo, que todos los hombres que vieron mi majestad y los prodigios que hice en Egipto, y que, no obstante esto, me han tentado ya por diez veces, me han irritado con sus murmullos, y no han obedecido mi voz, no verán la tierra que juré á sus padres. Díles, pues, en nombre del Señor: Así como habéis hablado, oyéndolo yo, así haré con vosotros. Todos los que contáis de veinte años arriba, moriréis en el desierto, y en esta soledad yacerán vuestros cadáveres. Ninguno de vosotros entrará en la tierra prometida, fuera de Caleb y Josué, que me han sido fieles. Mas haré entrar á vuestros pequeñuelos, de los cuales habéis dicho que serian despojo de vuestros enemigos, para que vean la tierra que á vosotros os ha desagradado. Andarán vagueando con vosotros cuarenta años por el desierto, y pagarán vuestra infidelidad hasta que sean consumidos los cadáveres de sus padres; porque así

trataré á toda esta multitud perversisima, que se ha levantado contra Mi».

III. Siguióse á estos alborotos populares una conspiración sacerdotal , promovida por los tres levitas Coré, Dathán y Abirón, á la cabeza de doscientos cincuenta varones de crédito en la Sinagoga ; hombres que acusaban á Moisés y su hermano de usurpadores del gobierno y Sumo Sacerdocio; y que, á semejanza de los herejes de todos los siglos , pugnaban por arrogarse la suprema autoridad, en tanto que vociferaban contra ella.

Sabedor del suceso Moisés , dijo á los fautores de la sedición , después de haber implorado los auxilios divinos: «Mucho os engreis, ¡oh hijos de Levi! Tome cada uno su incensario; tú, Coré , y todo tu concilio; y tú, Aarón , separadamente ; y acudiendo mañana al Tabernáculo, pongan todos perfume delante del Señor, el cual hará ver claro quiénes son los que pertenecen á El , y hará llegar á si los que escogiere».

En efecto ; presentes en el Templo al otro dia Coré y todos los de su bando, menos Dathán y Abirón , se oyó de improviso una voz sobrenatural, que decía á Moisés y á su hermano: «¡Separaos de en medio de esa gavilla , para que los confunda en un momento!» Y aunque Moisés, con su acostumbrada benevolencia, procuró detener el golpe de la Justicia divina , conociendo en breve que eran infructuosos sus ruegos, y recordando que Abirón y Dathán se hallaban todavía confundidos con el resto del pueblo, tuvo por

mejor acuerdo salir apresurado al frente de los setenta ancianos de Israel, para gritar á todo el campamento: «¡Retiráos de las tiendas de esos hombres impíos, porque no seais envueltos en el castigo de sus pecados! He aquí el signo en que conoceréis que el Señor me ha enviado para que hiciera todo lo que estáis viendo, y que no lo he sacado yo de mi propio corazón. Si éstos murieren de la acostumbrada muerte de hombres, no me envió el Señor; mas si el Señor hiciere un nuevo portento, de manera que, abriendo la tierra su boca, se los trague, y descendieren vivos al infierno, sabréis que han blasfemado contra Dios».—Llegaba en esto Coré, buscando á sus parciales; mas, roto en aquel punto el suelo con pavorosa catástrofe, cayeron los tres, con sus tiendas y cuanto poseían, precipitados en insondable abismo, en tanto que un fuego milagroso anonadaba en el mismo Templo de Dios á los otros doscientos cincuenta que con manos impías le presentaban perfumes. Eleazar, hijo de Aarón, recogió sus incensarios de entre la ceniza, y, extendidos en planchas, los clavó en el altar para eterna memoria y escarmiento de las generaciones futuras.

Pero, cual si importara á los fines de la Sabiduría eterna no ser escasa en maravillas para asegurar en la persona de Aarón la dignidad del Sumo Sacerdocio, todavía quiso confirmar su elección con otra insigne prueba. «Toma (dijo á Moisés) sendas varas por las familias de los príncipes de las tribus; y escribirás el nombre de

cada uno de ellos sobre cada una de las doce varas, y el nombre de Aarón en la de la tribu de Levi. Las pondrás en el Tabernáculo de la Alianza; y la vara del que yo escogiere entre ellos, florecerá».—Y cuando reconocieron todos, el día inmediato, que solamente la vara de Aarón había brotado flores, cuyas hojas, extendiéndose luego, se transformaron en frutos, ordenó el Altísimo á Moisés que fuese colocada en el Templo aquella prodigiosa planta para recuerdo de la rebeldía de los hebreos, y para que cesasen sus murmuraciones.

Todo lo relatado hasta aquí acaeció en los dos primeros años que transcurrieron desde la salida de Egipto. De lo acontecido en los otros treinta y ocho, que había de durar la peregrinación por el desierto, no se ha guardado particular memoria.

El primer mes del año cuadragésimo dieron vuelta los israelitas á las soledades de Sin, asentando sus tiendas en Cades, lugar muy próximo á la tierra de los cananeos.

Faltos allí de agua, comenzaron á querellarse, según su inveterada costumbre; y habiendo entrado en el Tabernáculo Moisés con Aarón para impetrar de la Suma Bondad alguna manera de apaciguar el tumulto, respondió el Señor: «Toma tu vara, y congregad los dos al pueblo, y hablad á esa peña delante de ellos, y ella dará aguas».—Mas aunque Moisés quiso hacerlo así, hallábase tan perturbado su espíritu por la inflexibilidad é ingratitud de los hebreos, que, en vez de cumplir

aquel soberano mandato, les dijo con ira: «¡Oid, rebeldes! ¿Podemos acaso Aarón ni yo hacer salir agua de esta peña para que bebáis?» Y descargó en ella dos golpes con su vara. Por un prodigio de la Misericordia divina brotó del peñasco en aquel mismo instante un copioso manantial, cuyas aguas se llamaron *de la contradicción* por haber nacido en medio de la incredulidad del pueblo; pero la desconfianza mostrada por Moisés y Aarón al herir dos veces la piedra, en lugar de reducirse á hablarla, según se les había ordenado; su poca fortaleza, y, muy principalmente, el mal ejemplo que á los israelitas dieron con no manifestar que lo esperaban todo de la Gracia divina y todo lo rendían á su gloria, contristaron sobremanera al Señor, por ser ménos disimulables semejantes faltas en las cabezas de la Religión y del Gobierno. Y así, queriendo proporcionar la pena á la gravedad de la culpa, dispuso que ambos quedasen comprendidos en la exclusión ántes pronunciada contra los demás hebreos prófugos de Egipto; y El mismo les notificó que no pisarian la tierra prometida. ¡Golpe terrible en verdad, y prueba de las más grandes á que se vió sujeta la virtud de aquellos dos eminentes varones! pero prueba que en nada menoscabó su profundo acatamiento al Soberano Dueño y Moderador de las cosas humanas, y á pesar de la cual siguieron uno y otro consagrándose al cumplimiento de sus árduos deberes con la propia escrupulosidad y energía en que habian abundado hasta entonces.

Muerto Aarón poco después, entró á sucederle su hijo Eliazar en la dignidad del Pontificado.

Desde Cades despacharon los israelitas mensajeros á Idumea para solicitar paso franco; pero habiendo tenido mal éxito esta pretensión, fué menester que rodeasen largo trecho en busca de más fácil entrada; con lo que volvieron á sus incorregibles murmuraciones. No tardaron, sin embargo, en desistir de ellas al verse castigados con una plaga de serpientes, que les daban picaduras mortales; y entonces acudieron á su caudillo, exclamando con voces de arrepentimiento: «¡Hemos pecado! ¡hemos hablado contra el Señor y contra ti!» Condolido de lo cual, dijo por fin el Todopoderoso á Moisés: «Haz una serpiente de bronce, y ponla por señal sobre el asta de un estandarte; y el que, herido, la mirare, vivirá».—Milagroso remedio, que bastó para dar salud á todos, no por virtud propia de la serpiente, sino por la fe de los que la miraban y por la bondad divina (1).

IV. Ya en los confines de la tierra de los amorrheos, volvió á tentar el pueblo israelita las

(1) Esta serpiente de metal era figura de Jesucristo en la Cruz, según sus propias palabras: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto; así también es necesario que sea levantado el Hijo del Hombre en la Cruz, para que todo aquel que cree en El no perezca, sino que tenga vida eterna». A fin de proporcionar el remedio al mal, dióse á este símbolo de nuestra salvación la misma figura que tomó el autor de nuestra perdición en el Paraíso; pero la segunda serpiente fué de metal hueco, para indicar que estaba exenta de la malicia de la primera.

vías de la paz para seguir adelante ; pero , desairados tambien ahora sus mensajeros, hubo de recurrir á las armas , venciendo en refriegas sucesivas á Sehón, rey de aquella comarca, y á Og y Arad, que imperaban sobre Basán y los cananeos. De esta suerte llegaron á poseer los hijos de Israel extensos territorios, donde se establecieron las dos tribus de Rubén y Gad, con una mitad de la de Manassés, á condición de contribuir con las restantes al común propósito de conquistar la tierra prometida.

De allí se trasladó el pueblo á las llanuras de Moab, cuyo monarca, Balac, hallándose sin fuerzas con que hostilizar á sus invasores, envió órdenes á cierto adivino nombrado Balaam, que habitaba en Behor, orillas del Eufrates, á fin de que pareciese en presencia suya para atajar la marcha de los hebreos á fuerza de execraciones y conjuros; y aunque Balaam, poseido de sobrenatural pavor, comenzó por desobedecer este mandato, fueron tales las promesas del rey y tan cuantiosas sus dádivas, que, mudando de consejo, dispuso su viaje, y lo emprendió una madrugada. Iba á toda prisa por el camino, caballero en una borrica, cuando descendió un ángel, invisible á sus ojos, y cortó el paso al animal; paróse éste, y, aguijado por su amo, cayó sin fuerzas en tierra; mas ni aún así quedó vencida la ciega obstinación de Balaam; quien, perdido ya el tino, se puso á golpear con dureza cada vez mayor á su cabalgadura. Entonces desató el Señor prodigiosamente la lengua de la

bestia, la cual prorrumpió en estas frases: «¿Qué te he hecho? ¿Por qué me hieres?»—Y abiertos al mismo tiempo, por otro acto de la voluntad divina, los ojos de aquel falso profeta, pudo ya ver la luminosa aparición interpuesta en su camino con una espada en la mano; portento á que se humilló su soberbia, reconociendo el poder de Dios, y allanándose á obedecer sus mandatos, bien que el ángel le ordenó tan sólo que llevase adelante su jornada, y procediera en lo demás conforme a las inspiraciones del Cielo. De aquí nació que el viaje de Balaam tuviese consecuencias en un todo opuestas al fin apetecido; pues cuando le obligaron á hablar, hizolo así: «De los montes altos de Oriente me ha traído el rey de los moabitas.—Ven, dijo, y maldice á Jacob; date prisa, y detesta á Israel. Mas ¿cómo maldeciré á quien Dios no maldice? ¿Cómo he de detestar á quien el Señor no detesta? Desde las más altas peñas lo veo, y desde los collados lo contemplo. Este pueblo habitará solo, y no será mezclado entre los gentiles. ¿Quién podrá contar el número de la estirpe de Israel? ¡Oh! ¡muera mi alma de la muerte de esos justos, y mis postrimerias sean semejantes á las tuyas!»

«¿Qué es esto? (exclamó Balac al oír tan extraño lenguaje); te he llamado para que maldijeras á mis enemigos, y tú, al contrario, los bendices. Ven conmigo á la montaña frontera, donde no puedas ver más que una parte de Israel, y maldicele desde allí». Pero también fué vana esta segunda tentativa, y aun la tercera; porque,

puesto Balaam sobre la cima de otro monte, desde donde se divisaba el campamento hebreo, le embargó de tal suerte el espíritu divino, que comenzó á decir, del todo enajenado: «¡Cuán hermosos son tus pabellones, oh Jacob, y tus tiendas, oh Israel! Como valles con bosques; como huertas de regadío junto á las corrientes; como cedros cerca de las aguas; como tiendas que fijó el Señor, se dilatan por la llanura! ¡Bendito el que te bendijere; y al que te maldijere, en maldición le sea reputado!»—Y sin dejarse acobardar por la mal reprimida furia del monarca, concluyó así: «He oído las palabras de Dios, y sé la doctrina del Altísimo, y veo las visiones del Omnipotente; y he aquí lo que acaecerá en la sucesión de los tiempos. Le veo, mas no ahora; le contemplo, pero de lejos. DE JACOB NACERÁ UNA ESTRELLA, Y DE ISRAEL SE LEVANTARÁ UN CETRO, Y de este pueblo saldrá EL QUE DOMINE y destruya á todos sus enemigos. ¡Ay! ¿quién vivirá cuando Dios hará estas cosas?»

Cumplidos quedaron estos proféticos anuncios cuando la misteriosa estrella de Jacob guió tres magos hasta el portal de Belén; día en que tuvo principio el glorioso reinado del Mesías sobre la tierra.

V. Mas no por haberse trocado en palabras de paz las execraciones reclamadas del falso profeta de Behor, cambiaron sus malévolos instintos; y él mismo se dió prisa á contrarrestar el efecto de sus predicciones, proponiendo á Balac que, para vencer á los hebreos, procurase ante todo

rendirlos al yugo del pecado, ya que pendía del favor divino toda su fortaleza. Agradó al rey tan infame consejo; y así, dispuestos en honra de sus idolos magníficos festines y regocijos públicos, mandó que, so color de vender vituallas, ó con otros achaques, pasasen las mujeres más hermosas de Moab y Madián al campamento de los israelitas, y los indujesen á presenciar la fiesta; no siendo pocos los que, por consecuencia de este diabólico artificio, se hicieron reos de idolatría y torpes liviandades, que castigó la cólera del cielo con la instantánea muerte de los delincuentes.

Tan sólo cesó el sobrenatural estrago cuando Finées, hijo de Eleazar, encendido en ira al ver á cierto varón principal de la tribu de Simeón, llamado Zambri, presentarse con una madianita no lejos del lugar donde oraban Moisés y los suyos por aquel desalumbrado pueblo, atravesó de una estocada á los dos culpables; y, satisfecha de esta suerte la Justicia divina, el mismo Finées marchó sin perder tiempo en busca del ejército enemigo, le venció con solos doce mil hombres, dejó cubierto el campo de cadáveres, siendo uno de ellos el de Balaam; esparció su gente por el territorio madianita, y acuchilló á sus habitantes, sin exceptuar más que á las mujeres que no habían tenido participación en el crimen.

Acércabase al término de su vida el animoso y venerable caudillo que había sacado de cautividad y guiado en su peregrinación á los israelitas. Aunque sus fervorosas súplicas no tuvieron poder para revocar la sentencia que le condenaba

á morir en el desierto, movida de ellas la Misericordia divina, le otorgó otra merced, diciéndole: «Porque prevaricaste contra Mí en presencia del pueblo, en las aguas de la contradicción, no entrarás en la tierra que yo daré á los hijos de Israel; pero la verás de frente». Escribió, por tanto, Moisés su postrer libro de preceptos y avisos á los israelitas, libro que lleva el nombre de *Deuteronomio*; bendijo al pueblo por última vez, y, dejando las llanuras de Moab, ascendió á la cumbre del Fasga, que estaba en lo más culminante del monte Nebo; desde cuya eminencia fuéle mostrando el mismo Dios toda la tierra de Galaad hasta Dan, toda Neftalí, la tierra de Efraím y la de Manassés, la de Judá hasta el mar occidental ó Mediterráneo, y, en fin, la parte meridional hasta Segor. «Esta es (dijole en seguida) la tierra de Canaam, que prometí á Abraham, á Isaac y á Jacob; mírala, y muérete en el monte». Murió, pues, aquel piadoso varón á la edad de ciento y veinte años, habiendo puesto término á sus días una palabra divina, que no los achaques de nuestra flaca naturaleza; y para que todo fuera misterioso en su fin, los mismos hebreos, que le lloraron durante un mes entero, jamás llegaron á conocer el lugar de su sepultura. Y de allí adelante no se levantó en Israel un profeta á quien el Señor hablase cara á cara, como á Moisés; ni le igualó otro alguno en los prodigios con que amedrentó á Faraón, á sus principes y á sus secuaces; ni en el temple del espíritu, ni en la fuerza del brazo; ni en lo portentoso de las em-

presas á que dió cima, cuando guiaba al pueblo de Dios por las soledades del desierto (1).

CAPÍTULO IV

ENTRADA EN LA TIERRA DE PROMISIÓN.—GOBIERNO DE JOSUÉ.

I. *Entra Josué á suceder á Moisés.*—Paso del Jordán. (Año del mundo, 2553; antes de J. C., 1451.)—II. *Toma de Jericó y de Hai.*—Los gabaonitas—*Párase el sol.* (Año del mundo, 2553; antes de J. C., 1451.)—III. *Reparto de la tierra de promisión entre las doce tribus.*—*Muerte de Josué.* (Año del mundo, 2544; antes de J. C., 1442.)

I. Ya ántes de morir habia dispuesto Moisés, obedeciendo á inspiración divina, que le sucediera Josué en el encargo de regir y acaudillar á los hebreos, hasta que conquistasen la tierra prometida; y el mismo Dios alentó al nuevo capitán para tan alta empresa, con estas palabras: «Esfuérzate y sé robusto mucho, porque no te dejaré ni desampararé; pero mira no se aparte de tus ojos el libro de la ley, sino que meditarás de día y de noche para guardar y cumplir todo lo que en él está escrito».

(1) Desde que expusieron á Moisés en el Nilo hasta que ascendió al monte Nebo, fué aquel Patriarca una de las figuras más perfectas del Mesías; pues del propio modo que Éste, se vió perseguido en la infancia, escapó milagrosamente, vivió treinta años oscuro y desconocido, fué libertador de su pueblo y legislador del género humano, y, por último, murió en la cumbre de una montaña, después de haber prestado á la humanidad servicios eminentes en lo temporal y en lo eterno.

Determinado Josué á romper las hostilidades con un golpe atrevido, empleó tres días en disponer su gente para intentar el paso del Jordán; y, entre tanto, mandó dos hombres seguros á reconocer á Jericó, ciudad que, en la margen derecha de aquel río, era como la llave maestra de toda la tierra enemiga. Sin tropiezo llegaron los exploradores á las puertas mismas de la población, logrando hospedarse en cierta casa pegada al muro, donde vivía una mujer nombrada Rahab; y aunque, extendida luego la nueva de su viaje, se practicaron allí mismo activas diligencias para encontrarlos, dióse su huéspeda tal maña, que fueron inútiles todas las investigaciones; contentándose ella con decirles cuando pasó el peligro: «Sé que el Señor os ha entregado esta tierra: que secó las aguas del mar Rojo al entrar vosotros en él; y lo que habéis hecho á los reyes de los amorreos, que estaban al otro lado del Jordán. Y cuando esto oímos, no quedó aliento en nuestro corazón, porque el Señor Dios vuestro, tan poderoso es allá arriba en el cielo, como acá en la tierra. Ahora, pues, juradme por el Señor que del mismo modo que yo he hecho misericordia con vosotros, la haréis también vosotros con la casa de mi padre».—Conformes los hebreos con esta justa petición, concertaron una señal para reconocer el sitio en sazón oportuna; y fué que, rendida la ciudad, atase Rahab á su ventana un cordón de color de escarlata, que al efecto la dieron, diciendo: «La sangre de todos los que estuvieren contigo caerá sobre nuestra cabeza, si

alguno los tocare; pero cualquiera que saliere de la puerta de tu casa, su sangre caerá sobre su cabeza, y nosotros seremos sin culpa».—Tras de lo cual, les descolgó Rahab con una soga por la parte que caía al campo, y desde allí pudieron escapar fácilmente á favor de la noche.

Por las nuevas que trajeron los dos espías supo Josué el terror de que estaban llenos todos los habitantes de la comarca; y, alentado con tan felices auspicios, dictó sus últimas disposiciones. A las tribus dijo: «Luego que viéreis á los sacerdotes del linaje de Leví caminar con el Arca del Señor Dios vuestro en hombros, levantáos también, y seguidla». Y á los sacerdotes: «Tomad el Arca de la Alianza, é id delante del pueblo».—Pero aún sobrepujó el suceso á sus prósperas esperanzas; porque, puesta ya en movimiento toda la gente, fortaleció el Sumo Hacedor de inesperada manera el espíritu de su caudillo con estas palabras: «Hoy comenzaré á ensalzarte á vista de todo Israel, para que sepan que, así como fui con Moisés, así soy contigo»; y le autorizó para decir á las tribus: «En esto conoceréis que el Señor Dios viviente está en medio de vosotros: he aquí que el Arca de la Alianza os abrirá paso por medio del Jordán, y que la podréis seguir sin trabajo».—Fué tan veraz la promesa, que, apenas asentaron sus piés en la corriente los levitas cargados con aquel sacrosanto depósito, cuando se dividieron las aguas, siguiendo su marcha las que corrían de la parte de abajo, hasta dejar enjuto el cauce, y deteniéndose atumultuadas las

de arriba; admirable prodigio, á cuyo favor pudieron los sacerdotes hacer alto en mitad del río, en tanto que pasaba el resto del pueblo; y para perpetuar su memoria dispuso Josué que doce hombres, uno por cada tribu, llevasen á hombros sendas piedras, sacadas del álveo del Jordán, con las que erigió un monumento, diciendo así: «Cuando el día de mañana os preguntaren vuestros hijos: ¿Qué indican estas piedras?—les responderéis: Faltaron las aguas del Jordán delante del Arca de la Alianza del Señor, cuando pasamos por él; por esto fueron puestas estas piedras en monumento de los hijos de Israel para siempre. A pié enjuto pasó Israel este Jordán, así como lo había hecho ántes en el mar Bermejo, para que todos los pueblos de la tierra conozcan que es muy fuerte la mano del Señor, y vosotros la temáis en todo tiempo».

Celebrada poco después la Pascua, cesó ya de caer el maná, y en adelante se alimentaron los israelitas con frutos de la tierra.

II. Completamente cerrada, y prevenida con formidables medios de defensa, aguardaba Jericó el asalto de los hebreos, para quienes hubiera sido empresa difícil allanar sus fortificaciones, si no hubiese hecho toda la costa el mismo Dios, dictando á Josué sus órdenes en los términos siguientes: «Dad vuelta (le dijo) á la ciudad todos los hombres de armas una vez al día, por espacio de seis. El día séptimo tomen los sacerdotes las siete trompetas que sirven en el Jubileo, y vayan delante del Arca de la Alianza; y rodearéis siete

veces la ciudad en tanto que los sacerdotes toquen sus trompetas. Entonces todo el pueblo gritará á una, en voz muy alta; y caerán los muros de la ciudad hasta los cimientos, y cada cual entrará por la parte que tuviere delante de sí.— Sucumbió, pues, aquella importante fortaleza sin derramamiento de sangre en el asedio, y meramente á impulsos de la fé; pues, por lo demás, ningún plan podría inventarse tan contrario á los términos comunes, como querer rendir una población grande y bien amurallada girando á su alrededor al estruendo de músicas militares; pero así plugo á la Sabiduría eterna confundir la presuntuosa ciencia del mundo, y hacer notorio que el único camino para alcanzar sus favores es humillarse y creer.

Habiendo cabido á otra ciudad, nombrada Hai, la misma lamentable suerte que á Jericó, determinaron ya los descorazonados principes de Canaán juntar sus fuerzas en un solo cuerpo, para resistir con mejor fortuna la acometida del común enemigo; y solamente los habitantes de Gabaón, ménos confiados que los demás en el éxito de semejante alianza, trataron de salvarse apelando á un ardid, que consistió en trasladarse con cuanto poseían al campamento de Josué, como si procedieran de tierras sumamente remotas. « Ved (decían á los israelitas), ved estos panes que tomamos calientes en nuestras casas para venir hacia vosotros; cómo se han secado y desmenuzado ya. Estos pellejos, que llenamos de vino, eran nuevos, y ahora están rotos y deshe-

chos; las ropas que vestimos y los zapatos que traemos en los piés, se han gastado. Siervos vuestros somos; haced pacto con nosotros». — Con cuyas frases y otras parecidas lograron que el pueblo de Israel les jurase amistad, sin detenerse siquiera á practicar los actos religiosos indispensables para conseguir el acierto.

Grande fué el asombro de todos al saber, tres dias después, que sus nuevos aliados eran moradores de una tierra tan cercana, que ya casi pisaban sus confines; y no hubieran escapado vivos los gabaonitas á no interponerse Josué con sus capitanes, gritando á la enfurecida soldadesca: «¡Hemos jurado en el nombre del Señor Dios de Israel! ¡no los podemos tocar, para que no venga sobre nosotros la ira del Señor, si perjurásemos!» Razones que atajaron en sus principios el motin, contentándose los quejosos con que, por todo castigo, quedase obligado el linaje de Gabaón á desempeñar en adelante las faenas mecánicas necesarias para el servicio del Tabernáculo.

Salvos apenas de la ira de Israel, faltó poco para que los gabaonitas pudiesen á manos de las poblaciones indigenas, por haber intentado castigar su conducta Adonisedec, rey de Jerusalén, quien marchó sobre su capital con otros cuatro monarcas y gran golpe de gente; á cuyas nuevas acudieron los hebreos en auxilio de la ciudad amenazada, cayendo al amanecer sobre sus descuidados enemigos. Desordenáronse éstos, y, en tanto que los diezmaban las huestes de Josué, sobrevino por milagro una nube de piedras

enormes, que, derribando á infinitos, acabó de introducir la consternación entre los restantes; mas temiendo, á pesar de esto, el caudillo de Israel que se le echara encima la noche ántes de lograr los frutos de su victoria, osó con religiosa confianza ordenar á la naturaleza que suspendiera sus constantes leyes; y el sol se paró en mitad de su carrera, concediéndole doce horas más de tiempo para seguir el alcance.

III. Dueño ya de gran parte de Canaán, por consecuencia de tan insigne triunfo, llevó Josué sus armas á otras naciones con tan buena fortuna, que, en ménos de siete años, venció á treinta y un reyes y sojuzgó casi toda la tierra prometida. Entonces hizo de ella doce porciones, y adjudicó una á cada tribu, prescindiendo de los levitas, para cuya subsistencia habia destinado el mismo Dios los diezmos y primicias de todos los productos del campo.

Otros diez años eran pasados, viviendo los hebreos en quieta y pacífica posesión de sus conquistas, cuando reunió Josué á los ancianos, caudillos y magistrados del pueblo, para hablarles de esta suerte: «Yo he envejecido y me hallo en edad muy avanzada. Veis todo lo que el Señor Dios vuestro ha hecho por vosotros, y de qué manera os ha repartido toda esta tierra. Cierto es que aún os quedan naciones que conquistar; pero el Señor las exterminará y disipará de vuestra presencia, en tanto que seáis esforzados y no os desviéis de las cosas que están escritas en el libro de la ley ni á la diestra, ni á la siniestra. Esto

sólo habéis de procurar diligentísimamente: que améis al Señor Dios vuestro; no juréis por el nombre de otros dioses, ni los sirváis, ni los adoréis; porque si quisiérais adherir á los errores de estas gentes y mezclaros con ellas, tened entendido desde ahora que el Señor Dios vuestro no os amparará, sino que ellas serán para vosotros un hoyo y un lazo, y un azote para vuestros costados, y una espina para vuestros ojos, hasta que os quite y exterminie de esta excelente tierra que os ha dado. Pues así como de hecho ha cumplido lo que prometió, así también enviará sobre vosotros todos los males que tiene amenazados cuando traspasáreis el pacto que estableció con vosotros. Ahora, pues, elegid lo que os agrade; que yo y mi casa serviremos al Señor». — A cuya arenga respondió todo el pueblo: «Lejos esté de nosotros que abandonemos al Señor y sirvamos dioses ajenos. Él mismo nos sacó á nosotros y á nuestros padres de la casa de la servidumbre, é hizo á nuestra vista grandes prodigios; y nos guardó en todo el camino por donde anduvimos, en todos los pueblos por donde pasamos. Serviremos, pues, al Señor, porque él es nuestro Dios».

Después de estas cosas murió el santo caudillo Josué, siendo de edad de ciento y diez años (1).

(1) Fue este ilustre jefe del pueblo de Israel una figura sumamente notable del Mesías. Llevó su propio nombre, porque Josué significa *Salvador*, lo mismo que Jesús; é introdujo á los hebreos en la tierra prometida, sojuzgando á sus enemigos, de la propia manera que Jesús conduce al

CAPÍTULO V

GOBIERNO DE LOS JUECES.—RUTH, ASCENDIENTE
DEL MESÍAS

- I. *Primeros jueces.* — *El levita de Efraim.* (Años del mundo, 2570 á 2679; ántes de J. C., 1325.) — II. *Débora.* — *Muerte de Sisara.* (Años del mundo, 2699 á 2719; ántes de J. C., 1285.) — III. *Historia de Ruth* — IV. *Gedeón.* (Año del mundo, 2579; ántes de J. C., 1245.) — V. *Jefé.* (Año del mundo, 2816; ántes de J. C., 1188.) — VI. *Sansón.* (Años del mundo, 2848 á 2885; ántes de J. C., 1119.) — VII. *Heli.* — *El profeta Samuel.* (Años del mundo, 2885 á 2908; ántes de J. C., 1096.)

I. Al conquistador de Canaán sucedieron en el gobierno los ancianos de Israel, dirigidos por el Sumo Sacerdote; y la nación hebrea perseveró en sus deberes todo el tiempo que vivieron los coetáneos de Moisés, testigos oculares de las maravillas con que había protegido el Señor á su pueblo desde la salida de Egipto. Pero según fueron faltando aquellos respetables varones, perdieron también los israelitas la memoria de los beneficios del cielo, se mezclaron con los idólatras, y llegaron á tal corrupción, que para castigarla resolvió el Soberano Juez entregarlos á poder de sus más encarnizados enemigos. A pesar de todo, cuando volvían sobre sí los descendientes de Abraham y de Jacob, dando muestras

cielo, nuestra patria verdadera, á todos los hombres que saben triunfar del pecado.

de verdadero arrepentimiento, dejábase vencer de sus plegarias la Misericordia divina, y suscitaba hombres esforzados que capitaneasen á Israel, bajo el nombre de Jueces, para librarle de la servidumbre. Entre éstos fueron los primeros Othoniel, hermano menor de Caleb, el cual sacó á los israelitas de la servidumbre del rey de Mesopotamia; Aod, que derrotó á los moabitas, con muerte de su caudillo Eglón; y Samgar, que con una reja de arado mató seiscientos filisteos, devolviendo su libertad al pueblo.

Cerca estuvo de producir el exterminio de toda la tribu de Benjamin un espantoso crimen, que tuvo lugar por aquellos días. Encontrábase por acaso en Belén, acompañando á sus padres, la esposa de cierto levita, que, fatigado de esta separación, marchó en busca de su mujer y la trajo de regreso al monte de Efraim, donde vivía. Sorprendidos por la noche en mitad de su ruta, y habiendo hecho alto en Gabaa, ciudad benjamita en que les dió albergue un labrador anciano, asaltó de pronto las puertas de su habitación gran muchedumbre de gente facinerosa y corrompida, que á gritos pedía sus personas; y, aunque el levita llegó á salvarse, amparado por su huésped, no logró igual ventura la desvalida consorte, de quien abusaron sus atropelladores con tan extremada barbarie, que á la madrugada siguiente apenas la quedaron fuerzas para irse arrastrando y caer sin vida á los piés de su marido. La exasperación que en éste produjo tan atroz espectáculo, de ningún modo puede descri-

birse mejor que con el acto con que la demostró, y fué partir en doce trozos el cadáver, y enviar un pedazo á cada tribu, incitándolas á tomar sangrienta venganza. Todas respondieron al elocuente llamamiento, y, juntas en Masfa, exigieron satisfacción de sus ofensores; primero, por vías pacíficas, y después, probando la suerte de las armas, que les fué adversa en dos lances consecutivos; pero fiando en la santidad de su causa, provocaron tercer encuentro al pié de los muros de Gabaa, y allí consiguieron por fin que se pusiera de su parte la victoria. En efecto; ensoberbecidos los rebeldes con sus primeras ventajas, dieron en una celada, donde quedaron vencidos con pérdida de veinte y cinco mil hombres; y sobre arrasarse el vencedor todos sus lugares, hubiera exterminado a la raza entera de los benjamitas, á no ser por la prisa con que se pusieron á cubierto del común estrago unas seiscientas personas, de quienes se reprodujo más adelante aquella tribu.

II. En pena de las iniquidades con que se contaminaron nuevamente los israelitas, luego que murió Samgar, habíalos entregado la justicia del Cielo á discreción de Jabin, monarca de Canaán, que imperaba en Asor, y cuyos ejércitos regia un general llamado Sisara, famoso por sus crueldades; pero fueron tantas las oraciones del pueblo escogido, y tales sus muestras de arrepentimiento, que al fin llegaron hasta el trono de Dios é hicieron posible el término de aquella afrentosa servidumbre. Ejercia á la sazón el go-

hierno de Israel una profetisa llamada Débora, á quien no encubrió el Señor sus piadosas intenciones; y, llamando ésta á Barac, que se contaba entre los principales caudillos de las huestes, le habló así: « El Señor Dios de Israel te ha dado esta orden: Anda y lleva el ejército al monte Tabor, y tomarás contigo diez mil combatientes; y yo te traeré á ti, en el lugar del torrente Cisón, á Sisara, general del ejército de Jabín, y sus carros, y toda su gente, y los pondré en tu mano». «Si vienes conmigo, iré (respondió Barac); mas no partiré, si no quieres venir». «Bien está (replicó á esto la profetisa); mas no se atribuirá á ti la victoria, porque por mano de una mujer será entregado Sisara».

Formados, pues, frente á frente ambos ejércitos, empeñóse la acción, diciendo Débora al general hebreo: «Levántate, porque este es el día en que el Señor ha puesto á Sisara en tus manos. Mira que el mismo Dios pelea por ti»; y, en efecto, difundido á poco tiempo un singular pavor entre los contrarios, todos volvieron la espalda y fueron implacablemente pasados á filo de cuchillo. Sisara mismo huyó, saltando de su carro; y, con todo eso, llegó á estar en tanto apuro, que, para alargar su vida algunos instantes más, no vaciló en acogerse á la tienda de una israelita llamada Jahel, á quien dijo, cayendo fatigado en tierra: «Dame, te ruego, un poco de agua, porque traigo grande sed». Jahel, que conoció al punto en aquel miserable estado al feroz enemigo de su pueblo, le presentó, en vez de

agua, una vasija llena de leche; cuya soporífera virtud, junta con el cansancio, comenzó á obrar sus naturales efectos; de forma que Sisara resolvió abandonarse al sueño, haciendo solamente á su agraviada huéspedea esta recomendación: «Ponte á la puerta, y si alguno llegare y te preguntare: ¿Hay aquí alguno? responderás: Ninguno hay». Pero Jahel, en cuanto le vió dormido, arrancó un clavo de los que servian para sujetar su tienda, y se le introdujo á martillazos por la sien, hasta que otra vez entró la punta en el suelo por la parte opuesta (1).

Como acertase á pasar entonces mismo Barac, que iba en persecución de los prófugos: «Ven (le gritó la hebrea), y te mostraré al hombre que buscas»; y entrando á estas voces el caudillo vencedor en la tienda, juntamente con Débora, celebraron todos el triunfo de Israel y la gloria de Dios, cantando así:

«¡Bendita entre las mujeres Jahel, mujer de Haber Cineo, y bendita sea en su tienda! Dió leche al que le pedía agua; en taza de principes le presentó manteca. Echó la mano izquierda á un clavo, y la derecha á un martillo de obreros; y buscando en la cabeza un lugar para la herida, dió á Sisara el golpe.

»Cayó entre sus piés, perdió las fuerzas y mu-

(1) En esta acción de Jahel está figurado materialmente el cumplimiento de aquella promesa hecha en el Paraiso: *Enemistades pondré entre ti y la mujer, y ella quebrantará tu cabeza*; promesa que luego realizó la Virgen Santísima.

rió; delante de sus plantas se revolcaba exánime y miserable.

«La madre de Sisara, mirando por la ventana, daba alaridos, y decia desde su cuarto: ¿Cómo tarda en volver su carro? ¿Cómo son tan pesados los piés de sus cuatro caballos? Una de sus mujeres, más advertida que las otras, respondió á su suegra: Quizá está ahora repartiendo los despojos y escogiendo para sí la más hermosa de las mujeres: vestidos de diversos colores se dan á Sisara por despojos, y se amontonan varios arreos para adorno del cuello.

«¡Así perezcan, Señor, todos tus enemigos; y los que te aman, así brillen como resplandece el sol en su Oriente!»

III. Por aquellos tiempos hubo entre los israelitas grandes escaseces, de cuyas resultas pasó de Belén á la región de Moab cierta familia, compuesta de las siguientes personas: el marido, que tenia por nombre Elimelec, y murió á poco; su esposa Noemi, y dos hijos, llamados Mahalón y Quelión. A la vuelta de diez años fallecieron también estos últimos, después de haberse unido con Orfa y Ruth, mujeres moabitas; y sabiendo Noemi que ya habia remediado la bondad de Dios con abundantes cosechas el hambre de su pueblo, tuvo por mejor tornar allá, aunque pobre y sin apoyo, que servir de carga á las viudas de sus hijos, no menos desamparadas que ella. Habiendo, pues, salido del lugar de su peregrinación, y caminado algún trecho, dijo á Orfa y á Ruth, que la acompañaban: «Volved á la casa de

vuestra madre, y el Señor haga con vosotras misericordia, como la hicisteis con los difuntos y conmigo»; y hablando así, las despedía con tiernos besos; pero ellas lloraban en vez de obedecer, y respondían: «Contigo iremos á tu tierra». «Volveos, hijas mías (replicaba Noemi), porque sobre mí está levantada la mano del Señor, y vuestra angustia agrava mi angustia»; palabras con que tendía á fortalecerlas en aquella separación, y que, por el contrario, servían sólo para hacerlas derramar lágrimas más amargas y copiosas. En resolución, Orfa besó á su suegra y se marchó; pero Ruth no pudo desasirse de la pobre anciana, á quien dijo: «A donde quiera que fueres, iré yo también, y donde morares, moraré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios. La tierra que te reciba en tu muerte, en ella moriré, y allí tendré el lugar de mi sepulcro. Castigo me venga, si otra cosa que la muerte me separare de tí». Vista la firme determinación que anunciaban estas expresiones, calló Noemi, y prosiguiendo entrambas su camino, llegaron á Belén.

Por entonces empezaban á cogerse las cebadas, y á falta de otro recurso, puesto que suegra y nuera carecían absolutamente de los indispensables para su sustento, ocurriósele á la segunda decir: «Si lo mandas, iré al campo y recogeré las espigas que escaparen de las manos de los segadores, donde quiera que hallare gracia con algún padre de familia que use de benignidad conmigo»; y obtenida, en efecto, la licencia, entróse

Ruth en unas tierras cercanas, donde se puso á espigar por detrás de todos los gañanes.

Quiso la bondad divina que perteneciesen aquellas tierras á un pariente de Elimelec, hombre acaudalado, cuyo nombre era Booz, y que había salido, según costumbre, á ver la siega. Reparando en aquella desconocida espigadora, preguntó al capataz de sus jornaleros: «¿De quién es esa muchacha?» «Esta es (respondió el criado) aquella moabita que vino con Noemi. Hizonos súplica de recoger las espigas que se fuesen cayendo, y ahí se está desde la mañana sin dejar el trabajo». Era persona compasiva el buen labrador, y así, bastó lo que acababa de saber, para que llamase á Ruth y la hablara de este modo: «Oye, hija; no vayas á otro campo á espigar, sino incorpórate con mis muchachas, y donde segaren siguelas, porque he dado orden que nadie te moleste. Y cuando tuvieres sed, vete al hato y bebe del agua que beben también mis criados». A tan benignas palabras correspondió ella con un reverente saludo, acompañado de estas otras: «¿De dónde á mi la dicha de haber hallado gracia en tus ojos, y que te dignes de conocerme, siendo una mujer extranjera?» «Me han contado (contestó Booz) todas las cosas que hiciste con tu suegra, después de la muerte de tu marido; que has dejado á tus parientes y la tierra en que naciste, y te has venido á este pueblo, que ántes no conocías. ¡El Señor te galardone conforme á tus obras, por cuanto te has llegado á El, y debajo de sus alas te has acogido!» «¡Cuán bueno eres,

Señor mío (dijo entonces Ruth), que así me has consolado y has hablado al corazón de tu sierva; que no puedo compararme con una de tus esclavas!» Pero el generoso labrador atajó las demostraciones de su gratitud, diciéndola por despedida: «Cuando fuere hora de comer, vente aquí, y come del pan y moja tu bocado con los segadores». Llegada, pues, la hora del medio día, sentóse la humilde muchacha con los gañanes, y no solamente satisfizo su apetito, sino que alzó las sobras á ruego de ellos, ántes de tornar á su trabajo; del cual sacó aquella tarde abundantísimo fruto, gracias á Booz, que hizo á sus mozos el encargo siguiente: «Aunque quiera segar con vosotros, no se lo estorbéis; y de vuestras gavillas dejad caer de propósito algunas espigas, para que las coja sin rubor, y ninguno la reprenda cuando lo haga». Sucedió, como era de esperar, que al sacudir con una vara su cosecha, se encontró la virtuosa moabita con provisión de grano suficiente para mantener á dos personas por espacio de medio mes, sin contar con lo que de la comida había sobrado; y cargada con todo, volvióse alegre á casa de su suegra, que, al verla, exclamó: «¡Bendito sea el que tuvo misericordia de ti! ¿Dónde has espigado hoy?» Refirió Ruth lo acaecido, añadiendo que Booz la había otorgado licencia para concluir la siega con sus mozos; y volvió á decir la anciana: «¡Bendito sea él del Señor, pues el mismo amor que á sus parientes tuvo cuando vivos, se lo atestigua después de muertos! Más vale, hija mía, que vayas á espigar entre

sus criadas, porque alguno de otro campo no te moleste».

Así vivieron hasta que, terminada ya la recolección, y deseando Noemi premiar la singular virtud de su nuera por cuantos medios le fuesen posibles, la habló en estos términos: «Hija mía, yo te buscaré descanso y procuraré que estés bien, dándote un marido temeroso de Dios, bajo cuyo amparo vivas segura. Esta noche avienta Booz la cebada de su era. Levántate, pues, vete allá, y recuérdale nuestro parentesco, y él te dirá lo que debes hacer». El fin á que tendían semejantes consejos, completamente conformes con lo que en Israel se acostumbraba, apareció claro por los resultados; pues habiendo obedecido Ruth á su suegra con toda puntualidad, la dijo así el buen labrador: «¡Bendita seas del Señor, hija mía! Nada temas, porque todo el pueblo que habita dentro de las puertas de esta ciudad, sabe que eres mujer de virtud. No niego que soy tu pariente; pero hay otro que lo es más cercano que yo. Si quisiere quedarse contigo por derecho de proximidad, sea enhorabuena; mas si él no quisiere, yo sin duda alguna te recibiré por esposa. En fe de esta promesa que te hago delante del Señor, duerme hasta mañana».

Regresó, pues, Ruth á su casa con tan favorable respuesta y seis modios de cebada que la había dado Booz, diciendo: «No quiero que vuelvas á tu suegra con las manos vacías»; y oído su relato, contestó Noemi: «Espera, hija, que veamos el fin de este negocio; porque es hombre

que no parará hasta cumplir lo que ha dicho».

En efecto, aquella misma mañana salió Booz á la puerta de la ciudad, donde solían juntarse los magnates y el pueblo; y aguardó, sentado allí, á que pasase el otro pariente de Elimelec, de que ántes se ha hecho mérito. Cuando le vió aparecer, eligió por jueces doce hombres de los más ancianos entre los circunstantes, y dijo á su deudo: «Noemi, que ha vuelto de la región de Moab, está para vender una parte del campo de nuestro hermano Elimelec. Si quieres poseerlo por derecho de parentesco, cómpralo y quédate con él; y si no te contenta, declárame esto mismo, para que sepa lo que debo hacer; porque no hay más pariente sino tú, que eres el primero, y yo, que soy el segundo». «Yo compraré el campo», respondió el interlocutor de Booz; y éste repuso: «Luego que compres el campo, debes, según la ley, casarte también con Ruth, moabita, que fué mujer del difunto». Mas no cuadraba á los propósitos del otro esta inesperada condición, y así respondió sin vacilar: «Mis bienes padecerían menoscabo; usa tú del derecho mio, del que protesto carecer gustosamente». Apelando entonces á una costumbre antigua en Israel, y obligatoria en casos tales, replicó el pariente favorecido: «Dame tu zapato, para que la cesión sea válida»; y hecho así, y puestos por testigos los ancianos y el pueblo, de que Booz entraba á disfrutar los bienes de Elimelec y á casarse con Ruth, moabita, mujer que fué de Mahalón, dijeron á una todos los circunstantes: «El Señor

haga con esta mujer, que entra en tu casa, como con Raquel y Lia, que edificaron la casa de Israel; sea un dechado de virtud en Efrata, y tenga un nombre celebre en Belén.

Verificáronse los desposorios, y habiendo oído propicio el Altísimo los deseos de su pueblo, concedió á aquellos virtuosos cónyuges un hijo, que tuvo por nombre Obed y engendró á Isai ó Jessé, padre del rey David.

IV. Después de muerta Débora, tuvo paz el pueblo hebreo cerca de medio siglo, al cabo de cuyo tiempo se vió sujeto al poder de Madian, en pena de los delitos con que había comenzado nuevamente á contaminarse; pero bastaron siete años de opresión para que los descarriados hijos de Israel volviesen sobre si; y obtenido ya esto, quiso la Misericordia divina poner término á su dolorosa servidumbre, valiéndose al intento de cierto labrador, llamado Gedeón, que moraba en el lugar de Efra. Ocupado estaba en recoger su grano en un lagar, para guardarlo de la rapacidad de sus dominadores, cuando se le apareció un ángel á noticiarle que Dios le había escogido para libertador de su pueblo, y que debía apereibirse á la lucha; palabras á que el asombrado campesino no prestó asenso, en la creencia de que era un sér mortal quien se las dirigía, y hasta tanto que el portador de tan inesperada nueva hiciese algo por donde fuera dable conocer su celestial origen. Mas para manifestar de todos modos cuánto deseaba contentarle, sacó de su habitación carne de cabrito y panes ácimos, con

que convidó á su huésped; el cual le ordenó entonces que colocase aquellas viandas sobre una piedra, y extendiendo hacia ellas la punta del báculo que en la mano tenia, hizo brotar un milagroso fuego que lo consumió todo, al propio tiempo que desaparecia por los aires el divino mensajero.

Disipadas, pues, de tal suerte sus dudas, preparóse Gedeón desde aquel punto á cumplir su encargo con tanta diligencia, que ya en la noche siguiente destruyó un altar erigido por los hebreos prevaricadores en honra de Baal, idolo de los más abominables; derribó los árboles que en su contorno habia, é incendiándolo todo, ofreció un holocausto al verdadero Dios, sobre la piedra misma en que el ángel se le habia descubierto. En seguida reunió gente y salió contra los madianitas; aunque, temiendo errar en asunto de tanta importancia, todavía suplicó al Todopoderoso que manifestase claramente su voluntad con dos nuevos prodigios. «Pondré (dijo primero) en la era este vellocino de lana, y si el rocío cayere en sólo él, y toda la tierra quedare seca, sabré que mi mano ha de salvar al pueblo»; y á la madrugada siguiente tornó á decir: «No se encienda contra mi tu furor, Dios mio; ruégote que sólo el vellocino quede seco»; pero, habiendose cumplido sus deseos en ambas ocasiones, ya no pensó en más el humilde labrador que en acelerar su marcha, como lo hizo, al frente de treinta y dos mil soldados.

A pesar de ser tan considerable este ejército, ó

más exactamente, por lo mismo que eran tan numerosas las huestes hebreas, no cuadraba á los fines del Todopoderoso confiar á su esfuerzo el éxito de la batalla; y así se lo manifestó á Gedeón diciéndole: «Mucho pueblo hay contigo. Madián no será entregado en sus manos, no suceda que se glorie contra Mi Israel, y piense: Por mis fuerzas me libré. Haz pregonar, de manera que lo oigan todos, que los medrosos pueden volverse atrás». Y aunque en virtud de tan ilimitado permiso se retiraron del campamento veintidos mil hombres, todavía parecieron sobrados los diez mil restantes al Sumo Hacedor, que dió á su caudillo esta otra orden: «Llévalos á las aguas del río; pondrás á un lado los que lamieren el agua con la lengua, como suelen hacer los perros, echándola con la mano en la boca; y los que doblaren la rodilla para beber estarán en otra parte». «Trecientos solamente bebieron en la mano». «Con estos trescientos (dijo entonces el Todopoderoso) pondré en tu poder á Madián: vuélvase á su lugar toda la otra gente» (1).

Adelantóse, pues, Gedeón con fuerzas tan escasas al encuentro de los madianitas, que en número de veinte mil ocupaban un valle vecino; y,

(1) Los trescientos hombres escogidos tomaban agua del Jordán con la mano, y permaneciendo de pié, la bebían, lamiéndola como los perros. La elección divina ha sido diversamente interpretada. Unos creen que el beber de pié denotaba en los elegidos menos afeminamiento; y, por el contrario, en concepto de otros, indicaba aquella acción más miedo á los enemigos, siendo desechada precisamente por su valor aquella parte del ejército que be-

resuelto á acometerlos sin tardanza, formó su gente en tres columnas, dando á cada hombre, en vez de armas, una trompeta y una tea encendida dentro de una vasija de barro, sin más orden que ésta: «Lo que me viéreis hacer, hacedlo vosotros». Comenzaba la vela de la media noche cuando cayó aquel singular ejército sobre el campamento contrario, al estruendoso tañido de los instrumentos militares, que, sonando todos á un tiempo, parecían anunciar la llegada de huestes mucho más numerosas; y, en tanto que despertaban despavoridos los madianitas, aumentaron los defensores de Israel el efecto de su primer ardid, rompiendo estrepitosamente sus cántaros, unos contra otros, y coronando de repentinos resplandores todo el circuito del valle. Quieto entonces cada cual en su puesto, agitaba velozmente la antorcha, y con la otra mano sostenía la trompeta, sin dar tregua á su atronador cla-

bió de bruces sobre el río. Esta segunda sentencia es la que expresa D. Pedro Calderón, diciendo:

Cuantos de pechos bebieron
con esfuerzo varonil,
sin recato del contrario,

se vuelvan, que si primero
los cobardes despedí,
ahora á los animosos.

(Auto Sacramental LA PIEL DE GEDEÓN.)

Pero Santa Teresa se allega al dictamen opuesto, según lo manifiestan estas expresiones de LAS MORADAS SEGUNDAS: «¡Sea varón! y no de los que se echaban á beber de bruces cuando iban á la batalla, *no me acuerdo con quiénes*,

moreo , más que para gritar: « ¡ La espada del Señor y de Gedeón ! » Llevada con esto al más alto punto la confusión de los gentiles , no se dejó aguardar mucho la victoria , pues ántes que expusiera el capitán hebreo la vida de un sólo soldado suyo , mandándole acometer , permitió la Justicia de Dios que , alborotados los madianitas entre sí , tirasen á ciegas de las espadas , y lanzando grandes alaridos , hiciesen unos en otros espantosa carnicería . Los caudillos huyeron hacia el Jordán con parte de la tropa ; pero Gedeón habia ocupado todos los pasos de aquel rio , y así pudo perseguir y acuchillar facilmente á los prófugos ; de suerte que , de tan crecido ejército , apenas quedó un hombre que llevase á Madián la desastrosa nueva .

V. A Gedeón , que gobernó con grande acierto , sucedieron , uno tras otro , como jueces de Israel , Abimelec , Thola y Jair ; pero concluido el gobierno de este último , y habiéndose manchado el pueblo con nuevos crímenes , y muy especialmente con el de idolatría , perdió en castigo su libertad , quedando sujeto en Oriente al yugo de los ammonitas , y en Occidente al de los filisteos . Así vivió muchos años , hasta que sus desventuras le obligaron , como tantas otras veces , á levantar los ojos y el espíritu hacia el único Sér que podía remediarlas , el cual les dijo irritado : « ¿ Pues qué , no os oprimieron los egipcios y los demás pueblos , y clamásteis á Mi , y os libré de sus manos ? ¡ Y con todo eso me habéis dejado y dais culto á dioses ajenos ! ¡ Id y clamad á los

dioses que os habéis escogido, y ellos os libren en el tiempo de la angustia!» Mas los israelitas exclamaron, en son de sincero arrepentimiento: «¡Pecamos! Haz de nosotros lo que te agradare; solamente que ahora te dignes de libertarnos»; y acompañando las obras á las palabras, exterminaron todos los ídolos en muestra de acatamiento al verdadero Dios, cuya infinita bondad se concolió entonces de sus miserias.

Habia por aquel tiempo en Galad un varón llamado Jefe, á quien sus hermanos habian expulsado del hogar paterno por haber nacido de otra madre; hombre forzado y animoso, en quien puso los ojos todo el pueblo para sacudir el yugo de sus opresores. Conforme Jefe en intentarlo, aunque no sin reconvenir á su ciudad natal por el abandono en que hasta entonces le habia tenido, comenzó su principado solicitando del rey de Ammón que desistiese de hostilizar á los hebreos; mas, rotas las negociaciones, sintió arder dentro de sí el espíritu divino, y marchó denodadamente á pelear, pronunciando estas solemnes palabras: «Señor, si pusieres en mis manos á los hijos de Ammón, el primero, sea el que fuere, que saliere de las puertas de mi casa y viniere á encontrarme cuando vuelva en paz, te lo ofreceré en holocausto».

Con el auxilio divino logró, en efecto, el caudillo de Israel una señalada victoria, que desguarneciendo las fronteras enemigas, le permitió arrasarse veinte ciudades, talar gran parte de la tierra, y tornarse á la suya cargado de despojos;

y ya llegaba á las puertas de su casa para llevar á efecto la inmólación prometida, cuando vió asomar por el camino á su hija única, que, alborozada y deseosa de ganar las albricias, salia á recibirle amorosamente con pandeetas y danzas. Terrible fué el cambio que se obró en la doncella al contemplar la angustia retratada en las facciones de su padre; mas ¿cómo pintar el dolor de este desventurado ante tan imprevisto encuentro? Por dicha de entrambos, concurrían en la noble joven conducida de aquel extraño modo á dar su existencia por la salvación de Israel, un ánimo varonil y una voluntad sumisa á los decretos del Cielo; con cuyo auxilio, apenas supo la suerte que la aguardaba, fortaleció ella misma el quebrantado corazón de Jefe, diciendo así: «Padre mío, si empeñaste tu palabra al Señor, haz de mí todo lo que le has prometido. Solamente otórgame esto que te ruego: déjame ir dos meses á dar vueltas por las cumbres de los montes, y á llorar mi virginidad con mis amigas» (1); y al espirar el término prefijado, tornó, en efecto, á poder de su padre, el cual cumplió entonces su promesa; aunque es opinión común que no lo verificó inmólando á aquella valerosa virgen, sino consagrándola al servicio del Tabernáculo.

Por consecuencia de tan memorable suceso,

(1) Entre las mujeres israelitas era natural que se considerase como una desgracia morir sin sucesión, puesto que aspiraban todas á la honra de contarse entre los ascendientes del Mesías.

fué desde entonces costumbre en Israel juntarse cuatro días al año las muchachas casaderas, para celebrar la virtud y constancia de la hija de Jefté, con cánticos gratulatorios, y al compás de toda clase de instrumentos músicos.

VI. Jefté murió el año sexto de su principado, entrando á sucederle Abesán, á quien siguieron Ahialón y Abdón.

Para libertar á Israel de la prolongada tiranía de los filisteos, suscitó por entonces la misericordia del Todopoderoso un hombre de fuerzas nunca vistas, que tenía por nombre Sansón, y había sido otorgado á su madre después de mucho tiempo de esterilidad, en premio á sus fervientes oraciones y piadosa confianza.

A los veinte años determinó Sansón tomar esposa filistea, no sin gran resistencia de sus parientes y deudos, á quienes se ocultaba que había de redundar aquel proyecto en perjuicio de los enemigos de Dios; pero al fin, rendidos todos á su voluntad, emprendieron con él la ruta del pueblo donde se habían de concertar las bodas; y ya estaban cerca, cuando el robusto mozo, que iba separado de los demás viajeros, viendo salir al camino un león cachorro, con saltos y rugidos aterradores, le acometió cuerpo á cuerpo, y por la sola fuerza de sus puños logró hacerle pedazos.

Tornando pocos días después por el mismo sitio, para celebrar sus desposorios, vió dentro de la boca de la vencida fiera un enjambre de abejas y un panal de miel; hallazgo que le ofreció

ocasión de proponer á los convidados de su boda el siguiente enigma; «Del comedor salió comida, y del fuerte salió dulzura» (1); sujetandose á pagar costosos premios á quien lo descifrara. Mas la esposa de Sansón, en quien habia depositado éste su secreto, lo reveló á los filisteos, que de tan ilícita manera obligaron al mancebo á darles la paga prometida; y como entonces volviese él con despecho á su tierra, la familia de su mujer, caminando de agravio en agravio, la persuadió á enlazarse con uno de aquellos mismos por quienes habia cometido su primer perfidia. Sintió Sansón la irritante afrenta, y dijo, resuelto á vengarla: «De aquí adelante no habrá culpa en mí respecto de los filisteos; pídanse á sí mismos razón de lo que les acaéciera».

Lo primero que hizo fué quemar sus sembrados. Sirviéndose al efecto de una especie de jacales ó raposas, comunes en Canaán, y que fácilmente se dejaban coger, por la costumbre de caminar muchas juntas, tomó trescientas de ellas, las emparejó con cuerdas, y atándolas á las colas teas encendidas, las soltó por los campos de sus enemigos; con lo que, difundido el fuego rápidamente, ya por las mieses hacinadas, ya por las que todavía estaban en pié, adquirió tanto cuerpo, que desde allí cundió y consumió hasta las viñas y olivares. Al propio tiempo revolviase él

(1) Por el león quiere San Agustín que se represente á Cristo muerto, y por el enjambre y panal se significa el prodigioso aumento de los fieles atraídos por la dulzura que nace de este misterio,

en persona contra sus ofensores; y , atacándolos por sorpresa , los derrotaba con espantoso estrago.

Faltos de fuerzas los adversarios de Sansón para resistirle á campo abierto, sedujeron hombres de la tribu de Judá, que á traición se lo entregasen ; y ya prorrumpían en regocijados clamores, viéndole llegar á sus tiendas sujeto de manos y piés con gruesos cordeles , cuando el vigoroso mancebo rompió de improviso aquellas fortísimas ligaduras , y armado con una quijada de asno , que á su alcance estaba, se abrió paso franco por entre los filisteos , dejando á mil sin vida.

Otra vez que entró en Gaza, ciudad filistea, cerraron sus enemigos las salidas de la población, con ánimo de no dejarle escapar hasta que amanebiese, para que entonces le mataran á mansalva hombres apostados al intento ; pero Sansón frustró esta ruin traza, arrancando á media noche las dos hojas de una puerta, con sus pilares y cerraduras , y huyendo cargado con todo hasta un monte que distaba diez leguas.

Por desgracia, se logró con artificios mujeriles rendir la pujanza de aquel varón , de quien no habían triunfado huestes enteras, mientras tuvo á Dios por suyo ; pues habiéndose unido , por muerte de su primer consorte , con otra filistea nombrada Dalila, mujer malvada y artificiosa, averiguó ésta , á fuerza de halagos é importunidades , que el extraordinario vigor de su esposo estribaba en los cabellos ; parte la más débil del

cuerpo humano, y en la que, por lo mismo, había recaído la elección del Señor para hacer ver más claramente su omnipotencia. Obtenida aquella preciosa revelación, aguardó Dalila á que se durmiera el descuidado hebreo; y entonces le rapó la cabeza y le entregó indefenso en manos de su contrarios, que, sobre arrancarle los ojos, le condenaron á voltear la piedra de un molino.

Pero corriendo algunos meses, crecióle nuevamente á Sansón el cabello. Cierta dia que estaban reunidos los filisteos principales en el templo de su idolo, Dagón, y habian quitado las prisiones á su cautivo para que los divirtiera, aparentando éste hallarse fatigado, dijo al muchacho que le conducia: «Déjame tocar las columnas sobre que carga la casa, para apoyarme un poco». Vino en ello su conductor; mas apenas le hubo colocado junto á los dos pilares que sustentaban toda la mole del edificio, cuando el forzado israelita, puesta toda su esperanza en Dios, gritó desafortadamente: «¡Muera Sansón con los filisteos!» y sacudiendo entrambas columnas con impetu irresistible, hizo desplomarse el templo sobre los príncipes y la muchedumbre que le rodeaban, en número de tres mil personas; de suerte que aún mató más gentiles ciego y preso, y al exhalar su último aliento, que en ningún otro lance de los veinte años que duró su judicatura (1).

(1) Debe ser considerada la muerte de Sansón como un sacrificio voluntario hecho para libertar á Israel del

La familia de Sansón recogió sus restos entre el cúmulo de los cadáveres de sus enemigos, y los depositó con religioso respeto en el sepulcro de sus ascendientes.

VII. A este animoso juez de Israel sucedió el Sumo Sacerdote Heli, hombre de virtud, aunque sobrado indulgente con sus hijos Ofni y Finéés, que ejercían el ministerio de sacrificadores.

Vivia entonces en los montes de Efraim cierto varón justo que se llamaba Elcana, y tenía dos mujeres, cuyos nombres eran Anna y Fenenna; la primera de las cuales, viendo á la otra con sucesión, oraba ardientemente día y noche en demanda de la misma merced, hasta que movido á clemencia el Todopoderoso, la concedió un hijo, que fué nombrado Samuel (esto es, *Puesto por Dios*), y entró desde pequeño al servicio de los altares.

Bajo la custodia de Heli creció este niño, amado del Criador y de las criaturas, y asistiendo en el Tabernáculo con su sobrepelliz de lino y una túnica que su piadosa madre le hacía y regalaba todos los años. Mas no atendía el Sumo Sacerdote con el propio celo que á Samuel á sus dos hijos Ofni y Finéés, cuya sórdida avaricia les arrastraba á exigir por actos de su ministerio otro estipendio del que les era licito tomar; delito de los más graves, por cuanto hacia que mu-

yugo de sus opresores. Este hombre extraordinario representa con su vida el poder de Jesucristo, y con su muerte el holocausto de la Cena, con el cual destruyó nuestro Divino Salvador el templo del demonio.

chos hebreos se retrajesen de ofrecer sacrificios al Soberano Autor y Dispensador de todos los bienes. Como fuesen grandes las murmuraciones á que por semejante causa se entregaba el pueblo, dispuso Dios que hablase al Sumo Sacerdote una persona de reconocida virtud, para compe-lerle con toda clase de amenazas y consejos á ejercer mayor vigilancia en adelante; pero Heli, que ya estaba muy entrado en edad, no reprendió á los criminales con la energía conveniente, y entonces resolvió el Señor hacer un ejemplar castigo.

□ Cierta noche, durmiendo Samuel, ya adolescente, en el recinto del Tabernáculo, oyó su nombre varias veces, y en la persuasión de que era Heli quien lo pronunciaba, marchó á decirle: «Aquí estoy, pues me has llamado»; pero con sorpresa suya, le respondió el anciano: «No he hecho tal, hijo mío; vuélvete y duerme». A poco tiempo sonaron voces parecidas, y habiéndose levantado Samuel, como ántes, obtuvo la propia respuesta. Repetida, sin embargo, con extraña pertinacia tan singular escena, y no cabiendo ya duda al Sumo Sacerdote de que allí se encerraba algo más que un pueril antojo, dijo así al muchacho: «Anda y duerme; y si otra vez te llaman, responderás: Habla, Señor, que tu siervo escucha»; y, en efecto, cuando por cuarta vez sacó á Samuel de su sueño aquel misterioso llamamiento, contestó conforme á lo que le estaba ordenado; y entonces sonaron en medio de la oscuridad estas palabras: «Mira que voy á hacer

una cosa en Israel, que á todo el que la oyere le retañerán ambas sus orejas. En aquel día comenzaré y acabaré contra Heli todo lo que le he dicho, y ejerceré mi juicio sobre la iniquidad de su casa, para siempre; por cuanto sabía él que sus hijos hacían obrar indignas, y no las ha corregido».

Cuando supo Heli, á la mañana siguiente, la terrible sentencia pronunciada contra su linaje, respondió á Samuel con profunda resignación: «El Señor es: haga lo que sea agradable en sus ojos».

Pasados algunos días, alcanzaron una gran victoria sobre las huestes hebreas sus irreconciliables enemigos los filisteos, sembrando tal terror este descalabro en Israel, que para restablecer la quebrantada confianza, y evitar otros réveses, juzgóse indispensable entregar á las tropas el Arca del Testamento; y así lo hicieron los dos hijos de Heli, sacándola de Silo, lugar donde se custodiaba. Mas no se satisface la justicia divina con actos exteriores, que nunca son plausibles y eficaces si no los acompaña la sinceridad del corazón. Trabóse de nuevo la pelea, y el Arca pasó á manos de los incircuncisos, muriendo Ofni y Finéas con otros treinta mil israelitas, cuando intentaban defender aquel sacrosanto objeto, por ellos mismos profanado tantas veces.

Heli, que oyó gritar á un prófugo: «¡Pecieron tus dos hijos! ¡El Arca de Dios ha sido cautivada!» cayó hacia atrás, y, rompiéndose el crá-

neo, quedó muerto repentina y miserablemente á las puertas del templo.

Por lo tocante al Arca, fueron tantas y tan espantosas las calamidades que desde su captura comenzaron á caer sobre los gentiles, que no habiendo ya, á los siete meses, un solo lugar filisteo cuyos moradores quisieran tenerla consigo, se apeló al recurso de abandonarla en mitad de un camino, puesta sobre un carro de bueyes, los cuales la devolvieron en derechura al territorio israelita.

Esto no obstante, continuaban los filisteos molestando á sus enemigos con repetidas invasiones; y habiendo tenido aviso cierto día de que se hallaban reunidas todas las tribus en Masfa, salieron en franco son de guerra, con esperanza de cogerlas de improviso y destruirlas para siempre. Pero Samuel, á cuyas manos habían pasado la judicatura y el sumo sacerdocio, imploró en aquel conflicto la soberana protección de Dios, á quien sacrificó un cordero; y al punto se sintió en los aires un ruido tan pavoroso, que bastó su estrépito para que se dieran á huir los gentiles, dominados de inexplicable terror, muriendo infinitos al filo de las cuchillas hebreas, con cuya insigne victoria acabó el pueblo escogido de sacudir el yugo de sus opresores.

CAPÍTULO VI

GOBIERNO DE LOS REYES.—SAUL.—MOCEDAD
DE DAVID.

- I. *Piden rey los israelitas.*—*Elección de Saul.* (Año del mundo, 2909; antes de J. C., 1095.)—II. *Desobediencia de Saul.*—*Repruébale el Señor.* (Año del mundo, 2911; antes de J. C., 1093.)—III. *Elección de David.*—*Triunfo de Goliath.* (Años del mundo, 2934 á 2912; antes de J. C., 1062.)—IV. *Peregrinación de David.* (Año del mundo, 2944 á 2949; antes de J. C., 1056.)—V. *Muerte de Saul y de Jonathás.*—*Aflicción de David.* (Año del mundo, 2949; antes de J. C., 1055.)

I. Pasando días, y habiendo tenido Samuel, á semejanza de Heli, hijos indignos por sus vicios de desempeñar la judicatura, le dijeron los ancianos: «Bien ves que tú eres viejo, y que tus hijos no andan en tus caminos; establécenos, pues, un rey que nos juzgue, como lo tienen también todas las demás naciones»; y aunque désagrado al Sumo Sacerdote tal razonamiento, porque el hecho de alegar sus muchos años para exonerarle de un cargo ejercido con visibles muestras de la protección divina, revelaba en los hebreos una funesta inclinación á buscar exclusivamente su ventura por medios humanos, se abstuvo de responder hasta consultar la voluntad del Todopoderoso, quien se la manifestó con estas palabras: «Oye la voz del pueblo, porque no te han desechado á tí, sino á Mi, para que no

reine sobre ellos. Pero protéstales primero y anúnciales el poderío del rey que piden».

Expuso, pues, circunstanciadamente aquel celoso varón, á los hijos de Israel, las nuevas obligaciones y cargas á que les había de sujetar el proyectado cambio de gobierno; y como aún insistiesen todos, replicando que no querían ser de peor condición que otras naciones, fué ya preciso condescender á su gusto.

Plugo al Omnipotente que recayese la elección en cierto labrador mozo de la tribu de Benjamín, que tenia por nombre Saul, y se distinguía entre los israelitas por su aventajada estatura y gallardo porte: y al efecto dispuso que, habiendo salido este mancebo, de orden de su padre Cis, en busca de unas acémilas extraviadas, fuese á preguntar por su paradero al Sumo Sacerdote, á quien inmediatamente dijo el Señor: «He aquí el que reinará sobre mi pueblo»; en cuya virtud introdujo aquel venerable Profeta á Saul en el mejor aposento de su casa, sentóle á la cabecera de su mesa, y le ungió por rey, confirmando la legitimidad de este acto con admirables prodigios.

Congregados después en Masfa los israelitas, según costumbre de aquellos siglos, supieron de boca de Samuel quién era la persona levantada al solio por disposición del Sér Supremo; disposición de que á ninguno cupo duda; porque habiéndose después echado suertes entre las familias de las doce tribus, salieron cabalmente designadas la tribu y la familia de Saul para ocupar el trono. Nadie, sin embargo, conocia al

nuevo monarca; y como ni siquiera se hallaba en el lugar, fué menester ir á sacarle de su humilde albergue. « Bien véis al electo del Señor (dijo entonces el Sumo Sacerdote á cuantos contemplaban admirados la alta estatura del hijo de Cis); no hay semejante á él en todo el pueblo». Y respondió con alborozo la muchedumbre: « ¡ Viva el rey!» Proclamada luego solemnemente por Samuel la ley de la monarquía, y puesta junto al Arca del Testamento con los demás volúmenes sagrados, tornó Saul á Gabaa, su ciudad natal, sólo con una parte de las huestes, porque el resto se abstuvo de presentarle dones, teniéndole en poco por su bajo linaje, y diciendo: « ¿ Por ventura podrá éste salvarnos?» mas él aparentó que nada oía, y se volvió por entonces á sus faenas campestres.

Apenas había transcurrido un mes, cuando Naas, monarca de los ammonitas, se presentó delante de Jabés, población de Galaad, diciendo con jactanciosa insolencia que, pues los moradores de aquella villa se cubrían el ojo izquierdo con el escudo para salir á batalla, él los arrancaría á todos el ojo derecho, á fin de dejarlos inútiles para los ejercicios militares. Llegaron á Gabaa algunos mensajeros en demanda de socorro, á tiempo que regresaba Saul del campo con sus yuntas; y enterado de lo sucedido por los lamentos que al pueblo arrancaba el apurado caso en que sus hermanos se veían, tomó sus bueyes, los dividió en menudos trozos, y los mandó repartir por toda la tierra con este aviso: « Asi

serán tratados los bueyes de aquel que no saliere á pelear y signiere á Saul y Samuel». A los pocos días pasó revista en Bézec, y con trescientos mil hombres que halló reunidos, dió sobre los ammonitas, los desbarató y puso en libertad la población sitiada, de cuya hazaña resultó, no solamente que recibieran gustosas todas las tribus por su rey á Saul, sino que estuvieran á punto de perecer, victimas del furor popular, los que al principio habían andado remisos en acatar la autoridad de aquel monarca.

Siendo incompatible con el nuevo sistema de gobierno la institución de los jueces, se despojó Samuel de aquella dignidad, no sin rendir escrupulosa cuenta de sus actos á los israelitas, á quienes dijo por conclusión: «No permita el Señor que yo cometa contra El este pecado, que cese de rogar por vosotros y de enseñaros un camino bueno y derecho. Temed, pues, al Señor, y servidle en verdad y de todo vuestro corazón, porque habéis visto sus maravillas. Mas si fuéreis rebeldes á su voz, y os obstináreis en la malicia, vosotros y vuestro rey pereceréis justamente».

II. Acreditáronse por desgracia de profetías estas palabras, por haber desmentido Saul, andando el tiempo, la sabiduría y templanza de que dió muestras al ceñir la corona. Envoléntonado el pueblo hebreo con una gran victoria que al frente de mil hombres escogidos alcanzó en Gabaa Jonathás, hijo de aquel Monarca, acudió en gran muchedumbre á Gálgala para engrosar

el ejército real, en tanto que los vencidos filisteos se aprestaban nuevamente á probar fortuna, asentando sus tiendas en Macmas con treinta mil carros, seis mil ginetes é innumerables peones; ejército poderoso, que, intimidando á los asombradizos israelitas, hizo á muchos de ellos abandonar vergonzosamente sus banderas, aun ántes de combatir. Tenía Saul aviso del Sumo Sacerdote para no llegar á las manos sin haber ofrecido piadosos sacrificios á Dios, de quien toda fuerza se origina; y al ver que sus gentes se le iban á la deshilada, quiso ganar tiempo presentando por sí mismo el holocausto; como si le autorizase el principado para ejercer funciones sacerdotales, y la dispersión de sus tropas para desconfiar de la Omnipotencia divina y enmendar sus soberanos preceptos. Daba, pues, fin aquella religiosa ceremonia, cuando Samuel, recién llegado á los reales, marchó en busca del desobediente monarca, y le preguntó: «¿Qué has hecho?» Disculpóse Saul contestando: «Porque ví que el pueblo se me iba y tú no habías venido para el plazo señalado, dije: Ahora descenderán los filisteos contra mí á Gálgala y no tengo aplacado el rostro del Señor. Compelido, pues, de la necesidad, ofrecí el holocausto»; pero Samuel destruyó sus especiosos ratiocinios, reponiendo: «Neciamente obraste, y *no has guardado los mandamientos que te dió el Señor Dios tuyo.* Si no hubieras hecho esto, sábeta que el Señor desde ahora hubiera establecido tu reino sobre Israel para siempre»; y sin decir más, se retiró de su presencia.

El rey movió su campo hacia Gabaa , con seiscientos hombres que le quedaban , y los filisteos continuaron ocupando á Macmas.

Cierto día que se adelantaron algunas partidas sueltas hasta un altozano muy próximo al ejército hebreo , ofendido Jonathás de tanta osadía , atravesó sigilosamente las líneas avanzadas , y aunque sólo le acompañaba un escudero , logró alborotar el campamento enemigo , llenarle de inexplicable terror y hacer en él gran matanza ; á cuyo espectáculo puso rápidamente Saul en pie todas sus tropas , y las desparramó en persecución de los fugitivos , para recoger de una vez los frutos de aquel venturoso azar ; prohibiendo , so pena de la vida , que ninguno en su ejército , ora fuese soldado ó capitán , tomara el más leve sustento , hasta que no quedase consumado el esterminio de los gentiles. Pero Jonathás , que halló por acaso un panal en su camino , ignorando el precepto , y sintiéndose rendido por el mucho pelear , mojó en la miel la punta de una vara que en la mano tenía , y se la llevó á la boca , acto siempre perdonable , del todo inocente en el caso actual , y que , sin embargo , ¡cosa increíble! se empeñó en castigar el monarca con la muerte de su hijo; y así lo hubiera hecho , si el pueblo todo no hubiese intervenido en favor de aquel valiente mozo , gritando con destempladas voces : «¿Con que ha de morir Jonathás , que ha sido hoy salud grande en Israel? ¡Esto no es para dicho! ¡Vive el Señor , que no ha de caer en tierra ni un solo cabello de su cabeza!»

No contento con abandonarse á tan indignos arrebatos, consumó su ruina el deslumbrado monarca con una nueva contravención á los preceptos divinos; pues habiéndole dicho Samuel: «Esto ordena el Señor Dios de los ejércitos: Vé ahora y hiere á Amalec, y destruye todo lo que tuviere, sin perdonar á nadie; mas no codicies cosa alguna de las suyas»; luego que hubo Saul vencido á los amalecitas, no solamente perdonó al rey contrario, sino que reservó para sí la mejor parte de la presa. Y aunque trató de disculpar su acción, achacándola al deseo de ofrecer en pladoso sacrificio las reses quitadas á los ídólatras, Samuel le mostró la inutilidad de su intento y el castigo á que se había hecho acreedor, con estas palabras: «Mejor es la obediencia que las víctimas, y el obedecer mejor que el sebo de los carneros. Por cuanto desechaste la palabra del Señor, sabe que El te ha desechado para que no seas rey». «¡Pequé! (repuso al oírle Saul), porque he quebrantado la palabra de Dios y tu dictamen, condescendiendo con la voz del pueblo; mas ahora ruégote que sobrellevés mi pecado é intercedas para que se me perdone y te vuelvas conmigo»; á cuyas tardías é interesadas demostraciones de arrepentimiento respondió el Sumo Sacerdote: «No volveré»; y se apartó del monarca. Quiso éste detenerle asiéndole de la orla de su manto, y al forcejear se le rasgó; y entonces confirmó solemnemente aquel venerable Profeta la sentencia pronunciada por Dios contra su ungido, diciendo así: «El Señor ha rasgado hoy de

tí el reino de Israel, y se lo ha dado á tu prójimo, que es mejor que tú».

Sin embargo de todo, consintió Samuel al cabo en demorar algún tiempo su marcha, rindiéndose á las instancias del príncipe, que, ya desengañado, le decia: «Pequé, mas ahora hónrame delante de los ancianos de mi pueblo, y vuélvete conmigo para que adore al Señor tu Dios».

Ejecutada luego la muerte del rey amalecita, por orden que de autoridad propia dictó el Sumo Sacerdote, retiróse éste á Ramatha, y no volvió á ver á Saul, aunque muchas veces lloró en secreto por él, movido del amor que siempre le tuvo, y sabedor de las calamidades que en lo porvenir le estaban reservadas.

III. Sacó el Todopoderoso á Samuel de su retraimiento con estas palabras: «¿Hasta cuándo llorarás á Saul, habiéndole yo desechado para que no reine sobre Israel? Hinche tu redoma de aceite, y ven, y te enviaré á Isaí, hijo de Obed, bethleemita; porque entre sus hijos me he proveído de rey, y ungirás á aquel que yo te mostraré». Pasando, pues, á Belén, prevenido de una víctima para ofrecerla en sacrificio, reunió aquel piadoso varón en el festín del holocausto á toda la familia de Isaí; y aunque al ver al primogénito presumió que habria recaído en él la elección divina, por ser persona de corpulento talle y gallardo continente, hizole deponer tales sospechas el mismo Dios, sucediendo lo propio con otros seis hermanos que sucesivamente aparecieron. «¿Por ventura se han acabado ya tus

hijos?» preguntó entonces Samuel á su huésped; y habiendo dicho éste: «Aún hay otro pequeño que está apacentando ovejas», repuso el Sumo Sacerdote: «Envía y tráele». Buscóse, en efecto, al pastorcillo, que tenia por nombre David, y apenas se presentó éste, dijo el Omnipotente á su Profeta: «Levántate y úngele, porque ese es»; oído lo cual, inclinó Samuel su redoma de óleo santo sobre la frente del muchacho, y desde aquel punto se apoderó de David la inspiración del Cielo, que ya no le dejó mientras tuvo vida.

Falto Saul, entre tanto, del amparo de su Criador, y atormentado de un maligno espíritu, que sin descanso le hostigaba, determinó, á instancia de sus afligidos familiares, tomar un hombre diestro en tañer el arpa, á fin de que templase la violencia de su enfermedad con las suaves melodias de aquel instrumento, acertando á ser David designado para tal oficio.

Por entonces se rompieron otra vez las hostilidades entre israelitas y filisteos, cuyas banderas seguía un disforme gigante, nombrado Goliath, que con jactanciosa insolencia provocaba diariamente á sus adversarios, gritándoles: «¿Por qué habéis salido á punto de batalla, esclavos de Saul? Dadme acá un hombre que venga cuerpo á cuerpo á combatir conmigo, y si me matare, seremos vuestros siervos. Mas vosotros nos serviréis si lograre yo la ventaja».

Con estas y otras frases semejantes postrábase el espíritu de los hebreos más esforzados; y aunque su monarca les prometia grandes recompen-

sas, en dinero y honores, ninguno osaba medir sus fuerzas con las de aquel terrible antagonista. En tanto David, que para las faenas de la guerra aún era demasiado mozo, había vuelto á casa de sus padres, desde donde solía hacer excursiones al campamento israelita, por tener allá tres hermanos, á quienes alguna vez llevaba vituallas; y habiendo oido en uno de estos viajes los retos del soberbio Goliath, dijo encendido en ira: «¿Quién es ese filisteo incircunciso, que ha insultado los escuadrones del Dios viviente? ¡Yo iré á pelear con él!» Noticioso Saul de su audaz propósito, consintió, no sin dificultad, en que se llevase á cabo el desigual combate, y dispuso para ello que se armase el muchacho con loriga al pecho y un yelmo de cobre en la cabeza, ciéndole además su propia espada; pero habiendo probado David á andar con tan insólito arreo, no pudo dar un paso; y así, depuesta toda arma defensiva, y prevenido solamente de su cayado, una honda, y cinco guijarros de arroyo, se fué en busca de su formidable adversario. Con desprecio vió éste salir á pelear contra él, en tal guisa, á un adolescente rubio y hermoso; y mofándose dijo: «¿Soy yo por ventura perro, que vienes á mí con un palo? Llega acá y daré tus carnes á las aves del cielo y á las bestias de la tierra»; pero David contestó sin inmutarse: «Tú vienes á mí con espada y lanza y escudo; mas yo vengo en el nombre del Señor de los ejércitos. Él te pondrá en mis manos, y te mataré y quitaré tu cabeza de tí, para que sepa toda la tierra que hay Dios en

Israel, el cual salva, no con espada ni lanza». Esto diciendo, sacó de su zurrón una piedra, que despedida con fuerza por la honda, dió al filisteo en medio de la frente, donde se quedó engastada; cayó Goliath de bruces, y mientras los israelitas acometían y acuchillaban á sus contrarios, aprovechando tan buena coyuntura, David recogió la espada del desafortado jayán, cortóle con ella la cabeza, y fué á presentársela al rey, como testimonio y trofeo de su victoria.

IV. Con amor y admiración acogió Saul á aquel heroico mancebo, dándole mando, por lo pronto, sobre alguna gente de guerra; y al concluir la campaña llevóle consigo para recorrer las principales ciudades de su imperio. Mas como á las mujeres, que en señal de júbilo salían por todas partes á recibirle con panderetas y sonajas, se les ocurriese entonar un cantar de triunfo, cuyo estribillo decia: «Hirió Saul á mil, y David á diez mil»; sentó tan mal al Monarca este desacato, que, convertido en aborrecimiento inextinguible su antiguo afecto al hijo de Isai, no solamente le negó la paga y los honores prometidos por la muerte de Goliath, sino que se propuso despeñarle completamente en su ruina; y á ello aspiró desde entonces, dándole en cualquier empresa los cargos más arriesgados; enviando gente que le asesinara de noche en su aposento, y aún arrojándole él mismo una lanza cuando tañía el arpa en presencia suya; peligros todos de que le sacó á salvo la protección divina.

Con todo eso, y no pudiendo desconocer David

cuánto le importaba preservarse de la furia del rey, huyó á vivir en los desiertos, sin llevar otro consuelo que la amistad de Jonathás, que se la había jurado eterna, *porque como á su alma le amaba*. Saul corrió ciego de cólera en persecución del fugitivo, y determinado á matarle apenas le alcanzara, decía al mismo Jonathás: «Para ignominia tuya, hijo de perversa rebelión, y para confusión de tus padres, amas al hijo de Isai; porque cuantos días él viviere sobre la tierra, ni estarás tú en seguridad, ni tu reino».

Al comenzar su peregrinación, se dirigió David á Nobe, en cuya ciudad le entregó el Soberano Pontífice Aquimelec la espada de Goliath, y le proporcionó viveres abundantes. Acogido luego, bajo nombre supuesto, en el palacio de Aquis, rey de Geth, hubo de fingirse loco por temor de que le descubriesen, hasta que, mudando de tierra, regresó á la de Israel, donde habitó cavernas escondidas en lo más fragoso de los montes ó en lo más inculto de las selvas; y habiéndose reunido allí la mayor parte de sus parientes y deudos, á quienes alcanzaba también la enemistad de Saul, llegó á capitanear una partida de cuatrocientos hombres.

Prolijo sería enumerar los diversos y apurados trances en que puso á este piadoso mancebo la inmotivada saña de su rey. Un día, en fin, que se hallaba oculto con buen número de sus parciales en cierta cueva del desierto de Engaddi, acertó á entrar en ella su perseguidor, completamente solo; mas, lejos de aprovechar el generoso

mozo tan propicia ocasión para decidir de un golpe la contienda, se redujo á cortar, sin ser sentido, un pedazo del manto de Saul, declarando á todos los suyos que jamás osaría extender sus manos sobre un ungido del Omnipotente. Prevenido de este modo, marchó á prosternarse ante aquel desacordado monarca, no bien le vió salir de la cueva para juntarse con sus tropas, y le dijo: «Mi rey y señor, ¿por qué das oídos á palabras de hombres que dicen: David anda buscando tu mal? Hoy han visto tus ojos cómo el Señor te ha puesto en mi poder en la cueva; y aun cuando alguno de mis soldados me aconsejó que te matase, no he extendido mi mano contra mi rey porque es el ungido de Dios. Reconoce, padre mío, si es la orla de tu manto la que te presento, y ve cómo en mí no hay mal ni iniquidad contra ti; ¡mas tú andas poniendo asechanzas á mi vida para quitármela! Sea juez el Señor, y juzgue entre nosotros».—Aún no había acabado de hablar el virtuoso mancebo cuando Saul le preguntó, deshecho en lágrimas: «¿Es por ventura esa tu voz, hijo mío David?» y, desahogando su corazón con un gran suspiro, siguió diciendo: «Más justo eres tú que yo; porque tú no me has hecho sino bienes; mas yo te he pagado con males; y hoy me has mostrado lo que te debo; porque ¿quién, habiendo encontrado á su enemigo, le dejará ir buen viaje? ¡El Señor te dé la recompensa por lo que hoy has hecho conmigo! Y ahora, por cuanto sé ciertísimamente que has de reinar y tener en tu mano el cetro de Israel, júrame por el Señor

que no has de extinguir mi linaje después de mí».—Otorgó David de buen grado el juramento, y su rey se tornó atrás, dejando por entonces de perseguirle.

Mas no fué duradera aquella tregua; porque renovándose á poco, sin pretesto alguno, la inconcebible saña de Saul contra su sucesor, á tiempo que éste se hallaba en el desierto de Zif, juntó á toda prisa tres mil hombres, y salió con ellos al campo. Sabedor de que se aproximaba, exploró David el ánimo de sus amigos para intentar una atrevida aventura; y habiéndose ofrecido á acompañarle Abisai, hermano de Joab, dirigieronse entrambos á los reales con todo sigilo, y penetraron felizmente á media noche en la tienda donde dormía Saul, hincada su lanza en tierra. Apoderóse de aquella arma el hijo de Isai, no sin resistirlo su compañero, que con ella quería atravesar al descuidado monarca; y tomando igualmente una copa que junto al lecho habia, escapó con ambos objetos á la cumbre de un monte vecino, desde donde dió voces á los del campamento, y en particular á Abner, hijo de Ner, á quien decia: «Mira bien dónde está la lanza del rey; mira dónde tiene el vaso de agua que estaba en su cabecera».—A cuyos gritos, despierto ya Saul, preguntó al mancebo: «¿No es esta tu voz, hijo mío David». «Mi voz es, mi rey y señor (respondió David entonces). ¿Por qué motivo persigue mi señor á su siervo? ¿Qué he hecho, ó qué mal se halla en mis manos, para que el soberano de Israel salga tras de mí, asi como se va tras de

una perdiz por los montes? Ved aquí la lanza del rey; venga uno de sus criados y llévesela, que el Señor pagará á cada uno según su lealtad y justicia; y así como esta noche ha sido muy preciada tu alma en mis ojos, así lo sea también la mía en los ojos del Señor, y me libre de toda angustia». Saul, que á todo esto habia callado, gritó entonces con dolorido acento: «He pecado; vuélvete, hijo mio David, que no te haré mal ninguno de aqui adelante».—Pero el prudente mancebo, que aún no habia olvidado lo de Engaddi, no podia confiar ya en tan frivolas promesas; y teniendo por mejor acuerdo salir del territorio israelita, marchó con sus seiscientos secuaces á ponerse al servicio del rey Aquis, el cual le dió por residencia la ciudad de Siceleg.

V. Quebrantadas poco después las paces entre filisteos e israelitas, los cuales asentaron sus tiendas en los montes de Gelboé, sintióse Saul repentinamente acometido de un extraño terror; que subió de punto por no haber dado respuesta el Altísimo á sus repetidas consultas acerca del éxito que habia de tener la próxima batalla.

En tal extremidad, y ántes de abandonar su propósito de romper aquel impenetrable silencio, trasladóse una noche el insensato principe á Endor, lugar donde moraba cierta mujer, de quien era fama que descubria cosas ocultas, haciendo aparecerse á los difuntos. Pidióle que evocase la sombra de Samuel; mas apenas habia comenzado ella sus mágicas operaciones, dejóse oír en los aires una voz sobrenatural, que profirió estas pa-

labras: «¡Rey! ¿por qué me has inquietado llamándome? ¿Por qué me preguntas habiéndose retirado de ti el Señor y pasádose á tu rival? ¡El Señor cortará el reino de tu mano y entregará contigo á Israel en poder de los filisteos, y mañana tú y tus hijos seréis conmigo en el número de los muertos».—A cuyas pavorosas frases huyó espantada la hechicera, y Saul perdió el sentido, quedando en tierra sin conocimiento, hasta que, hallado por las personas de su servidumbre, pudo volver á los reales.

Trabóse, en efecto, la refriega á la mañana siguiente, con éxito adverso para las huestes de Israel; Jonathás y dos hermanos suyos cayeron sin vida; y herido gravemente de innumerables saetas el mismo Saul, sobre quien iba cargando todo el peso de las tropas contrarias, dijo á su escudero: «Desenvaina tu espada y pásame con ella, porque no lleguen esos incircuncisos y me maten, haciendo escarnio de mí». Mas como se resistiera el soldado á prestar aquel doloroso servicio, dejó Saul de rogarle, y se dió muerte, volviendo contra sí la punta de su propia lanza.

Al otro día se presentó delante de David, que continuaba en Siceleg, un hombre de descompuesto traje, bañado en sudor y cubierta de polvo la cabeza, el cual le dijo: «Heme escapado del campamento de Israel». «¿Y qué ha sucedido?» (preguntó David). «El pueblo huyó en la batalla. Saul y Jonathás han perecido, y muchos del pueblo cayeron. Casualmente vine al monte de Gelboé, y Saul estaba echado sobre su lanza, y

los carros y la caballería se acercaban á él. Volviéndose á mirar atrás, me vió y dijo: Ponte sobre mí y acábame. Fui y le maté: y tomé la diadema de su cabeza y el brazaletes de su brazo, y te lo he traído acá á ti, mi señor» «Tú mismo te sentenciaste (respondió entonces David al absorto mensajero, que, ajeno de esperar tal acogida, le ofrecía las insignias reales); tu boca ha dado testimonio contra tí diciendo: Yo maté al ungido del Señor». Y, en vez de las albricias apetecidas, le mandó dar ignominiosa muerte, con grande aplauso de todos los circunstantes.

Luego lloró el piadoso caudillo la derrota de su nación y la ruina de la casa de Saul en un fúnebre cántico, que por mandato suyo aprendieron de memoria todos los varones israelitas, y que decía de este modo:

«¡Considera, oh Israel, cómo fueron muertos los inclitos sobre tus alturas, y cómo cayeron los fuertes! ¡Montes de Gelboé, ni rocío ni lluvia vengan sobre vosotros! Porque allí fué abatido el escudo de los valientes; Saul y Jonathás, más ligeros que águilas, más fuertes que leones, amables y de buen parecer en su vida, y que en la muerte tampoco se separaron.

¡Hijas de Israel, llorad sobre Saul el victorioso, que con vestidos de escarlata os enriquecía, y con joyeles de oro cogidos en el combate!

¿Cómo cayeron los valientes de la batalla? ¿cómo fué muerto Jonathás en los altos? Duélo-me por tí, ¡oh hermano mio Jonathás, hermoso

sobremanera! ¡Así te amaba yo, como una madre ama á su hijo!»

CAPÍTULO VII

REINADO DE DAVID, ANTECESOR DEL MESÍAS.—PROFETIZA LA VIDA, PASIÓN Y MUERTE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

I. *Sube David al trono.—Toma á Jerusalén.* (Años del mundo, 2940 á 2956; ántes de J. C., 1048.)—II. *Traslación del Arca de la Alianza á Jerusalén.* (Años del mundo, 2956 á 2960; ántes de J. C., 1044 á 1048.)—III. *Pecado de David.* (Año del mundo, 2970; ántes de Jesucristo, 1034.)—IV. *Desgracias de su reino y de su casa.* (Años del mundo, 2972 á 2981; ántes de J. C., 1023.)—V. *Regreso de David á Jerusalén.—Perdona á Semei.* (Año del mundo, 2981; ántes de J. C., 1023.)—VI. *Proclamación de Salomón.* (Año del mundo, 2990; ántes de J. C., 1015.)—VII. *Muerte de David.* (Año del mundo, 2990; ántes de J. C., 1014.)—VIII. *El libro de los Salmos.*

I. Desde Siceleg pasó David, por expreso mandato del Omnipotente, á la ciudad de Hebrón, donde le aclamaron por rey, á la edad de treinta años, los varones principales de la tribu de Judá.

Merced á la diligencia é industria de Abner, general de Saul, colocaron en el trono las demás tribus á un hijo de aquel monarca, que tenía por nombre Isboseth, y comenzó, en efecto, á gobernarlas; pero en el quinto año de su imperio dieron alevosa muerte á este mancebo dos criados suyos, por congraciarse con David, quien les

aplicó indignado el mismo rigoroso castigo que, con ocasión parecida, había impuesto ántes al prófugo de Gelboé. Mas como de todos modos no quedaba ya, por consecuencia de aquella perfidia, príncipe alguno que con David compitiera, se le presentaron en Hebrón emisarios de todas las tribus, y le dijeron: «Aquí estamos; hueso tuyo y carne tuya somos. Aun allá, cuando Saul reinaba sobre nosotros, eras tú el que sacabas y volvías de las batallas á Israel, y á tí te dijo el Señor: Tú pastorearás á mi pueblo, y serás su caudillo»; y acudiendo después los ancianos en su busca, acordaron con él las condiciones de su alianza, y le ungieron de nuevo por rey de todo el territorio.

Así consolidado su dominio, marchó David al frente de podero ejército sobre la ciudad de Jerusalén, ocupada todavía por los jebuseos, que tiempos atrás habían imperado en toda aquella comarca, y cuya confianza en su propio esfuerzo era tan grande entonces mismo, que decían al sitiador: «No entrarás acá si no echares primero los ciegos y los cojos, que no quieren rendirse»; significando que para impedir la entrada, bastaba la resistencia de unos cuantos lisiados puestos sobre el muro; mas, á pesar de tan jactancioso alarde, los israelitas ganaron por asalto la plaza, siendo Joab el primero que subió al parapeto.

Ciñó el conquistador aquella fortaleza de murallas nuevas y otras construcciones de importancia, y poniéndola por nombre *Ciudad de David*, la eligió por morada suya. De esta suerte se

iba aumentando la grandeza del humilde pastor de Belén, convertido ya, por el constante favor del cielo, en poderoso monarca.

II. Después de haber puesto orden en las cosas de su reino, congregó David á todas las tribus, y armando treinta mil varones escogidos, salió con ellos y gran multitud de gente camino de Cariathiarim, con el piadoso propósito de trasladar á Jerusalem el Arca de la Alianza, que desde el fallecimiento de Heli se guardaba en aquel pueblo, á cargo de uno de sus moradores, nombrado Aminadab. Al efecto, dispusieron los dos hijos de éste, Oza y Ahio, un carro nuevo donde llevar el Arca, y se emprendió el viaje en medio del acordado estrépito de arpas, timpanos, liras, cimbalos, sistros y otras especies de instrumentos músicos, á cuyos armoniosos sones iban danzando por el camino el rey y todo su pueblo. Mas pronto se trocó en general asombro y terror el júbilo propio de tan solemne fiesta; porque habiéndose alborotado la yunta que del carro tiraba al llegar á un sitio llamado *era de Nacón*, Oza, que vió el Arca en peligro de caer, alargó un brazo para sostenerla, olvidando que estaba prohibido, so pena de muerte, poner las manos en aquel sacrosanto objeto; y apenas lo hubo hecho, cayó sin vida en tierra. Triste, pero inevitable consecuencia fué esta pavorosa catástrofe de haber Oza desatendido ántes sus más imperiosas obligaciones al fiar á un carro la conducción del Arca del Testimonio, que, según los preceptos de Dios, sólo podía ser llevada en hombros de los levitas,

Intimidado el rey con tan severo castigo, y temiéndolo carecer de la pureza necesaria para recibir en su morada aquel precioso depósito, resolvió confiar su custodia á un venerable sacerdote, que tenia por nombre Obededón; pero los insignes favores que desde entonces dispensó el Altísimo á este virtuoso anciano encendieron poco á poco á David en vivos deseos de disfrutarlos, moviéndole, al cabo de tres meses, á disponer por segunda vez la translación del Arca; y así lo hizo, no sin tener presente el escarmiento pasado y acudir al oportuno remedio. Caminaban, pues, los levitas con su sagrada carga, en número suficiente para evitar el cansancio de sostenerla durante tan largo viaje; de seis en seis pasos inmolaban los sacrificadores dos víctimas; y en tanto que millares de voces é instrumentos difundían por los aires sus concertados sonos, danzaba el rey *con todas sus fuerzas*, depuestas las insignias de su dignidad y vestido solamente de un *ephod* de lino; hasta que, llegando á Jerusalén con este triunfal aparato, dejó depositada el Arca en un tabernáculo, que provisionalmente se habia construído al intento.

Desde las ventanas del palacio real habia visto la esposa de David, cuyo nombre era Micol, aquella solemne ceremonia; mas, desmintiéndose en ella los dulces sentimientos propios de su sexo, sólo dió entrada en su corazón al desdén y á la soberbia cuando advirtió los extremos de religiosa alegría á que se entregaba el monarca; y, apenas regresó éste de la fiesta, le dijo: «¡Con cuánta

honra se ha mostrado hoy el rey de Israel! ¡Qué bien parecía andando en túnica como un bufón, y descubriéndose delante de las criadas de sus siervos!»—Pero David atajó sus descompuestas razones con estas otras: «Delante del Señor, que me escogió por rey sobre tu padre Saul y toda tu casa, y me mandó que fuera caudillo de su pueblo, danzaré y me haré más vil todavía de lo que me has visto; y cuanto más bajo aparezca en mis propios ojos, otro tanto más glorioso y grande seré, aun delante de las criadas de que has hablado».—Así quedó humillada la impia altivez de Micol, á quien castigó la Soberana Justicia con esterilidad perpetua, *para que mujer tan soberbia no tuviera hijos que se le asemejaran*, según frase de San Ambrosio.

Aunque desde luego estableció David, puesto de acuerdo con el Sumo Sacerdote Abiathar, todo lo concerniente al culto divino y á la subsistencia de los levitas, no se tranquilizaba su espíritu en tanto que no recibiese adoración el Arca del Testamento en lugar más adecuado á su incomparable dignidad; por lo que, llamando ante sí al profeta Nathán, después de haber pacificado á Israel con todos sus adversarios durante cuatro años de prósperas batallas, le descubrió su pensamiento, diciendo: «¿No ves que yo habito en una casa de cedro, y que el Arca del Señor tiene sólo un pabellón cubierto de pieles?» Comprendió Nathán el sentido de tales palabras, y aun las aprobó por lo pronto; pero al siguiente día tornó á presentarse en palacio para comunicar á David,

de parte de Dios, que la construcción del templo era empresa reservada á otro príncipe de su sangre, que le sucedería en el trono; y pasando de aquí á tratar más alto asunto, colmó de indecible júbilo el corazón del rey, anunciándole que el Mesías prometido había de salir de su linaje, en estos términos: «Dios será su padre y EL será su hijo... Y en EL será duradera tu casa, y tu trono será firme para siempre». Retirándose inmediatamente David á lo interior del Tabernáculo, dió gracias á la Suma Bondad por las inauditas mercedes que en lo porvenir le reservaba, y en cuyo cotejo eran pequeñas las muchas y muy singulares que le había dispensado hasta entonces.

III. Entre las guerras casi incesantes á que necesitó hacer frente David durante todo su reinado, conviene mentar ahora la que sostuvo contra los ammonitas.

Muerto Naas, que imperaba sobre aquel territorio, había despachado el monarca de Israel algunos emisarios, que, en nombre suyo y á ley de amistosa correspondencia, diesen el pésame al príncipe heredero; pero recelando éste malamente que los embajadores de David fuesen espías disfrazados, pagó la cortés demostración con expulsarlos de su reino, cortados los mantos y rapada la mitad de su barba para hacer más visible su ignominia. En venganza de tan intolerable ultraje, sacó Joab sus tropas á campaña, logrando desbaratar, juntamente con los ammonitas, á los siriacos, que seguían sus banderas en calidad de auxiliares; renovóse el empeño á la

primavera siguiente, y, aunque también obtuvieron las huestes de Israel (á cuya cabeza se puso el rey en persona) ventajas de consideración, por desgracia no fueron decisivas; porque, al tercer año, fatigado David de los ejercicios militares, encomendó á Joab la conclusión de la guerra, y el ocio funesto á que se entregó tuvo por consecuencia dos crímenes.

Paseándose cierta tarde por las azoteas del palacio real, acertó á ver el descuidado monarca, mal protegida por los muros de otro edificio próximo, una mujer de singular belleza, que salía de bañarse, y cuyo aspecto bastó para encender repentinamente en su pecho tan desenfrenada pasión, que ni humano ni divino temor fueron poderosos á contenerle hasta dejar satisfecha su impetuosa violencia. Llamábase Bethsabée la hermosa concubina, y tenía por marido á un noble mancebo, llamado Urías, que á la sazón militaba, al mando de Joab, contra los enemigos del pueblo hebreo; mas la seguridad que por esta circunstancia lograban sus dos ofensores cesó de pronto con la inesperada vuelta del agraviado esposo á Jerusalén; con lo que, puesto David en la alternativa de renunciar á los frutos de su crimen ó precipitarse en otros nuevos, y optando por esto último, como casi siempre acaece, despachó segunda vez al esforzado joven con una carta para su general, cuyo contexto era: «Poned á Urías á la frente de la batalla, en donde esté lo más recio del combate, y abandonadle para que, herido, perezca». Tuvo puntual cumplimiento

este cruel mandato, y habiendo recobrado Bethsabée su libertad, se desposó con el monarca.

Un año habia transcurrido sin que al parecer diese David acogida en su corazón á los remordimientos, cuando cierto día compareció Nathán en su presencia, y le habló asi: «Había dos hombres en una ciudad, rico el uno y el otro pobre. El rico tenia ovejas y bueyes muchísimos en gran manera; mas el pobre ninguna otra cosa tenia sino una oveja pequeña, que habia comprado y criado, y que habia crecido en su casa juntamente con sus hijos, comiendo de su pan, y bebiendo de su vaso, y durmiendo en su seno. Y como hubiese llegado un forastero á casa del rico, no tomando éste, por ahorrar, de sus ovejas ni de sus bueyes, tomó la oveja del hombre pobre, y aderezóla para que comiese el que habia venido á su casa». «¡Vive el Señor, que es reo de muerte el hombre que tal hizo!» exclamó David, profundamente indignado; pero Nathán le replicó: «Tú eres ese hombre. He aquí ahora lo que dice el Señor Dios: Yo te ungi por rey sobre Israel, y yo te libré de la mano de Saul, y te di la casa de Israel y de Judá; y si esto es poco, te añadiré aún cosas mucho mayores. ¿Por qué, pues, despreciaste mis palabras para hacer lo malo en mi presencia? No se apartará espada de tu casa mientras vivas, porque me has menospreciado. En secreto lo hiciste; mas yo haré lo que te digo en presencia de todo Israel y á la vista del sol».

Palabras tan solemnes y amenazadoras conmo-

vieron por fin el aletargado corazón del rey, y, suscitando en él la memoria de sus delitos, le hicieron prorrumpir en saludables ayes y protestas de arrepentimiento. Nathán, testigo ahora de su sincero dolor, como ántes lo había sido de su criminal indiferencia, al oírle exclamar: «¡Pequé contra el Señor!» le dijo: «Él ha conmutado la pena eterna en que por tu culpa incurriste, y no morirás; mas por cuanto has hecho blasfemar de la Justicia divina á los impíos, morirá de muerte el fruto de tu adulterio». Amenaza que no tardó en realizarse.

Andando el tiempo, tuvo David en Bethsabée otro hijo, á quien puso por nombre Salomón; mas, aunque hacia sincerísima penitencia, y sus culpas le estaban perdonadas ya, comenzó muy luego á padecer las penas temporales, que le había impuesto el Señor por boca de su Profeta.

IV. Dió principio a las desgracias domésticas de David un horrible atentado, que su primogénito Amón cometió contra Thamar, su hermana. Por castigar este atropello, otro hijo del rey, nombrado Absalón, se arrojó á un nuevo crimen, matando alevosamente al culpable y fugándose al desierto, donde vivió oculto por espacio de tres años; hasta que, atenuada con el transcurso del tiempo la indignación de David contra el asesino, pudo intervenir Joab en favor suyo y hacerle regresar á la casa paterna. Mas aquel bonancible suceso sólo sirvió para originar otros sinsabores; pues, decidido Absalón á quitar á su padre juntamente cetro y vida, comenzó por captarse el

amor del vulgo, lisongeando á cuantos se presentaban con pretensiones en palacio, y ofreciéndoles grandes mercedes, si alguna vez llegaba á empuñar las riendas del gobierno. Con esto se halló, en menos de cuatro años, al frente de una parcialidad formidable, y, pretextando entonces cierto voto para marchar á Hebron, se declaró allá en desembozada rebeldia, destituyó á David y usurpó su corona.

Terrible golpe recibió al saber estas nuevas el desventurado monarca, que con mas de sesenta años de edad, y seguido unicamente de algunos criados leales, tuvo que salir huyendo de la capital, pasar el torrente de Cedrón y subir la cuesta de las Olivas, á pie desnudo y derramando amargas lágrimas. Escarnecido en aquel lugar por un pariente de Saul, llamado Semei, que, arrojándole piedras y tierra le insultaban desde lo alto del monte, no sólo perdono tan inicuo ultraje, sino que se opuso á que le castigaran sus amigos, diciendo: «Véis que mi propio hijo, salido de mis entrañas, anda por quitarme la vida; ¿pues qué queréis ahora de un deudo de Saul? Dejadle, y quizá el Señor mirará mi aflicción y me volverá bien por las maldiciones de este día».

Entre tanto llegaba Absalón á Jerusalén, y después de haberse entregado públicamente en la embriaguez de su triunfo á los excesos más repugnantes, reunía á sus amigos para adoptar disposiciones que consumasen el exterminio del destronado anciano. Dos pareceres hubo en la junta; Aquitopel, hombre perverso y sagaz, que

de los consejos del rey había pasado al bando rebelde, creía urgente salir en seguimiento de David para acabar con él primero que pudiera aperebirse: á lo cual oponían otros, que también necesitaba tiempo Absalón para allegar mayor número de partidarios ántes de arrojarle á un golpe decisivo.

Des echado el dictamen de Aquitopél, se ahorcó éste de despecho; y Cusai, que había sostenido la opinión victoriosa, envió avisos confidenciales al monarca legítimo, para que, reuniendo cuanta gente hubiese á mano, pasara el torrente de Cedrón y se aprestase á la batalla. Quería David regir en persona las huestes, pero se lo estorbaron sus allegados; y así los dejó marchar al mando de Joab, con expreso encargo de que respetasen todos á su hijo. Rotas, pues, las hostilidades entre ambos ejércitos, fué desbaratado el de Absalón, aunque incomparablemente más numeroso, dejando en el campo veinte mil cadáveres, y metiéndose fugitivo el príncipe usurpador por lo intrincado de un bosque, á todo correr de su mula; evasión que redundó en su daño, pues acertando á enredársele los cabellos (que eran largos y hermosos) en las ramas de una encina, quedó pendiente del árbol sin defensa contra sus enemigos, en tanto que seguía el animal su furioso escape. Enterado Joab de todo, acudió empuñando tres lanzas y se las hincó á Absalón en el pecho; mas como alentase todavía, hizo seña á sus pajes de que le remataran, y mandó tocar la bocina para que cesase la mortandad de la muchedumbre.

Con indecible pena supo David el infausto suceso, que tan cara le proporcionaba la victoria; y, arrasados en lágrimas los ojos, repetía tristemente: ¡Hijo mio Absalón! ¡Absalón, hijo mio! ¡Quién me diera que yo muriese por ti, hijo mio, Absalón!» Mas las reflexiones de sus amigos, y el deseo de no afligir al pueblo, fueron parte para que al cabo reprimiese su dolor; con lo que, recompensando á los leales y perdonando á los contrarios, tomó la vuelta de Jerusalén.

V. Bastó que entrase el monarca legítimo en su capital para que se presentaran sucesivamente todas las tribus á rendirle respetuoso vasallaje, imitándolas Semei, que fácilmente logró ser perdonado; pero lejos de concluir con esto las desventuras de David, cupole el desconuelo de ver casi siempre afligida la nación que gobernaba, ya por interminables guerras contra los filisteos, ya por una carestía espantosa, que duró tres años, ya por otras calamidades.

Ensoberbecido, no obstante, al comparar con sus humildes principios el alto puesto á que se veía encumbrado, y deseoso de saber á punto fijo hasta dónde alcanzaba su regia potestad, dispuso, contra el dictamen de sus consejeros, que se encabezara el pueblo de Israel, hallando que podía armar, en caso necesario, 1.570.000 hombres. Mas apenas estuvo terminado el recuento, su propia conciencia manifestó á David cuán culpables eran los impulsos á que había obedecido, y entonces pidió rendidamente perdón de su soberbia á la ofendida Majestad del Todopoderoso, quien le

envió al Profeta Gad, no para dispensarle de castigo, sino para dejarle la elección entre tres años de hambre, tres meses de guerra, ó tres días de peste. En tan dura alternativa, optó por lo más breve el penitente monarca, y mientras exclamaba con agudo dolor: «¡Yo soy el que he pecado! ¡Yo he obrado inicualemente! ¿Qué han hecho estos que son las ovejas? ¡Vuélvase, te ruego, tu mano contra mí y contra mi casal» vió descender sobre Israel un ángel vengador, que, difundiendo asoladora epidemia, exterminó en el espacio de tres días setenta mil personas, hasta que, vuelto Gad á presencia del rey, le aconsejó que erigiese un altar en el sitio donde se descubría la terrible aparición, y sacrificara hostias pacíficas; hecho lo cual, dijo el Señor al ministro de sus venganzas, que ya extendía el brazo para destruir á Jerusalén: «¡Basta! ¡Detén tu mano ahora!» y, obedeciendo el ángel, concluyó el estrago.

VI. A los setenta años de edad, reducido David á gran postración física, todavía más que por los electos del tiempo, por las desgracias y la inquietud de su afanosa vida, juzgó ya necesario asegurar su corona en la cabeza de Salomón, príncipe á quien habia designado expresamente la Divina Providencia para heredarle. Embarazaban el logro de este proyecto las pretensiones de Adonias, que, por ser el mayor de los hijos vivos del rey, no se cuidaba de disimularlas, tiado en el apoyo de Joab, general de las huestes, de Aliathar y de otros varios caudillos y varones

principales ; por lo que , obrando David con la reserva que requería el caso , dispuso que fuera llevado su heredero á la fuente Gihón , hacia la parte occidental de Jerusalem, donde á la edad de diez y ocho años le ungieron secretamente el Sumo Sacerdote Sadoc y el Profeta Nathán por monarca de los israelitas. Y aunque fueron grandes la consternación y el despecho de Adonias al saber esta ocurrencia , adoptando por último el parecer más cuerdo , determinó someterse á su nuevo soberano , de quien obtuvo un generoso perdón , bajo juramento de fidelidad para en adelante.

Orillado así el negocio de la sucesión real, reunió David en su corte á los principes de Israel, juntamente con los caudillos de las tribus y de las huestes, y, puesto de pié en medio de ellos, habló de esta manera: «Oídme, hermanos míos y pueblo mío: tenía pensado edificar una casa en que reposase el Arca de la Alianza del Señor; mas él me dijo: Salomón edificará mi casa y mis átrios, porque me le he escogido por hijo, y yo seré á él por padre, y afirmare su reino para siempre, si perseverare en cumplir mis mandamientos y juicios.—Ahora, pues, en presencia de toda la congregación de Israel, oyéndolo nuestro Dios, os encargo que guardéis todos sus mandamientos. Y tú, Salomón, hijo mío, conoce al Dios de tu padre, y sirvele con corazón perfecto y con ánimo voluntario, porque el Señor escudriña todos los corazones y penetra todos los pensamientos del espíritu. Si le buscares, le hallarás; y si le

dejares, te desechará para siempre. El te dé asimismo prudencia y sentido para que puedas gobernar á Israel y guardar sus leyes, que dió á Moisés; porque entonces podrás medrar, si las guardares. Ya ves que en mi pobreza he preparado talentos de oro y plata, y cuanto he podido, para la casa del Señor; pórtate, pues, con valor y esfuerzo, y pon manos á la obra; no temas ni te acobardes, porque el Señor Dios mio está contigo».

Vuelto en seguida á los demás circunstantes, finalizó su arenga el buen rey, diciéndoles: «El Señor ha escogido sólo á mi hijo Salomón, que es aún mozo y tierno; y la obra es grande, porque no para un hombre se dispone habitación, sino para Dios mismo. Yo, pues, con todas mis fuerzas, tengo preparados los gastos necesarios para la casa de mi Dios; pero si alguno de su grado desea hacer ofrendas, llene hoy su mano y ofrezca al Señor lo que quisiere».

Respondiendo en el acto á este llamamiento, y dejando conocer en su semblante la grata voluntad con que lo hacian, se apresuraron los magnates de las tribus, y los principes de las familias, á prometer oro, plata, cobre, hierro y piedras preciosas, con que se llevase adelante el piadoso propósito; espectáculo de indecible dulzura para el corazón del monarca, el cual no se causaba de tributar acciones de gracias al Autor de todo bien, que tal consueo le habia deparado al acabar su existencia.

Por fin, despues de haber encomendado á su

sucesor la recompensa de algunos fieles servidores, y el imprescindible ejercicio de la justicia contra los súbditos culpables, pasó de este mundo el hijo de Isai, lleno de días, de obras buenas y de gloria, siendo sepultado en el monte Sión el año cuadragésimo de su subida al trono de Judá, y el trigésimo tercero de su reinado sobre todo Israel.

Fué David progenitor del Mesías, por descender de él la humilde Virgen de Nazareth, en cuyas entrañas se dignó de tomar figura corporal nuestro Señor Jesucristo; pero, aún más que por esto, merece llamarse predecesor suyo por haber sido uno de los varones de la ley antigua que mejor y más visiblemente le prefiguraron.—Nace en Belen; electo del Señor, es solemnemente ungido para libertar á su pueblo; enfrena con su voz los furores del espíritu maligno; postra al soberbio gigante, que por espacio de cuarenta días había blasfemado osadamente de la Majestad Divina; mora en los desiertos, perseguido de tiranos, á cuya injusta saña opone sólo su mansedumbre y su infatigable paciencia; puede exterminar á su enemigo, y le salva la vida; víctima de horrible ingratitud, pasa llorando el torrente de Cedrón, sube descalzo por el monte de las Olivas, y, escarnecido allí, eleva al cielo su espíritu, y perdona; véndele, en fin, uno de sus familiares, que se ahorca de despecho, y entre tanto torna él triunfante á Jerusalén, y, re- puesto en su trono, recibe desde allí el parabién y el juramento de fidelidad de todos sus vasallos,

¡Cuán prodigiosa no es la semejanza que existe entre este cuadro y el que de la vida de Jesucristo nos trazan los Santos Evangelios!

VII Pero aún reunió David á los títulos de guerrero magnánimo y rey prudente, otro de más alto valor: el de Profeta y escritor sublime. Suyos son, con muy cortas excepciones, los admirables cantares que la Iglesia conoce con el nombre de Salmos, donde resaltan á competencia, como si en ellos se compendiará toda la Biblia, la profundidad de los libros doctrinales, la magnificencia de las profecías y el interés de los acaecimientos históricos.

Dividense, con efecto, los Salmos de David, en históricos, proféticos y morales. De los históricos, unos celebran sucesos pasados, tales como la salida de Egipto, la mansión de los israelitas en el desierto, ó los triunfos del pueblo de Dios sobre los idólatras; y los restantes conmemoran hechos de la vida del Salmista mismo; como, por ejemplo: sus persecuciones; las grandes desgracias que sobre él vinieron en castigo de sus culpas; la rebeldía de Absalón; la traslación del Arca del Testamento á Jerusalén, y otros parecidos, que en lugar correspondiente quedan ya expuestos.

Guiado de luz sobrenatural, descubrió David entre las tinieblas de lo futuro algunas singulares circunstancias que habian de ocurrir en la historia del pueblo judío; pero lo que acertó á narrar con asombrosa exactitud fueron los principales misterios de la Vida, Pasión y Muerte de nuestro

adorable Redentor. Como testigo presencial de su venida, saluda en la cura á aquel augusto Niño, de quien dijo el Señor del universo: «Este es mi Hijo, á quien hoy he engendrado, el cual reinará eternamente, y extenderá su cetro sobre todos los pueblos de la tierra»: Aquel que desciende á los hombres esclavo del dolor de la muerte, y á quien adoran en las alturas los ángeles hincados de rodillas; aquel manso conquistador que por medio de la gracia reducirá á su obediencia pueblos y reyes, y que juntará en su persona, con la Majestad soberana, el Pontificado eterno: «Porque juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote eternamente, según el orden de Melquisedec». Acompañale después en las vicisitudes de su tránsito por el mundo, y cuando llega á sus humillaciones, padecimientos y sangrienta inmolación, pone en sus labios estas tristísimas querellas: «¡Dios mio, Dios mio! mírame: ¿por qué me has desamparado? El amigo de quien me fié, el que comía mis panes, me vendió; palabra injusta decretaron contra mí; se han desencajado mis huesos, y como agua ha sido derramada mi sangre; horadaron mis manos y mis piés; se repartieron mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes; y me dieron hiel por comida, y en mi sed me dieron á beber vinagre. ¡Lo que otros pecaron, págalo entonces!» Tras de lo cual, como si descendiera el santo Salmista al seno de la tierra, y asistiera al prodigio de la Resurrección, predice que el Mesías saldrá con libertad de entre los

muertos, cuya corrupción no ha de alcanzarle; que será glorificado su sepulcro, y que entonces recordarán las gentes á su Criador torpemente olvidado; é irán primero que nadie los pobres y los humildes á sentarse á la mesa del Monarca universal, siendo después con ellos los ricos y los poderosos; y todos bendecirán á su Rey, que habrá de anunciarles el nombre y la justicia del Altísimo en una iglesia tan grande como el mundo. Muéstranos, finalmente al Salvador del linaje humano remontándose victorioso hasta la patria celestial al frente de legiones de cautivos rescatados por su irresistible esfuerzo, y canta con magnificencia insólita aquella dichosísima entrada en las mansiones de la bienaventuranza perdurable: «El inocente de manos, el de corazón limpio, sube al lugar santo del Señor. ¡Levantáos vosótras, oh puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria!—Mas ¿quién es este Rey de la gloria? El Señor fuerte y poderoso, el Dios de los poderíos en la batalla. ¡Abridle paso, príncipes del cielo, y levantáos vosótras, oh puertas eternas!»

Profundamente penetrado el Rey-profeta de la presencia divina, eleva de continuo sus oraciones al Supremo Hacedor, y excita al mundo entero á celebrar sus grandezas, siendo este el carácter general que da á todos sus Salmos la necesaria trabazón y armonía. «¿Quién contará las obras del poder de Dios? ¿Quién hará que sean oídas todas sus alabanzas? El Señor es excelso y terrible, suave y misericordioso; padre de huérfanos, y esperanza y pásmo de todos los tér-

minos de la tierra...» «¡Oh Dios! (exclama) ¿á dónde me escaparé de tu espíritu? ¿A dónde huiré de ti? Si tomare las alas de la aurora y quisiere volar á los cielos, tú allí estás; si descendiere hasta los abismos, aun allá me alcanzará tu mano». — «Su adorable Providencia crió y conserva cuanto existe». — «¡Cuán magnífico eres, Señor! todas las cosas hiciste con sabiduría. Tú visitas la tierra y la embriagas para que rinda la abundancia de sus riquezas. El río de Dios reboza por sus márgenes: en los sulcos corre su llovizna, y ellos regocijados multiplican mi alimento, porque tú lo dispones. Señor, bendecirás el año con corona de fecundidad, y los campos se rellenarán de frutos; será pingüe el desierto, y se ceñirán de lozania los collados; en las vegas abundará el trigo, y vestidos estarán los carneros, y todos alzarán grito de vida y te cantarán himno».

También en sus Salmos morales es inagotable David cuando ensalza la excelencia y suavidad de la Ley Divina; guía seguro de nuestros pasos; astro que alumbrá los ásperos senderos de la virtud; verdad eterna reducida á palabras, que en sí misma tiene su justificación; ley sacrosanta más dulce que panal de miel, más apetecible que el oro y las piedras preciosas. Ilimitada recompensa alcanzarán los que fielmente la guarden, así como infelices una y mil veces serán los que la infrinjan, pues recibirán en castigo muerte que no tenga fin, á menos que tornen á su observancia con aquel sincero y vivísimo arrepentimiento de que en sus últimos años fué dechado el mismo Rey-profeta.

Porque ya queda dicho cuán gravemente delinquirió contra su Hacedor aquel hombre extraordinario, aquel monarca tan lleno de cordura, electo del Altísimo y objeto de sus más singulares favores... Pecó David; pero reconoció su crimen, y el arrepentimiento dictó á su labio cánticos de tan hondo dolor, cual nunca los había oído la consternada tierra. Dispuesto á padecer todos los castigos, ordena á su propia boca que publique sus iniquidades: «Porque siempre está presente el delito, y no le otorga tregua la intolerable pesadumbre que le oprime». Y en medio de la opulenta Jerusalén, y encima de aquel soberbio trono á que la voluntad divina le ha levantado, se dice: «Semejante al pelicano en la soledad, y como ave nocturna sin domicilio, y como pajarillo solitario que gime en los tejados del alcázar». — «Las noches pasa en vela, y sus días como humo se desvanecen, porque las saetas del Señor le alcanzaron. Como retama en el hogar hánse secado sus huesos á la voz de su gemido; dóblase su cuerpo, enmudece su lengua, y apenas si resplandece para él la hermosa luz del sol». Tan sólo le queda la esperanza. Pero ¡con qué indecible afán se ase á este último consuelo! Seguro de su eficacia, alza á su ofendido Hacedor los ojos bañados en llanto, y al postrarse contrito siente renacer en su corazón la paz perdida; porque sabe y confiesa que la Divina Misericordia triunfa de la malicia del pecado, como quiera que va tanto de la una al otro, cuanto distan el cielo de la tierra y el Criador de la criatura.

ÉPOCA QUINTA

Desde la construcción del templo de Salomón hasta el fin de la cautividad de Babilonia.

(COMPRENDE UN PERIODO DE 509 AÑOS)

CAPÍTULO PRIMERO

REINADO DE SALOMÓN, ANTECESOR DEL MESÍAS.—
ERECCIÓN DEL TEMPLO.

I. *Pide Salomón el don de la sabiduría.*—*Sentencia notable.*—*Constrúyese el templo.* (Años del mundo, 2991 á 2992; ántes de J. C., 1012 á 1013.)—II. *Dedicación del templo* (Año del mundo, 3001; ántes de J. C., 1003)—III. *Magnificencia del rey.*—*La reina Sabá*—*Muerte de Salomón* (Año del mundo, 3001; ántes de Jesucristo, 1003.)—IV. *Los Proverbios*—*El Eclesiastes.*—*La Sabiduría.*—*El Cantar de los Cantares.*

I. Fué la primera diligencia del nuevo monarca, después de haber asegurado en sus sienes la corona, pasar con solemne pompa y numeroso séquito á Gabaón, donde se custodiaba el Tabernáculo, y ofrecer en tributo de gratitud mil hostias pacíficas; y habiendo tenido aquella misma noche una visión, en que por recompensar su piedad le dijo el Omnipotente: «Pideme lo que

quieras que te dé»; se limitó el virtuoso mozo á solicitar con prudencia, increíble en sus pocos años, un corazón dotado de sabiduría y docilidad bastantes para distinguir lo malo de lo bueno, y administrar justicia. Tan inesperada petición obtuvo esta respuesta, digna de la Suma Bondad: «Por cuanto no has pedido para ti ni muchos dias de vida, ni riquezas, ni la muerte de tus enemigos, sino que has demandado sabiduria para discernir lo justo, he aqui que lo he hecho conforme á tus palabras, y aun lo que no has pedido te he dado también; es á saber, riquezas y gloria; por manera que no habrá habido uno parecido á tí entre los reyes de todos los tiempos pasados». Un raro suceso, que merece conmemorarse, dió á conocer poco después al pueblo cuan firmes y eficaces eran estas promesas.

Compareciendo cierto dia dos mujeres en el tribunal de Salomón, le dijo la una: «Tengo que suplicar, señor mio. Esta mujer y yo viviamos en una misma casa, y yo pari en el mismo aposento donde ella estaba; tres dias después pario tambien ella; y estábamos juntas y ningún otro con nosotros en la casa. El hijo de esta mujer murió una noche, porque ella durmiendo lo ahogó, y levantándose en silencio a una hora intempestiva, tomó mi hijo del lado de tu sierva, que dormia, y lo puso en su seno, y á su hijo, que estaba muerto, lo puso en mi seno. Y habiéndome incorporado por la mañana para amamantar á mi hijo, lo halle muerto; y mirandolo con mayor cuidado á la claridad del dia, reconocí que no era

el mío, que yo había parido». Á lo que respondía la otra mujer: «No es así como dices, sino que tu hijo es el muerto y el vivo es el mío»; y de este modo altercaban, sin entenderse.

Suspenseo por la dificultad del caso, meditó Salomón breves instantes, hasta que dirigiéndose á su guardia, dijo: «Trádmeme una espada, y divídase el niño en dos partes, y dad la una mitad á la una y la otra mitad á la otra»; sentencia horrible, y admitida, no obstante, sin contradicción por una de las contendientes, que envidiando la ventura de su compañera, se gozaba ya secretamente en la sangrienta ejecución dispuesta por el monarca; al paso que la otra mujer, cuyo era el niño, turbada la voz y haciendo extremos de dolor, apresurábase á exclamar: «¡Ruégote, señor mío, que le déis á ella la criatura y no la matéis!» Seguro ya con esto Salomón de la verdad, que de tan ingeniosa manera había buscado, por saber que no podía el afecto maternal dejar de revelarse en semejante prueba, dirimió entonces el litigio diciendo: «Dad á ésta el niño, y no se le quite la vida, porque ella es su madre»; y retirándose consolada la pobre mujer, conoció el pueblo entero desde aquel día el perspicaz entendimiento y la consumada prudencia de su soberano.

En paz con todos, venerado de los príncipes fronterizos, ya hechos tributarios suyos, y rigiendo con no disputado imperio, no solamente el territorio de Israel, sino también las provincias ganadas por su padre, desde el Eufrates hasta

los términos de Egipto, convirtió Salomón todos sus pensamientos al propósito de construir la casa del Señor, á que dió comienzo solicitando por escrito el auxilio de Hirán, amigo que había sido de David, y á la sazón rey de Tiro. «Tú sabes la voluntad de David, mi padre (le decía), y que no pudo edificar casa al nombre del Señor, á causa de las continuas guerras con sus vecinos: mas ahora el Señor mi Dios me ha dado reposo por todas partes, por lo cual pienso yo construir el templo. Da, pues, orden que tus siervos vengan á cortar para mí cedros del Líbano, porque no hay en mi pueblo hombres tan diestros en labrar maderas, y los que enviases estarán con los míos, y te daré por salario de tus siervos el que pidieres». Alegróse Hirán con estas nuevas, y llevando sin tardanza el proyecto á ejecución, aprestó innumerable muchedumbre de carpinteros tirios, á los que se juntaron treinta mil israelitas en tandas de á diez mil cada mes; todos los cuales aparejaban las maderas y las despachaban por mar á Joppe ó Jaffa, desde cuyo puerto eran acarreadas á Jerusalén por setenta mil hombres. Al propio tiempo ocupábanse en el monte ochenta mil canteros en extraer y cuadrar mármoles, pórfidos y otras piedras duras y escogidas; y entre esta multitud de operarios, mantenian el debido concierto tres mil seiscientos sobrestantes, á cuyo cargo corria comunicar y hacer cumplir todas las órdenes.

El año 480 de la salida de Egipto, cuarto del reinado de Salomón, se dió principio á la fabri-

ca, que quedó rematada siete años después, á los 300 de la creación del mando y 1004 ántes de la venida del Mesías. Llevando las piezas al pié de la obra perfectamente acondicionadas, fué posible excusar para su colocación el trabajo del hacha y del cincel, y erigir, por lo tanto, toda aquella majestuosa mole en medio de un reverente silencio. Piedra, cedro y metales preciosos formaban en su totalidad el edificio, por no haberse querido usar materia alguna que no fuese esquisita é incorruptible; y así, por ejemplo, el *Santísimo*, que media veinte codos de longitud y otros tantos de latitud y altura, tenía tres paredes sobrepuestas, por este orden: una de piedra, otra de cedro, y la exterior de láminas de oro puro. En cuanto á su disposición, no se diferenciaba del antiguo este nuevo templo, aunque era de mucho mayor tamaño; y, finalmente, todos los utensilios del culto correspondían en número y en coste á la grandeza de la obra, siendo de oro hasta los goznes de las puertas; y resplandeciendo, en suma, á donde quiera que se volviesen los ojos, el religioso afán de levantar un monumento que por su magnificencia fuera, en cuanto cupiese, digno del Soberano Sér á quien estaba destinado.

II. Dispuesto ya todo, avisó Salomón á los ancianos, á los príncipes de las tribus y á los caudillos de las familias, para que concurriesen á trasladar, con festiva y opulenta pompa, el Arca del Testamento desde la ciudad de David hasta su nuevo Santuario. Precedido de ciento

cincuenta levitas, que á son de trompeta pregonaban el triunfo del Dios de Israel, y cercado de ancianos y varones principales, iba el rey delante de aquella Arca sacrosanta, dadiva preciosa de la Bondad divina, que, rompiendo oleadas de gente, avanzaba con lentitud en hombros de sacerdotes; y mientras en altares erigidos á su paso eran sacrificadas victimas sin cuento, ensordecia los aires el ruido de las músicas y canticos, revuelto con el alborotado estruendo de las aclamaciones populares. Cuando entró el Arca en el *Sancta Sanctorum*, sonó otra vez el concierto de voces, arpas, cimbalos, salterios y trompetas, y al tiempo que los cantores, ornados con vestiduras de finísimo lino, comenzaban a entonar este verso: «Benedicid al Señor, porque es bueno, porque su misericordia es para siempre»; vióse descender al templo la gloria del Todopoderoso, llenando sus espacios en forma de nube; a cuyo aspecto exclamó Salomón, enajenado de júbilo: «¿Sera creible, ¡oh Dios mio! que verdaderamente has de habitar sobre la tierra? Si no te pueden abarcar el cielo, ni los cielos de los cielos, ¿cuanto menos una casa que he edificado?» Implorando luego para todo Israel las bendiciones del Altísimo, le rogó que acogiera benévolo los sacrificios y perdonase los pecados de cuantos en aquel lugar hicieran penitencia y alabaran su sacrosanto nombre. Pidióle que fuera su casa para los hebreos inexpugnable alcázar contra el encono de sus adversarios; y que, por las plegarias pronunciadas con puro corazón dentro de aquel re-

cinto , apartase del pueblo las pestes , sequías , guerras y demás calamidades con que en adelante pudiera verse afligido. Y reconociendo , por último , que alcanza indistintamente á todos la Providencia divina , dijo : « Cuando el extranjero viniere de una región distante por amor de tu nombre , y orare en este lugar , ruégote , Señor , que oigas en el firmamento de tu morada , y hagas aquello por lo que te invocare el extranjero , para que todos los pueblos de la tierra aprendan á reverenciarte así como Israel ». Gratas hubieron de ser al Sumo Hacedor estas oraciones ; pues cual si quisiera mostrar visiblemente que las acogía , envió en aquel instante un milagroso fuego , que consumió los holocaustos sobre el altar , inundando con majestuosos resplandores la vasta extensión del templo ; y habiéndose prostrado entonces los circunstantes rostro por tierra , despidióles el rey , no sin implorar de nuevo para todos las bendiciones de Dios , y exhortarles al cumplimiento de la ley por El mismo instituida.

Siete días duró esta fiesta , en la que fueron inmolados veintidos mil bueyes y ciento veinte mil carneros. En la solemnidad de los Tabernáculos , que se celebró á la siguiente semana , aseguró el Señor al monarca hebreo , reiterando lo prometido á David , que por premio de su fidelidad confirmaría el cetro en su linaje ; y que si , por el contrario , le menospreciaban él ó sus descendientes , no sólo apartaría de todos su poderosa mano , sino que se valdria del mismo templo re-

-ción erigido á su gloria para aterrarlos con un escarmiento insigne y hacerlos fábula y escándalo de las generaciones futuras (1).

III. Concluida la fábrica del templo, mandó Salomón labrar y alhajar para su propio uso y el de su esposa (que era hija de un monarca egipcio) dos suntuosos palacios, ornados con multitud de objetos de inestimable riqueza, entre los que descollaba un vasto trono de marfil, embutido y chapado de oro purísimo, sobre su tarima del mismo metal, y por complemento un león de bulto junto á cada brazuelo, y otros doce de menor tamaño á entrambos lados de los seis escalones que formaban la gradería, obra tan admirable toda ella por su materia y por su labor, que mereció contarse entre las maravillas del mundo. Bien es verdad que cuantas cosas se destinaban al rey, correspondían á aquella prodigiosa opulencia; porque la vajilla de su mesa era toda de oro; en su armería se guardaban doscientas picas y trescientas rodela de oro batido, con cuatrocientos cincuenta siclos de peso, una pieza con otra; custodiábanse en sus establos doce mil carrozas y cuarenta mil caballos, provistos de sus jaeces; las naves que en demanda de objetos preciosos despachaba anualmente para los puntos más distantes, volvían cargadas con seiscientos sesenta talentos de oro, que equivalen á dos

(1) A iguales castigos se exponen los que profanan nuestras iglesias, que también son casas del Señor, y de las propias recompensas gozarán los que las respeten.

mil doscientas arrobas; y por lo tocante á la plata y á los cedros, abundaban en Jerusalén tanto como las mismas piedras. Fortaleció muchas ciudades; mantúvose en paz con las naciones vecinas, y dió á sus vasallos largos años de no interrumpido reposo, en tanto que la fama dilatava su gloria de pueblo en pueblo, y encendia en el corazón de todos los monarcas el afán de llamarse amigos suyos.

Cediendo á este deseo, y al de conocer por sus propios ojos si eran ciertas las grandezas que de Salomón contaba la voz pública, la reina de Sabá, señora de la región que en la Arabia Feliz tenia el mismo nombre, pasó á Jerusalén seguida de numerosa servidumbre y multitud de camellos cargados de aromas, oro y pedrerías; y, puesta delante del rey, con no menor asombro de oír sus sabios razonamientos, que de contemplar la magnificencia de sus habitaciones, las varias clases y vestiduras de sus ministros y criados, y la majestuosa pompa de sus sacrificios, atónita y como fuera de sí, le habló de esta suerte:

«Verdaderas son las cosas que á mi tierra llegaron acerca de tus virtudes y de tu sabiduría; y con todo eso, no daba crédito á los que me lo contaban hasta venir yo misma y verlo por mis ojos. Mas ya he hallado por experiencia que no me dijeron la mitad; mayores son tu sabiduría y tus obras, que la fama que he oído. ¡Dichosas tus gentes! ¡Dichosos tus siervos, que están siempre delante de tí, y oyen tus palabras! ¡Bendito sea

el Señor tu Dios, á quien has complacido, que te ha puesto sobre el trono de Israel, porque siempre le amó, y te ha establecido rey para que hicieras equidad y justicia». Diciendo así, presentábele en ofrenda ciento veinte talentos de oro, y aromas y pedrería en cantidad proporcionada; y en cambio de tanta largueza, instábala Salomón á tomar de sus mejores joyas las que bien le pareciesen, amén de las muchas y muy costosas que de su grado la regaló con regia munificencia.

Cuando parecía haberse elevado con esta visita el monarca hebreo á la cumbre de la humana grandeza, comenzó, por desgracia, á descender de aquella otra mucho más apreciable que da la virtud, haciéndose reo de gravísimas culpas, que rápidamente menoscabaron sus merecimientos pasados y oscurecieron su gloria. Cercado de mujeres extranjeras, perdida con su trato la antigua piedad, y trocada, ¡cosa increíble! en vil idolatría, no era ya Salomón aquel prudente mancebo que, rindiendo su corona al Todopoderoso, solicitaba, por todo galardón, acierto para labrar la dicha de sus súbditos; sino un príncipe insensato, que, deshonorando sus años y su dignidad con torpes liviandades, dilapidaba el erario público y oprimía á toda la nación con impuestos destinados á sustentar el fausto de sus concubinas. En castigo de tanto desmán, hizo la Justicia del cielo que se presentara un Profeta al monarca prevaricador para anunciarle que se dividiría su reino, aunque siempre permanecería fiel á su linaje la tribu de Judá, en cumplimiento de lo

prometido por Jacob ; y confirmando el suceso estas palabras, empezó muy pronto aquel misero príncipe á ver temblar su trono , ya por la rebelión de Adad, caudillo idumeo ; ya por la de Razón, capitán de ladrones ascendido á rey de Damasco ; ya, finalmente, por la de Jeroboam, de la tribu de Efraim, ante quien compareció el Profeta Ahias de Silo con un manto nuevo sobre los hombros, y rasgándolo en doce girones , le dijo: «Toma para ti diez pedazos , porque el Señor va á dividir el reino de Salomón, por cuanto ha adorado á Astharté , idolo de los sidonios ; y á Camos, de Moab; y á Moloc, de los hijos de Ammón; y te daré á tí diez tribus , y á la posteridad de Salomón no le quitará el resto para que quede siempre una lámpara á su siervo David. Si oyeres , pues , las cosas que el Señor te mandare, será contigo y te edificará casa estable, que reine sobre Israel».

Con tales prevenciones escapó Jeroboam á Egipto, donde imperaba Sesac , y habitó aquella tierra hasta la muerte del monarca reinante en Israel, muerte apetecida por el mismo Salomón, á quien afligia con agudos dolores y anticipada vejez la mano justiciera del Todopoderoso. Pensando entonces con profunda tristeza en los goces del mundo , escribía: «¡Vanidad de vanidades! todo es vanidad. Engrandecí mis obras, edificué palacios, tuve siervos y siervas; amontoné para mí los haberes de los reyes y de las provincias; me escogí cantores, y vasos y jarros para escanciar los vinos ; y no les negué á mis

ojos ninguna de cuantas cosas desearon, ni vedé á mi corazón que gozase de todo placer!... Y habiéndome vuelto á mis obras, y á los trabajos en que inútilmente me afané, ví todo lo que se hace debajo del sol, y he aquí que todo es vanidad y aflicción de espíritu». Pero dando después más remontado sesgo á sus pensamientos, añadía: «En donde hay muchos sueños hay también vanidades muchísimas y palabras sin número; por lo cual teme tú á Dios. Temele y guarda sus mandamientos; porque esto es todo el hombre; y cuanto se hace lo traerá Dios á juicio, sea aquella cosa buena ó mala».

Arrepentido ya de sus culpas, si es cierto lo que muchos presumen, falleció Salomón á los sesenta años de su edad, y en el cuadragésimo de su exaltación al trono, siendo sepultado en la ciudad de David. Sucedióle Roboam, su hijo (1).

IV. Para transmitir hasta las generaciones más remotas los frutos de aquella admirable sabiduría con que plugo á la Divina Bondad adornar su espíritu, dejó Salomón dispuestos algunos tratados, que, bajo el título de *Sapienciales*, se comprenden en la Santa Biblia. Conservando su primitiva forma, figuraron ya en el Canon de los hebreos los *Proverbios*, el *Eclesiastes* y el *Cantar de los Cantares*; y á éstos debe añadirse el libro de la *Sabiduría*, que, víctima de las injurias del

(1) Miran á Salomón los Santos Padres como á imagen de nuestro Redentor, ya por su templo, en que se simboliza la Iglesia católica, ya también por la gloria de su reinado, que representa el de Jesucristo en los cielos.

tiempo, solamente ha llegado hasta nosotros por medio de una versión griega, más atenta á reproducir la sublimidad del sentido, que á imitar la sencillez de las palabras.

Difieren entre sí las tres obras primeramente mencionadas por cuadrar respectivamente á tres diversos estados del espíritu en su aspiración al soberano bien; puesto que los *Proverbios* contienen instrucciones generales, propias aun para los menos adelantados en virtud: el *Eclesiastes* adoc-trina á hombres que empiezan á desasirse del mundo; y, por último, el *Cantar de los Cantares* habla con aquellas almas que, dotadas de abnegación perfecta, sólo se encienden ya en el amor de las cosas del cielo.

El libro de los *Proverbios*, compilación de sentencias de Salomón, hecha por este mismo príncipe y por alguno de sus sucesores, está dividido en dos partes, en una de las cuales nos exhorta la Sabiduría eterna á su contemplación y estudio; mientras que en la otra se dan á los hombres preceptos, consuelos y avisos para regirse en la vida, triunfar del error y llegar á la práctica de las más altas virtudes. Tan admirable por la profundidad como por la variedad de su doctrina, ya confunde la presunción de los impíos, diciendo: «El temor de Dios es el principio de la sabiduría»; ya aguija al tibio, enseñándole que «los deseos matan al perezoso»; ó ya alienta al conocedor de su miseria con esta hermosa expresión: «La humildad precede á la gloria». En frases no menos bellas recuerda al sensual que «el llanto ocupa

los extremos del gozo»; al avaro, que «los que reparten sus bienes, se hacen ricos»; al impaciente, que «la gloria del hombre es pasar por encima de las cosas injustas»; y al soberbio, que «quien labra alta su casa, busca la ruina». Dice, ensalzando las virtudes domésticas, que «la mujer hacendosa es corona de su marido»; y ennoblece á los ancianos añadiendo: «corona de dignidad es la vejez en los caminos de la justicia». Advierte agudamente que en toda labor «hay abundancia; mas sólo en donde hay muchísimas palabras, hay á menudo pobreza»; y luego afirma sobre el mismo asunto, que «quien guarda su lengua, guarda su alma». Hasta para la vida puramente civil suministra documentos de alta utilidad; y tan pronto refrena á los súbditos, notando que «en donde no hay gobernador, caerá el pueblo», como grita á los reyes: «león rugiente y oso hambriento es un príncipe impio sobre un pueblo pobre». Reduciendo, por fin, á breves términos toda su enseñanza, aterra y consuela en sólo un punto al linaje humano con esta magnífica verdad: «Tendrá el malo *lo que teme*, y el bueno *lo que desea*». Por juntarse de tal suerte en los *Proverbios* la profundidad y excelencia de la doctrina con la frecuencia y facilidad de las aplicaciones, se explica la singular veneración que siempre han merecido de la Iglesia Católica, la cual no solamente los estima como obra del más sabio de todos los reyes, sino que acata en ellos á la misma Sabiduría infinita dictando, por boca de un hombre y en provecho de la humanidad

entera, reglas de conducta bastantes á labrar nuestra ventura y hacernos aceptos á Dios en cualesquiera estados y condiciones.

Según creen muchos, escribió Salomón el *Eclesiastes* (que en griego significa *predicador*) después de su lastimosa caída (1); queriendo persuadir á la observancia de la ley de Dios con la autoridad que presta un conocimiento profundo de las cosas de la tierra. A este libro pertenecen las frases que en otro lugar se han copiado, como muestra de los tristes pensamientos de su autor, próximo ya al sepulcro; frases reunidas de intento por compendiarse en ellas el espíritu de toda la obra. Para comunicarnos los frutos de su dolorosa experiencia, procede Salomón por dos diferentes caminos, dando primero consejos con que vivir sabiamente, y enseñando después que todas las acciones del hombre deben encaminarse á lograr la bienaventuranza eterna. Y así como á este último propósito evoca sin descanso la imagen de la muerte, eficazísimo medio de disponernos al temor de Dios; del propio modo procura en la parte primera infundirnos virtud, demostrando que todas las riquezas, honores y deleites terrenos no son otra cosa que vanidad y mentira. Verdad dura para nuestro egoísmo, reñida con nuestros hábitos, y que apartan de sí

(1) Fueron de este sentir los hebreos, y aprobó su opinión San Jerónimo, siguiéndola casi todos los Padres griegos y latinos; lo cual favorece á los que piensan que Salomón murió arrepentido.

por desabrida nuestras pasiones; pero aterradora, por llevar consigo los mayores caracteres de humana certidumbre, siendo á un mismo tiempo quien la proclama el más sabio, el más poderoso y uno de los más extremados pecadores de que guardan noticia las historias.

El *Cantar de Cantares*, obra maravillosa, llena de ternura, de candor y de suavidad indecibles, profetiza y describe en místicos conceptos la múltiple unión del Verbo de Dios en el hombre; es á saber: con la naturaleza humana por medio de la encarnación; con la Iglesia militante por sus misterios, sacramentos y sacrificios; y, finalmente, con la Iglesia triunfante por los lazos indisolubles de caridad que establecerá la manifestación de su gloria en los cielos. Trátase este sublime asunto en forma de epitalamio pastoril, en que intervienen Jesucristo y su Iglesia bajo la figura de dos enamorados Esposos, á quienes acompañan algunos jóvenes, según costumbre hebrea, durante los siete primeros días de sus bodas; representándose en los mancebos los santos ángeles y en las doncellas las iglesias particulares, ó las almas flacas, aunque inclinadas al bien. Basta nombrar el *Cantar de Cantares* para dar á entender su preeminencia sobre cuantos contienen las Santas Escrituras; cantares nacidos todos ellos de alguna causa particular, á diferencia del presente, en que se bosqueja el amor inmenso con que ama el Hijo de Dios á su Iglesia universal, y se celebran los bienes infinitos y las gracias inefables que habrán de gozar por siglos

de siglos todos los bienaventurados en el seno de su adorable Criador.

Para acabar de definir el diverso carácter de los tres libros de Salomón, que íntegros y originales han llegado hasta nosotros, diremos, á semejanza de algunos escritores antiguos, que los *Proverbios* corresponden al *atrio* del Templo, lugar abierto á todos los israelitas; el *Eclesiastes* al *Santo*, reservado á los Sacerdotes, y el *Cantar de Cantares* al *Santisimo*, donde penetraba el Sumo Pontífice solo, con grande aparato y después de haberse purificado escrupulosamente.

De tres partes en que puede dividirse el libro de la *Sabiduría*, exhortanos la primera á buscar aquel soberano bien, pintando con colores de nunca superado brillo la felicidad venidera de los justos; la envidia y desesperación que sentirán los réprobos; los suplicios horrendos que á éstos aguardan, y el furor con que entonces recordarán los mentidos goces del mundo, que tan afanosamente desearon. En la segunda parte se manifiestan el origen, fuerza, dotes y hermosura de la *Sabiduría*, «emanación de la virtud del Omnipotente, efusión purísima de su claridad, esplendor de la eterna luz, espejo sin mancha de la majestad de Dios, é imagen de su bondad. Ella enseña templanza, y fortaleza, y prudencia, y justicia; ella alcanza con fortaleza de fin á fin, y todo lo dispone con suavidad; en ella hay un espíritu de inteligencia, santo, único, de muchas maneras, sutil, discreto, ágil, inmaculado, certero, suave, agudo, incontrastable, benéfico, ama-

dor de los hombres, benigno, estable, constante, que tiene todo poder, que todo lo ve y abarca todos los espíritus...» Trabajo cuesta al inspirado monarca suspender los arrebatos de su admiración, aunque le obligue la pobreza del lenguaje humano á repetir expresiones para encarecer las magnificencias de su asunto y probar que la ventura del sabio es preferible á todos nuestros miserables deleites; hasta que, recurriendo al testimonio de la historia, expone por último los prodigios obrados en el mundo por la Sabiduría, la longanimidad con que aguarda el Señor nuestro arrepentimiento y la justiciera providencia con que premia y castiga; á cuyo fin recuerda los hechos de los Patriarcas y completa las noticias que acerca de las plagas de Egipto consignó Moises en el *Exodo*.

De otros libros sagrados consta que Salomón compuso tres mil parábolas (parte de las cuales existe contenida en sus *Proverbios*) y gran número de cánticos y tratados referentes á plantas y animales; pero se han perdido todas estas obras, y, fuera de las cuatro de que va hecho mérito, deben tenerse por apócrifas cuantas se atribuyen al sabio y magnífico monarca fundador del Templo de Jerusalén, como que ni siquiera fueron escritas en su tiempo.

CAPÍTULO II

DIVISIÓN DE LOS REINOS DE JUDÁ É ISRAEL.—EL
PROFETA ELÍAS.

- I. *División de las doce tribus*.—Roboam y Abian, reyes de Judá.—Jeroboam, primer rey de Israel. (Año del mundo, 3029; antes de J. C., 975.)—II. Asa, tercer rey de Judá.—Nadab, Baasa, Ela, Zambri, Acab, reyes de Israel.—Amonesta á Acab el profeta Elías.—Sequia.—La viuda de Saresta.—Vuelve Elías á presencia de Acab. (Años del mundo, 3052 á 3096; antes de J. C., 908.)—III. *Sacrificio de Elías*.—Lluvia abundante.—Fuga del Profeta. (Años del mundo, 3096 y 3097; antes de J. C., 908 y 909.)—IV. *Viña de Naboth*.—Predicción contra Acab y Jezabel.—Josafat, cuarto rey de Judá.—Muerte del impio Acab. (Años del mundo, 3105 á 3107; antes de J. C., 897 á 899.)—V. *Ocozias, octavo rey de Israel*.—Sucédele Joram.—Rapto de Elías. (Año del mundo, 3108; antes de J. C., 896.)

I. Apenas se supo en Egipto que había muerto Salomón, marchó Jeroboam á Siquem, donde estaba reunido el pueblo para prestar vassallaje al hijo de aquel monarca; y, puesto en su presencia, á nombre de todo Israel solicitó el remedio de los males pasados. «Suaviza un poco (le dijo) la extrema dureza del gobierno de tu padre y del pesadísimo yugo que echó sobre nosotros, y te serviremos». Tres días se tomó Roboam para meditar la respuesta, y, habiendo comenzado por consultar á los ancianos, diéronle éstos el consejo que de su buen seso y experiencia debía esperarse; pero como era también el

ménos ajustado á las inclinaciones del príncipe, sin dificultad lo pospuso al parecer de algunos mancebos, compañeros de sus liviandades, que ahincadamente le incitaban á resistir toda innovación en que pudiera haber ganancia para sus oprimidos súbditos. Cumplido, pues, el plazo, y vuelto Jeroboam con gran séquito de amigos y parciales á saber la resolución del monarca, oyó atónito de su boca esta respuesta: «Si mi padre puso sobre vosotros un yugo pesado, yo añadiré aún más á vuestro yugo; y si él os azotó con correas, yo os azotaré con garfios de hierro. ¡El menor de mis dedos es más grueso que el espinazo de mi padre!» de cuyas inconcebibles palabras nació que, alborotándose diez tribus, alzasen por rey á Jeroboam, y sólo se conservasen fieles al hijo de Salomón la de Judá y media tribu de Benjamín, para que permaneciera el cetro en su casa, conforme á lo anunciado por los Profetas.

Hubo, pues, desde entonces dos monarquías entre los hebreos, la mayor de las cuales conservó el nombre primitivo, y tuvo á Siquem por ciudad capital; mientras que la otra se llamó reino de Judá, siendo su capital Jerusalén. Doscientos cincuenta y tres años más adelante puso término á esta división la cautividad de Nínive, que cerró la serie de los monarcas de Israel, reinando el décimo-nono.

Receloso Jeroboam de que los pueblos sujetos á su imperio cayesen otra vez en poder de su rival si, por tributar á Dios el debido culto, tenían que acudir con frecuencia al Templo de Salomón,

resolvió malamente sacrificar al interés político el religioso, y para ello erigió dos altares en Bethel y Dan, términos de sus Estados; labró templos en las cumbres de los montes; puso sacerdotes que no eran de la tribu de Levi; estableció fiestas á semejanza de las que en Judá se celebraban, y fabricó becerros de oro, á los que ofreció incienso, diciendo á la congregada muchedumbre: «No queráis en adelante subir á Jerusalén: aquí tienes, Israel, tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto».

Para castigar tan impia conducta, pasando á Bethel cierto profeta de Judá, anunció al sacrilego monarca que serían derribadas sus falsas divinidades y degollados sus sacerdotes por un varón que, en años venideros, habia de nacer de la raza de David y llevar el nombre de Josias; y acreditando luego la veracidad de sus palabras con una significativa prueba. «Esta es (dijo) la señal de que he hablado en nombre del Señor: el altar por tus manos erigido va á partirse en pedazos, desparramando su ceniza». «¡Prendedle!» exclamó airado Jeroboam, al mismo tiempo que un involuntario temor le impelia á adelantar la mano derecha para sostener sus ídolos; mas, secándose de repente el brazo, que, falto de todo movimiento, quedó suspenso en el aire, entreabrióse mientras tanto el altar, y se desplomó con pavoroso estruendo. Confuso y aterrado dejó al monarca israelita tan insigne prodigio; pero aún rayó más alto su asombro cuando, al pedir con humilde rendimiento perdón de sus pasadas

culpas, vió que, por mediación de aquel santo hombre, recobraba instantáneamente el uso de su brazo; y aunque entonces quiso mostrar su gratitud al Profeta, hospedándole y agasajándole, desoyó él sus ruegos por haberle vedado el Señor tomar ni aun una gota de agua de los moradores de Bethel, y sin tardanza regresó á su tierra.

Desgraciadamente, no bastó aquel escarmiento para producir enmienda en el príncipe israelita, siendo forzoso que otros más terribles le hicieran expiar sus nuevos crímenes. Enfermó, pues, uno de sus hijos, y, apurados infructuosamente todos los medicamentos, determinó la reina pasar disfrazada al lugar de Silo, para pedir consejo en tan amargo trance al Profeta Ahías, el mismo que años atrás había predicho á Jeroboam su engrandecimiento. Mas, apenas resonó en los umbrales el ruido de sus pasos, y aún ántes de verla en su presencia, comenzó á decir aquel justo varón: «Entra, mujer de Jeroboam; ¿por qué finges ser otra? Levántate, y vé á tu casa, y en el punto mismo en que entrarán tus piés por la ciudad, morirá el muchacho. El Señor barrerá los residuos de la casa de tu marido como el flemo suele bārrerse, hasta que no quede rastro; y le abandonará y destruirá, por cuanto ha obrado lo malo sobre todos los que hubo ántes de él, y se hizo dioses ajenos y de fundición para provocarle á enojo». Realizada punto por punto esta profecía, presenció el monarca prevaricador la muerte de su hijo, y perdió luego la vida, en el año vigésimo-segundo de su gobierno.

No fué más próspero el de Roboam, que duró diez años. Por espacio de otros tres ocupó en seguida Abiam el trono de Judá, con tan absoluta falta de merecimientos como su padre.

II. Asa, hijo y sucesor de Abiam, pero muy diverso de él en carácter y costumbres, limpió á Judá de las abominaciones de la idolatría, y en cuarenta años de reinado dió al pueblo altos ejemplos de saber y virtud, transmitiendo por fin su corona al santo rey Josafat.

A Jeroboam sucedió en Israel el impio Nadab, su hijo, muerto dos años después á manos de cierto ambicioso de la tribu de Issacar nombrado Baasa, el cual acabó además con todo el linaje de su antecesor, cumpliendo los vaticinios de Ahías. Por fallecimiento de este príncipe, acaecido veinte y seis años más adelante, heredó el cetro su hijo Ela; pero aún no eran pasados otros dos años cuando espiraba el nuevo monarca, degollado en un banquete por Zambri, general de su caballería. Cercando á Zambri en Thersa un caudillo que tenía por nombre Amri, le movió á incendiar el edificio mismo en que habitaba y perecer abrasado con todos los suyos, sin haber ceñido la usurpada corona arriba de siete días. Y aunque después de este suceso tuvo Amri que luchar, por espacio de cuatro años, contra otro pretendiente llamado Thebnj, hijo de Gineth, enseñoreándose al fin de toda la tierra, compró el monte de Samaria y fabricó sobre él una ciudad, que eligió por cabeza de su tiránico gobierno; hasta que, muriendo en el año trigésimo-octavo

del reinado de Asa, dejó el trono á su hijo Acab, el cual sobrepujo en iniquidad á todos sus predecesores. Pues, en efecto, habiéndose enlazado con Jezabel, hija de un principe idólatra, dejöse arrastrar por amor de esta princesa al culto de los dioses falsos; con cuyo ejemplo extraviados los súbditos, doblaron también la rodilla ante Baal; y fué tan general la prevaricación, que no parecía sino que hasta la memoria del verdadero Dios se había perdido ya en aquel ingrato y miserable pueblo.

Así estaban las cosas cuando compareció ante Acab un venerable varón de Thesba, nombrado Elías, que con espíritu profético y sobrenatural poder osó reconvenirle, y concluyó diciendo: «¡Vive el Señor, en cuya presencia estoy, que no caerá rocío ni lluvia en estos años sino según los mandatos de mi boca!» Retiróse tras esto á orillas del torrente de Garith, donde vivió escondido, sustentándose con el alimento que dos cuervos, ministros de la Bondad divina, llevaban diariamente á su morada; mas como á poco tiempo se agotasen las aguas del raudal, ordenóle el Señor que trasladara su residencia á Sarefta, ciudad de los sidonios, para la que inmediatamente se puso en camino.

Acaecióle hallar á las puertas de aquella población una mujer de acongojada faz y miserable traza, que iba cogiendo leña; y habiéndola pedido un pedazo de pan y un sorbo de agua, la oyó responder tristemente: «No tengo pan, sino sólo un puñado de harina en una orza y un poco de

aceite en la alcuza. Recogiendo estoy ahora dos palos para ir á cocerlo y comérnoslo mi hijo y yo, y después aguardar la muerte». Insistió, sin embargo, Elías, diciendo: «Anda, y de ese poco de harina haz para mí un panecillo cocido debajo del rescoldo, que luego os alimentareis tú y tu hijo. Porque en nombre del Señor te digo que la orza de la harina no faltará, ni menguará la alcuza del aceite, hasta el día en que caiga lluvia sobre la haz de la tierra». Poseída de súbito respeto, obedeció la pobre viuda; y, en premio de tanta fe y humildad, no solamente bastaron sus mezquinas provisiones para sustentarla mientras duró la sequedad de la tierra, sino que, habiendo perdido á su hijo poco tiempo después, mereció que el santo Profeta intercediese por él y restituyera la vida á su cadáver.

Tres años y medio de no interrumpida esterilidad quebrantaron por último la indómita altivez del monarca israelita; y bien convencido ya de que no caerían lluvias en su reino sino á petición de Elías, hizole buscar por todas partes, en tanto que Jezabel, cada vez más aferrada al culto de sus idolos, despachaba mensajeros con orden de dar muerte á cuantos varones hallasen animados de inspiración divina. Mientras esto pasaba, dijo á su Profeta el Sumo Hacedor: «Anda, y muéstrate á Acab para que yo dé lluvia sobre la haz de la tierra»; y divulgada rápidamente la nueva del viaje de Elías, salió á recibirle el rey á las inmediaciones de Samaria. «¿Eres tú (gritó al verle), eres tú el que trae al-

borotado á Israel?» «Nó, sino tú y la casa de tu padre (respondió alentadamente Elías); vosotros, que, por seguir á Baal, habéis dejado los mandamientos del Señor. Mas si lo dudares, congrega ahora delante de mí á todo el pueblo en el monte Carmelo; haz que vayan los profetas y sacerdotes de vuestros ídolos, y se desvanecerán tus dudas».

III. Reunidos, pues, de orden de Acab, sobre la cumbre del Carmelo, los sacrificadores de sus ídolos, con gran concurso de gente, habló así Elías: «¿Hasta cuándo cojearéis por ambos lados, titubeando entre el Señor y Baal? Si el Señor es Dios, seguidle; y si Baal, seguidle también. Yo solo he quedado en esta tierra profeta del Señor, y los de Baal son cuatrocientos y cincuenta hombres. Dénsenos dos bueyes, y, dividiendo ellos uno en trozos, yo dividiré el otro, y pondremos cada cual el nuestro sobre la leña, mas sin fuego debajo. Y luego invocad los nombres de vuestros dioses, y yo invocare el nombre de mi Señor; y el Dios que enviare fuego para que consuma la víctima, ese sea reconocido como Dios verdadero». «¡Muy buena proposición!» exclamaron á una voz todos los circunstantes.

Comenzaron la prueba los sacerdotes idólatras, disponiendo su sacrificio é invocando á Baal durante toda una mañana hasta el medio día. Pero en vano clamaban: «¡Escúchanos, Baal!» «¡Gritad más fuerte (deciales su competidor), porque quizá ese Dios estará distraído platicando, ó en alguna posada, ó de camino, ó durmiendo acaso,

y habrá que despertarle». Con esto volvían los gentiles á sus penetrantes vociferaciones, y ora saltaban por encima del altar, ora se sajaban las carnes con cuchillos y lancetas, conforme á las ceremonias de su rito; todo sin fruto; pues, aunque ya estaban cubiertos de sudor con la agitación y de sangre con las sajaduras, la leña seguía sin encenderse.

Entonces dijo Elías al inmenso concurso que le rodeaba: «Venid á mí»; y escogiendo doce piedras, según el número de las tribus de Jacob, erigió con ellas un altar, abrió al rededor de éste una zanja, acomodó la leña, y, dividido el buey en trozos, púsole encima. Luego vació cuatro cántaros de agua sobre el holocausto, repitiendo esta operación hasta empapar bien todo el combustible y hacer rebosar el canal que por debajo le circuía; y en seguida pidió fervorosamente al Señor Todopoderoso que volviera por su siervo y descubriese al mundo su incomparable grandeza. Vióse de pronto descender del cielo una llama deslumbradora, que en pocos instantes devoró el holocausto, la leña, las piedras, y hasta el polvo y el agua; á cuyo aspecto, arrodillado el pueblo todo, comenzó á decir: «¡El Señor es el Dios! ¡el Señor es el Dios!» Y apoderándose con ímpetu irresistible de los sacerdotes que á costa de su credulidad habían medrado hasta entonces, los arrastró al arroyo de Cisón, donde puso sangriento fin á su existencia.

Hecha esta ejemplar justicia, prometió á todos el santo Profeta que muy en breve caería agua

del firmamento, predicción no autorizada todavía por indicio alguno; y, subiendo á la cumbre del Carmelo, logró con sus piadosas súplicas que por la parte del Mediterráneo apareciera una nubecilla, pequeña como huella de un pie humano, en pos de la cual oscurecióse todo el horizonte, sopló el viento y se inundó la tierra en benéfica lluvia.

Entre tanto, sabedora Jezabel del cruento fin de sus sacerdotes, buscaba á Elías, resuelta á darle despiadada muerte; por lo que se acogió él huyendo á Bersabée de Judá, desde cuyo punto pasó en salvo al desierto.

Habiéndose dormido junto al tronco de un enebro en la primer jornada, halló al despertar un pan cocido al rescoldo y un vaso de agua cerca de su cabeza, y oyó á un ángel que le decía: «Levántate y come, porque te queda largo camino». Anduvo así dispuesto cuarenta días y cuarenta noches (1), hasta llegar al monte Horeb, donde, queriendo el Señor comunicársele, suscitó un huracán, seguido de temblores de tierra y de fulgurantes llamaradas, y tras todo ello un vientecillo apacible, que llevó á oídos del atónito Profeta estas palabras: «Anda, y vuélvete, porque me he reservado en Israel siete mil varones que no han doblado la rodilla delante de Baal: y á Eliseo, hijo de Safat, le ungirás Profeta para sucederte». Sumiso á los soberanos preceptos, pre-

(1) En este pan milagroso reconoce la Iglesia una de las más excelentes figuras de la Sagrada Eucaristía.

cipitó Elías su marcha; y habiendo encontrado á Eliseo, que á la vera de un camino se ocupaba en labores campestres, le llamó, púsole su mano sobre los hombros, y le dió noticia de la alta dignidad de que se hallaba investido; y el dichoso mancebo, sin detenerse más tiempo que el necesario para abrazar á sus padres, degolló en holocausto los dos bueyes de su yunta, quemó su arado en el altar, y se fué siguiendo y sirviendo á Elías.

IV. Por si aún era posible mover á mejores sentimientos el corazón de Acab, otorgóle la inagotable clemencia del Altísimo dos victorias consecutivas sobre Benadab, rey de los siriacos, que aspiraba á hacerle tributario suyo; mas, lejos de mudarse con estos prósperos sucesos, cometió el monarca israelita un nuevo y espantoso crimen, que, completando la serie de todas sus iniquidades, atrajo al fin sobre su cabeza el rayo de la justicia divina.

Lindaba con los jardines reales cierta viña, que Acab entró en deseos de adquirir para hermosear los contornos de su palacio; y así, llamando al dueño, que era un hombre de Jezrahel, le dijo: «Dame tu viña, y te daré en cambio otra mejor; ó, si crees que te acomoda más, el precio que merezca en dinero». Pero el labriego expuso reverentemente que no podía consentir en semejante trueque, por ser la viña heredad de sus padres y estar prohibida su venta, según la ley; la cual, en efecto, reconociendo en la tierra de promisión una imagen de la patria celestial, miraba

á los que voluntariamente se desprendían de la sucesión paterna como si renunciásen á su parte en el cielo. Confuso Acab, dejó de importunarle, pero se retiró mal humorado, y, arrojándose en el lecho, vuelto el rostro hacia la pared, permaneció largo tiempo sin decir palabra ni querer tomar alimento. Enterada la reina de lo que ocurría, díjole en tono de mofa: «¡Grande, por cierto, es tu autoridad, y gobiernas bien el reino de Israel! Levántate, y come, y sosiega tu ánimo, que yo te daré la viña de Naboth»—pues así se llamaba el jezrahelita;—y teniendo en poco aquella empedernida princesa cometer un horrendo crimen, siempre que lograra su deseo, despachó en el acto á Jezrahel órdenes secretas y selladas con el anillo real para que, por medio de testigos falsos, fuese Naboth condenado á muerte como reo de blasfemia contra su Criador en el cielo y su soberano en la tierra; orden que tuvo pronta ejecución, muriendo apedreado aquel virtuoso y misero campesino. Entonces tornó Jezabel á presencia del rey y le sacó de su postración diciéndole: «Naboth es muerto: levántate, y toma posesión de la viña».

Hizolo Acab; mas, al descender de su aposento, se cruzó con Elías, que iba en busca suya para hablarle así: «Esto dice el Señor: Mataste, y además poseíste injustamente. En el lugar en que lamieron los perros la sangre de Naboth, lamerán también la tuya. Segaré tu posteridad, como la de Jeroboam y Baasa; y los perros comerán á Jezabel en el campo de Jezrahel».

Poco después rompiéronse las hostilidades entre israelitas y siriacos.

En Judá reinaba á la sazón Josafat, hijo de Asa, príncipe piadoso y prudente, que, amaestrado desde sus primeros años en el ejercicio de todas las virtudes, logró la dicha de perseverar en ellas, siguiendo los pasos de David y haciendo esfuerzos incansables por arraigar en sus dominios el culto del verdadero Dios; de donde provino que, respetada su autoridad de todas las naciones, ninguna osara hostilizarle, y que, en cumplimiento de las promesas divinas, gozasen en tanto sus vasallos profunda paz y felicidades sin número.

A este buen rey acudió Acab en demanda de auxilios contra el siriaco; auxilios concedidos á condición de que ningún paso se daría en la guerra sin consultar la voluntad del Cielo. Leve pareció tal escrúpulo al monarca israelita; y en prueba del buen deseo con que á él se allanaba, congregó sin dilación cuatrocientos adivinos idólatras, que unánimes le dijeron: «Sube, y tendrás la victoria en tu mano»; mas siendo insuficientes para Josafat tan desautorizados vaticinios, y habiendo preguntado: «¿No hay aquí ningún Profeta del Señor?» fué menester llamar al único que en aquella tierra quedaba; varón venerable, nombrado Miqueas, hijo de Jemla, y á quien aborrecía el soberano de Israel porque siempre le pronosticaba desventuras. Llegó, pues, aquel siervo del Señor á donde los dos príncipes le estaban aguardando, á tiempo que, puesto uno de

los adivinos en presencia de su amo con astas de hierro en la frente, pugnaba por infundirle de nuevo, imitando los movimientos de un toro, que furioso acornea lo que se atraviesa en su camino, y gritando: «Así aventarás la Siria hasta exterminarla». Pero Miqueas, á quien preguntaron su parecer los reyes, respondió por el contrario: «Vi á todo Israel disperso por los montes, como ovejas sin pastor, y dijo el Omnipotente: Estos no tienen caudillo; vuélvase cada uno en paz á su casa». «¿No te aseguré que jamás me profetizó éste cosa buena?»—exclamó á esta sazón Acab, dirigiéndose á su aliado;—y el celoso Profeta siguió así: «Salió un espíritu de error, y dijo al Soberano de los cielos y de la tierra: Yo engañaré á Acab, siendo un espíritu mentiroso en la boca de todos sus profetas. Y dijo el Señor: Así le engañarás, y prevalecerás». Aún más airado con tales palabras el monarca de Israel, mandó cargar á Miqueas de prisiones y alimentarle con *pan de tribulación* y con *agua de angustia*, esto es, con lo estrictamente necesario para alargarle la vida hasta que él tornase vencedor de las huestes siriacas. Pero sólo volvió su cadáver.

En efecto; rompieron su marcha las tropas, y temeroso Acab de que se realizasen las amenazas divinas, á pesar del desprecio ostensible con que las había oído, entró disfrazado en batalla, dejando á Josafat que la rigiera sólo con las insignias propias de su alto mando. Pero aunque pudo costar muy cara esta estratagema al condescendiente rey de Judá, sobre quien cargaron con ex-

traordinario empuje los enemigos, equivocándole con su aliado, amparó su vida la misericordia del Cielo; mientras que el monarca israelita no pudo librarse de una saeta que, disparada por brazo desconocido en lo más revuelto de la acción, llegó á clavársele en mitad del pecho y le derribó de su carro. Desbocáronse los caballos del tiro y le arrastraron moribundo á Jezrahel; cebáronse los perros en la sangre, que á borbotones arrojaba su herida; y solamente á la piedad de un siervo se debió que el cadáver de aquel príncipe descreído fuese trasladado á lugar más á propósito para darle decorosa sepultura.

V. Tomando en cuenta el Sumo Hacedor los méritos de Josafat, perdonó su culpable alianza con el ya vencido monarca de Israel, y algo más adelante le concedió un importante triunfo sobre los moabitas y ammonitas, que, confederándose al intento, habíanle provocado á campal batalla.

Ocozias, hijo y sucesor de Acab, siguió tan de cerca el ejemplo de sus padres, que habiéndose caído en cierta ocasión desde una ventana alta de palacio, tuvo por mejor que implorar al Omnipotente, pedir el remedio de sus graves dolencias á un ídolo venerado en Acatón con el nombre de Beelzebub, que en nuestro idioma equivale á *señor de las moscas*. Para esto despachó emisarios, los cuales, andando su camino, se encontraron con el Profeta Elias, quien despues de preguntarles «si no habia ya Dios en Israel», dióles orden de tornar á su amo y decirle, que el mal que le aquejaba únicamente llegaría á término cuando le tu-

viere su existencia. Extremada fué la cólera del rey al oír este lúgubre vaticinio. Sediento de venganza, mandó salir en persecución de Elías cincuenta soldados, con riguroso precepto de no volver á la ciudad sin haberse apoderado de su ofensor; y, en efecto, le hallaron; mas cuando ya le andaban á los alcances, cayó sobre todos ellos fuego del cielo, que en un punto los redujo á cenizas. No tuvo mejor éxito la segunda tentativa, ni le hubiera tenido la tercera, si el santo Profeta objeto de la saña de aquel impio príncipe, no le hubiese ganado por la mano descendiendo voluntariamente del monte Carmelo, y compareciendo ante él, para anunciarle que estaba próxima á cumplirse la catástrofe con que le había amenazado por boca de sus mensajeros; después de lo cual llegó Ocozias al fin de su miserable vida, entrando á sucederle Joram, su hermano.

La Divina Omnipotencia, que con tantos prodigios y tan señaladas mercedes había distinguido del vulgo de los mortales al piadoso Elías, reservábase honrarle de manera todavía más desusada, al concluir su tránsito por el mundo; y este benigno intento, de que por revelación tuvo noticia el santo Profeta, empeñó su humildad á desear que nadie le asistiera en sus últimos instantes, y por lo tanto á apartar de sí á Eliseo, compañero de sus peregrinaciones y leal partícipe de todas sus vicisitudes durante los diez años precedentes. Mas ni áun pretextando que negocios secretos reclamaban su presencia en Bethel y en Jericó, consiguió que su celoso adepto le dejara ir

solo; y cuando en las riberas del Jordán presumía ya de poder escaparse, tendiendo su manto sobre las aguas, que mansamente divididas le dejaron pasar á pié enjuto, halló al volver la cabeza que también Eliseo había llegado tras él á la opuesta orilla. Estrechado, pues, el santo varón á punto de ser inútil toda resistencia, dijo á su amigo: «Pide lo que quieras que haga por tí, ántes que sea quitado de la tierra». — «Pido (respondió aquél) que sea en mí tu mismo espíritu profético y tu don de milagros»; á lo que respondió Elías: «Difícil cosa has pedido; mas si me vieres cuando sea arrebatado de tí, tendrás lo que deseas». Despartiendo de esta suerte siguieron adelante largo trecho, olvidados ya, al parecer, de toda la plática pasada; mas de repente vióse descender por los aires en rápida carrera un carro fulgurante tirado por corceles de fuego, y suscitándose al propio tiempo un impetuoso torbellino, arrastró consigo á Elías, en tanto que su compañero, no ménos poseído de asombro que de júbilo al contemplar aquel milagro, gritaba en son de amorosa despedida: «¡Oh padre mio! ¡Oh padre mio! ¡Oh carro de Israel y su conductor!...» En esto ya nada se alcanzaba á ver por el dilatado firmamento, y volviendo entonces Eliseo sus ojos hacia la tierra, tropezó con el manto de su perdido amigo, que recogió como preciosa herencia y puso sobre sus propios hombros; desde cuyo instante nunca se apartó de él el espíritu divino.

Es opinión comun que Henoc y Elías han de tornar al mundo cuando se aproxime el día de su

disolución ; y que , después de pelear contra el Antecristo y convertir á la raza deicida , pagarán , por fin , su deuda á la humana naturaleza.

CAPÍTULO III

SIGUEN LOS REYES DE JUDÁ É ISRAEL. — EL PROFETA ELISEO.

I. *Milagros de Eliseo. — Muerte de Josafat. — Joram, quinto rey de Judá. — Asedio de Samaria* (Años del mundo, 3108 á 3119; ántes de J. C., 896 á 885.) — II *Jehú, décimo rey de Israel. — Es devorada Jezabel por perros. — Muerte de Ocozias, sexto rey de Judá. — Sucédele Athalia — Joás, octavo rey de Judá.* (Años del mundo, 3120 á 3126; ántes de J. C., 884 á 878.) — III *Joacaz y Joás, undécimo y duodécimo reyes de Israel. — Muerte de Eliseo. — Amasias, noveno rey de Judá.* (Años del mundo, 3148 á 3165; ántes de J. C., 856 á 839.)

I. Dotado ya de espíritu profético y don de milagros, conforme á las promesas de Elías, cruzó Eliseo el Jordán , bastándole para hacerlo sin peligro , extender sobre la corriente el manto de su venerable maestro ; endulzó y saneó las desabridas aguas de que se surtian los moradores de Jericó , sólo con echar en ellas un poco de sal, implorando la misericordia divina ; y llegó por último á Bethel, ciudad que tributaba al becerro de oro abominables adoraciones, y tan opuesta á los Profetas , que hasta los niños se ejercitaban en perseguirlos y escarnecerlos , á ejemplo é instigación de sus padres. Terribles fueron ahora las consecuencias de tan impia conducta ; pues

habiendo maldecido Eliseo, en nombre de la insultada Omnipotencia, á una turba de jóvenes que con torpes blasfemias, y burlas, y amenazas trataban de ahuyentarle, perecieron allí mismo cuarenta y dos de corta edad, despedazados por dos osos, que inopinadamente salieron de un bosque cercano; lastimosa, pero justa pena impuesta en aquellas criaturas á los padres que habian destruido primero la pureza de sus almas, con crueldad mayor que de fieras.

A la sazón pugnaba por sujetar á los moabitas, tributarios rebeldes de su imperio, el monarca de Israel, Joram, á quien acompañó Josafat hasta el desierto, auxiliándole con crecida hueste; mas al asentar sus reales, halló que carecia de agua el sitio; y hechas en vano muchas pesquisas, determinó implorar la bondad del cielo por medio de Profetas, cuyas oraciones tuviesen eficacia para remediar la necesidad de su gente. Noticioso, pues, Josafat de que andaba Eliseo por aquellos contornos, solicitó su mediación con tan fausto resultado, que no solamente obtuvo palabra de que cesaria pronto la angustia de las tropas, sino también de que vencerian éstas á sus enemigos; y cumpliéndose ambas predicciones, no más tarde que en el siguiente dia, vió el piadoso rey de Judá abastecido su campamento con aguas abundosas, y desbaratado el poder moabita por el irresistible denuedo de las tribus confederadas.

Murió Josafat el año vigésimo-quinto de su próspero gobierno, y entró á sucederle otro Joram, su hijo, unido en matrimonio con una her-

mana del monarca de Israel, que tenía por nombre Athalia. Dos años no mas subsistió en el trono este príncipe, tan diverso de su padre como semejante á su malvada esposa, cuya crueldad aterró el reino y convirtió en sangrienta charca su propia casa, según se verá en breve.

Mientras tanto, demostraban cada vez más claramente los milagros de Eliseo cuán grande era el favor con que acogía sus súplicas el Todopoderoso. De la propia manera que Elias en Sarepta, restituyó la vida en Sunam á un niño de cinco años, nacido también en virtud de sus oraciones, por premio á la piadosa hospitalidad que solía darle cierta familia principal en aquel pueblo. Remuneró la humilde fe de una mujer necesitada, multiplicando un poco de aceite que poseía, hasta la cantidad indispensable para pagar á todos sus acreedores; y después de haber limpiado de lepra á un capitán siriaco, cuyo nombre era Naaman, castigó con la misma plaga á un mozo que le servía, por haber recibido dádivas del agradecido caudillo.

En esto Benadab, que menudeaba infructuosamente sus correrías por el territorio de Israel, pensando mejorar de fortuna si se hacía con la persona de Eliseo, á cuyo poder achacaba el constante mal suceso de sus armas, despachó sigilosamente hombres de guerra, que, á favor de las sombras, pudieron acercarse a la morada del venerable Profeta. Avisado éste por un mozo: «No temas (le dijo, mostrándole los vecinos montes coronados de caballería y carros de fuego); no

temas, porque muchos más son en nuestro socorro que en el suyo » : y sin tardanza se adelantó al encuentro de sus perseguidores , pidiendo al Soberano Protector de todos los oprimidos que turbase los ojos de aquella muchedumbre , de suerte que ninguno viera los objetos en su propio y natural estado. Luego que les dió alcance, ofreció servirles de guía con estas palabras : « No es por aquí el camino, ni la ciudad á donde queréis ir ; venid y os mostraré á Eliseo » ; y ajenos los siriacos de presumir á quién seguían , y á dónde caminaban , fuéronse con él hacia la ciudad de Samaria , hasta que , traspuestas ya sus puertas, cayeron en la cuenta de que estaban cautivos dentro de la capital enemiga. Mas aunque el monarca de Israel quiso dar sangriento desenlace á esta aventura con la muerte de todos los presos, bastándole á Eliseo haber burlado su persecución, estorbó el intento; y no sólo concedió á todos libertad de tornar á su tierra , sino que les dió de comer; infundiéndoles esfuerzo con frases que pintaban bien la mansedumbre y apacibilidad de su índole.

Aún no desengañados los de Siria con esta elocuente lección, pusieron sitio dos años después á Samaria , tras de cuyos muros se albergaba el santo Profeta, blanco de su ojeriza. Fué el asedio en extremo apretado , y tan grande el hambre, que algunas madres , hostigadas por ella , mataron á sus propios hijos ; mas cuando ya parecía estar perdido todo, presentóse Eliseo al rey, que discurría por la ciudad vestido un áspero cilicio á

raíz de la carne, y le anunció que, en el siguiente día, á aquellas horas, habrían de comprarse á vil precio todos los comestibles. Y como se mostrase de esta nueva un capitán, en cuyo brazo se apoyaba el monarca, dando por imposible tan venturoso cambio, «aunque para dejar caer vituallas se abriesen compuertas en el cielo», predijole el Profeta, en castigo de su poca fe, que vería por sus propios ojos la realización del vaticinio, pero que no le alcanzaría parte en el provecho.

Y, en efecto, aquella misma noche, sintiéndose por disposición divina en el bando contrario ruido como de acercarse un formidable ejército, cosa que puso espanto en los corazones más valientes,—abandonó el caudillo sitiador su campamento con innumerable cantidad de viveres, y emprendió precipitada fuga. Vió, pues, el contradictor de Eliseo milagrosamente libertados y abastecidos á los israelitas; mas fué tan grande el impetu con que se arrojaron éstos á salir de Samaria, anhelosos de saquear las tiendas enemigas, que atropellando y derribando al capitán incrédulo, á quien tenía puesto el rey por custodia de una de las puertas, pasaron sobre él y le ahogaron con su peso; y así quedó ejecutada también en esta parte la profecía.

Benadab no sobrevivió más de un año á su derrota, muriendo violentamente á manos de su mayordomo Hazael, que le sucedió en el trono, conforme á otra profecía de Eliseo.

II. Próximos ya los tiempos en que debía

cumplirse la sentencia pronunciada contra la casa de Acab, hallándose herido Joram, monarca reinante en Israel, hubo de confiar á un lugarteniente el mando de las tropas con que estrechaba el cerco de Ramoth Galaad, y retirarse á sitio donde con más quietud pudiera procurar su restablecimiento. Conversando estaba cierto día con sus capitanes el nuevo caudillo, cuyo nombre era Jehú, cuando se presentó á su vista cierto mancebo desconocido, el cual le pidió audiencia; obtúvola, y comenzando por manifestar que era Profeta del verdadero Dios, y emisario de Eliseo, trájole á la memoria el anatema que sobre la descendencia de Acab pesaba, alentóle á ser su ejecutor y le ungió por rey, con gran satisfacción y aplauso de todas las huestes. Sin perder tiempo movió Jehú su campo, alcanzó á Joram en Jezrahel, hizole huir, é hiriéndole de un saetazo, que por las espaldas le atravesó el corazón, dejó tendido su cadáver en la viña de Naboth, famosa por la infeliz muerte de su dueño, que ahora se castigaba con la de aquel monarca. También cayó allí sin vida el rey de Judá, Ocozias, nieto de Josafat y aliado de Joram, de quien por su depravación no era desemejante. La impia Jezabel, viuda de Acab, al sentir la alegre y estruendosa algazara con que festejaba el pueblo samaritano la entrada del vencedor, asomó la faz por un balcon de palacio, ocultando su palidez con colores postizos, y ornada de sus más ricas joyas, ya por ver si podia rendir con su hermosura la voluntad de Jehú, ya por dar á entender

que no eran poderosas las adversidades á domar su soberbia; pero contentándose su sañudo rival con fijar desdeñosamente los ojos en ella, y volviéndolos después hacia los eunucos que la acompañaban, hizo á éstos seña de que la arrojasen á la calle, y siguió su camino. Cayó, pues, Jezabel precipitada por sus siervos, y salpicando con sangre las paredes de su propio palacio; acocieron los caballos su cadáver; destrozáronle los perros, y cuando fueron algunos á recoger lo que de aquella altiva reina quedaba, no hallaron más que el cráneo, los piés y la extremidad de las manos.

Otras consecuencias acarreó en Judá la muerte del monarca; porque entregándose Athalia á horribles arrebatos, nacidos, no del amor maternal, sino de la ambición del império, que en su pecho ahogaba los gritos de la misma naturaleza, degolló á todos los principes de la sucesión real, hijos de Ocozias, y se asentó en el enlutado trono, desde el cual gobernó á sus súbditos con centro de hierro y osó rebelarse contra Dios, levantando altares á Baal hasta en el recinto de la ciudad santa.

Tantos crímenes, tan furiosa insensatez, no podían quedar sin castigo. Del degüello dispuesto por la reina habiase salvado por singular ventura un hijo de Ocozias, llamado Joás, tierno niño, de pecho á la sazón, á quien robó su tia Josabeth de la cuna en que dormía cuando más revuelta y enconada andaba la matanza en palacio. Era su piadosa libertadora mujer del Sumo

Sacerdote Joiada , á cuyas manos pasó el ilustre niño para criarse ocultamente en el Templo ; y , habiendo llegado así á la edad de siete años , pareció ya forzoso á sus valedores sacarle á pública luz y reponerle en el alto lugar á que le llamaba su derecho ; empresa que allanaban en gran manera los desmanes cada vez más intolerables de la princesa usurpadora. El día de Pentecostés convocó Joiada en el Templo á los caudillos de las huestes , juntamente con los levitas , y declarándoles que aún quedaba un príncipe de la sangre de Ocozias , recibió á todos juramento de fidelidad , repartió armas y ungió por rey á Joás , que apareció revestido de las insignias de su excelso cargo , entre universales y regocijadas aclamaciones. Cundió rápidamente esta nueva hasta Athalia , y acudiendo sin tardanza la vengativa reina al lugar donde se verificaba la solemne ceremonia , quedó yerta de espanto al encontrar á su nieto puesto ya en regia silla , con imponente guardia en torno , y victoreado por inmensa turba popular con músicas y voces festivas ; y aunque todavía en tan angustioso trance quiso mostrar lo violento de su temple , rasgando sus vestiduras y gritando en descompuesto tono : « ¡Conjuración , conjuración ! » bastó un movimiento del Sumo Pontífice para que la impusieran silencio algunos hombres de guerra , los cuales la sacaron arrastrando del sagrado recinto , y en la calle la acabaron á golpes.

Por desgracia , no atendió el nuevo rey á cumplir los deberes de su alta dignidad , sino cuando ,

mozo aún, tuvo por consejero á su tío; y extremó tanto su impiedad é ingratitude, muerto ya Joia-da, que viendose requerido por un hijo de éste, nombrado Zacarías, á abolir el culto de los idolos, hizole matar á pedradas en el átrio del templo, sin pararse á oír los descargos de aquel justo varón, que clamaba con las ansias de la muerte: «¡Véalo el Señor, y demándelo de su mano!» Mas no fué sordo el cielo á tan legítimas quejas. Maltratado y escarnecido Joás por los siriacos, que á sangre y fuego entraron en Jerusalén, ántes de cumplirse un año, pereció más miserablemente aún, en el cuadragésimo de su gobierno, cosiéndole á puñaladas sus propios súbditos, y siendo enterrado con ignominia fuera del sepulcro de sus mayores. Sucedióle su hijo Amasias.

III. A los veintiocho años de haberse ceñido la corona, y en el vigésimo-tercio del reinado de Joás sobre Judá, murió Jehú, vuelto ya, de implacable enemigo, en condescendiente protector de la idolatría; entrando á sucederle Joacaz, su hijo, príncipe tan indigno del trono como sus predecesores.

Fué Joacaz padre de Joás, quien, si no le aventajó mucho en merecimientos, por lo ménos respetó á los Profetas, y consultó alguna vez su venerable dictamen. Pasando á visitar á Eliseo, que por entonces habia enfermado, y hallándole con claras señales de ser mortal la dolencia, agolpáronse á su memoria los beneficios dispensados á Israel por medio de aquel santo varón, con tanta viveza, que no pudo contener las lágrimas,

Y como en tal situación le dijese: «¡Padre mio, padre mio! ¡Carro de Israel y su conductor! ¿Qué haremos cuando seas ido?» Asiendo Eliseo las manos del principe, entre las que puso un arco con una flecha, hizole disparar hacia la parte de Oriente por una ventana de su aposento, y le respondió: «Saeta de salud del Señor es ésta; saeta de salud contra Siria. En Afec herirás á los siriacos». Después de haberle tranquilizado así, ordenóle que con las saetas restantes diese en el suelo golpes repetidos; pero Joás se detuvo á la tercera vez, y entonces recostó su rostro el venerable Profeta sobre el cabezal, diciendo entre enojado y triste: «Tres veces derrotaras á tus adversarios; mas si cinco, ó seis, ó siete hubieras golpeado la tierra, habrias herido á Siria hasta el exterminio». Calló, dicho esto, y espiró á los pocos dias.

Acaeció algo más adelante que, penetrando en tierra de Israel unos corredores moabitas por cierto lugar donde á la sazón se celebraba un entierro, puestos en fuga los hombres que llevaban el cadáver, lo dejaron caer sobre la sepultura de Eliseo, á cuyo contacto resucitó el finado, en prueba de que el don de prodigios con que tanto se ilustró aquel Profeta subsistia unido á sus venerandas reliquias.

De la verdad de sus promesas á Joás respondieron en breve tres victorias alcanzadas sobre los siriacos, y la agregación á Israel de cuantas ciudades habían perdido malamente los anteriores monarcas,

Preservándose Amasias, al empuñar el cetro de Judá, de las abominaciones que deshonraron á sus ascendientes, se granjeó el favor del Todopoderoso, y derrotó á los idumeos en el valle nombrado de las Salinas; mas hizole después soberbio la prosperidad, y sobre precipitarle en vil idolatría, movióle á presumir tanto de sus fuerzas, que sólo por no haber logrado para su tálamo una hija del monarca de Israel, osó provocarle á campal batalla. Vencido y preso en pena de su impiedad, vió con vergüenza á Jerusalén puesta á saco por el ejército enemigo; y á los veintinueve años de haber ocupado el trono, murió lastimosamente en una rebelión de sus propios súbditos.

CAPÍTULO IV

EL PROFETA ISAÍAS. — PREDÍCESE EL LUGAR DEL NACIMIENTO DE NUESTRO REDENTOR. — FIN DEL REINO DE ISRAEL.

I. *Jeroboam II, décimo-tercio rey de Israel.*—*Historia de Jonás.*—*Los seis primeros Profetas menores.* (Año del mundo, 3177; ántes de J. C., 827.) — II. *Ozias y Joathán, décimo y undécimo reyes de Judá*—*Zacarias, Selum, Manahem, Faceias y Facée, reyes de Israel.*—*Acáz, duodécimo rey de Judá.*—*El Profeta Isaías.* (Años del mundo, 3194 á 3264; ántes de J. C., 810 á 740.)—III. *Osée, décimo-nono y último rey de Israel.*—*Cautividad de las diez tribus.* (Año del mundo, 3274; ántes de J. C., 730.)

I. De manos de Joás pasó el cetro á las de Jeroboam, su hijo, quien por espacio de cuarenta

y un años gobernó á Israel con singular moderación y acierto

En sus tiempos vivió el Profeta Jonás, á cuyas predicaciones fué debida la conversión de Nínive, capital del poderoso imperio asirio, no menos famosa por sus vicios que por la muchedumbre de sus habitantes. Puesto en marcha á la voz del Omnipotente, que le dijo: «Levántate y vé á Nínive, la ciudad grande, y predica en ella, porque sus pecados y malicia subieron hasta Mí»; dejóse vencer de inexplicable terror en mitad de la jornada, y como si pudiera sustraerse al castigo de su desobediencia con cambiar de sitio, torció la vía hacia Joppe, donde se embarcó en una nave que pasaba á Tharsis; pero alcanzándole allí la cólera del Cielo, suscitó de improviso una tempestad tan recia, que, próximos ya los marineros al último trance, todo era implorar el favor divino, clamar desesperados y echar carga al agua por temor de irse á pique.

Notando el piloto que en medio de tan general consternación dormía Jonás sosegadamente en un lugar recóndito de la nave, llegóse á él y le gritó: «¿Cómo te estás tú con tan pesado sueño? Levántate é invoca también á tu Dios; por ventura cuidará de nosotros para que no perezcamos». Mas entre tanto se decían unos á otros los tripulantes: «Venid y echemos suertes, y sepamos por quién nos ha acaecido tanto daño»; y como en la prueba resultase designado Jonás, refirióles con ingenuidad generosa, así la orden que del Señor tenía recibida, como el mal cum-

plimiento que le había dado, añadiendo: «Tomadme y arrojadme al agua, y la mar se os aquietará; que bien sé que por mí ha venido sobre vosotros esta grande tormenta». Crecía el hervor de las olas, y en balde hacían los marineros fuerza de remo para aproximarse á la playa, hasta que, ya rendidos de su faena, resolviéronse á decir: «Rogámoste, Señor, que no nos castigues por la muerte de este hombre»; y adoptando el parecer del arrepentido Profeta, dieron con él en la mar, cuya furia se trocó instantánea y milagrosamente en bonancible calma. Y mientras prorrumpían los asombrados navegantes en voces de gratitud, y se obligaban con votos, y ofrecían víctimas, salió de improviso á flor de agua un mónstruo marino, que, hospedando á Jonás en sus propias entrañas, y nadando hacia la costa, le dejó vivo y libre, pasados tres días, en el lugar mismo donde se había embarcado (1).

Mas no bien tuvo efecto tan insigne prodigio, sonó de nuevo la voz del Señor, diciendo á su Profeta: «¡Levántate y vé á Ninive!»; orden que ahora obedeció Jonás con tanto celo y eficacia, que aterrorizada la capital asiria en fuerza de sus enérgicas exhortaciones, sinceramente arrepentida, y haciendo amarga penitencia, logró apartar de sí la pena que á sus crímenes tenía reservada el cielo.

(1) De este suceso se valió nuestro Señor Jesucristo para figurar los tres días que había de pasar en el sepulcro, y su gloriosa resurrección subsiguiente.

Jonás, que aguardaba las resultas de su predicación retraído en una cabaña de ramaje, no lejos de Ninive, sintió grande y extraña pesadumbre (que á tales extremos nos arrastra nuestra flaca naturaleza) cuando supo que se habia condolido el Todopoderoso de aquella ciudad pecadora. «¡Esto recelé yo (decía) cuando aún me estaba en mi tierra, y por eso me adelanté á huir hacia Tharsis; porque sabia, Señor, que eres un Dios clemente y misericordioso, paciente y de mucha piedad, y que perdonas los pecados! ¡Ruégote ahora, Dios mío, que me quites la vida ántes que me tengan los gentiles por un Profeta falso, y hagan escarnio de mí!» Desagradó á la Misericordia Divina tan indiscreto celo, y sobre reconvenir á Jonás, quiso mostrarle palpablemente cuán injustas y duras eran sus murmuraciones. Hizo, pues, que en una sola noche naciese y se propagase por su cabaña una lozana yedra, que, rodeando todo el ramaje, proporcionaba á lo interior deleitosa y saludable sombra. Gozóse con ella el Profeta por espacio de un día entero; mas al rayar la siguiente aurora, bastó que royese un gusanillo la raíz del arbusto para destruir su verde pompa, y dejar sin resguardo á Jonás, que, enardecido pocas horas después por los rayos del sol y el hálito no ménos abrasado de un viento del Sur, que comenzó á soplar, pedia por remedio la muerte. Tal era cabalmente el punto en que habia querido colocarle la adorable providencia de Dios, para acallar sus quejas con estas razones: «¡De la yedra te dueles, yerba vil en que no

trabajaste, que una noche nació y en una noche pereció! ¿Y yo no perdonaré á Ninive, ciudad grande, en la que hay más de ciento veinte mil hombres, obra de mis manos, y que me buscan con arrepentimiento?»

Rendido Jonás á tan significativa lección, tomó la vuelta de Israel, donde falleció hacia el año 761 ántes de Jesucristo. Cuéntasele por el quinto de los Profetas menores, siendo los cuatro primeros en orden: Oseas, que vaticinó la cautividad de las diez tribus; Joel, que anunció al Mesías y los dones del Espíritu Santo; y Amós y Abadías, que profetizaron asimismo las desventuras del pueblo de Dios, todos contemporáneos del destructor de la impiedad ninivita. Conociáanse ya en aquellos tiempos la raza, la tribu y la familia que habían de gloriarse con el título de progenitores del Hombre-Dios; y los que á tanta distancia de su dichoso advenimiento podían designarle con tan claras señales, apenas parecía que hubiesen menester otras para fortalecer su esperanza y aumentar la fe de las generaciones venideras. Plugo, sin embargo, á la Divina Omnipotencia llevar á lo sumo nuestro asombro, recorriendo aún más el velo de lo porvenir; y setecientos años ántes de nuestra era, no sólo anunció Miqueas, sexto de los Profetas menores, la divinidad del Mesías y la conversión de los gentiles, sino que dijo el nombre de la escondida aldea que entre las mil ciudades de Judá debía ver nacer al Redentor del mundo. «Y tú, BELEN (exclamaba), pequeña eres entre las mil ciudades de Judá; mas

de tí saldrá el que sea dominador de Israel, **AQUEL** cuya generación es desde el principio y desde la eternidad. Por esto los abandonará hasta el tiempo en que pára **AQUELLA** que ha de parir , y entonces *las reliquias de sus hermanos* (1) *se convertirán en hijos de Israel*. Y él estará firme , y pastoreará en la fortaleza del Señor , en la sublimidad del nombre del Señor su Dios , y se convertirán todos , porque desde luego será engrandecido hasta los términos de la tierra».

II. Gobernaba entre tanto al pueblo de Judá un hijo de Amasías, que hallándose en edad muy temprana al ocurrir la sangrienta muerte de su padre , no entró en posesión del reino hasta que hubo cumplido diez y seis años. Grandes ejemplos de religión y justicia dió en sus primeros tiempos este monarca , designado entre los de su estirpe con los nombres de Ozías y Azarias; pero desvanecido luego por el ejercicio del poder soberano, puso infeliz remate á tan prósperos principios, olvidando las deudas de gratitud que con los valedores de su infancia le ligaban , y ejerciendo dentro del templo funciones propias del ministerio sacerdotal , con usurpación notoria y general escándalo; hasta que convertido en objeto de la pública aversión por una espantosa lepra con que le castigó la Justicia del Cielo, descendió del trono y marchó á llorar sus culpas en profundo retiro , sin poner á la penitencia otro término que el de su vida.

(1) Los gentiles.

Recogiendo los frutos de tan ejemplar escarmiento su hijo y heredero Joathán, mereció figurar entre los muy contados que en aquellos tristes días perseveraron en las sendas del Señor, y lograron constantemente sus favores.

Iban completando al propio tiempo los sucesores de Jeroboam II la suma de las iniquidades que al cabo habían de llamar sobre Israel el tremendo azote dispuesto ya para castigarla y destruirla. Así lo hicieron Zacarías, Sellum, Manahem, Faceías y Facée, todos impíos, todos tiranos, y elevados casi todos al sólio por las vías del crimen. Imitaban los pueblos la impiedad de sus príncipes, y juntando á su añeja idolatría de los becerros de oro el culto de Baal y de los astros, prestaban crédito á toda especie de mágicas supersticiones.

En tal estado eligió el Todopoderoso á un varón de la estirpe de David, hijo de Amós y sobrino del rey Amasias, para que anunciase sus venganzas y apartase, si aún era posible, de aquella raza ingrata, el castigo que tanta depravación forzosamente habría de traer consigo; y al efecto, dejándose ver de su escogido, que tenía por nombre Isaías, infundióle divina inspiración, y le declaró los secretos de su eterna justicia.

«Vi (dijo después Isaías al pueblo pecador), vi al Señor sentado sobre altísimo sólio, y los remates de su vestidura, tendidos por debajo de sus piés, llenaban el templo. Serafines estaban al rededor del trono; seis alas tenía el uno y seis su compañero; con dos se cubrían el rostro, y con

dos le hacian alfombra, y con las otras dos volaban. Y dando voces alternativamente, decian: «¡Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos! ¡Llena está toda la tierra de tu gloria!—Estremeciéronse los dinteles y quicios del templo á la voz de los que gritaban, y llenóse la casa de humo, y dije: ¡Ay de mí, por qué callé cuando moraba en medio de un pueblo que tiene los labios contaminados!—Y voló hacia mí uno de los serafines, llevando en su mano un áscua, que con tenazas habia tomado del altar, y la acercó á mi boca diciendo: Mira que ha tocado tus labios este carbón encendido, por lo cual será quitada tu iniquidad, y lavado será tu pecado.—Y entonces oí la voz del Señor que decía: ¿A quién enviaré?—Respondile: Aquí estoy; enviame.—Y El: Anda y diras á ese pueblo: ¡Oid, oyentes, y no lo entenderéis, y ved la visión, y no la conoceréis!—Mas pregunté: ¿Hasta cuándo serán ciegos, Señor?—Y dijo: ¡Hasta que queden asoladas sus ciudades, y las casas sin nombre, y la tierra desierta!»

Confirmando con su conducta la verdad de estas palabras, oyéronlas impasibles los israelitas, y tornaron con mayor afán á sus acostumbrados desmanes y sacrilegios. No era más bonancible el estado de Judá, donde por muerte del piadoso Joathán habia subido al trono Acaz, su hijo, cuya depravación le arrastró al extremo de consagrar su familia al culto de Moloc, cerrar el templo y rebelarse abiertamente contra los castigos que enderezaba la Providencia á su enmien-

da. Duró diez y seis años el infausto gobierno de este príncipe.

Distante del popular desenfreno, y penetrando con profético vuelo en la oscuridad de los siglos futuros, emulaba entre tanto Isaías los ardientes suspiros del Rey-Profeta, y narraba inauditos arcanos acerca del Deseado de las naciones. « Saldrá (decía) una vara de la raíz de Jesé, y de su raíz subirá una flor, y las gentes la invocarán levantada como estandarte de los pueblos (1), y será glorioso su sepulcro. Porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor, y afluirán á su casa todas las naciones (2). En aquel día arrojará el hombre sus ídolos de plata y sus simulacros de oro. El mismo Señor os dará una señal; he aquí que la VIRGEN CONCEBIRÁ, y parirá un hijo, y será su nombre EMMANUEL, que quiere decir *Dios con nosotros*. Con equidad reprenderá en defensa de los mansos de la tierra, y la justicia será cingulo de sus lomos, y la verdad ceñidor de sus riñones. ¡Envía, Señor, el CORDEIRO dominador de la tierra! ¡Cielos, envid rocio de lo alto, y las nubes lluevan al JUSTO! ¡Ábrase la tierra y brote al SALVADOR!» Y cual si contemplara su divina faz, proseguía con indecible alborozo: «Nacido nos ha un tierno niño; sobre su hombro ha sido puesta la insignia de su principado (3), y serán sus nombres Admirable, Con-

(1) Puesta sobre la Cruz. Recuérdese que Jesé fué padre de David.

(2) Se convertirán los gentiles.

(3) La Cruz.

sejero, Dios fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de Paz. Oigo voz del que clama en el desierto: ¡Aparejad el camino del Señor! (1) ¡Sube á un monte alto, tú que evangelizas á Sión, y dile: Atendedme, pueblo mío, y oidme, tribu mia! Vendrá un tiempo en que diré: Yo, el mismo que os hablaba, vedme aquí presente; ved aquí á vuestro Dios. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, y los sordos oirán; ligeros como ciervos correrán los paralíticos, y se desatará la lengua de los mudos. He aquí mi escogido; mi alma tuvo complacencia en él; no abortará; no hará distinción de personas; cuando aconseje en casa no llegará afuera su voz; la caña cascada no la quebrará, ni apagará la mecha que aún humea. Como pastor apacenterá su grey; con su mano recogerá los corderos y los llevará en su regazo; no será triste, ni turbulento, mientras establezca la Justicia en la tierra». Trasladándose, finalmente, con el pensamiento, desde la predicación del Salvador del mundo hasta su amargo sacrificio, y comparando atónito la celestial hermosura de su alma con el horror de su agonia, exclamaba: «¡Quién lo creyera! ¡Despreciado le vimos, y el postrero de los hombres; varón de dolores y que sabe de trabajos; no hay buen parecer en El, ni hermosura, y le vimos y no era de mirar! ¡Llagado estaba por nuestras iniquidades, y quebrantado por nuestras culpas; quisolo El y no abrió su boca, y con sus cardenales fui-

(1) San Juan Bautista.

mos sanados; como oveja será llevado al matadero, y enmudecerá. Por la maldad de mi pueblo lo he herido, y aunque no hubo malicia en El, desde la angustia y desde el juicio fué levantado en alto (1); mas por cuanto trabajó su alma, verá el fruto y se hartará de contento; y por cuanto cargó con los pecados de muchos, y rogó por los transgresores, á muchos justificará el Justo, y muchos le dará por su porción!»

La gloriosa resurrección del Mesías, los dones que sobre la Iglesia universal debía derramar el Espíritu Santo, y la promesa de que por la nueva ley no se vincularía el sacerdocio en una tribu privilegiada, terminan y acabalan este maravilloso cuadro, tenido en opinión de los Santos Padres por tan propio de un Evangelista como de un Profeta (2).

III. Muriendo miserablemente el rey Facée á manos de conspiradores, y ocupando su ensangrentado trono Osée, hijo de Ela, llegaron las diez tribus á tan inaudito extremo de depravación con los ejemplos y mandatos del principe reinante, que al fin tuvo por bien el Todopoderoso llevar á efecto sus terribles y siempre desoidas amenazas.

Tocó ser instrumento de la Divina Justicia al monarca asirio Salmanasar, cuyos antecesores habian agregado á sus dominios algunas pobla-

(1) En la Cruz.

(2) Algunos han dicho que se podría titular: *Passio D. N. Jesu Christi, secundum Isaiam.*

ciones hebreas; el cual, sabiendo ahora que los israelitas se concertaban secretamente con el rey de Egipto, para que les ayudase á recuperar la tierra perdida, marchó con grueso ejército sobre Samaria, capital de Israel, y allanó sus muros al cabo de tres años de asediarla, en el noveno del reinado de Osée y el sexto de Ezequías, monarca de Judá. Horribles fueron el saqueo y la matanza. Cargado de cadenas el perverso principe, acabó sus días en estrecha prisión; mientras que las diez tribus, rendidas al peso de su infortunio, faltas de todo humano auxilio y despojadas de sus riquezas por el duro vencedor, se vieron conducidas, como rebaño vil, lejos de su patria, esparciéndose por Ninive y todo el territorio asirio, donde no quedó rastro de su nacionalidad á la vuelta de algunos años. Así castigó el cielo los crímenes de Israel y justificó los oráculos de sus Profetas. Para atender al cultivo y repoblación de la tierra conquistada, dispuso el rey asirio colonias de babilonios, que, andando el tiempo, rindieron culto al verdadero Dios en torpe mezcla con los idolos abandonados por los israelitas á su partida; y este fué el origen de las familias conocidas más adelante con el nombre de *samaritanas*.

CAPÍTULO V

CAUTIVIDAD DE NÍNIVE.—TOBIAS.—EL PROFETA
NAHUM.

—

- I. *Juventud de Tobias.—Su cautiverio.—Sus buenas obras.—Quédase ciego y pobre.* (Año del mundo, 3283; ántes de J. C., 721)—II. *Avisos piadosos de Tobias á su hijo.—El Angel Rafael.—Viaje de Tobias el mozo.* (Año del mundo, 3299; ántes de J. C., 705)—III. *Regreso de Tobias el mozo.—Dase á conocer el Angel.* (Año del mundo, 3299; ántes de J. C., 705.)—IV. *El Profeta Nahum.*

I. En Nefalí, ciudad de Galilea, nació durante el reinado de Facée un niño llamado Tobias, que, huérfano y falto de todo valedor, quedó muy en breve expuesto á los peligros con que le amenazaban la inexperiencia propia de su temprana edad y la depravación general de los tiempos. Mas, lejos de ceder al embate de tantas tentaciones, supo desde sus primeros años, mostrando una cordura superior á los términos naturales, renovar la memoria de aquellos israelitas, cuya virtuosa mocedad habia dado lustre en mejores dias á su patria y merecido la protección del Cielo. Prudente en sus actos, grave en sus palabras y escrupuloso guardador de los preceptos divinos, era notable el celo con que asistía, tras larga peregrinación, al templo de Jerusalén, mientras marchaban sus compatriotas en procesión sacrilega á prosternarse ante los becerros de oro; y no asombraba ménos á la corrompida

muchedumbre la ardiente caridad que le impelía á separar diezmos de sus bienes para distribuirlos entre los pobres, los huérfanos, las viudas y los forasteros.

Dueños de Israel los asirios, por consecuencia de la rendición de Samaria, á tiempo que Tobias, casado con mujer de su linaje, tenia ya un hijo de su mismo nombre, cupole en suerte pasar cautivo á Ninive, donde glorificó á Dios como en su tierra natal, y se ejercitó en nuevos actos de virtud, al tenor de lo que demandaban sus actuales desventuras y las de sus conciudadanos. Bendiciendo la Providencia tan meritorias obras y alentándole á proseguirlas, movió á favor suyo el corazón del rey, quien le otorgó facultad para correr libremente la tierra, y le hizo cuantiosos dones; desde cuyo tiempo visitaba el piadoso galileo en todas partes á los afligidos y los socorria tan cumplidamente, que, á pesar de sus continuas limosnas, aún pudo adelantar de una sola vez á cierto compatriota suyo, que tenia por nombre Gabelo, la considerable suma de diez talentos de plata. Pero muerto Salmanasar años adelante, y entrando á sucederle su hijo Sennacherib, trocaronse las circunstancias; pues irritado el principe por la adversa fortuna de sus armas en Judá, y encendido en violentísima ira contra cuanto llevaba el nombre hebreo, dióse á perseguir con extraña ferocidad á sus cautivos, matando á muchos; y porque Tobias, olvidado de si por servir al prójimo, dedicaba piadosamente su persona y caudales á enterrar los restos

de aquellos infelices, y sustentar y vestir á los necesitados, y consolar á los perseguidos, mandó quitarle todas sus riquezas y le condenó á despiadada muerte. Por fortuna salvó al santo varón de tan injusto castigo el grande amor que profesaba el pueblo á sus virtudes; y acogido con su familia en seguro albergue, vivió oculto cuarenta y cinco días, hasta que le devolvió libertad y hacienda el imprevisto fin de Sennaquerib, que pereció asesinado por sus propios hijos.

Después de esta prueba, aún fué más activa, si cabe, la caridad del celoso desterrado, que, como nacida y sustentada del amor de Dios, adquiría fuerzas con las mismas persecuciones. Celebrábase en su casa un banquete cierto día festivo; y estando ya juntos los comensales, sin que faltase nadie más que Tobías el mozo (digno alumno é imitador de su padre), vióle éste llegar apresurado y supo de su boca el lastimero caso de un israelita, que, muerto á puñaladas, quedaba expuesto á la irrisión del vulgo en la plaza pública. Obra fué de un solo instante para el buen anciano oír la triste nueva, apartar de sí los manjares, intactos todavía, y salir precipitadamente á donde yacía el cadáver. Tomándolo sobre sus propios hombros, tornó con él á su morada; comió, repitiendo con temblor y llanto las palabras del Profeta Amós: «Vuestros días de fiesta se convertirán en lamentación y luto»; y contra el parecer de sus amigos, que temían se irritase con tal pretexto la saña asiria, aún no del todo apaciguada, dió sepultura á su desven-

turado compatriota, apenas se extendieron las sombras de la noche.

Con igual valor cumplió otras muchas veces Tobias, *más temeroso de Dios que del rey*, la piadosa obligación de enterrar los muertos, que había venido á ser su predilecto y ordinario ejercicio. ¿Y quién, recordando los favores que en aquella remota edad solia dispensar el Señor á su ingrato pueblo para estimularle al bien, no hubiera esperado alguna merced temporal por recompensa de tan santa vida? Mas para con los justos, que aguardaban los invisibles premios de la eternidad, era clara muestra de la Misericordia Divina disponerles á recibir mayor porción de gloria, haciéndoles partícipes de las tribulaciones y amarguras que al Salvador se reservaban en la sucesión de los tiempos. Habiéndose, pues, dormido Tobias al pie de una pared, cierto dia en que estaba sumamente cansado de sus cotidianas tareas, cayeronle sobre los ojos algunos desperdicios de un nido de golondrinas, que le dejaron ciego; desgracia á que se allegó muy poco después la completa pérdida de sus caudales. Hallóse entonces falto de todo humano consuelo, á semejanza del santo Job, y hecho, como él, ejemplo de paciencia contra las insensatas provocaciones de sus parientes, que, burlándose, le preguntaban: ¿Dónde está tu esperanza, por la cual hacías limosnas y sepulturas? Mas él decia: «No queráis hablar así; porque hijos de santos somos, y esperamos aquella vida que ha de dar Dios á los que nunca mudan de El su fe».

Corriendo de tal suerte los años, acaecieron dos hechos memorables en esta historia; hechos simultáneos, pero ocurridos á la distancia que separaba á Ninive de Rages, ciudad de los medos. La mujer de Tobias, que tenia por nombre Ana y se ocupaba en trabajos mecánicos para remediar su extrema pobreza, tornó á casa cierta tarde con un cabrito, que en paga se le había dado; y como la dijera su marido, oyendo balar al animal: «Mira no sea por desventura hurtado y haya que restituirlo», surtió en ella tan mal efecto esta observación, que respondió alborotada y desabrida: «Palpables se ven ahora los frutos de tus limosnas y la vanidad de tus esperanzas; ¡y cierto que viene á tiempo ese cuidado de los bienes ajenos en ti, que disipaste los propios! Más valiera que considerases la condición á que por culpa tuya nos vemos reducidos». Traspasaron tan duras palabras el corazón del pobre ciego, y arrancando á sus ojos amargo llanto, infundióle ardientes deseos de morir, ya que en su presente situación sólo de carga, y no de alivio, podia servir á su prójimo. «¡Justo eres, Señor! (exclamaba). Porque no obedecemos tus mandamientos, por eso hemos sido entregados á saco, y á cautividad, y á muerte, para ser la fábula y el oprobio de todas las naciones entre las cuales nos has esparcido. Mas no te acuerdes ahora, Señor, de mis delitos, ni de los de mis padres, y manda que sea recibido en paz mi espíritu, pues mejor me es morir que vivir; ó haz conmigo segun tu voluntad; porque misericor-

dia y verdad y justicia son todos tus caminos».

El mismo día aconteció en Rages que, reprendiendo á una de sus doncellas cierta joven llamada Sara, hija de un opulento hebreo de aquella villa, fué también insultada con improprios y ofendida con las acusaciones más infames; acusaciones calumniosas, pero á que daba apariencias de veraces la extraña historia de aquella israelita, que, unida en poco tiempo á diversos maridos, los habia visto sucumbir uno en pos de otro á repentina y misteriosa muerte. Capaces eran, pues, tales injurias de suscitar en su alma vivísimo dolor; mas, faltas de poder para quebrantar la resignación de Sara ó disminuir su confianza en la bondad del Cielo, moviéronla, por el contrario, á encerrarse en oculto aposento, donde, vigorizando su fe con la adversidad, ofreció sus lágrimas en holocausto, y alabó la Providencia del Altísimo con estas razones: «¡Bendito tu nombre, Dios de nuestros padres, que harás misericordia, después de tu enojo, y en el tiempo de la tribulación perdonas los pecados á los que te invocan! A ti vuelvo mi faz; á ti encamino mis ojos; á ti, que sabes que en temor tuyo quise tomar marido; y, ó yo fui indigna de ellos, ó acaso ellos no fueron dignos de mí; porque quizá me reservabas para otro esposo. Mas esto tiene por cierto todo aquel que te reverencia: que si su vida se viere en prueba, será coronado; y que después de la tempestad haces la bonanza, y después de las lágrimas y el llanto infundes la alegría. ¡Dios de Israel, bendito sea

tu nombre por los siglos! Pidote, Señor, que me desates el lazo de este oprobio, ó por lo ménos me arrebatas de sobre la tierra!»

Subieron juntas hasta el glorioso trono del Sumo Hacedor ambas oraciones, *y fué enviado el Santo Angel del Señor, Rafael, para curar á Sara y á Tobías.*

II. El cual, suponiendo que habría acogido favorablemente el Todopoderoso su demanda, juzgó no hallarse muy lejos del sepulcro; por lo que llamó á su hijo, y le habló del siguiente modo: «Oye, hijo mio, las palabras de mi boca, y asiéntalas en tu corazón como cimiento. Luego que Dios recibiere mi alma, enterrarás mi cuerpo y honrarás á tu madre todos los dias de tu vida; porque debes acordarte de cuántos y cuán grandes peligros pasó por ti, llevándote en sus entrañas. Y cuando ella hubiere cumplido el tiempo de su vida, la enterrarás cerca de mí. Tendrás á Dios en tu mente todos los días, guardándote de quebrantar sus mandamientos y de consentir jamás en pecado. De tus haberes haz limosna; si tuvieres mucho, da con abundancia; si tuvieres poco, aun lo poco procura darlo de buena gana, porque te atesoras un gran premio para el día de la cuenta; y no apartes tu rostro de ningún pobre, ni aun de aquel á quien no pudieres ofrecer alivio; que así será que tampoco se apartará de ti el rostro del Señor. Por cuanto la limosna libra del pecado y de la muerte, y servirá de gran confianza delante del Sumo Dios, y no permitirá que el alma vaya á las tinieblas. — Guárdate de

toda liviandad , hijo mio ; sé fiel á la mujer con quien te unieres , y nunca consentas en conocer crimen.—No permitas jamás que reine la soberbia en tus sentimientos , ó en tus palabras , porque en ella tuvo principio toda la perdición.—La soldada de todo aquel que hubiere trabajado para ti , nunca quede en tu poder —Guárdate de hacer á otro lo que no quisieres que otro te haga á ti. —Busca siempre consejo del hombre sabio , y alaba al Señor en todo tiempo , y pídelé que enderece tus sendas y que permanezcan en El todos tus designios.—No temas nada , hijo mio ; es verdad que pasamos una vida pobre ; mas tendremos muchas riquezas si temiéremos á Dios y nos apartáremos de todo pecado y obráremos el bien».

Terminada esta tierna exhortación , siguió así Tobias : « Hágote saber igualmente cómo yo dí , cuando aún eras muy niño , diez talentos de plata á Gabelo , en Rages , ciudad de los medos ; por tanto , procura el modo de que vayas allá y recobres de él la sobredicha cantidad de plata , y le restituyas el recibo firmado de su mano». Dispuesto , cual siempre , el mancebo á ejecutar con ánimo gozoso la voluntad de su padre , dijole , sin embargo : «Padre , cuanto me has mandado haré ; mas no sé cómo he de cobrar este dinero ; porque ni Gabelo me conoce á mi , ni á él le conozco yo , ni tampoco he sabido jamás el camino que conduce á su tierra». «Anda ahora (respondió á esto el buen israelita) , y para que se logre la cobranza mientras yo viva todavía , haz diligencia de

algún hombre fiel que vaya contigo, pagándole su salario» (1). Con tal autorizacion, salió inmediatamente á la calle Tobias el mozo.

Apenas la habia pisado, detuvieronse sus ojos en un desconocido de juvenil semblante y apuesto continente, que estaba parado, haldas en cinta, como quien va á emprender un largo viaje. Bajo aquel disfraz se ocultaba el Angel Rafael. Hizole Tobias un afable saludo, y le preguntó: «¿De dónde te tenemos, buen mancebo?—De los hijos de Israel, respondió el divino emisario.—¿Sabes (dijo Tobias) el camino que va á la región de los medos?—Y el Angel: Lo sé; muchas veces he andado todos sus caminos, y he posado en casa de Gabelo, nuestro hermano, que mora en la ciudad de Rages, la cual está sobre los montes de Ecbatana». Alegre Tobias con aquel dichoso hallazgo, atajó aqui las explicaciones de su interlocutor, diciendole: «Aguárdame, te ruego, mientras que doy aviso de todo á mi padre»; y vuelto á donde quedaba el anciano, refirióle lo ocurrido, de suerte que le puso en voluntad de ver á tan gallardo forastero. Entrando, pues, en la casa el Angel Rafael, saludó á Tobias el viejo con estas palabras: «Gozo sea contigo siempre»; y como respondiera tristemente el anciano: «¿Qué gozo puede tener quien no ve la luz del cielo?» le re-

(1) Debe notarse que Tobias, á pesar de su extremada pobreza, no habia reclamado de Gabelo hasta ahora los diez talentos de plata; y si al fin lo hizo fué porque, juzgándose próximo á morir, ordenaba la justicia que no privase á su hijo de una cantidad que de derecho era suya.

plicó: «Ten buen ánimo, que muy cerca está el día en que por Dios seas curado». Entonces dijo Tobias al Angel: «¿Podrás, por ventura, llevar á mi hijo á Rages, á casa de Gabelo, y cuando volvieres te pagaré tu salario?» Y el Angel á Tobias: «Yo llevaré sano á tu hijo, y sano te lo volveré á entregar». «Id, pues, con bien (tornó á decir el viejo), y sea el Señor en vuestra senda, y su Angel vaya en vuestra compañía»; tras de lo cual tomaron consigo los dos viajeros un perro de la casa, y, despidiéndose de ambos esposos, comenzaron su camino.

Avistaron aquella tarde las márgenes del río Tigris, de cuya apacible frescura convidado Tobias, metió los piés en la corriente; mas no bien lo había hecho, cuando al aspecto de un disforme pez, que de pronto salió á la superficie, comenzó á correr despavorido, gritando: «¡Señor, Señor, que se arroja á mi!» «Cógelo por una agalla y tira de él», respondió el Angel; y luego que, arrastrado ya el pez á lo seco, le vió palpitar con ansias de muerte, dijo: «Destripale y guárdate su corazón, y la hiel, y el higado, pues estas cosas son necesarias para útiles medicinas»; órdenes que obedeció el mancebo, asando tambien parte de la carne y salando lo demás, en cantidad suficiente para mantenerse los dos caminantes hasta llegar al término de su jornada.

Concluida ésta, y habiendo dicho Tobias á su conductor: «¿Dónde quieres que posemos?» le habló así el celestial enviado: «Aquí hay un hombre llamado Raguel, pariente tuyo, de tu tribu, y

éste tiene una hija, nombrada Sara, sin otro descendiente, varón ni hembra; así que á ti te pertenece su herencia ántes que á ningún otro. Conviene que tomes por mujer á la muchacha. Pídesela á su padre, y te la dará en casamiento». Sorprendido el joven de tan inesperada proposición, aunque humillando interiormente su voluntad al sobrenatural influjo de su guía, le contestó: «Dicen que la han dado á siete maridos, y que ántes de llegarse á ella han muerto todos; y aun he oído también que un demonio los mató. Temo, pues, no sea caso que me suceda lo mismo á mí, y que, siendo hijo único de mis pãdres, lleve su vejez con dolor al sepulcro». Mas el Arcángel le tranquilizó replicando: «Oyeme y te mostraré aquellos contra quienes puede el infierno prevalecer. Son aquellos que abrazan el matrimonio de manera que echan á Dios de sí, y como seres que no tienen entendimiento, se abandonan á su baja pasión. Mas tú, cuando la hubieres tomado por mujer, entrando en el aposento durante tres días, en ninguna otra cosa te ocuparás sino en hacer oración con ella; y así, por tu piedad, en el primer día será ahuyentado el demonio; y en el segundo serás admitido á la congregación de los santos Patriarcas; y en el tercero día conseguirás bendiciones, para que de vosotros nazcan hijos sanos. Y pasada la tercera noche, recibirás la doncella en temor de Dios, llevado sobre todo del deseo de lograr prole, para que en ella consigas la bendición reservada al linaje de Abraham».

Departiendo de este modo , encamináronse los peregrinos á casa de Raguel; el cual, aun sin saber quiénes fuesen , les otorgó afectuosa hospitalidad; mas cuando entabló conversación con ellos, diciendo: «¿Conocéis á Tobias, mi primo hermano?» y oyó de boca del Angel: «Tobias, por quien preguntas , es el padre de éste», fueron de ver sus extremos de gozo y sus demostraciones de amor, así como las lágrimas de ternura con que le acompañaban su mujer y su hija. Aquella misma noche pidió el mancebo á Sara en matrimonio , poniendo en gran perplejidad á su honrado huésped; pues aunque deseaba tenerle por yerno , temía las funestas consecuencias á que para ello debía aventurarse ; hasta que, instado por el Angel, y presumiendo que pudiera esconderse algún fin providencial en la extraña venida y petición de Tobias, determinó condescender á su gusto ; y así, tomando la derecha de su hija, la colocó en la del mancebo, y dijo: «El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob os junte y cumpla en vosotros su bendición»; con lo que procedieron á extender la escritura matrimonial y á disponer las bodas.

Cuidó el Angel Rafael , en tanto que se hacian los aprestos, de reclamar los diez talentos de plata, causa primera de aquel dichoso viaje ; y después de haberlos recaudado, tornóse á los desposorios con Gabelo , el cual, apenas vió á Tobias, rompió en llanto y le abrazó amorosamente, exclamando: «¡Bendigate el Dios de Israel, porque eres hijo de un hombre muy bueno , y justo , y

temeroso de Dios, y que hace limosnas! ¡Y sea dicha bendición sobre tu mujer y sobre tus padres y sobre los suyos! ¡Y veais vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos hasta la tercera y cuarta generación; bendiciéndolos el Dios que reina por los siglos de los siglos!» Y habiendo respondido todos los circunstantes «Amén», llegaron á la mesa, donde *con temor del Señor* celebraron el convite de bodas.

Sucedió aquella noche, al primer cantar del gallo, que, acometido Raguel de repentina inquietud, nada conforme con la piadosa confianza de que ántes habia dado muestras, llamó á los mozos de su servidumbre, y, abriendo con ellos una sepultura, dijo á su mujer: «Envía á ver si ha muerto, para enterrarle antes que aclare el día». Penetró, pues, una criada en la estancia nupcial para cumplir esta orden; pero habiendo tornado con la buena nueva de que Sara y Tobías reposaban sosegadamente, prorrumpieron Raguel y su esposa en fervientes acciones de gracias á la bondad divina, y ántes que amaneciera, volvieron los siervos á cegar la hoya.

III. A duras penas logró Raguel demorar por espacio de dos semanas la forzosa partida de ambos desposados; mas, después de este tiempo, nada pudo vencer la impaciencia del mancebo, que porliadamente contestaba á cuantos pretendían detenerle con súplicas y lagrimas: «Yo sé que mis padres están contando los días, y que su espíritu padece intolerables dolores». Acompañado, pues del Arcángel y de Sara, de quien se

despidieron tiernamente los ancianos, encomendándola que honrase á sus suegros, que amase á su marido, arreglase la familia, gobernase la casa y se mostrase á si misma irreprochable, tomó la vuelta de Ninive el virtuoso Tobias, rico ya con la dote de su mujer, que consistía en siervos, ganados y gran cantidad de plata, á que se allegaba la recaudada de Gabelo.

En mitad de la ruta dijo el Angel Rafael: «Hermano Tobias, sabes en qué estado dejaste á tu padre. Si te place, adelantémonos, y poco á poco vayan siguiendo nuestro camino los criados, juntamente con tu mujer y con las bestias». «Que me place», respondió el joven; y replicó su conductor: «Toma contigo de la hiel del pez, porque será necesaria». En efecto, faltábales poco para avistar el anhelado término de su viaje, cuando con indecible gozo de Tobias le descubrió el celestial parainfo la significación de sus últimas palabras, diciendo así: «Luego que entres en casa, adora al Señor tu Dios, y, tributándole gracias, llégate á tu padre y dale un beso, y unta sus ojos con esta hiel; porque has de saber que sin tardanza se abrirán ellos á la luz del cielo y se recrearán con tu vista».

En tanto que avanzaban de esta suerte ambos viajeros, llenos de alegres esperanzas, desvaneciáanse poco á poco las de los ancianos, que, absortos de tan inexplicable dilación, suspiraban en Ninive solitarios y desvalidos: «¿Quién sabe (decía para sí Tobias el viejo) por qué tarda mi hijo en el camino, ó por qué se habrá detenido

en Rages?» Y al considerar cuántos días eran pasados desde la partida del mancebo, corrían de sus ojos amargas lágrimas, mientras que Ana, deshecha también en llanto, aturdió con voces angustiosas su triste morada, clamando con aflicción de madre: «¡Ay, ay de mí, hijo mío! ¿para qué te hemos enviado á lejas tierras, lumbrera de nuestros ojos, báculo de nuestra vejez, consuelo de nuestra vida, esperanza de nuestra posteridad? Si teníamos en tí sólo juntas todas las cosas, ¿por qué te dejamos ir de nosotros?» Y en vano dominaba Tóbías su propio dolor por moderar el de su consorte, respondiéndola: «Calla y no te acongojes, mujer; sano estará nuestro hijo, que harto fiel es el hombre con quien le enviamos»; porque ella se negaba á recibir otros consuelos que no fueran la vuelta del ausente, y, escapándose al campo, recorría todos los caminos por donde esperaba que regresase su perdido bien, y atalayaba desde las cumbres de los montes para verle llegar desde lejos, si posible fuese.

Vino por fin un día en que, paseando sus inquietas miradas por el llano, las fijó en dos viandantes, que, precedidos de un perro, marchaban con rapidez hacia la ciudad; y aunque era grande la distancia, su maternal instinto hizola conocer al primer golpe á Tóbías; momento de inefable dulzura, que recompensó con creces todos los pasados sinsabores. Pero el júbilo que violentamente ocupó su corazón no pudo borrar en él la memoria del dolor ajeno; por lo que, en vez de salir al encuentro de los caminantes, prefirió,

con admirable caridad, volver en busca de su afligido esposo, á quien gritó al entrar: «¡Mira que viene tu hijo!» Llegaba en esto el perro á toda prisa; y como mensajero de buenas nuevas, comenzó á dar saltos de alegría, acariciando á sus dueños, jadeando, aullando y blandiendo mansamente la cola. Aturdido el padre anciano de lo que oía y palpaba, levantóse y quiso correr; mas con el alborozo, la precipitación y la ceguera, tropezaban sus piés á cada paso; y fué preciso sostenerle para que saliese hasfa la puerta; donde, al cabo de tantos afanes, lograron ambos consortes la dicha de recuperar á su hijo, á quien acogieron con abrazos y besos sin número, y lágrimas de indecible ternura. Tras esto, adoraron á Dios en acción de gracias, y comenzaron á darse cuenta de sus sucesos. Entonces ungió Tobías el mozo con la hiel del pez los ojos de su padre; y, siendo pasada como media hora, apareció la nube que los obstruía en forma de ténue tejido; separado el cual, con facilidad prodigiosa, recobró instantáneamente su vista el venerable anciano,

¶ Siete días después de estas faustas ocurrencias, llegó Sara á casa de sus suegros con toda la familia, la plata y los ganados que formaban su dote; completándose así los premios temporales con que remuneró á Tobías en sus últimos años la Misericordia del Altísimo.

Restábale, sin embargo, un motivo de inquietud; pues aunque, á ley de agradecido, quería contentar al noble forastero que en su felicidad

había tenido tan señalada parte, ignoraba cómo pagar cumplidamente sus favores. Consultándolo con su hijo, le preguntó: «¿Qué podemos dar á este santo hombre que vino contigo?» A lo que respondió el mancebo: «Padre, ¿qué cosa podrá corresponder á sus beneficios? El me ha llevado y traído sano; él me libró de que me tragase el pez; cobró el dinero de Gabelo; me hizo tener esposa, regocijó á sus padres, y apartó de ella el demonio; y á tí te ha hecho que veas la luz, y por medio de él hemos sido llenos de todas las alegrías. En vista de esto, ¿qué le podremos dar que sea correspondiente? Mas pidote, padre mío, que le ruegues, si por ventura se dignará de tomar para sí la mitad de todo lo que se ha traído». Pareció bien al anciano esta idea; y reuniéndose padre é hijo en lugar apartado con su misterioso huésped, comenzáronle á pedir con vivas súplicas que aceptara la mitad de su hacienda, puesto que desearan ambos hacerle dones más proporcionados á la gratitud de que siempre se le confesarían deudores. Pero fué imponderable su asombro cuando le oyeron responder á tales ofertas: «Benedicid al Dios del cielo, porque ha hecho con vosotros su misericordia, y alabadle delante de todos los vivientes; que, así como es justo conservar el secreto del rey, descubrir y ensalzar las cosas de Dios es obra honorífica. Manifiéstoos, pues, la verdad, y no os encubriré una cosa oculta.—Buena es, ¡oh Tobías! la oración con el ayuno, y mejor la limosna que tener guardados los tesoros del oro; por cuanto la limosna libra

de la muerte, y purga los pecados, y hace hallar misericordia y vida eterna. Cuando orabas con lágrimas, y dejabas tu comida, y escondias de día los muertos en tu albergue, y de noche los enterrabas, yo presenté tu oración al Señor; y porque le eras acepto, fué necesario que la tentación te probase. Y ahora me envió para curarte y para librar del demonio á Sara, mujer de tu hijo. Parecía, en verdad, que comía y bebía con vosotros; mas yo uso de un manjar invisible y de una bebida que no puede ser vista de hombres. ¡Porque soy el Angel Rafael, uno de los siete caudillos del ejército celestial, que asistimos delante del Señor!» Y al ver que sus oyentes se dejaban caer al suelo atónitos y despavoridos, sosególes diciendo: «¡Paz sea con vosotros, y no temáis! Tiempo es de que vuelva á Aquel que me envió; mas vosotros bendecid al Altísimo y contad todas sus maravillas»; con lo que desapareció de su presencia.

Tres horas permanecieron aquellos piadosos varones de rodillas y con el rostro en tierra, dando gracias al Sumo Hacedor, adorando su poder y bendiciendo su gran misericordia. Desde entonces se prolongó con gozo y adelantamiento en el temor de Dios la existencia del santo Tobias por espacio de cuarenta y dos años, durante los cuales vió propagarse su descendencia de generación en generación; hasta que, sintiéndose próximo á morir, convocó á todos los suyos en torno de su lecho, y les habló de esta manera: «Cercana está la destrucción de Ninive, porque

la palabra del Señor no puede faltar; disperso se verá Israel y la casa del Señor será quemada. Pero llegará día en que las gentes dejarán sus ídolos, y elegirán á Jerusalén por residencia, y se gozarán en ella todos los reyes de la tierra, adorando al Rey de Israel (1). Oíd, pues, hijos míos, á vuestro padre; servid al Señor en verdad, é indagad lo que sea de su agrado; y encargad á vuestros hijos que hagan obras de justicia y limosnas; que en todo tiempo tengan á Dios presente y le bendigan. Y el día que hubiéreis enterrado á vuestra madre junto á mí en un sepulcro, ese mismo día encaminad vuestros pasos para salir de Ninive; porque veo que su iniquidad dará fin al pueblo asirio». Cumpliendo fielmente Tobías el mozo estos preceptos, pasó con su familia á Rages, donde vivió largos años y vió reproducirse hasta la quinta generación los hijos de sus hijos, á quienes dejó por fin, como preciosa herencia, el ejemplo de las santas obras con que se habia hecho agradable á Dios y á los habitantes de su comarca.

IV. Con más vivos colores y rasgos más enérgicos pintaba por aquellos mismos días otro varón de Galilea, llamado Nahum, la futura suerte del imperio asirio, que desde los tiempos de Jonás habia vuelto á encenagarse en sus antiguas abominaciones. Poseido de profética inspiración,

(1) Profetizase aquí la vocación de los gentiles, que adoraron por su Dios y por Rey de Israel á aquel á quien los judíos no querían reconocer como tal en el tiempo varicinado para la venida del Mesías.

refería el castigo de la soberbia Ninive y el triunfo de la Omnipotencia, en estas aterradoras frases:

«¡Ay de tí, ciudad sanguinaria, llena toda de mentira, y de estrago, y de rapiña! ¡Subió el que estrechará tu cerco! ¡Reconoce el camino, refuerza tu gente, fortifica mucho tu valor! ¡Voz de azote oigo, y voz de ímpetu de rueda, y de caballería que relincha, y de carro encendido que avanza! ¡Y veo espada reluciente, y lanza relumbrante, y muchedumbre de muertos; no tienen fin los cadáveres, y caerán unos sobre otros!

»¡El Señor es paciente y de gran poder; celador y vengador; aguanta y se arma de saña, y confunde á sus adversarios. En el torbellino y la tempestad son sus senderos, y en las nubes de polvo que levantan sus escuadrones; se estremece la tierra al verle; amenaza al mar, y le seca; ante la faz de su indignación, ¿quién subsistirá? ¡Héme aquí contra tí! dice el Señor Dios de los ejércitos: ¡haré caer sobre tí tus abominaciones, y te cubriré de afrentas, y te pondré por escarmiento! Diré á tus contrarios: ¡Robad la plata! ¡Robad el oro! ¡Destruid sus riquezas sin número y todo género de alhajas apreciables!...

»Como fuego se derramó su indignación; hendiéronse las piedras; quebrantada y deshecha fué Ninive, y el templo derribado hasta el suelo; y quedó cautivo el soldado, y sus mujeres iban a servidumbre, gimiendo como palomas y batiendo sus pechos. ¿Qué ha sido de tí, cueva henchida de presa, guarida de robos, que para sus cachorros tomaba el león, y mataba para sus leonas?

¿Dónde está la morada de leones y el pasto de sus hijuelos, á cuyo reposó nadie ponía espanto? ¡Corazón desmayado, descoyuntamiento de rodillas, y desfallecimiento de todos los riñones, y tristes las caras de ellos, como la negrura del humo! ¡Mira que tu pueblo es como de mujeres en medio de ti; las puertas de tu tierra se abrirán patentes, y devorará el fuego tus cerrojos! ¡Y encenderé hasta en humo tus carros, y espada comerá tus leoncillos, y arrancaré de la tierra tu presa, y no será más oída la voz de tus mensajeros! Y acaecerá; todo el que te viere se retirará de ti diciendo: ¡Ninive ha sido assolada! ¿Mas quién moverá la cabeza sobre ti? ¿De dónde te buscaré un consolador? Cuantos oyeron tu fama batiran las manos en señal de júbilo; porque ¿sobre quién no pasó siempre tu malicia?»

Fueron estas tremendas palabras el último esfuerzo de la Clemencia Divina, para lograr que se arrepintiese aquella ciudad criminal. Desoidas también ahora sus amenazas, y pasados cien años desde la predicción de Nahum (á quien se cuenta por el séptimo de los Profetas menores), permitió el Señor que Astiages, hijo de Ciaraxea, rey de los medos, auxiliado por el babilonio Nabopolasar, tomase por asedio á Ninive y la arrasara hasta sus cimientos; desde cuya catástrofe dejó de existir para siempre la monarquía asiria.

CAPÍTULO VI

EL PROFETA JEREMÍAS. — JUDITH. — CONQUISTA DE
JUDÁ.

I. *Ecequias, décimo-tercio rey de Judá.—Pelea contra Sennaquerib.—Enferma y sana milagrosamente.—Jerusalén salvada.* (Años del mundo, 3272 á 3291; ántes de J. C., 727 á 713.)—II. *Manasés, décimo-cuarto rey de Judá.—Sitio de Bethulia.—Judith* (Año del mundo, 3306; ántes de J. C., 698)—III. *Amón, sucesor de Manasés.—Josías, décimo-sexto rey de Judá.—Restablece el Templo y lee al pueblo el libro de la Ley.—Empieza á profetizar Jeremías.—Su discípulo Baruc.—Habacuc y Sofonías, octavo y noveno Profetas menores.* (Años del mundo, 3364 á 3394; ántes de J. C., 610.)—IV. *Joaquaz y Joakin, décimo-sétimo y décimo-octavo reyes de Judá.—Predicciones de Jeremías.—Joaquin y Jeconías, décimo-nono rey de Judá.—Sucédele Sedectias.—Cautividad de los judíos* (Años del mundo, 3416 á 2396; ántes de J. C., 610 á 588.)

I. Mientras, en castigo de su impenitencia, sucumbía Samaria con horrible estrago y quedaban cautivas las diez tribus de Israel, levantaba á Judá de su postración el buen rey Ecequias, recobrando gran parte de las plazas ganadas á su padre Acáz por los filisteos. Méenos venturoso contra los asirios, á quienes negó el pago de un tributo, vió oprimidas sus tropas por el poder de Sennaquerib, y tuvo que apelar al doloroso arbitrio de extraer del Templo alhajas de extraordinario valor, por falta de otros recursos con que contentar la codicia de sus vencedores.

El Cielo, que á semejante prueba sometía la fortaleza de aquel príncipe, quiso al mismo tiempo aquilatar su piedad, riendiéndole á una peligrosa dolencia y ordenando al Profeta Isaías que le anunciase como próxima su muerte. Correspondió el virtuoso monarca en trance tan crítico á lo que de su santa vida debía esperarse; pues, volviendo el rostro hacia la pared para mayor recogimiento, y considerando que no dejaba prole en quien se cumpliesen las esperanzas de la casa de David, fundadas en divinas y explícitas promesas, imploró, deshecho en llanto, la soberana misericordia, con estas palabras: «¡Acuérdate, Señor, te suplico, de cómo he andado delante de ti en verdad, y con un corazón perfecto, y que he tratado de hacer lo que es agradable en tus ojos!» Obtuvo su profunda fe inmediato y proporcionado premio; porque aún estaba Isaías en el átrio de la Casa real cuando oyó nuevamente la voz del Altísimo, que le hablaba así: «Vuelve, y dí á Ecequías, caudillo de mi pueblo: Esto dice el Señor, Dios de David, tu padre: He oído tu oración, y he visto tus lágrimas, y te he sanado. De aquí á tres días subirás al Templo del Señor, y añadiré á tu vida quince años; y en ellos te libraré de la mano del rey de los asirios, y ampararé á esta ciudad por amor de mí y por amor de David, mi siervo». Vacilando Ecequías en acoger tan fausta nueva, aunque movido de humildad y no de sacrílega desconfianza, dijo al Profeta: «¿Cuál es la señal de que el Señor me sanará y que tan pronto he de subir al Templo?»

pregunta á que satisfizo Isaías con esta otra: «¿Quieres que suba ahora la sombra de los objetos diez grados más arriba, ó que retroceda otros tantos?» Y como eligiese el rey lo segundo, vió con asombro en la pared frontera, donde se conservaba un reloj de sol desde los tiempos de Acáz, moverse gradualmente la línea sobre él proyectada, y retirarse por la parte del arco que había ya recorrido. Tres días después aparecieron justificados tales pronósticos, recobrando el rey la salud y tributando en el Templo de Salomón rendidas acciones de gracias al dispensador de aquel insigne beneficio.

Lisongeado Sennaquerib con la esperanza de destruir el reino de Judá é igualar con los de Israel á sus moradores, ocupó aquel territorio años adelante, cercando á Jerusalén al frente de huestes formidables y recién aguerridas en una expedición contra Egipto; mas no faltó en tanto apuro al monarca hebreo la omnipotente protección que le había prometido Isaías; el cual, yendo otra vez á buscarle, acabó de robustecer su piadosa confianza en Dios con estas palabras: «No entrará en la ciudad el rey de los asirios, ni tirará flechas contra sus defensores, ni la resistirá escudo, ni la oprimirá trinchera. Por el camino que trajo se volverá el contrario, y no entrará en esta ciudad, dice el Señor». Y acaeció, en efecto, aquella misma noche, ántes de formalizarse el asedio, que descendiendo un ángel al campamento de Sennaquerib, le mató ochenta y cinco mil hombres; de lo que, espantado el rey asirio,

se retiró precipitadamente á Ninive. Con tal motivo cundió de tierra en tierra la fama del santo rey Ecequías, cuya prosperidad siguió en aumento hasta el año vigésimo-nono de su reinado, en que pasó de este mundo, dejando el cetro á su hijo Manassés.

II. Sanguinario, impío, rodeado de ministros detestables y enemigo mortal de los Profetas, que pugnaban en vano por reducirle á mejor consejo, formó Manassés triste contraste con su antecesor, llegando al extremo de restablecer los idolos y dar muerte cruel á Isaías, á quien mandó aserrar por la cintura; pero, entregado después al poder de Assar-Habdón, rey de Asiria, adoró la Justicia eterna, y, arrepentido de sus crímenes, mereció con ásperas penitencias y fervientes oraciones tornar á Jerusalén y ganar desde el trono tanta fama por su piedad, como ántes por sus sacrílegos desmanes.

Heredando á Assar-Habdón su hijo Saosduquín, más conocido por Nabucodonosor, nombre á que dió luego fama universal otro príncipe de Babilonia, ardió en insensata ambición de reducir el orbe entero á su obediencia; y, señoreado ya de muchos pueblos, movió contra Judá un ejército de ciento veinte mil infantes y veintidos mil caballos, que, al mando de Holofernes, pusieron sitio á la ciudad de Bethulia. Oculta esta población entre las montañas de Galilea, y fortificada á porfía por la naturaleza y el arte, resistió tenazmente el impetu enemigo, á pesar de la inferioridad numérica de sus defensores; pero la

contienda, que en el terreno de las armas se mantenía dudosa, quedó luego desequilibrada por la industria del sitiador, quien, cortando los caños que abastecían de agua la ciudad, logró que, amotinados los habitantes, en la alternativa de rendirse ó morir, resolviesen entregar la plaza si, ántes de rayar la quinta aurora, no llegaban socorros.

Vivía á la sazón en Bethulia una viuda nombrada Judith, famosa por su hermosura y riquezas, y más ilustre aún por la virtud con que, encontrándose sola en años juveniles, había renunciado á humanas esperanzas, trocando sus galas por un tosco ropaje, y consagrándose en casto retraimiento á prácticas continuas de devoción y austeras privaciones. Conturbóse el alma de esta noble mujer con la noticia del acuerdo adoptado; y, resuelta á poner en peligro su propia existencia á trueque de impedir la inminente ruina del pueblo hebreo, después de preguntar á sus compatriotas «¿Quiénes eran ellos para fijar plazos á la misericordia de Dios, y á su albedrío señalarle día?» dijoles que aún restaban trazas con que postrar la soberbia del bárbaro invasor; y á fin de hacerlo por sí misma, les encargó que, ayunando y orando, implorasen el favor del cielo. Así lo cumplieron todos, juntamente con la gallarda joven; la cual, depuestas luego las vestiduras de su viudez, ornada de exquisitas telas y alhajas deslumbradoras, y sin más comitiva que una sierva, pasó de noche las puertas de Bethulia, entre las bendiciones y tiernas despedidas

con que procuraban los caudillos y ancianos alentarla á la ejecución de su misterioso intento. Comenzaba á clarear la mañana cuando llegó á las avanzadas asirias; y, sorprendida allí, conforme á sus deseos, por alguna gente de guerra, más tardó en verse delante de Holofernes, que en rendir la voluntad del feroz soldado al poder de su belleza, realzada entonces por merced divina con nuevas y maravillosas perfecciones. Manifestó haber salido de la ciudad por sustraerse á su próximo exterminio; pintó el grave conflicto en que los hebreos se hallaban, y, con todo eso, confesó su fe en el verdadero Dios; y prendando al capitán asirio con su discreción, como ántes con su hermosura, vióse por él instada á residir en el campamento, y facultada para recorrerlo libremente; únicos favores que aceptó entre los muchos con que al propio tiempo la brindaba la insensata ceguedad de su adversario.

Mas pasaron tres días en piadosas prevenciones, y próximo ya á alborear el que debía traer consigo la rendición de Bethulia, llegaron á la hermosa viuda nuevas ofertas de Holofernes, el cual no solamente la rogaba que asistiese aquella tarde á su mesa, sino también que morase en su compañía. Armándose ella de casta fortaleza, y atenta sólo á la necesidad común, determinó comparecer en presencia del enemigo de su pueblo, á quien halló celebrando opíparo festin con los capitanes de las huestes; hasta que, al cerrar la noche, vióle caer al suelo, víctima de vergonzosa embriaguez, á que se siguió acomodarle en

su lecho los criados y dejar á Judith sola en la tienda con su leal esclava. Puesta entonces de pié junto á Holofernes la noble israelita , animábase á consumir su propósito con varoniles pensamientos; y, bañada en lágrimas , movía silenciosamente los labios , diciendo dentro de sí: « ¡ Dame esfuerzo, Señor Dios de Israel, y mira en esta hora á las obras de mis manos , para que ponga yo en ejecución lo que he pensado poder hacer por Tí, y ensalces á tu ciudad de Jerusalén como lo has prometido! » Concluida su plegaria, empuñó con brios mayores que de mujer el afilado alfanje que de un pilar pendia á la cabecera del lecho ; asió por los cabellos al bárbaro opresor de Israel , y gritando : « ¡ Señor Dios , dame aliento en esta hora ! » segó su cerviz de dos mortales golpes. Luego recogió la ensangrentada cabeza y la entregó á su esclava , con orden de llevarla consigo en un saco de lienzo ; y hecho así , pasaron por entre las tiendas enemigas sin encontrar obstáculo, por ser la hora en que acostumbraban salir otras noches á orar, y torciendo por un valle vecino , llegaron libres al muro de Bethulia.

A las voces que daban ambas fugitivas , no tardaron en responder algunos guardas, y en pos de ellos acudieron al postigo con antorchas todos los ancianos y caudillos de la ciudad , que sin cerciorarse por sus propios ojos, no acertaban á creer la maravillosa vuelta de Judith; colocada la cual en lugar eminente , refirió á sus conciudadanos lo acaecido, y les alentó á lograr los frutos

del favor de Dios y de su atrevida hazaña , cogiendo la cabeza de Holofernes por la parte exterior de los muros , y tomando las armas en cuanto rayase el día. Logróse de esta suerte la completa libertad de Bethulia ; porque lo súbito de la acometida ; lo asombroso de tal agresión , en hombres poco ántes descorazonados ; la falta de general ; el horror de hallarle muerto , y el sobresalto y la vergüenza de ver su cabeza hecha trofeo de manos enemigas , introdujeron tanto desconcierto en los asirios , que , olvidada la inmensa superioridad de sus fuerzas , sólo pensaron en tomar por remedio la fuga. Bajando , pues , la cabeza sin hablarse , y abandonándolo todo , huyeron despavoridos por los campos , ó se encaramaron por las cumbres ; en tanto que , juntos los israelitas en un sólo cuerpo , al son de sus trompetas y con grande algazara , corrian detrás y acababan al filo de cuchilla con los rezagados. Ayudó á esta obra la insurrección general de la comarca ; de suerte que fué horrible el degüello é incalculable la presa ; cayendo en poder de Israel acémilas , rebaños , armas , vestidos , tiendas , joyas , y , finalmente , todo cuanto se encerraba en el campamento de sus soberbios invasores.

Con gran séquito de ancianos pasó á Bethulia desde la Ciudad Santa el Sumo Sacerdote Eliakin , en busca de la esforzada joven , que , devuelta ya su libertad á los hebreos , había tornado á recogerse en austero retiro , donde permaneció hasta el fin de su vida ; y habiéndola saludado con estas palabras : «Tú eres la gloria de Jerusa-

lén, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo, por cuanto te has portado varonilmente, y tu corazón amó la castidad; por lo que te ha confortado la mano del Señor, y serás bendita para siempre»; gritaron todos á una voz: «Así sea, así sea». Y Judith contestó diciendo:

«¡Cantemos himno al Señor! ¡Himno nuevo cantemos á nuestro Dios! ¡Comenzad á loar al Señor con panderos! ¡Cantad al Señor con címbalos! ¡Entonadle un nuevo salmo! ¡Ensalzad é invocad su nombre!

»Vino el asirio de las partes del Aquilón con la muchedumbre de sus fuerzas, cuya muchedumbre cerró los arroyos y sus caballos cubrieron los valles. ¡Dijo que quemaría mis términos y que pasaría á cuchillo mis jóvenes; que daría en presa mis niños, y mis doncellas en cautiverio! ¡Y aullaron de gozo sus campamentos, cuando mis humildes yacían secos de sed; y á los soldados, hijos de madres jóvenes, traspasaron delante de mi Dios en la batalla! Mas el Señor Todopoderoso trastornó al poderoso entre ellos; y no por manos de mancebo fué derribado, ni le hirió generación de gigantes; sino que cayó en manos de una hembra, que lo mató. ¡Sus sandalias le arrebataron sus ojos; su hermosura cautivó su alma; cortóle á cercén con un puñal la cerviz!

»¡Adonai, grande eres tú, y muy esclarecido en tu poder! ¡Sirvate toda criatura tuya, porque dijiste y fueron hechas; los montes con las aguas se moverán desde los cimientos, y las piedras se

derretirán como cera ante tu faz ; mas aquellos que te temen , grandes serán delante de ti en todas las cosas ! ; Ay de la gente que se levante contra mi linaje ; porque el Señor Todopoderoso ejercerá en ellos la venganza , y los visitará en el día del juicio , y enviará gusanos y fuego sobre sus carnes , para que sean abrasados y padezcan eternamente!» (1).

III. Diez y ocho años después de la salvación de Bethulia , á los sesenta y siete de edad , y en el quincuagésimo-quinto de su gobierno , dejó Manassés el trono á su hijo Amón , que le ocupó dos años solamente , habiendo imitado en las culpas , y no en la penitencia , á su antecesor , y pereciendo á manos de sus familiares. Mas el pueblo castigó este crimen con la muerte de sus autores , y entregó el cetro á Josias , príncipe á quien tocaba la sucesión real , y que á la sazón no contaba más de ocho años.

En pago de tanta lealtad , y en justa corres-

(1) El triunfo de Judith , dotada de extraordinario esfuerzo en premio de su castidad , es una viva imagen de las victorias que podemos alcanzar sobre las potencias infernales , que nos combaten ; imagen material , porque tenía que ser proporcionada á la grosera inteligencia de los judíos. San Jerónimo propone á aquella valentísima heroína como una excelente figura de la Iglesia de Jesucristo ; ya por su hermosura , virtudes y riquezas ; ya por la abundancia de mercedes que la dispensó el Cielo ; ya , en fin , porque la divina Esposa de Jesucristo existe también á manera de viuda , privada de la presencia sensible de su Esposo ; aunque alentada por su comunicación invisible , vive en fe y en caridad , y pelea y triunfa contra todos sus enemigos.

pondencia á lo que de él exigía su sagrada investidura, hizo el nuevo monarca, luego que llegó á edad de razón, perseverantes esfuerzos para labrar la ventura de sus súbditos; y hubiera ciertamente apartado de Judá las calamidades tantas veces previstas por los Profetas, á poderse remediar con el ejemplo de un solo hombre la honda corrupción que por entonces contaminaba ya todos los miembros del Estado. Porque no contento aquel celoso principe con purificar el Templo del Señor, y borrar las huellas que en su propio palacio había dejado la impiedad de sus ascendientes, redujo á polvo en toda la extensión de su imperio los altares erigidos á honra de los idolos; destruyó los enseres de su culto; incendió las selvas que le estaban consagradas y los huesos de sus adoradores; castigó con muerte á los sacerdotes de Baal, del Sol y de la Luna; exterminó los arúspices; y habiendo restablecido la adoración del verdadero Dios hasta en el territorio de las tribus que en Ninive gemian cautivas, leyó por sí mismo, á presencia de los ancianos y el pueblo, el libro de la Ley, y celebró la Pascua con solemnidad desusada.

Pero aquellos mismos que habían coadyuvado á las abominaciones de Manassés, para nada tomaron en cuenta su arrepentimiento (funesta expiación, que suelen padecer los principes); y el celo que mostraban ahora por el culto exterior, y que en Josias dimanaba de piedad sincera, no pasaba de ser en los hebreos una disposición superficial y cambiadiza, como cosa que no tenía la

virtud por fundamento. Acercábanse, por tanto, las desventuras vaticinadas á aquel pueblo empedernido; desventuras que comenzaron con la imprevista muerte del monarca, á los treinta y un años de reinado. Porque sabiendo Josias que el rey de Egipto, Faraón Neco, marchaba hacia el Eufrates en hostil alarde contra Nabopolassar, monarca babilonio, y recelando que meditara invadir por sorpresa á Judá, desobedeció por primera vez los preceptos de Dios, y osó salir á batalla. Rotas sus huestes con espantoso estrago, y herido él mismo en la refriega, murió al querer acegerse á Jerusalén, donde le dieron sus súbditos piadosa sepultura. Sintieron todos profundamente su pérdida, y la lloró Jeremias, hijo de Helcias, que había comenzado diez y ocho años ántes la serie de sus predicciones.

Además de este célebre israelita, y de su discípulo Baruc, descubrian por entonces los arcanos de lo porvenir Habacuc y Sofonias, octavo y noveno Profetas menores. Predijo Habacuc la cautividad de sus compatriotas, la ruina de Babilonia, la redención del pueblo hebreo por medio de Ciro, y la del linaje humano por nuestro Divino Salvador; completando sus vaticinios con una misteriosa plegaria dotada de tal sublimidad, que justamente se cuenta entre los documentos más admirables que contienen los sagrados libros (1). En iguales asuntos se ejercitó la inspi-

(1) Quisiéramos reproducir alguna parte de la *Ora-
ción del Profeta Habacuc por las ignorancias*; pero ahora,
como en otras ocasiones, nos obliga á desistir de tal idea

ración de Sofonias , el cual pintó la destrucción de los filisteos , moabitas , egipcios , ammonitas , etiopes y asirios , como preludio de los celestiales consuelos que había de recibir Jerusalén cuando tornara á ser con ella el Altísimo , acordándose del amor que la tuvo , y dándola ocasión á nuevos himnos de triunfo y de agradecimiento.

IV. Al reinado de Josías siguió el de su hijo segundo , Joacaz , que , levantado á la potestad suprema en brazos de la muchedumbre , ejerció por espacio de tres meses su despótico dominio , hasta que al regresar de la guerra Faraón Neco , le derribó del solio , reduciéndole á cautiverio , y puso en lugar suyo á Eliacin , que era el heredero legítimo. Nada ganó la nación en semejante trueque ; pues el nuevo rey , que entre los de Judá se distinguió con el nombre de Joakin , adoptado por él en obediencia á la caprichosa voluntad del monarca egipcio , igualó la impiedad de su vencido hermano , y continuó la serie de sus yerros y de sus crímenes , desoyendo la voz de muchos várones venerables , y señaladamente los avisos , consejos y amenazas del ilustre Jeremias.

Oriundo éste de raza sacerdotal , y nacido en Anathoh , pueblo de la tribu de Benjamín , poco distante de Jerusalén , solamente contaba diez y seis años cuando por vez primera resonaron en su oído las palabras del Omnipotente , que le de-

la consideración de que sería forzoso facilitar la inteligencia del texto con largas notas y paráfrasis ; cosa que por ningún concepto cuadra á la presente obra.

cía: «Antes que te formara en el vientre , te conocí; y ántes que salieras á luz, te santifiqué y te puse por Profeta entre las naciones». Y como procurase el mancebo , intimidado por su corta edad , apartar de sí tan espinoso encargo , tocó sus labios el Sumo Hacedor, y repuso: «Mira que Yo he colocado mis palabras en tu boca. He aquí que te he establecido hoy sobre las naciones y sobre los reinos , para que arranques y destruyas, y desperdicies y disipes, y edifiques y plantes. Tú, pues, ciñe tus lomos, y levántate y diles todas las cosas que te mando No temas , porque hoy te he puesto por ciudad fortificada, y por columna de hierro , y por muro de bronce sobre toda la tierra , para los reyes de Judá , para sus príncipes y sacerdotes, y para todo el pueblo; y guerrearán contra ti, mas no prevalecerán; porque Yo estoy contigo , dice el Señor , para librarte».

Rindiéndose, pues, Jeremias al soberano mandamiento, comenzó á profetizar durante el reinado de Josías, y desde el de Joakín luchó con peligros incesantes al cumplir los deberes de su terrible ministerio. Era Jerusalén por aquellos días teatro de las más repugnantes abominaciones, como si de golpe hubiesen retoñado en Judá los gérmenes de corrupción, á cuyo influjo había sucumbido cien años ántes el reino de Israel. Víctimas de igual ceguedad reyes y súbditos, ora desoían con desprecio , ora castigaban con ira al celoso levita, que, recorriendo palacios, templos y calles , sin atender al resguardo de su persona,

reprendía enérgicamente á todos, exhortábales á penitencia y anunciaba una terrible catastrofe. Hallábase cercana, según decía, la hora de la justicia de Dios; la tierra prometida á Abraham y á Moisés debía caer bajo el dominio de fieros invasores; perecer incendiada Jerusalén; derrumbarse el templo; llorar los israelitas por espacio de setenta años su libertad perdida y su patria distante, desde la margen de los rios de Babilonia. Con tales pronósticos se interpolaban consuelos para lo porvenir, igualmente explicitos; promesas de emancipación; anuncios de la dura suerte que á los babilonios estaba reservada; mas sólo por la crueldad con que perseguia á Jeremias el pueblo, poniendo en continuo riesgo su existencia, podía conocerse que no era completamente sordo á uno y otros vaticinios.

Llegó el funesto instante, y aún entonces usó la Providencia de lentitud en la ejecución de sus decretos, aplicando á Judá el castigo en cuatro distintos plazos, como para conceder todavía tiempo á la enmienda y lugar á su misericordia.

Seiscientos seis años ántes de Jesucristo, y en el tercero del reinado de Joakin, fué vencido este príncipe por Nabucodonosor II (1), el cual

(1) Para inteligencia de la presente historia bastará indicar que, reunido el territorio de Babilonia al de Nínive por Assar-Haddon, monarca asirio, continuó así hasta el reinado de Chinaladan ó Sarac, en que lo invadió Astiages, hijo de Ciaraxes, rey de los medos. Para atender á su defensa, nombró Chinaladan general de sus

le llevó consigo á Babilonia , después de haberse apoderado de Jerusalen; suceso que dió principio á los setenta años de cautividad anunciados en las profecias.

Preservó Joakín su vida y recobró su corona haciéndose tributario del monarca vencedor; pero en breve demostró cuán insuficiente había sido aquel primer escarmiento; pues con desacordada cólera osó perseguir á Jeremias por sus piadosas tareas en bien de la nación , y arrojó públicamente al fuego el libro en que se encerraban sus predicciones. Cómplice el pueblo en tales desmanes, y extremándose en su rebeldia por la misma insistencia con que la vituperaba el santo varón de Anathoth, formó para asesinarle una horrible trama, de que, fiel á sus promesas, le sacó á salvo la protección del Cielo. Allegáronse á estos crímenes otros graves desbarros. Fiando Joakín en vanas palabras , determinó tomar partido por Egipto contra Asiria, como si el exceso de la iniquidad hubiese trastornado completamente su inteligencia ; rompiéronse las hostilidades , y no recibiendo Judá los socorros ofrecidos por la nación su aliada, hallóse en la imposibilidad de retroceder , y sin fuerzas para resistir sola la aco-

ejércitos á Nabopolassar; pero aviniéndose éste con Astiages, se revolvió contra su soberano, le destronó, arrasó á Nínive, cumpliendo la profecía de Nahúm , y se ciñó la corona. Desde entonces se trasladó á Babilonia la sede del imperio, el cual fué designado indistintamente con su antiguo nombre de Asiria ó con el de Caldea. De Nabopolassar fué hijo Nabueodonosor II.

metida de los caldeos. Nabucodonosor, atento á triunfar ante todo de la oposición más recia, acudió en persona á la frontera egipcia, y destacó en tanto, contra los hebreos, algunas partidas moabitas, caldeas, ammonitas y siriacas, que entretuviesen la guerra por aquella parte, talando la campiña y haciendo el mayor destrozo posible; pero, victorioso al fin en las márgenes del Nilo y del Eufrates, torció la vía hacia Judá con el grueso de sus tropas, y arrolló fácilmente cuanto se le opuso, hasta llegar á la capital del reino. Siguióse á su triunfo el sangriento suplicio de Joakin, cuyo cadáver fué arrojado por un adarve abajo, mientras la vencida ciudad lograba todavía salir ilesa de manos de sus enemigos; beneficio de que, á la verdad, no disfrutó largo tiempo. Porque alentada con ver que los asirios habían levantado sus reales, y presumiendo que aún podría ejercer actos de soberanía, dióse prisa á elegir por sucesor del rey difunto á su hijo Joaquín, nombrado también Jeconias; noticioso de lo cual el iracundo conquistador, presentóse tercera vez delante de Jerusalén, la entró á cuchillo, trocó en pesadas cadenas las insignias reales, no usadas más de tres meses por el nuevo soberano; incendió una parte de la ciudad, y hartó su codicia con las riquezas que la piedad de muchas generaciones había acumulado en el Templo.

Antes de retirarse proveyó Nabucodonosor al buen gobierno de Judá, confiriendo la corona á un príncipe de la sangre de Joakin, que tomó el

nombre de Sedecías. Mas ni por la desaparición de los asirios, ni por la impaciencia cada vez mayor con que le escuchaban los hebreos, desistió Jeremías de sus funestos pronósticos. «¡Me has seducido, Señor! (exclamaba, sintiéndose llevado por sobrenatural impulso á ejercer su ministerio); fuiste más fuerte que yo, y pudiste más; porque tiempo há que grito frecuentemente la destrucción, y fué para mí la palabra de Dios oprobio y befa todo día. Y dije: ¡No me acordaré de El, ni hablaré más en su nombre! ¡Y fué en mi corazón como fuego ardiente y encerrado en mis huesos, y desfallecí no pudiéndolo sufrir!» Hizole aquel irresistible impulso aparecer ante sus compatriotas, rendido en cuello á un yugo que sujetaban ásperas ligaduras, como símbolo de la suerte de Judá; y yendo en tal actitud, tropezó con cierto falso profeta llamado Henanías, el cual, arrancando de sus hombros el terrible emblema, y rompiéndolo, comenzó á gritar: «Esto dice el Señor: ¡Así quebraré el yugo de Nabucodonosor, rey de Babilonia, después de dos años, del cuello de todas las naciones!» A cuyos falaces y sacrilegos asertos contestó Jeremías: «Quebraste una coyunda de madera; mas en vez de ella harás cadenas de hierro. Yugo de hierro ha puesto Dios sobre el cuello de todas estas naciones para que sirvan á Nabucodonosor, rey de Babilonia, y le servirán. Y porque no te ha enviado el Cielo y has hecho á este pueblo confiar en una mentira, por tanto dice el Dios de Israel: He aquí que yo te despacharé de la tierra; este

año morirás»; amenaza que sólo tardó dos meses en surtir su efecto.

Desatóse por fin contra el venerable Profeta la saña popular, acrecida con este y otros sucesos semejantes; y cierta noche en que se encaminaba á su ciudad natal, prendieronle á las mismas puertas de Jerusalén algunos hombres, que le achacaron hallarse en criminal correspondencia con los enemigos del reino. Poco importaba que respondieran victoriosamente a tal acusación las palabras y la conducta de Jeremias. «¡Apercibios contra Babilonia (habia dicho), todos los que entesáis arco; conquistadla; no ahorréis las saetas, porque pecó contra el Señor! Espada contra los caldeos, dice el Señor, y contra los moradores de Babilonia; y contra los príncipes y sabios de ella; espada contra sus caballos, y contra sus carros, y contra todo el vulgo que está en medio de ella; espada contra sus tesoros, que serán saqueados! He aquí que viene un pueblo del Norte y una nación grande, y muchos reyes (1) se levantan de los términos de la tierra: la que moras sobre muchas aguas, rica en tesoros, tu fin ha llegado; tus ciudades han sido hechas desierto inhabitable; el mar subió sobre ti; cubierta estás de la muchedumbre de las olas. Tú me quebrantaste las gentes soberbias, y yo por tu medio quebranté naciones y destruí reinos; pues ¿cómo ahora ha sido quebrado y desmenuzado el marti-

(1) Ciro, Darío y los régulos tributarios que los acompañaron.

llo de toda la tierra? ¿Cómo ha sido mudada en un desierto Babilonia entre las gentes? ¡Te enlacé y fuiste presa, Babilonia, y no lo sabias; fuiste hallada y tomada, porque provocaste al Señor! Israel, rebaño descarriado, los leones lo echaron fuera; el rey de Assur lo comió el primero; este Nabucodonosor, rey de Babilonia, lo destruyó el postrero. Pero Israel y Judá no han enviudado de su Dios, el Señor de los ejércitos, y como hizo Babilonia que cayesen muertos en Israel, caerán de Babilonia muertos en toda la tierra!»

Mas, ¿qué vale la verdad, ni qué justificación cabe cuando pronuncian el fallo las alborotadas pasiones? Afligido con inhumanos golpes, á pesar de su manifiesta inocencia, permaneció Jeremías largo tiempo en hediondo calabozo; de donde le sacó luego el encono de sus perseguidores para trasladarle á una cisterna pantanosa; y allí, sumido en cieno hasta los hombros, continuó proclamando con indomable energia las palabras de Dios, y fiando en su protección soberana. El rey, consentidor de tanta iniquidad por la ruin flaqueza de su espíritu, pero temeroso al cabo de que pasaran sobrado adelante las resultas, sacó al santo hombre de su prisión, y llamándole en secreto á palacio, trató de hacerle reformar sus vaticinios. «En manos del rey de Babilonia serás entregado»; respondió severamente el Profeta. Suspenso Sedecias al ver su valor, ó intimidado por sus palabras, dióle más decorosa cárcel, y se encargó de proveer en lo sucesivo á su mantenimiento.

Cupo á aquel indigno príncipe la triste suerte de enlazar su nombre en la memoria de las gentes con la ruina del pueblo que gobernaba , cometiendo á deshora , lo mismo que Joakin , la insensatez de querer sustraerse á la dominación asiria. Nabucodonosor , agotado ya todo su sufrimiento , pasó por cuarta vez las fronteras , y puso á Jerusalem estrecho cerco. Dos años duró la resistencia de esta ciudad , harto conocedora del castigo que se la reservaba ; mas doblégose , por fin , al peso de su infortunio , y atestiguando entonces Jeremias su confianza en lo porvenir , compró un campo ocupado por los invasores , y depositó el contrato en lugar secreto para que pudiera tener eficacia en sazón oportuna.

Con la entrada de los caldeos dejó de existir Jerusalén , quedando reducidos á escombros el magnifico templo de Salomón , los muros de la ciudad , los edificios del rey y casi todos los particulares. Sedecias expió su inobediencia con el bárbaro tormento de asistir al degüello de sus hijos ; tras de lo cual le arrancó el vencedor los ojos , y cargado de grillos le envió á Babilonia. Murieron al filo de la espada todos los varones principales ; y de los perdonados por la guerra , el hambre y la peste , tan sólo se libraron de la expatriación y el cautiverio los plebeyos de notoria pobreza , á quienes se ordenó labrar la tierra , dándoles al intento viñas y heredades. Ocurrian estos sucesos á los trescientos ochenta y seis años de haberse dividido las tribus.

Así quedó satisfecha la justicia del Cielo , sin

destruimiento de las consoladoras esperanzas contenidas en aquella célebre promesa: «No será quitado de Judá el cetro, hasta que venga *el que ha de ser enviado*»; esperanzas que, lejos de desvanecerse, recibieron nueva fuerza de la puntualidad con que se realizaron las terribles predicciones de Jeremías. Porque ya hemos visto cuán empeñadamente cuidó este Profeta de asociar á sus anuncios de públicas calamidades la noticia de que tendrían término; de tal manera, que aun ántes de triunfar Nabucodonosor, sabían los hebreos que al cumplirse la sentencia impuesta á sus crímenes, Judá sería restaurada. El tiempo confirmó la exactitud de tales pronósticos; y aquellos mismos años de expatriación, á pesar de los cuales no dejó el pueblo cautivo de ser consolado por los Profetas, ni de ver reanudada la sucesión de sus príncipes, caracterizan con doble claridad el momento de la venida del Mesias; momento en que fué quitado el cetro á Judá y destruida otra vez Jerusalén, sin promesa de restauración, sin Profetas, sin reyes, sin consuelo ni esperanza alguna; y así ha llegado hasta hoy y continuará perpétuamente.

Libre ya de su encierro, acabó Jeremías de divulgar estas verdades, bajo la dominación caldea, cuyo rigor se amansó para con él, á punto de permitirle permanecer en su devastada patria; y al entonar sublimes *Lamentaciones*, sentado sobre las ruinas de la *ciudad de Dios*, de la *virgen de Judá*, de la *hija de Sión*, procuró mover á sincero arrepentimiento los corazones de los israel-

litas , quebrantados por el peso de sus cadenas , profetizando la venida del Redentor y la destrucción definitiva de Jerusalén , en pena de su horrendo deicidio. «Bueno es el Señor, decía, para los que esperan en El , para el alma que le busca; buena cosa es aguardar en silencio la salud de Dios , porque no desechará para siempre , y les dará su merecido según las obras de sus manos. El aliento de mi boca, el Cristo Señor, fué preso por mis pecados ; se sentará solitario y callará, porque lo llevó sobre sí; dará la mejilla al que le hiere; será harto de oprobios. ¿Cómo está por el suelo y solitaria la ciudad llena de pueblo? ¿Cómo se ha oscurecido el oro y han sido dispersas las piedras del Santuario en todas las plazas? Los hijos de Sión , inclitos y vestidos de oro muy fino, ¿cómo han sido reputados á la par de vasijas de tierra, obra de manos de alfarero? Justo es el Señor, porque provoqué á ira su rostro; pecado grande cometió Jerusalén : por eso ha sido hecha instable; quedado ha como viuda la señora de las naciones , y la princesa de las provincias se ha vuelto tributaria. ¿A quién te compararé, ó á quién te asemejaré? ¿A quién te igualaré para consolarte, oh virgen, hija de Sión? Porque grande es como el mar tu quebranto; ¿quién le remediará? Sentados en tierra , cubiertos de ceniza y ceñidos de cilicios , callaron los ancianos de la hija de Sión , y abatieron sus cabezas las virgenes de Jerusalén. Y se desvaneció mi vista con el llanto, cuando preguntaban los niños á punto de expirar : ¿Dónde está el trigo y el vino? cuando

desfallecían hambrientos y sedientos en las plazas, y exhalaban las almas en el seno de sus madres. Murieron en las calles los que solían comer deleitosamente; los que se criaban en la púrpura, revolcábanse en el establo. Quedó pegada á su paladar la lengua del niño de teta; ¡las manos de las mujeres compasivas cocieron sus hijos para que sirvieran de vianda!... ¡Mejor les fué á los muertos á espada que á los muertos de hambre! ¡Oh, vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor; porque acabada fui, como habló el Señor en el día de la saña» (1).

No mucho después perdió violentamente la vida el gobernador de Jerusalén á manos de una turba de sediciosos; y amenazados con sangrientas represalias los hebreos que aun permanecían en Judá, tuvieron que abandonar sus hogares para huir á donde no les alcanzaran las iras de Nabucodonosor. Acogiéronse, pues, á Egipto con Jeremías y Baruc, de cuyas posteriores vicisitudes no dan cuenta los sagrados libros; siendo por lo tanto de presumir que falleciesen ambos fuera de su tierra natal.

(1) Todos los hechos anunciados en esta profecía tuvieron puntual cumplimiento al acaecer la destrucción de Jerusalén en tiempo de Vespasiano.

CAPÍTULO VII

PROFETÍZASE EL AÑO DEL NACIMIENTO DE CRISTO.
 — CAUTIVIDAD DE BABILONIA. — LOS PROFETAS
 EZEQUIEL Y DANIEL.

- I. *El Profeta Ezequiel* (Año del mundo, 3397 á 2431; ántes de J. C., 595 á 573.)—II *Daniel* —*La casta Susana*. —III. *Explica Daniel los sueños de Nabucodonosor*. — *Horno de los tres mancebos*. (Años del mundo, 3401 á 3417; ántes de J. C., 603 á 587.)—IV *Idolo de Bel*. — *Daniel en el lago de los leones* —V. *Cena de Baltasar*. — *Vuelve Daniel al lago de los leones*. — *Profecía de las setenta semanas*. (Años del mundo, 3466 y 3467; ántes de J. C., 538 y 537.)—VI. *Ciro*. — *Fin de la cautividad*. *Reedificación del templo*. — *Aggeo*. — *Zacarías*. (Años del mundo, 3468 á 3488; ántes de J. C., 536 á 516)

I. Cuando más sobresaltado Sedecias y más embravecida la muchedumbre de sus vasallos, castigaban con cárceles, cadenas y crueles tormentos al varón piadoso que osaba pregonar por las calles de Jerusalén los indeclinables decretos de la Providencia, respondia á tales actos de despecho, desde las márgenes del Eufrates, otra voz no menos tremenda que la del Profeta de Anathoth, exclamando: « ¡El fin llega! ¡Llega el fin! ¡Espada por afuera, y por adentro peste y hambre! El caudillo que está en medio de Jerusalén, en oscuridad saldrá; y lo conducirán á Babilonia, á la tierra de los caldeos; y *no la verá, y en ella ha de morir*. Y desolada será la tierra de la muchedumbre de los que moran en Jerusa-

lén. Cercano se halla el día de la matanza; héle aquí; he aquí que viene; porque la tierra está llena de juicios de sangre, y la ciudad llena de maldad!»

Quien tan explícitamente y á tan larga distancia confirmaba los vaticinios de Jeremias ántes de que el suceso mostrase patente á todos su certeza era Ezequiel, hebreo de linaje sacerdotal, que, mozo aún, había pasado cautivo con el rey Joaquín á Babilonia, obteniendo en recompensa de sus virtudes extraordinarios testimonios del favor divino. Frisaba con los treinta años de edad cuando se sintió repentinamente animado de espíritu profético, asistiendo á aquella célebre y misteriosa aparición de la gloria de Dios, por él referida del siguiente modo:

«Miré, y he aquí que venia del Aquilón un viento de torbellino, y una grande nube, y un fuego resplandeciente, que en ella se arremolinaba, saliendo y entrando; y en su seno vi la figura de cuatro animales, que entendí ser querubines.

»Y el aspecto de ellos era éste. De hombres tenían la semejanza, mas con cuatro caras y cuatro alas cada uno; porque tenían cara de hombre, y cara de león á la derecha, y cara de buey á la izquierda, y cara de águila en lo alto; todas miraban arriba. Sus piernas eran derechas, y la planta del pié de ellos, como planta de pié de buey; pero centelleaban como cobre encendidísimo. Y había manos de hombres á los cuatro lados debajo de sus alas. Dos alas estaban extendidas y dos alas cubrían los cuerpos de ellos. Y

cuando andaban no se volvían , sino que cada uno andaba, su cara de hombre adelante. Y el aspecto de ellos como carbones de fuego ardientes, y como aspecto de hachas encendidas. Donde era el ímpetu de espíritu , allá iban. E iban y volvían , á semejanza del relámpago resplandeciente.

»Y cuando yo miraba á los querubines , he aquí cuatro ruedas de espantosa altura, una rueda junto á un querubín y otra rueda junto á un querubín; las cuales tenían cuatro costados, como si estuviera una rueda cruzada con otra rueda. Su materia como del color del mar ; y el cuerpo de ellos, y las gargantas, y las manos , y las alas, y los cercos de las ruedas estaban llenos de ojos todo en contorno. Iban constantemente por sus cuatro lados, y cuando andaban los animales, andaban también ; y cuando los animales alzaban sus alas para remontarse , no se quedaban las ruedas, sino que se alzaban juntamente. Iban las ruedas , andando los querubines , y se paraban, parados ellos; porque las daba impulso el espíritu de vida.

»Y sobre las cabezas de los querubines vi una semejanza del firmamento , como cristal de pasmosa hermosura , y debajo del firmamento las alas de ellos derechas. Oía yo el sonido de las alas como sonido de muchas aguas, y de muchedumbre, y de ejército acampado, y de trueno del alto Dios ; pero cuando se formaba voz sobre el firmamento, se paraban y abatían sus alas. Y sobre el firmamento , que estaba sobre sus cabe-

zas, había una semejanza de trono, como aspecto de piedra de zafiro; y encima de la semejanza de trono había una semejanza como aspecto de hombre. Del rostro á la cintura parecía el cuerpo de éste de electro inflamado y de apacible y suavísima luz; mas el resto resplandecía como puro fuego. Como el aspecto del arco, cuando se halla en una nube en día de lluvia, tal era el aspecto del resplandor á la redonda.

»Esta fué la visión de la semejanza de la gloria de Dios» (1).

Desde entonces se consagró Ezequiel á sus

(1) El viento y la nube de la parte del Aquilón significan las calamidades que amenazaban á Jerusalén. El fuego que se arremolina, la ira de Dios. El espíritu de vida, moviendo las cuatro ruedas, simboliza la Providencia, así como los cuatro animales y sus caras; porque Dios atiende con igualdad á todas partes. Tienen cuatro caras los querubines, porque esta divina Providencia es suave y amable, como hombre; fuerte, como león; veloz y de vista aguda, como águila; sufrida y de mucha espera, como buey. Las alas extendidas denotan la prontitud con que se cumplen los soberanos decretos, y las que cubren el cuerpo indican que son muchos los arcanos divinos que no nos es dado comprender. La rueda metida en medio de otra representa la conexión que entre sí tienen todas las cosas criadas. La suavidad del fluido eléctrico figura la amorosa bondad de Dios, y el ardor del fuego su formidable justicia. Estas son las explicaciones que hemos juzgado absolutamente indispensables para fijar la inteligencia de la famosa visión de Ezequiel. Aparecióse el Señor bajo la imagen de hombre, por tener dispuesto que tomase igual forma el Verbo increado en su adorable Encarnación; y hay expositores que aseguran haber sido la misma persona del Verbo divino la que se presentó al Profeta en esta aparición llena de misterios.

árduos deberes, invirtiendo veinte y dos años en reprender los vicios y sostener las abatidas esperanzas, ora de los hebreos reducidos á servidumbre con Joaquin, ora de los que, vencido ya Sedecias y arrasada su capital, se vieron trasladados á Babilonia, á Ninive y aun al imperio pérsico. Inculcó en el espíritu de todos los preceptos de Dios; comunicóles sus augustos oráculos; luchó, á semejanza de Jeremías, contra los pseudo-profetas, que, tanto en Babilonia como en Jerusalén, descarriaban al vulgo con pérfidas palabras; y alcanzando á ver milagrosamente, desde su apartada vivienda, hasta las orillas del Jordán, descubrió los vergonzosos desórdenes á que se entregaban dentro de sus hogares los israelitas salvos de la expatriación común. Y aunque aquellos degenerados restos del pueblo de David, tan sordos á las persuasiones como á las amenazas, perseveraban en su dureza, nunca dejó el varón de Dios de predecirles el triunfo de la virtud; ni se cansó de anunciarles el aniquilamiento de sus enemigos, la restauración de Jerusalén, la reedificación del Templo, y, finalmente, la venida de un soberano Redentor, *Pastor único* que había de encerrar las ovejas en un solo redil, y erigir para siempre su tienda en mitad de todo el rebaño.

Pero al propio tiempo que la Divina Omnipotencia permitía á Ezequiel penetrar tan libremente los misterios de lo porvenir, continuaba ofreciendo á su vista maravillosas visiones, en cuya interpretación, como en dilatado y tenebro-

so abismo , vacila y quizá sucumbe el entendimiento humano. Contraponiendo así la luz á la oscuridad, declaraba suyas estas visiones el mismo Soberano Sér que nos encubrió su sentido; y juntándolas confusamente el Profeta con los vaticinios más inteligibles , mostraba ser en verdad pasivo instrumento de un poder superior ; eco humilde de la secreta voz que resonaba en su alma. Con todo eso, alcanzan satisfactoria explicación algunas de aquellas misteriosas escenas, y señaladamente la que tiene por asunto una resurrección de muertos «Vino sobre mi la mano del Señor (referia Ezequiel á sus compatriotas), y me dejó en medio de un campo que estaba lleno de osamentas humanas , secas en extremo. Y díjome: Hijo de hombre, ¿crees tú acaso que revivirán esos huesos? Y dije : Señor Dios , tú lo sabes.—Y EL : Profetiza sobre estos huesos , diciéndoles : Huesos secos , oid la palabra del Señor. He aquí yo pondré sobre vosotros nervios, y haré crecer carnes, y extenderé piel, y os daré espíritu, y sabréis que Yo soy el Señor.—Y profeticé como me lo había mandado ; mas cuando yo profetizaba , hubo ruido , y he aquí una conmoción ; y ayuntáronse huesos á huesos , cada uno á su coyuntura. Y miré, y vi que subieron nervios y carnes sobre ellos , y se extendió en ellos piel por encima; mas no tenían espíritu. Y díjome : Profetiza al espíritu ; profetiza , hijo de hombre, y dirás: Esto dice el Señor: De los cuatro vientos ven, ¡oh espíritu! y sopla sobre estos muertos, y revivirán. Y profeticé como me lo

había mandado , y entró en ellos espíritu , y vivieron; y se levantaron de pie formando un ejército numeroso sobremanera». En su aplicación inmediata miraba esta parábola á la libertad que habian de conseguir los israelitas para tornar á su tierra natal; pero entrañaba también otros dos sentidos: simbolizando, en primer lugar, la formación de la Iglesia católica, á que debian concurrir todas las gentes, como osamentas vivificadas por el espíritu del Hombre-Dios , y representando además la resurrección que ha de preceder , en el último día, al ejercicio de la inexorable Justicia de Jesucristo.

Pero Ezequiel terminó sus tareas al cumplir los cincuenta y dos años, y aunque se ignora con qué género de muerte concluyó su santa vida, tribútale la Iglesia honores de mártir , estimándole en tanto por su cautiverio, ó guiada tal vez de antigua y piadosa tradición.

II. Por el mismo tiempo divulgaba la fama, no sólo entre los hebreos, sino tambien entre sus vencedores, el nombre de otro Profeta, levantado prodigiosamente en el imperio babilónico á grande poder y dignidad , desde la servidumbre en que yacia.

Cuando por remate de su efimero encumbramiento, aherrojado ignominiosamente el heredero de Joakin, pasó á Babilonia con buen número de sus parciales, había ordenado Nabucodonosor que de los cautivos próximos á la adolescencia se entresacasen los más ilustres y de mejor disposición, para que, aprendiendo el habla de la tierra,

pudieran á la vuelta de algún tiempo asistirle en su corte. Acertaron á ser los escogidos cuatro mancebos, designados con los nombres de Misael, Ananias, Azarias y Daniel, vástago este último de la real estirpe de David; y atento el monarca á ganar con regalos la voluntad de todos, les señaló alimentos de su propia mesa. Mas como á semejante merced se opusiera en el ánimo virtuoso de los mancebos el recelo de infringir los preceptos divinos, contaminándose con algún manjar vedado, solicitaron de un oficial, su custodio, cuyo nombre era Malasar, licencia para abstenerse de aquellos exquisitos vinos y viandas, y tener por único sustento agua y legumbres. No era tan llano el logro de su pretensión, contra la cual alegaba el dignatario asirio: «Témome yo del rey, mi señor, que os ha señalado comida y bebida, que si viere enflaquecer vuestros rostros, me condene á muerte». Pero habiendo replicado Daniel: «Te ruego que hagas la prueba con nosotros por diez días, y contemples nuestras caras, y las caras de los jóvenes que comen de la vianda del rey, y según vieres obres luego con tus siervos». No tuvo ya Malasar reparo en condescender, seguro de lo poco á que se aventuraba en tan limitado plazo. El bastó, no obstante, para que visiblemente atestiguaran con sus personas aquellos piadosísimos mozos la grandeza y misericordia de Dios; pues, á pesar de su pobre sustento, de tal suerte excedieron en fuerzas y buen parecer á cuantos mancebos se mantenían de la mesa real, que lleno de asombro el

oficial de Nabucodonosor , al espirar los diez dias , determinó dejarles para en adelante la libertad que ambicionaban Ni fueron su sola recompensa la salud y gentileza corporal; que, juntamente con estos beneficios , dotó el Señor sus almas de grande entendimiento y ciencia , y á Daniel , en particular , le otorgó lucidez para interpretar sueños y visiones ; de donde tuvieron principio sus adelantamientos en palacio.

Pero ántes que las maravillas obradas por este mancebo hicieran manifiesta al mundo la sobrenatural protección que el Cielo le dispensaba, se acreditó en Babilonia su sagacidad, merced á una extraordinaria ocurrencia.

Gozando el amor y la consideración de todos sus compatriotas, moraban en aquella ciudad dos esposos hebreos, llamados Joakin y Susana ; famoso él por sus riquezas , celebrada ella por su hermosura , y digna de encomio todavia mayor por sus peregrinas virtudes. Entre los muchos que, solicitando socorros, amistad ó buenos ejemplos , acudían á visitarlos , contabanse dos de aquellos de quienes dijo la Suma Verdad por boca de un Profeta , «que la abominación salió de Babilonia á causa de los viejos , que eran jueces , y parecian gobernar al pueblo»; pues, aunque por su mucha edad administraban, en efecto, justicia á los hijos de Israel , osaron , con mengua de su ministerio y de sus años , formar torpes proyectos contra la honra de Susana; propósito que favorecia la circunstancia de haberles franqueado ambos consortes sitio capaz en su propia bahita-

ción para que examinasen los litigios y celebrasen sus juntas. Acaeci6les cierto día despedirse uno de otro con falaces palabras, y tornar luego disimuladamente por diverso camino al punto en que pensaban poner por obra su criminal empresa; donde, encontrándose de repente cara á cara, más despechados que confusos, diéronse mútua cuenta de lo que pretendian, y determinaron proseguir en la ejecución de común acuerdo. Ocultos, pues, entre los árboles de un frondoso vergel, donde á la hora del medio día gustaba de recrearse Susana, por ser tiempo de estío, vieronla llegar á poco rato con alguna parte de su servidumbre; y si al principio pudo esto desalentarlos, muy luego cobraron vuelo sus esperanzas, oyéndola decir: «Traedme óleo y unguentos, y cerrad todas las puertas para que me bañe»; con lo que desaparecieron las criadas. No bien quedaron solos, corrieron ambos viejes á donde se hallaba la desapercibida hebrea. «He aquí, decían, las puertas de la huerta cerradas, y nadie nos ve, y nosotros te amamos; lógrese esta ocasión». Mas, recibidas con horror sus infames súplicas, pasaron á las amenazas, añadiendo: «Si no quieres, testificaremos contra tí, contando que estaba contigo un mancebo, y que por eso despediste tus doncellas». Gimió entonces la infeliz Susana, y respondió: «Angustias me cercan por todas partes; porque si esto hiciere, muerte es para mí, y si no lo hiciere, no me escaparé de vuestras manos. Pero mejor me es caer en manos de vosotros, que pecar en la presencia del

Señor». En esto comenzó á pedir socorro con voces desesperadas; mas ya se habian adelantado los viejos, gritando también y golpeando la puerta; y aunque á toda la gente que acudió pareciese cosa ajena de tan noble mujer el crimen que se la imputaba, logró crédito general con atestiguarlo personas de avanzada edad y de venerable carácter. Convocóse al pueblo; ratificáronse entrambos jueces en su declaración, y habiendo descubierto el rostro á aquella casta esposa, á fin de saciarse por última vez en la contemplación de su hermosura, sentenciáronla á morir apedreada, pena correspondiente al adulterio, según las leyes de que tan inicuaamente eran dispensadores.

Poco faltaba para que se lograra su venganza, y ya la creían ellos satisfecha; pero ¿en qué ocasión llegó tarde á triunfar de la humana maldad la Justicia del cielo? Implorándola con llanto caminaba al suplicio Susana, cuando de repente sonó entre la muchedumbre una voz casi infantil, y, sin embargo, segura y atrevida, que gritaba: «¡Limpio soy yo de la muerte de esa!» Era quien así decia Daniel, suscitado á tal hora para poner en claro la verdad por imprevisto camino. Alborotóse al pueblo al oír sus clamores; agolpóse á escucharlos; cambióse poco á poco la general efervescencia en sentimientos más apacibles; suspendióse, en fin, la ejecución, y rodeando al inspirado mozo los ancianos de Israel, obligáronle á sentarse en medio de ellos para sustanciar en justicia aquella causa; encargo, al parecer, supe-

rior á sus pocos años. Mas no lo fué á la sutileza de Daniel; el cual, después de separar entre sí á los delatores, llamándoles uno tras otro á presencia del pueblo, se limitó á preguntarles: «Si visteis á Susana con el mancebo, decid debajo de qué árbol». Cogía de sorpresa á entrambos viejos esta demanda: «Debajo de un lentisco», respondió el primero; y el otro, con no menor turbación: «Debajo de una encina». Descubierta la calumnia por tan sencillo modo, estalló la turba popular en gritos de ira contra los dos malvados, de aplauso para su discreto juez; de triunfo y de alabanza para la casta Susana. Volvió ésta con duplicado crédito al amor de su esposo, ejecutándose en ambos viejos la sentencia que contra ella habían pronunciado; y desde entonces fué tenido Daniel en grande opinión de saber y de virtud entre sus compañeros de cautiverio.

III. Cierta noche despertó Nabucodonosor sobresaltado por un sueño, que, llenando su espíritu de invencible tristeza, se borró al mismo tiempo de su memoria. Inquieto con tan raro suceso, llamó á cuantos caldeos ejercían las artes mágicas para que subsanasen aquel olvido; pero ellos confesaron que no alcanzaba su penetración á más que á interpretar los sueños; siendo el adivinarlos empresa superior á las fuerzas humanas. «Sólo creo (dijo con harta causa el rey, en oyendo semejante respuesta), que forjais también las interpretaciones para entretenerme con palabras falaces». Y como sea condición de los tiranos excederse hasta en la justicia, mandó dar

sangrienta muerte á todos los varones versados en ciencias, que en sus dominios se hallaran. Puesta, pues, de este modo en peligro la existencia de Daniel, cuyo saber era ya entonces notorio en Babilonia, imploró aquel piadoso mancebo la protección divina; y, en vez de huir, compareció animosamente ante el monarca, por si lograba que revocase su bárbara sentencia. Y habiéndole preguntado Nabucodonosor: «¿Crees que podrás, sin engaño, decirme el sueño que soñé, y explicarme qué significa?» le satisfizo del modo siguiente:

«El misterio que pregunta el rey no se lo pueden declarar sabios, ni magos, ni adivinos, ni arúspices. Mas hay un Dios en el cielo, que revela las cosas escondidas, el cual te mostró, ¡oh rey Nabucodonosor! las que han de venir en los últimos tiempos; y á mi también me fué descubierto este arcano para que supieses los pensamientos de tu espíritu.

»Tu sueño, y las visiones de tu cabeza en tu lecho, son de esta manera: Tú veías, ¡oh rey! y te pareció como una grande estatua; y aquella estatua grande y de mucha altura, estaba derecha en frente de tí, y su vista ponía espanto. Su cabeza era de oro muy puro; mas el pecho y los brazos de plata, y el vientre y los muslos de cobre; y eran de hierro las piernas; y la una parte de los piés de hierro, y la otra de barro. Así la veías tú cuando se desgajó del monte una piedra sin impulso de mano que la arrojase, é hirió la estatua en sus piés y los deshizo. Entonces fue-

ron asimismo desmenuzados el hierro, el barro, el cobre, la plata y el oro, y vueltos como pavesa de una era de verano; cosas que arrebató el viento y no parecieron más. Pero la piedra que había herido aquella estatua se hizo un gran monte é hinchó toda la tierra.

»Este es el sueño: diremos también en tu presencia, ¡oh rey! su interpretación. Rey eres tú de reyes; que el Dios del cielo te ha dado fortaleza, é imperio, y gloria, y en tu poder ha puesto los lugares donde moran los hijos de los hombres y las bestias del campo; tú, pues, eres la cabeza de oro. Y después de tí se levantará otro reino menor que tú, de plata; y otro tercer reino, de cobre, el cual dictará leyes á toda la tierra. Y el cuarto reino sera como de hierro. Así como desmenuza y doma el hierro todas las cosas, así desmenuzará y quebrantará éste á todos los demás; y serán los dedos de los piés, en parte de hierro y en parte de barro; porque el reino en parte será firme y en parte quebradizo. Mas en aquellos días el Dios del cielo levantará otro reino, que á todos los quebrantará, sin ser jamás el quebrantado, según lo que viste que del monte se desgajó una piedra y destruyó la arcilla y los metales; mostrando el grande Dios á Nabucodonosor las cosas que han de realizarse en los tiempos futuros. Y el sueño es verdadero, y fiel su interpretación» (1).

(1) Figúrase en el pecho y brazos de plata la brillante monarquía de los medos y persas, reunidos bajo un solo cetro. El vientre y muslos de cobre representan el impe-

Atónito el rey al ver tan puntualmente referidas las misteriosas visiones que en la oscuridad de la noche habian fatigado su espíritu, y no contento con manifestar su gratitud á Daniel postrándose de hinojos en su presencia y haciéndole cuantiosos regalos, púsole por príncipe de todas las provincias y por presidente de los magistrados de su imperio; honras que aceptó él, como en otro tiempo Josef la privanza del monarca egipcio, para que redundasen en favor de sus desgraciados compatriotas.

Corriendo el tiempo con próspera fortuna, creció la soberbia de Nabucodonosor tan desmedidamente, que el Soberano Árbitro del mundo quiso volver por sí y patentizar la vanidad de las grandezas humanas con un inaudito suceso. Vió, pues, en sueños aquel desacordado príncipe un árbol, cuya copa tocaba al firmamento y se divisaba desde los términos de la tierra; y estando embebido en la contemplación de su hermosura, oyó una voz que decía: «¡Cortad á raíz el árbol y desmochad las ramas! ¡Sacudid sus hojas y esparcid sus frutos! ¡Huyan las bestias que debajo

rio de Alejandro Magno, que con insaciable voracidad devoró cuantas naciones le hicieron resistencia; y en las piernas del coloso está representada Roma, destructora de todas las monarquías precedentes, aun ántes de establecer la suya en tiempo de Augusto. La mezcla de hierro y barro denota, entre otras cosas, la fuerza aparente y la oculta debilidad que habia en la organización romana cuando comenzó la Iglesia de Jesucristo, piedra movida por invisible mano y convertida en montaña, contra la cual no prevalecerán los siglos.

están, y las aves que en él se resguardan! ¡Empero dejad en tierra la cepa de sus raíces, y sea él atado con cadenas de hierro y de cobre á la intemperie, y tenga su parte en las yerbas del campo, y cámbiese en corazón de fiera su corazón de hombre, y siete tiempos se muden sobre él! Por sentencia de los ángeles veladores fué así decretado, y la palabra y demanda es de los santos; hasta que conozcan los vivientes que el Excelso tiene el dominio sobre los hombres, y lo dará á aquel que quisiere!» Si alterado quedó el ánimo de Nabucodonosor con estas pavorosas frases, aún rayó su zozobra en más alto punto cuando supo el sentido que encerraban; pues, procurando Daniel moverle á penitencia por medio de vivísimas exhortaciones, le declaró que había de vivir siete años secuestrado de toda humana comunicación, apacentándose de yerbas, durmiendo al aire libre y haciendo estancia con las bestias del campo, para que en tan miserable condición cediera de su altivez y acatase la mano del Omnipotente, Dominador único, de quien procede toda soberanía. Al cabo de un año, concedido infructuosamente á la enmienda, comenzó á cumplirse aquel terrible pronóstico. Cierta día subió Nabucodonosor á las azoteas de su palacio, y considerando á solas la dilatada extensión de la ciudad capital de su imperio, la muchedumbre de gente que por sus calles discurría y la magnificencia de sus edificios, dió en altas voces salida á los impulsos de soberbia, que su corazón era estrecho á contener; pero aún estaba hablando,

cuando le sorprendió una voz sobrenatural, que repetía : « A ti se dice, ¡oh rey Nabucodonosor! ¡Echado serás de entre los hombres , y con bestias y fieras será tu morada! ¡Heno comerás como buey, y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que sepas que el Excelso tiene dominio en el reino de los hombres, y le da á aquel que quiere!» Trocáronse en el mismo instante todos los pensamientos del monarca asirio , cediendo su lugar el orgullo á una profunda melancolía , que paró en trastornarse su razón y perder la memoria de su grandeza ; é imaginando haberse transformado en buey , acogiése á lugares desiertos , donde le dieron alimento las plantas silvestres , guarida las grutas y compañía las fieras , de quienes por sus ásperos cabellos y encorvadas uñas no era muy diferente ; hasta que , al espirar el término profetizado, recobró su juicio , y con él la corona, de manos de sus deudos, que, contenidos por misterioso poder durante aquellos siete años, no habían intentado remediar la dolencia con que le castigaba la justicia divina.

Mas , aunque se humilló con tan ejemplar escarmiento la impiedad del rey de Babilonia, dijérase que, incapaz de reconocer su miseria, arrojábase ahora por desesperación á nuevos desvarios ; entre los cuales fué el mayor , disponer que se le erigiese una estatua de oro, de sesenta codos de altura , y que al son de instrumentos festivos le adorasen sus súbditos, postrándose en tierra , so pena de padecer suplicio de fuego. Resplandeció entonces el admirable poder de

Dios en los tres mancebos Ananías, Misael y Azarías, conocidos también con los nombres de Sidrac, Misac y Abdénago entre los servidores del monarca; pues como les ordenase éste doblar la rodilla, y eligieran ellos morir ántes que darle culto, decretó Nabucodonosor que, sujetos de manos y piés con ásperas cuerdas, se les echase en un horno encendido siete veces más de lo acostumbrado; orden inconducente al propósito de aumentar los dolores de sus victimas, y que sólo servia para demostrar el furibundo extravío de quien la dictaba. Pero no bien cayeron en el horno aquellos esforzados israelitas, se vió con asombro aparecer un ángel de peregrina belleza, que, separando solícito las llamas, sin dejarlas consumir otra cosa que las ligaduras de los tres mancebos, formó en su derredor un suave ambiente empapado en rocío, é impenetrable á la voracidad del fuego, que con haces de leña, y asfalto, y pez, y estopa, alimentaban entre tanto los ministros de la colera del rey, incansables en su faena. Y mientras sucumbian estos al contacto de las furiosas llamaradas que se lanzaban hasta la altura de cincuenta codos por la boca del horno, incapaz de contener tanto incendio, Sidrac, Misac y Abdénago discurrían alegres por el ámbito de su cárcel, tan prodigiosamente convertida en templo de la gloria de Dios, cuya grandeza celebraban, juntamente con el ángel, en amorosos cánticos.

«¡Bendito eres (decían), Señor Dios de nuestros padres; bendito eres en el Templo Santo de tu

gloria; y sobre todo loor, y sobre toda gloria por los siglos!

»¡Bendito eres, que penetras los abismos, y estás sentado sobre querubines en el firmamento del cielo; y digno de loa y de ser ensalzado por los siglos!

»¡Todas las obras del Señor, bendecid al Señor; loadle y ensalzadle por los siglos!

»¡Ángeles del Señor, bendecidle; loadle y ensalzadle por los siglos!

»¡Cielos y aguas que están sobre los cielos, bendecid al Señor; loadle y ensalzadle por los siglos!

»¡Sol y luna, bendecid al Señor; loadle y ensalzadle por los siglos!»

Y de esta suerte iban llamando á todas las criaturas á componer el coro de las divinas alabanzas, hasta que dijeron:

«¡Bendiga Israel al Señor; lóele y ensálcele por los siglos!

»¡Espíritus y almas de los justos, bendecid al Señor; loadle y ensalzadle por los siglos!

»¡Santos y humildes de corazón, bendecid al Señor; loadle y ensalzadle por los siglos!

»¡Ananías, Azarias, Misael, bendecid al Señor; loadle y ensalzadle por los siglos!

»¡Porque nos libró del infierno, y nos salvó de manos de la muerte, y nos protegió en medio de la llama ardiendo, y nos sacó de en medio del fuego!

»¡Glorificad al Señor, porque su bondad es para siempre; loadle y glorificadle, porque por todos los siglos es su misericordia!»

¶ Cuando llegaron á Nabucodonosor tan increíbles nuevas, y, acudiendo con gran comitiva de sátrapas, jueces y cortesanos, se aseguró de que ni siquiera en lo exterior de sus vestiduras había ofendido la actividad de las llamas á aquellos valerosos mancebos, acatando, por fin, la omnipotencia del Autor de tantas maravillas, exclamó con arrepentimiento profundo: « ¡ Bendito sea el Señor que envió su Angel y libró á sus siervos, que creyeron en El, y desoyeron los mandatos del rey, y entregaron sus cuerpos por no servir ni adorar sino sólo á su Dios! » Y habiendo levantado á los tres á grandes dignidades en el gobierno de Babilonia, expidió el edicto siguiente:

« El rey Nabucodonosor, á todos los pueblos, gentes y lenguas que moran en la tierra; la paz os sea multiplicada.

» Señales y maravillas ha hecho el Dios excelso en mi presencia. Por eso he puesto este decreto: que todo pueblo, tribu y lengua, cualquiera que dijere blasfemia contra el Dios de Sidrac, Misac y Adénago, perezca, y su casa sea destruída; porque no hay otro Dios que así pueda salvar. Porque sus prodigios son grandes y sus maravillas son fuertes, y su reino un reino eterno, y su poder de generación en generación » (1).

IV. Venciendo la oposición de poderosos ri-

(1) No es fácil determinar el orden cronológico de estos sucesos. Según otros autores, el milagro que se acaba de relatar acaeció ántes de que perdiera Nabucodonosor el juicio, en castigo de su soberbia.

vales , prolongó Daniel su valimiento durante el reinado de Evil-Merodac, hijo y heredero de Nabucodonosor ; valimiento de que hizo uso para mejorar la suerte de sus compatriotas y dedicarse con perseverancia á destruir el culto de los idolos.

Era entonces el más famoso en Babilonia uno que tenia por nombre Bel; simulacro horrible, colocado en magnifico templo , y cuyos favores imploraba cada día Evil-Merodac , presentándole en ofrenda seis cántaras de vino , cuarenta ovejas y doce fanegas de harina, que, hurtadas luego por medio de un pasadizo disimuladamente abierto debajo del altar, paraban en manos de los sacerdotes , sus hijos y sus mujeres. A esta vil estatua quiso el déspota caldeo que tributase adoración su privado; el cual le respondió que nunca adoraria sino al Dios vivo, único Creador y absoluto Dueño de todo cuanto existe. «¡Cómo (exclamó entonces aquel crédulo principe); ¿piensas que Bel no es un Dios vivo? Pues ¿no ves cuanto come y bebe en cada un dia?» Rióse Daniel, y repuso: «¡No te dejes engañar, oh rey! Porque ese por dentro es de barro, y de bronce por fuera, y nunca come». Enojado con tal respuesta el monarca, pero decidido á averiguar prontamente lo cierto , llamó ante si á cuantos en el templo servian , y les manifestó su voluntad , diciendoles: «Si ha blasfemado Daniel, morirá; mas si no me hiciéreis ver quién come todo esto que se gasta, morireis vosotros». Aceptóse el partido ; retiráronse del templo los sacerdotes ; colocaron la ofrenda sobre el altar los criados del rey, y á

solas con éste, mandó su favorito que se cerniese ceniza por el pavimento; hecho lo cual, cerró y selló todas las salidas, aunque sabía ser inútil aquella precaución contra los autores del fraude, que, para eludirla, confiaban en las sombras de la noche y en su comunicación secreta. Al día siguiente, habiendo hallado el rey intactos los sellos y mandando abrir las puertas, vió que estaba vacío el altar; mas cuando se aprestaba á pasar los umbrales, exclamando: «¡Grande eres tú, oh Bel, y no hay en tí engaño alguno!» sintióse detenido por Daniel, que con una mano le asia y con otra le mostraba estampadas en las losas del templo innumerables huellas de hombres, mujeres y niños. Surtió su efecto tan perentoria prueba, corroborada por la confusión de los mismos sacerdotes; y habiendo expiado éstos con la vida su falacia, el idolo y el templo fueron entregados á Daniel, el cual los derribó por tierra.

Ni se detuvo aquí su celo; pues lejos de rendirse los babilonios al culto del verdadero Dios, hicieron objeto de su adoración una serpiente monstruosa, que juzgaban no había de morir; por lo que decía Evil-Merodac: «Mira cómo ahora no puedes alegar que no sea éste un Dios vivo. Adórale, pues». Pero el santo Profeta le replicó: «No es Dios vivo éste»; y disponiendo unas tortas con pez y otros ingredientes dañinos, las arrojó por pasto al reptil, que dentro de breves instantes quedó sin vida.

Produjeron al cabo tan atrevidos actos el efec-

to que era de esperar de aquella impía y sanguinaria gente; la cual, mal contenta con la privanza que alcanzaba el exterminador de los idolos, penetró en palacio é hizo temblar á su monarca sobre el trono, poniéndose en franca rebeldía, y gritando: «¡El rey destruyó á Bel, mató al dragón y exterminó á los sacerdotes! ¡El rey se ha vuelto judío!» (1). Faltó valor á Evil-Merodac, y entregado, por fin, el piadoso hebreo á merced de sus adversarios, determinaron éstos echarle á perecer en el *lago de los leones*, que era una profunda fosa, albergue de siete fieras, á cuya voracidad desde entonces se negó todo sustento para que llegara á colmo, con el hambre, la cruel inclinación de su naturaleza.

Mientras esto pasaba, caminando por los apartados campos de Judea el Profeta Habacuc con vituallas para los jornaleros de su heredad, oyó una voz sobrenatural, que le decía: «¡Lleva esos manjares á Daniel, que está en el lago de los leones!» Y como respondiese: «Señor, no he visto á Babilonia, ni sé del lago»; descendió al punto un ángel, que con celeridad pasmosa le trasladó por los aires, asido de un cabello, hasta donde yacía cautivo aquel santo varón. «Daniel, le dijo entonces; toma el alimento que el Señor te envía»; á lo que contestó Daniel: «¡De mí, oh Dios, te acordaste! ¡No has desamparado á los

(1) Desde la toma de Jerusalén dióse generalmente á los hebreos el nombre de judíos, nombre aplicado solamente en un principio á los de la tribu de Judá.

que te aman!» Y habiéndole visto comer, se remontó Habacuc, sostenido por el ángel, y tornó á su patria con la propia rapidez que á la ida. Desconsolábase entre tanto el monarca de Babilonia, tardiamente arrepentido de su criminal flaqueza, cuyo recuerdo le hostigó de tal suerte con el trascurso de los días, que al espirar el séptimo, hizole salir camino del lago esperando hallar el cadáver de su inocente amigo; pero apenas registró con una ojeada los senos de aquella horrible mazmorra, le oyeron gritar los de su séquito: «¡Grande eres, Señor Dios de Daniel!» y era que había visto á éste sentado en serena actitud, y á los leones rendidos á sus plantas. Cesaron con tan admirable prodigio las vacilaciones del rey; tornó á ser libre el virtuoso israelita; sirvieron sus adversarios de pasto á las hambrientas fieras, y entonces dijo Evil-Merodac: «Todos los moradores de la tierra teman al Dios de Daniel; porque El es el Salvador, el que hace maravillas, el que libró á su siervo del lago de los leones».

V. Murió poco tiempo después el rey de Babilonia, y entregadas á su hijo Baltasar las riendas del gobierno, si por lo pronto desfavoreció este cambio á los judios, tambien contribuyó al logro de sus esperanzas, acelerando la ruina de la nación bajo cuyo poder gemian esclavos. Pues cual si no bastara la extraordinaria grandeza del imperio asirio para suscitarle competidores, vino á acrecentar su número la índole depravada del príncipe que entró á ceñir la corona: hombre im-

pio , disoluto , y por todos conceptos representante fidelísimo de aquella proterva raza , que después de ser escándalo de la tierra , debía sucumbir con regocijo universal , al tenor de lo anunciado en las profecias. Comenzaron éstas á cumplirse cercando á Babilonia **Ciro** y **Dario**, monarcas de los persas y medos, con multitud de gentes; y entonces se vió al ensoberbecido **Baltasar** encomendar su defensa á la solidez de las murallas, y, apartado de las faenas militares, buscar más grato empleo en espléndidos banquetes con sus cortesanos, mujeres y concubinas. «¡Pon la mesa, y come, y bebe! (había dicho proféticamente el hijo de **Amós**): ¡atalayen los atalayadores! ¡Levantáos, príncipes! ¡Arrebatad la rodela!» En una memorable cena osó, por fin, aquel rey insensato, juntar con tantos crímenes el de sacrilego; y haciendo instrumento de sus deleites los vasos del templo de **Salomón**, colmarlos de vino, con que celebró el triunfo de las divinidades asirias; mas cuando esto pasaba, heló de terror á todos los circunstantes la súbita visión de una mano, que, asomando frente al candelabro de que se servía el monarca, escribió con fuego en la pared tres caracteres misteriosos, y desapareció sin estar adherida á humano brazo, ni obedecer á impulso visible. Palido y trastornado, fijó **Baltasar** su vista en aquellos espantables signos, prometiéndole á quien los interpretase lugar preminente en su privanza, y honras y dádivas de altísimo valor; ofertas á que acudieron muchos, apellidándose adivinos; pero que fueron

para el apetecido fin de todo punto ineficaces. Tal estaban las cosas, á tiempo que, llamada del alboroto la viuda de Evil-Merodac, aconsejó se consultara el caso con Daniel, á quien tenia lejos de palacio el odio á la raza hebrea, propio del monarca reinante; y adoptada su indicación, compareció sin tardanza aquel Profeta delante de Baltasar, el cual le dijo: «Si puedes leer la escritura y declararme lo que significa, irás vestido de púrpura, y llevarás en tu cuello collar de oro, y serás en mi reino principe, á todos superior, menos á mi madre». «Tus dádivas para ti sean, (contestó Daniel), y los dones de tu casa dalos á otros; mas yo te leeré la escritura y te mostraré su significado». Y lo hizo de esta suerte:

«¡Oh rey; el Dios Altísimo dió á tu abuelo Nabucodonosor el reino y la grandeza, la gloria y la honra! Por ello le respetaron y temieron todos los pueblos, tribus y lenguas; mataba y heria según su voluntad, y á los que queria ensalzaba, y á los que queria los abatía; mas cuando su corazón se levantó, y se obstinó su ánimo en la soberbia, moró con los asnos monteses; comió heno, como buey, y le bañó el rocío, hasta reconocer que tenia el Altísimo potestad en el reino de los hombres, y que levantaba sobre el trono á quien le placia. ¡Y tú, Baltasar, siendo hijo suyo, sabiendo todo esto, no has humillado tu corazón, sino que te has ensoberbecido contra el dominador del Cielo! ¡Y en los vasos de su casa habéis bebido vino tú y los grandes de tu corte, y tus mujeres y tus concubinas! ¡Y honrando á dioses

de metal, y de palo, y de piedra, que no ven, ni oyen, ni sienten, no has glorificado al Dios que tiene en su mano tu aliento y todos tus caminos! Por tanto El envió los dedos de una mano, que escribió lo que allí está patente. Esta es, pues, la escritura: MANE, THECEL, PHARES (1). Y esta es la interpretación de las palabras.—MANE: Dios ha numerado tu reino y le ha puesto término. THECEL: Fuiste pesado en la balanza, y has sido hallado falto. PHARES: Dividido ha sido tu imperio, y se ha dado á los medos y á los persas».

Lejos de enmendarse el rey con estas tremendas amenazas, dió, después de haberlas oído, el último testimonio de su soberbia, mandando que se vistiese magníficamente á Daniel, y proclamándole príncipe del imperio asirio, cuya inmediata destrucción acababa de serle claramente predicha; y aquella misma noche, á tan vano empleo consagrada, penetraron los sitiadores en Babilonia por el cauce del Eufrates, que con perseverantes esfuerzos habian logrado desaguar, según las palabras de Jeremías: «Sequedad habrá sobre sus corrientes, y se secarán. Cogidos están los vados, y las lagunas ardiendo en fuego». Baltasar murió en la refriega; perdióse para siempre el poder caldeo; y subiendo Dario al conquistado trono, apareció visible la justicia de Dios para con aquel pueblo inicuo, sujeto á extranjero yugo,

(1) Literalmente, *Contar, Pesar, Despedazar*. Voces alusivas á lo que suelen hacer los acreedores cuando cobran; aplicándose la acción del verbo postrero á la moneda falsa.

después de haber sido azote de todas las naciones.

Para regir sus dilatadas provincias, estableció el conquistador ciento veinte sátrapas, sobre los que habian de tener autoridad tres dignatarios principales; y como por voz pública le constaban las nobles prendas de Daniel, hizole participe de la magistratura suprema, reservándose honrarle con preeminencias ménos comunes aún. Pero no era de esperar que la envidia, siempre concitada contra aquel venerable Profeta, contemplase impasible tanto encumbramiento. Sabiendo, pues, que tenia por costumbre orar diariamente desde una ventana, vuelto el rostro hacia Jerusalén, inclinaron sus enemigos el ánimo del soberano á prohibir que se diese culto á nadie más que al mismo Darío, en treinta dias, contados desde la publicación del decreto, con pena de ser echado á las bestias feroces quien lo contrario hiciese. Surtió su efecto esta disposición; y contra la voluntad del príncipe, á quien impedía una ley fundamental revocar sus edictos, se vió segunda vez arrojado Daniel al lago de los leones; pero también ahora convirtió Dios el abatimiento en triunfo y dió castigo al crimen; porque respetando las amansadas fieras la vida de aquel justo varón, padecieron sus acusadores el suplicio que vanamente habían querido imponerle.

Verificóse en el mismo año, que fué el primero en que reinó sobre Babilonia Darío de Media, la revelación de las setenta semanas, célebre entre todas las que tuvo Daniel, y una de las más por

tentosas que registran los libros sagrados; como que por ella se determinó exactamente el tiempo en que debía acontecer la redención del mundo.

Distante de aspirar á tan alto favor, prevenido con ayunos, vestido de un cilicio, y cubierta de ceniza la cabeza, suspiraba Daniel pensando en la dolorosa cautividad de sus compatriotas. «¡Señor Dios (decía), el grande y terrible, que mantienes tu alianza con los que te aman y observan tus mandamientos!... ¡Hemos pecado, cometido iniquidad, vivido impiamente; hemos apostatado, y nos hemos desviado de tus mandamientos y juicios! ¡A nosotros la confusión del rostro, á nuestros reyes, á nuestros principes y á nuestros padres; mas á ti, Señor, que eres nuestro Dios, la misericordia y el perdonar los pecados! ¡Apláquese, te ruego, tu ira con tu ciudad de Jerusalén y con tu santo monte; y, por amor de ti mismo, muestra tu rostro sobre tu santuario, que está desierto! Inclina tu oreja, y escucha; abre tus ojos, y mira nuestra desolación, pues postrados presentamos nuestros ruegos delante de ti, no por justificaciones que haya en nosotros, sino por tus muchas misericordias! ¡Aplácate, Señor! ¡Atiende y haz! ¡No lo dilates, por amor de ti mismo, Dios mio! ¡Mira que tu nombre ha sido invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo!...»

A tal punto llegaba, y era la hora del sacrificio de la tarde, cuando se le apareció el arcángel Gabriel; el cual, volando arrebatadamente, tocóle con sus alas para imponerle silencio, y le des-

cubrió de esta suerte los arcanos de lo porvenir:

«Daniel, ahora he salido para instruirte y para que tú entendieses.

»Desde el principio de tus ruegos, recibí esta palabra; y yo he venido para mostrártela, porque eres varón de deseos: tú, pues, está atento y entiende la visión.

»Se han señalado setenta semanas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad para que fenezca la prevaricación, y tenga fin el pecado, y sea borrada la maldad, y sea traída justicia perdurable, y tenga cumplimiento la visión y la profecía, y sea ungido el SANTO DE LOS SANTOS.

»Sabe, pues, y nota atentamente: Desde la salida de la palabra para que Jerusalén sea otra vez edificada, hasta Cristo príncipe, serán siete semanas y sesenta y dos semanas; y la plaza y los muros serán reedificados en tiempos de angustia.

»Y después de las sesenta y dos semanas, será muerto el CRISTO, y no será más suyo el pueblo que le negará. Y un pueblo, con un caudillo que vendrá, destruirá la ciudad y el Santuario; y su fin, estrago, y después del fin de la guerra, vendrá la desolación decretada.

»Y afirmará su alianza con muchos en una semana; y en medio de esta semana, cesará la hostia y el sacrificio; y será en el templo la abominación de la desolación; y durará la desolación hasta la consumación y el fin».

Adviértese, desentrañando el sentido de estas

divinas palabras , que en ellas se daba por supuesto el logro de los deseos de Daniel; y cual si gozase ya de libertad el pueblo judío , anunciaba el Angel que transcurrirían setenta semanas de años ántes que tuviese término la esclavitud del mundo entero, mediante la venida de Cristo. He aquí la forma en que debían realizarse estas augustas promesas. Desde el decreto para la reedificación de Jerusalén , la cual habría de costar largos días de angustioso afán, hasta el bautismo del SANTO DE LOS SANTOS , pasarían cuatrocientos ochenta y tres años , ó lo que es lo mismo, *siete* semanas y *sesenta y dos* semanas; tras de las cuales había de comenzar *otra*, en cuya primera mitad afirmaría el Redentor su alianza por medio de la predicación , hasta que á los tres años y medio cesaran , con su inicua muerte , todos los sacrificios y ceremonias del Testamento antiguo. Dejaría entonces de ser pueblo de Dios el pueblo deicida ; suscitaria contra él la justicia del Cielo un poderoso conquistador; y destruida Jerusalén, después de encarnizada guerra, permanecería en miserable estado , sin que lograsen los israelitas restablecer allí su templo , durante toda la sucesión de los siglos.

Tal fué la pasmosa profecía de Daniel. ¡Tan generosamente quiso alumbrar el Señor la ceguedad de los judíos y vencer la tibieza de nuestra fe , siempre tardía en igualarse con la magnitud de sus maravillas!

VI. Prueba indudable de que se cumplirían estos oráculos , fué la puntual ejecución que tu-

vieron muy poco después los concernientes á la libertad del pueblo hebreo. Cupo á Daniel la ventura de vivir lo bastante para mediar en tan fausto suceso, y á Ciro, monarca de los persas, la gloria de realizarlo, señalando con él los principios de su dominación, cuando, por muerte de Darío, se refundió bajo un solo cetro todo el imperio de Oriente. Así lo habia prometido Isaias, con datos tan seguros, que entre ellos se expresaba—¡cosa admirable!—el nombre del caudillo designado por la Sabiduría Infinita para dar feliz remate á sus intentos. «Esto dice el Señor á Ciro mi escogido: Yo iré delante de tí y abajare los poderosos de la tierra; quebrantare puertas de bronce y haré pedazos barras de hierro. Y te daré los tesoros escondidos y las riquezas guardadas, para que sepas que yo soy el Señor, el Dios de Israel, *que te llamo por tu nombre*. Por amor de mi siervo Jacob y de Israel, mi escogido, te llamo por tu nombre: yo soy el Señor que digo á Ciro: Pastor mio eres tú, y cumplirás toda mi voluntad. Que digo á Jerusalén: Edificada serás; y al templo: Fundado serás. Para ministro de mi justicia te levante, y enderezare todos tus caminos: él edificará mi ciudad, y pondrá en libertad á mis cautivos, no por precio, ni por dones, dice el Señor Dios de los ejércitos». Cuando mostró Daniel al conquistador de Caldea estas terminantes palabras, consignadas con dos siglos de anterioridad en las Santas Escrituras, quedó tan asombrado Ciro, que sin tardanza quiso realizar la profecía y dar publico testimonio de gratitud á Aquel

á quien se confesaba deudor de toda su grandeza; deseo que satisfizo expidiendo el edicto siguiente: «Esto dice Ciro, rey de los persas. El Señor, Dios del cielo, me ha dado todos los reinos, y El mismo me ha mandado edificarle una casa en Jerulén, que está en la Judea. ¿Quién hay entre vosotros de todo su pueblo? Sea con él su Dios. Suba á Jerusalén, que está en la Judea, y edifique la casa del Señor Dios de Israel; y todos los varones judios que tuvieren por mejor quedarse en los lugares donde ahora moran, ayuden con plata, y oro, y hacienda, y bestias á los que hubieren de partirse; y en esta cuenta no entrarán las ofrendas que voluntariamente hicieren al templo de Dios, que está en Jerusalén». Así tuvo fin la cautividad de Babilonia, el año 536 ántes de Jesucristo, primero del reinado de Ciro, y cuando ya contaba más de ochenta el venerable Daniel, cuya muerte lloraron poco despues sus compatriotas. Enriquecidos éstos, merced á la generosidad del rey, con cinco mil cuatrocientos vasos de oro y plata, que aún se conservaban entre los robados por Nabucodonosor al culto del Altísimo, tomaron la vía de su tierra, en número de cuarenta y dos mil personas, reconociendo á Jesús ó Josué, hijo de Josedec, por Sumo Sacerdote; llevando por capitán á Zorobabel, principe del linaje de David; y despidiéndose alegres de su destierro, quizá con aquel mismo cántico que les habia arrancado lágrimas en sus dias de angustia:

«Junto á los ríos de Babilonia, allí nos

sentamos y lloramos, acordándonos de Sión.

»En los sauces, en medio de ella, colgamos nuestros instrumentos músicos.

»Porque allí nos demandaron los que nos llevaban cautivos, palabras de canciones:

»Y los que por fuerza nos llevaron, dijeron: Cantadnos un himno de los cantares de Sión.

»¿Cómo cantaremos cánticos del Señor en tierra extraña y á oídos profanos?

»Si me olvidare de tí, Jerusalén, ¡á infamia sea entregada mi diestra!

»¡Quede pegada mi lengua á mis fauces, si yo no me acordare de tí!

»¡Si no me propusiere á Jerusalén por principio de toda mi alegría!»

Devueltos por fin al seno de su patria, atendieron los judios á restaurar el altar de los holocaustos, ínterin se hacían aprestos para construcciones más importantes; concluidos los cuales, comenzó en el año siguiente la reedificación del templo, juntándose en aquella ceremonia las lágrimas y aclamaciones de la muchedumbre, con el estruendo de cimbalos y trompetas, y con los cánticos sagrados, que fervorosamente entonaban los sacerdotes. Pero bien pudo conocer el pueblo cuántos serían los contratiempos que los vaticinios de Dabiel le prometían, al ver frustrada aquella primer empresa por malas artes de algunas provincias limitrofes, que, temiendo el engrandecimiento de Jerusalén, consiguieron del sucesor de Ciro orden de suspender la principiada fábrica. De resultas se dedicaron los judios á

labrar para su propio uso habitaciones , donde tomó su corazón apego á las cosas terrenas; y tan otros les hizo esta vanidad á la vuelta de diez y seis años, que autorizados por nuevo edicto á llevar adelante su piadoso proyecto, dejáronle descaecer, sin que bastara á estimularlos una grande esterilidad de la tierra, con que, por disposición divina , se vieron afligidos. Para vencer tan culpable indiferencia, les habló entonces el Altísimo por boca de Aggeo , décimo entre los Profetas menores; el cual , puesto delante de Zorobabel y del Soberano Pontífice, se expresó así: «Dice este pueblo : No es llegado aún el tiempo en que la casa del Señor se edifique. Y dice el Todopoderoso: ¿Con que tenéis vosotros tiempo para morar en casas artesonadas, y esta casa será desierta? Considerad en vuestro corazón vuestros caminos. Sembrásteis mucho y encerrásteis poco; comisteis y no os saciásteis; bebisteis y no os hartásteis; os cubristeis y no os calentásteis; esperábais lo más , y ved que os vino lo ménos, y lo guardásteis en vuestra casa , y yo lo disipé de un soplo. ¿Por qué razón? (dice el Señor Dios de los ejércitos); porque mi casa está abandonada, y la prisa que mostráis cada uno es para su casa. Por esto se prohibió á los cielos que diesen agua para vosotros, y se prohibió á la tierra que diese su fruto; y llamé la sequedad sobre cuanto produce la tierra, y sobre los hombres, y sobre las bestias, y sobre toda labor de manos. Por tanto, subid al monte , y traed madera , y labrad la casa , y me será agradable , y seré glorificado».

Triunfaron , en fin , tales reconvenciones de la tibieza de los israelitas ; y aplicándose todo el pueblo en competencia á reparar sus culpas , comenzaron desde entonces á elevarse rápidamente los muros del sagrado edificio.

Palabras harto diversas puso después la Misericordia Divina en los labios de Aggeo , movida del acerbo llanto con que , al recordar las magnificencias del templo de Salomón , consideraban los ancianos de Israel la mezquindad de la nueva fábrica. ¿Quién ha quedado entre vosotros (les preguntó), que haya visto la casa de Dios en su primera gloria? ¿Y cuál os parece ahora ésta? ¿Acaso no es ella ante vuestros ojos así como si no fuese? Pues Zorobabel, ten buen ánimo; y ten buen ánimo, Jesús, hijo de Josedec, Sumo Sacerdote; y ten buen ánimo, todo el pueblo de la tierra, y trabajad, porque esto dice el Señor de los ejércitos: Mi espíritu estará en medio de vosotros ; no temáis. Aún falta un poco , y yo conmoveré el cielo , y la tierra , y la mar , y todo el universo. Y moveré todas las naciones; y VENDRÁ el DESEADO de todas las gentes , y con su presencia henchiré esta casa de gloria; porque si riquezas hubiera menester, mía es la plata y mio es el oro. Grande será la gloria de esta última casa, más que la de la primera, y en este lugar otorgaré yo la paz, dice el Señor de los ejércitos». Por el mismo tiempo daba otro Profeta, llamado Zacarias, nuevas señales de la venida del Redentor, narrando con prodigiosa claridad su entrada en Jerusalén, el vil precio en que le habian de tasar

los hombres , y su espantoso suplicio. «¡Regocíjate mucho (exclamaba), hija de Sión; canta, hija de Jerusalén! Mira que tu REY vendrá á ti, Justo y Salvador; El vendrá pobre y sentado sobre una asna., Esto dice el Señor: Los congregaré con el silbido, porque los he rescatado ; y los multiplicaré , así como se habian multiplicado ántes. Si parece bien en vuestros ojos, dadme mi salario, y si no, dejadlo estar. ¡Y pesaron por mi salario treinta siclos de plata! Y dijo el Señor: ¡Echalo al alfarero , ese excelente precio en que me apreciaron!... Y le dirán: ¿Pues qué llagas son estas en medio de tus manos? Y dirá: De éstas he sido llagado en la casa de aquellos que me amaban. Y pondrá su vista en aquel á quien traspasaron , y lo plañirán con llanto , y harán duelo , como se suele hacer en la muerte de un unigénito».

Sin otros obstáculos que superar , quedó concluido el nuevo templo de Jerusalén, el año 516 ántes de Jesucristo, 3488 de la creación del mundo. Establecieronse sacerdotes y levitas en número competente , y reunida con ellos la nación entera , tributó acciones de gracias al Sumo Hacedor por aquel memorable suceso , sacrificando setecientas victimas, y celebrando , durante siete dias, la fiesta de los ácidos.

ÉPOCA SEXTA

Desde el regreso de la cautividad
hasta la venida del Mesías.

(COMPRENDE UN PERIODO DE 516 AÑOS)

CAPÍTULO PRIMERO

HISTORIA DE ESTHER

I. *Su casamiento.*—*Mardoqueo.*—*Amán.* (Años del mundo, 3490 á 3494; ántes de J. C., 514 á 510.)—II. *Resolución de Esther.*—*Visita de Asuero y Amán*—*Muerte del privado.*—*Triunfo de Mardoqueo* (Años del mundo, 3495 á 3496; ántes de J. C., 509 á 508.)

I. Si las dificultades opuestas á la reedificación del Templo dan á conocer cuán frágil base era para la prosperidad de los israelitas el favor, nunca seguro, de los sucesores de Ciro, compruébalo con testimonios harto más significativos la historia de la piadosa Esther; cuadro terrible de las vicisitudes á que pueblos y particulares vivían expuestos bajo el despotismo de los monarcas de Oriente.

Dueño de ciento veinte y siete provincias, sentábase en el trono de Persia Darío Histaspes, más conocido en las narraciones sagradas con el nombre de Asuero; el cual, por hacer ostentación

de su grandeza, obsequió á todos los magnates que le rendian vasallaje, desde la India hasta la Etiopía, con fiestas que duraron medio año; costeando, además, por espacio de una semana, el mantenimiento de los habitantes de Susán, capital de su imperio. Y como rehusara presentarse en la mesa del principe su esposa Vasthi, con menosprecio de las órdenes por él públicamente dictadas, repudióla el afrentado Asuero, y despachó oficiales para que le buscasen nueva consorte entre las doncellas más hermosas de todo el territorio. Habianse quedado en Susán, al concluir la cautividad de sus compatriotas, un anciano de la tribu de Benjamín, nombrado Mardoqueo, y su sobrina Esther, huérfana y de peregrina belleza, de quien, como de otras muchas, se apoderaron los emisarios reales; mas ya que fué forzoso á aquel prudente varón separarse de la doncella, todavía miró por su bienestar, aconsejándola que á nadie declarase su raza, entonces, como siempre, aborrecida en Persia por la singularidad de su culto y leyes. Trasladada, pues, la hermosa judia á regio alojamiento, donde halló abundante provisión de joyas, telas y perfumes con que realzar sus gracias naturales, compareció, por fin, delante del rey; y, aunque á diferencia de sus competidoras, habiase abstenido de usar de aquellos delicados aceites y ricos atavíos, bastó su candoroso semblante para vencer á todas en la contienda, y rendir la voluntad de Asuero. Dióla este lugar en el solio; solemnizó con fiestas su enlace; hizo cuantiosos donati-

vos ; perdonó tributos ; y muy pronto creció su amoroso afecto , al aprender con el trato cuánta distancia mediaba entre la humildad de Esther y la soberbia de su primera esposa.

Entre tanto Mardoqueo, de cuyos propósitos era consecuencia ocultar los estrechos vinculos que con la nueva reina le unían , pasaba largas horas sentado á las puertas de palacio, ó discurría por sus alrededores en demanda de noticias y secretos medios de comunicación ; costumbre que le hizo intervenir en dos notables sucesos. Fué el primero averiguar y poner en conocimiento de Esther cierto plan cautelosamente urdido contra la vida del soberano , por dos siervos de su casa ; muertos los cuales, en expiación de su crimen , registróse en las crónicas de la corona, juntamente con sus nombres , el del leal vasallo á quien debía su salvación Asuero. Carácter har-to diferente tuvo la otra aventura. Mientras con tan escaso premio correspondía el rey á tan singular beneficio, levantaba caprichosamente hasta el principado, y daba el primer lugar en su privanza, á un amalecita llamado Amán, hombre soberbio en tal manera , que , á semejanza de Nabucodonosor , quiso que en su presencia cayesen de rodillas cuantos se hallasen junto á la real morada ; y habiendo obedecido fácilmente los que á las puertas de palacio concurrían, sólo Mardoqueo tuvo entereza para rehusar aquel tributo de adoración , negado por precepto divino á toda criatura. A tanto subió con esto la cólera de Amán , que , juzgando mezquino sacrificio el de

su ofensor para satisfacerse, determinó acabar de un golpe con todos los hebreos á quienes alcanzara su mano; y así, fiado en el amor del príncipe, y en su despego de los negocios públicos, le dijo cierto día: «Hay un pueblo esparcido por todas las provincias de tu imperio, que practica nuevas leyes y ceremonias, y menosprecia las órdenes del rey. Si te parece bien, da un decreto para que perezca, y yo pagaré á tu tesoro diez mil talentos de plata». Justificó plenamente Asuero, y aun dejó atrás las esperanzas de su privado; pues entregándole el anillo con que solía autorizar sus disposiciones, dijo en respuesta: «La plata que prometes sea para ti; y por lo que toca á ese pueblo, haz como gustes»; y en tal punto cortó el diálogo, sin averiguar siquiera cuál fuese la nación contra la que acababa de pronunciar sentencia de muerte.

Alegre con tan fácil permiso, dispuso Amán el logro de su venganza mandando corredores á todas las provincias, con orden de aguardar cierto día, convenido de antemano, para proceder al saqueo y degüello de los israelitas; entre los cuales fueron los de la capital los primeros en saber la inesperada nueva. Heló á todos de horror aquel sanguinario decreto, y sólo el favorito insultó con su alegría la aflicción general, celebrando un espléndido festin; mas, mientras que gemían los niños y las mujeres, y rasgaban sus vestiduras los desesperados varones, Mardoqueo se aventuró á salir, cubierto con un cilicio, hasta las inmediaciones de la casa real, donde comenzó

á clamar acerbamente , puesta la confianza en que , si le oía Esther , enviaria quien le preguntase la ocasión de sus destempladas quejas. Con este arbitrio pudo comunicar á su sobrina lo ocurrido , y ordenarla que , pasando á la cámara del rey , salvase á sus compatriotas del daño que les amenazaba; pero fué, aunque fundada en verdad, ménos satisfactoria de lo apetecible la réplica de la virtuosa hebrea. «Todos los siervos de palacio , le envió á decir , y todas las provincias del imperio, saben que si un hombre ó una mujer entrare sin ser llamado, en el cuarto del rey, sin tardanza es entregado á la muerte , á menos que el rey extienda su cetro de oro en señal de clemencia, y así pueda vivir. ¿Cómo, pues, podré yo entrar , que no he sido llamada treinta días ha?» Consideró Mardoqueo atentamente la gravedad del caso , como quien tan cara prenda aventuraba en él, y respondió: «No pienses que porque estás en palacio has de salvar tu vida, sola tú entre todos los judíos; que ántes al contrario, si callares ahora , se salvarán ellos por alguna otra senda; mas tú y la casa de tu padre perecerán. ¿Y quién sabe si has llegado al reino para que sstudieses á punto en un tiempo como este?...» Despedido con tal recaudo el mensajero , tornó á poco rato , diciendo en nombre de su señora: «Anda y junta todos los judios que hallares en Susan , y haced oración por mí. No comáis, ni bebáis, hasta el tercero día, que yo ayunaré con mis criadas de la misma manera, y luego me presentaré en la cámara real , haciendo contra la

ley y abandonándome al peligro y á la muerte». ¡Tan fácilmente venció su timidez aquella solícita reina, menos cuidadosa de su propia vida, que de seguir la voz de la piedad y obedecer al protector de sus primeros años!

Puntualmente cumplieron los judios cuanto de ellos deseaba Esther, adelantándose Mardoqueo á darles ejemplo con el rigor de su penitencia y la humildad de sus oraciones. «Todo lo conoces, Señor (decia), y sabes que no por soberbia, ni por contumelia, ni por alguna codicia de gloria, he hecho esto de no adorar al soberbio Amán; porque por la salud de Israel, pronto estaria aún á besar con gusto las huellas de sus plantas. Mas he temido trasladar á un hombre la honra de mi Dios y adorar á otro que mi Criador no fuese. Por tanto, ahora, Señor-Rey, Dios de Abraham, tén misericordia de tu pueblo. ¡Y muda nuestro llanto en gozo, para que viviendo alabemos, Señor, tu nombre, y no cierres las bocas de los que te alaban!»

Mas nadie imploraba en aquel trance la misericordia divina con tan sentidos acentos como la misma Esther; la cual, viendo aproximarse la hora del peligro, después de haber depuesto las insignias de su dignidad, y humillado su cuerpo con cilicios y ayunos, mesaba sus cabellos cubiertos de ceniza, y exclamaba desde lo íntimo del corazón: «¡Señor mio; tú, que eres sólo nuestro Rey, socórreme á mí, desamparada! Yo oí contar á mi padre cómo tú, ¡oh Señor! tomaste á Israel de entre todas las gentes, y á nuestros

padres de entre todos sus mayores, para ponerlos en heredad eterna, é hiciste con ellos como lo habias dicho, hasta que, habiendo pecado delante de ti, nos entregastes en manos de nuestros enemigos. ¡Justo eres, Señor! Mas no se contentan éstos ahora con oprimirnos en esclavitud muy dura; sino que, atribuyendo á sus ídolos la fuerza de sus manos, pretenden trastornar tus promesas, y destruir tu heredad, y cerrar las bocas de los que te alaban, y apagar la gloria de tu altar y de tu templo. ¡Vuelve, Señor, contra ellos sus designios, y acuérdate de nosotros, y muéstratenos en el tiempo de nuestra tribulación! ¡Dame firmeza, Rey de toda potestad! ¡Pon en mi boca palabras propias, delante del león, é infúndele aborrecimiento de nuestro enemigo, y libranos con tu mano, y ayúdame, que no tengo otro auxilio sino á ti, Señor, que sabes todas las cosas! Tú sabes que abomino el distintivo de la soberbia puesto sobre mi cabeza en los días de la ostentación, y que en los de silencio lo aparto de mí; que no he comido de la mesa de Amán, ni me ha contentado el convite del rey; que nunca se ha alegrado tu sierva sino en tí desde que fué acá traída, hasta la hora presente. ¡Dios fuerte sobre todos, oye la voz de aquellos que no tienen otra esperanza, y libranos de manos de los inicuos, y sácame de mi temor!»

II. Venido el día tercero, quitóse la reina sus túnicas de luto, y trocándolas por espléndidas vestiduras, se dispuso á comparecer ante su esposo. Crecían sus congojas con la proximidad

del momento en que debía decidirse el éxito de aquella osada tentativa. Al cabo, según cuenta su historia, «brillando con los aderezos reales, é invocando á Dios, que es el Gobernador y Salvador de todos, tomó dos de sus criadas. Y se iba apoyando sobre la una, como si por delicadeza y demasiada debilidad no pudiese sostener su cuerpo; y la otra criada iba detrás de su señora, llevándole la falda, que arrastraba por tierra.—Ella, bañada su faz en colores de rosa, y con ojos graciosos y brillantes, ocultaba la tristeza del pecho, sobrecogido de un temor excesivo. Y cuando hubo pasado una por una todas las puertas, se puso enfrente del rey, donde estaba él sentado sobre el solio de su reino, ornado con reales vestiduras, y resplandeciendo con el oro y piedras preciosas; y su aspecto era terrible. Y habiendo levantado Asuero el rostro, y manifestado en sus ojos encendidos el furor de su ánimo, se desmayó la reina; y mudándose su color en palidez, reclinó su cabeza desfallecida sobre la criada».

Plugo á la Bondad Divina mover á clemencia el corazón del rey en aquel solemne instante. Derribóse del trono, diciendo: «¿Qué tienes, Esther? Tu hermano soy; no temas... No morirás, porque esta ley no ha sido establecida para tí... Acércate y toca el cetro». Pero viéndola permanecer inmóvil, puso sobre su cerviz el cetro de oro, abrazóla y dijo: «¿Por qué no me hablas?» «Te he visto, señor (respondió ella), terrible como un ángel del cielo, y mi corazón se ha turbado con el temor de tu majestad». Y al profe-

rir estas palabras, perdió nuevamente el sentido. Repuesta, empero, poco después, y tranquilizada con las afectuosas demostraciones de su esposo, pidióle que asistiese aquella tarde á su mesa, en compañía de Amán; súplica con que se acrecentaron juntamente el amor del monarca y la loca vanidad del favorito. Mas, aunque se verificó el banquete, todavía difirió Esther la realización de sus intentos, que tanto temía malograrlos, y tan profundo terror infundía en Persia el veleidoso ejercicio de la autoridad soberana; y así se despidió de Asuero, rogándole que tornase á visitarla con su privado en la tarde siguiente, y ofreciendo declararle entonces sus más íntimos deseos.

Retirábase Amán henchido de soberbia, cuando al trasponer las puertas de palacio, tropezó con Mardoqueo, que, á pesar del sangriento edicto promulgado contra su linaje, continuaba aguardando noticias de Esther en el lugar de costumbre. El asombro que su solo aspecto causó en el favorito rayó en lo indescriptible, al notar que, lejos de postrarse de rodillas aquel impávido anciano, ni siquiera se movía de su ordinario asiento; pero consolándose con pensar en la cruel venganza que tenía dispuesta, marchó Amán sin detenerse hasta su casa, donde refirió á sus familiares, así las nuevas honras que la reina le había otorgado, como el desacato contra su persona cometido. «Aunque tengo el amor del rey y el de su esposa (dijo, por conclusión), nada me parece tener mientras viere al judío Mardoqueo sentado

á las puertas de palacio». A lo que respondieron su mujer y sus amigos: «Da orden que se prepare un gran madero, de cincuenta codos de altura, y di mañana al rey que cuelguen en él á Mardoqueo, y de este modo irás alegre al convite con la reina». Pareció tan bien á Amán el consejo, que al despuntar la próxima aurora le encontró esperando ya ocasión de penetrar en la estancia de su soberano.

Perseguido éste de un tenaz insomnio, en que tenían parte principal los recuerdos del día antecedente, divertíase á la sazón en oír leer los anales de su imperio, donde constaba, según va dicho, la conspiración dispuesta contra su persona, con los nombres de cuantos en aquel suceso figuraron. Acertó á saber juntamente la llegada del favorito á su antecámara y el ingrato olvido con que habia sido pagada la lealtad de Mardoqueo; y aprovechando tan buena coyuntura, mandó que sin demora se le presentase Amán, á quien preguntó: «¿Qué debe hacerse con aquel hombre á quien el rey desea honrar?» Pero el engreido amalecita, cuyos pensamientos acerca de los juicios llevaban muy diverso rumbo, remontando el vuelo de sus propias esperanzas, imaginó que tan lisongera indicación sólo á él en todo el reino podia referirse; locura permitida por la Divina Providencia para dar principio á su castigo; y contestó, por lo tanto, al rey: «El hombre á quien deseas honrar, debe ser vestido de vestiduras reales, y montar un caballo de los del soberano, y ostentar sobre su cabeza la corona. Y el prime-

ro de los príncipes y grandes del rey lleve asida del diestro su cabalgadura, y caminando por la plaza de la ciudad, diga en voz alta: ¡Así sea honrado aquel que al rey pluguiere honrar». — «Date prisa (replicó entonces), y toma el manto y la cabalgadura, y haz cuanto me aconsejas con el judío Mardoqueo, que está sentado á las puertas de palacio. Y encárgote que no omitas cosa alguna de las que has dicho». Cuál fuese la confusión de Amán al oír estas palabras, no hay para qué ponderarlo; pendía, sin embargo, de Asuero toda su fortuna, y él, que con pérfidos artificios habia acomodado tan á menudo la regia voluntad á sus miras personales, hubo de aparentar aquella vez que aceptaba gustoso su propia humillación, por ajustarse á los mandatos del monarca. Cubrió, pues, con magnifico manto los hombros de Mardoqueo, y guiando del diestro su cabalgadura por los sitios de mayor concurso, gritaba ante los atónitos moradores: «¡De tal honra es digno aquel á quien el rey quiere honrar!»: pregón que le fué forzoso repetir, hasta que, dejando al anciano frente al pórtico de la casa real, pudo esconderse en la suya y desahogar su rabia y su vergüenza con tardío lloro. Sacáronle de allí emisarios de Asuero ordenándole acudir al convite de la reina, con la puntualidad que á tan alto favor era correspondiente.

Fortalecidas durante aquel festín las esperanzas de la piadosa hebrea con nuevas muestras de amor de su esposo, y presente en la memoria de éste la fidelidad de Mardoqueo, no parecía dable

ocasión más oportuna para salvar á los judíos, ni era cuerdo dejársela al despechado Amán, para que adelantase la ejecución de su venganza. Conociólo así Esther, cuando, al terminarse el banquete, oyó que el rey la decia: «¿Qué quieres que se haga, Esther? ¿Qué petición es la tuya para que se te conceda? Aunque pidas la mitad de mi reino, lograrás tu gusto»; y revelándole, por fin, el secreto de su linaje y la fe que profesaba, exclamó con voz que descubría bien la angustia de su espíritu: «¡Si he hallado gracia en tus ojos, oh rey, concédeme la vida, por la que te imploro, y la de mi pueblo, por quien intercedo! Porque hemos sido condenados, yo y mi pueblo, á la destrucción, y á degüello, y á exterminio; y ¡ojalá se nos vendiese á lo menos como esclavos, que este sería un mal tolerable, y gimiendo callaría! Mas ahora hay un enemigo nuestro, cuya crueldad redundaba contra la buena fama del rey». — «¿Qué hombre es ese? (preguntó Asuero) ¿y cuál su poder, que le dé tanta osadía?» Entonces le enteró ella de las sangrientas órdenes dictadas contra los hebreos, y pronunció el nombre de su injusto perseguidor, que inmóvil de sorpresa y de espanto, ni alzar los ojos podía, ni desplegar los labios para defenderse. Silencioso y ceñudo el monarca, alzóse de su asiento, y para sosegar su agitación salió á un huerto contiguo. En tanto Amán, temeroso de su próxima ruina, postrábase junto al lecho en que, según usanza oriental, yacía reclinada Esther, y tendiendo hacia ella los brazos, pedíala perdón con desesperada vehemencia; mas

ya era tarde para atajar el paso de la justicia de Dios; y aquel mismo acto en que cifraba el inicuo sus postreras esperanzas, acabó de precipitarle en desastroso término. Pues como regresase á esta sazón el rey, hallándole en tan descompuesta actitud, é imaginando que intentaba cobibir la voluntad de su consorte, pensamiento intolerable para su violenta condición y para el amor que la tenia, prorrumpió en descompasadas voces, á cuyo ruido luego se vió llena la estancia de gente, que redujo al criminal á punto de no ofrecer la menor resistencia. Y habiendo dicho uno de los que acudieron: «Mira, ¡oh rey! que en casa de éste han puesto una horca de cincuenta codos de altura para el judío que hablando salvó tu persona»; ordenó el monarca que muriese Amán en el mismo patibulo destinado á Mardoqueo por su vengativa saña. Así cayó de la cumbre de la soberbia aquel impio amalecita, y así bendijo el Altísimo los esfuerzos de su sierva Esther, desconocida al principio, ensalzada luego por su modesta hermosura, triunfante por su caritativo celo, y humilde siempre, como la Iglesia cristiana, de que fué anticipada imagen.

Premió el rey las virtudes de Mardoqueo, entregándole el anillo, simbolo de su privanza; y desde entonces celebraron anualmente los israelitas una piadosa festividad en memoria de haberse trocado su aflicción, por tan extraños medios, en triunfo y regocijo.

CAPÍTULO II

CONCLUYEN LAS PROFECÍAS.

GOBIERNO DE NEHEMÍAS Y DE LOS SACERDOTES.

- I. *Esdras.*—*Nehemías.*—*Edicto para la reedificación de Jerusalén.*—*Solemne dedicación de los muros.*—*Hallazgo del fuego sagrado.*—*Libro de la ley.*—*Malaquías, último profeta.*—(Años del mundo, 3550 á 3562; ántes de J. C., 454 á 442.)—II. *Gobierno sacerdotal.*—*Atejandro Magno en Jerusalén.*—*Versión de los Setenta.*—(Años del mundo, 3562 á 3727; ántes de J. C., 442 á 227.)—III. *Ontas.*—*Castigo de Heliodoro.* (Años del mundo, 3817 á 3818; ántes de J. C., 187 á 186.)—IV. *Antioco Epifanes.*—*Persecución en Jerusalén.*—*Muerte de Eleazar.*—*Martirio de una madre con sus siete hijos.* (Años del mundo, 3828 á 3837; ántes de J. C., 179 á 167.)

I. Autorizados los judíos para volver á su patria, forzoso parecía que se les dejase levantar sobre las ruinas de Jerusalén aquellos edificios sin los cuales hubiera sido imposible el uso de la licencia obtenida; no estribando además, ni en el restablecimiento del templo, ni en la construcción de viviendas para los nuevos pobladores, que reconquistase la ciudad de David el poder con que en tiempos pasados había prevalecido y héchose temible á todas sus rivales. Cifrábase su fortaleza en los robustos muros arrasados por los babilonios, y cuya restauración debía concidir, según la profecía de Daniel, con el principio de las *setenta semanas*; mas por lo mismo que tanta importancia tenia aquel suceso para Jerusalén, le

retardaban los monarcas persas; trascurriendo así todos los reinados de que va hecha mención, hasta que por muerte de Jerges, hijo de Asuero, ascendió al trono Artajerges Longimano.

Erigióse este príncipe en patrocinador de los hebreos, comenzando por renovar el acto de Ciro en favor de los que subsistian por entonces en Asia, y enviando mil setecientos de ellos á Judea, bajo el mando de Esdras, sacerdote aaronita, á quien entregó considerable cantidad de vasos de oro y plata con destino al templo, y órdenes sobremañera conducentes al buen servicio y esplendor del culto. Beneficios no menores produjo la presencia de aquel celoso varón en la Santa Ciudad, cuyos habitantes, abandonados al impulso de la próspera fortuna, volvian ya á hacerse reos de ingratitud para con su Criador, infiriéndole gravísimos agravios; pero si para reformar al pueblo fueron eficaces los esfuerzos de Esdras, no alcanzaba su buena voluntad á socorrer del propio modo el desvalimiento de Jerusalén, que, odiada como siempre de las naciones fronterizas, se ofrecia completamente abierta á sus ataques y era victima de continuas y espantosas violencias. Cupo la gloria de remediar estos males á otro judío nombrado Nehemias, que, gozando en Susán gran concepto de saber y virtud, asistía en la corte con cargo de copero; noticioso el cual de las muertes, incendios y robos consumados contra sus míseros compatriotas, imploró la protección del Altísimo para obtener la de Artajerges, con tan fausto resultado, que al fin ejecutó este

monarca lo que no había hecho ninguno de sus predecesores. Expidiéronse, pues, á los ochenta y dos años de haber concluido la cautividad, aquellas deseadas órdenes para reedificar los muros de Jerusalén, precursoras de la restauración del género humano; y aunque á la sazón se hallaban sometidos los hebreos á la autoridad civil de un sátrapa, que la ejercía en nombre de su rey sobre el territorio de Siria y Palestina, fué Nehemias nombrado gobernador de Judea, á donde llegó encubierto, para estudiar á solas el estado de la Ciudad Santa y lo que á su defensa conviniese.

Invertidas efectivamente tres noches en recorrer el circuito de Jerusalén, examinando sus derruidas murallas, congregó el nuevo gobernador en el cuarto día al Soberano Pontífice y á los caudillos de Judá, á quienes, hecha relación de su encargo, alentó para la árdua empresa; y como los hallara conformes en el deseo de darla pronto y feliz remate, dispuso proceder á su ejecución tan aceleradamente como las circunstancias lo requerían. Porque era de sospechar que, no aviniéndose los incansables enemigos de Israel á perder las ventajas hasta entonces obtenidas, procurasen estorbar el intento con todo el poder de su gente; y el suceso acreditó muy pronto la exactitud de semejantes temores. Entonces ofreció la fábrica de los muros un extraordinario espectáculo. En tanto que atendían á su faena la mitad de los mancebos, manejando pesadas herramientas, pero sin desceñir la espada, acudía

el resto con lanzas, ballestas, petos y broqueles, á contrarrestar la acometida de los contrarios por donde quiera que se presentasen, anhelosos de interrumpir la comenzada obra. Contribuían al logro de este plan atalayas apostados de trecho en trecho, y trompeteros que avisaban hacia dónde debía cargar el grueso de las huestes; discurrían celosamente los capitanes por los puntos de mayor peligro; y descollaba entre ellos por su valerosa actividad el mismo Nehemias, quien, sin sosegar en todo aquel tiempo; ni siquiera los instantes precisos para cambiar de traje, fortalecía el espíritu de sus súbditos gritándoles: «¡No temáis delante de ellos! ¡Acordaos del Señor, grande y terrible, y pelead por vuestros hermanos y por vuestros hijos; por vuestras hijas, por vuestras mujeres y por vuestras casas!» Merced á tan vigorosos esfuerzos, bastaron cincuenta y dos días para concluir la reedificación de Jerusalén; días de terrible angustia, como estaba profetizado, pero de gratisimas consecuencias, é inmediatamente seguidos de otros en que, ya seguro el pueblo, se abandonó á imponderable regocijo. Presentes en la Ciudad Santa todos los levitas y cantores de Judea, subieron á la muralla, llevando al frente á los príncipes, y acompañándoles innumerable muchedumbre; y luego que hubieron dado vuelta á todo el recinto, celebraron solemnemente su dedicación con holocaustos, cantares y piadosas aclamaciones.

Por medios aún más admirables manifestó después el Omnipotente la protección que á Ne-

hemías dispensaba. Sabedor este celoso hebreo de que, al sucumbir Jerusalén, había preservado cautamente Jeremías de la impiedad de los conquistadores el fuego del altar, pensó que, á pesar del tiempo transcurrido, podría subsistir aquel sagrado depósito; mas por resultado de sus investigaciones sólo descubrió un poco de agua, hallazgo harto diverso del que se proponía. Lleno, sin embargo, de fe religiosa, dispuso un sacrificio, cuyas víctimas y leña mandó rociar con el misterioso licor recogido en fuerza de sus afanes; y entonces se vió al sol, disipando las nubes que lo encapotaban, asestar derechos sus rayos sobre el ara y producir una llama voraz, que rápidamente consumió todo el holocausto. «Señor Dios, Criador de todas las cosas (exclamó Nehemías); tú, que sólo eres Bueno; tú sólo Justo y Todopoderoso, y Eterno, recibe esta ofrenda por tu pueblo de Israel, y guarda tu porción, y santificala. Congrega á los dispersos; libra á los que sirven en poder de gentiles, y mira á los despreciados y aborrecidos, y afirmanos en tu santo lugar, así como lo dijo Moisés, para que sepan las naciones que tú eres nuestro Dios». Y asociándose á estas súplicas los sacerdotes, prorrumpieron en fervorosos himnos de adoración, agradecimiento y alabanza.

Durante todo su gobierno se ocupó Nehemías en fomentar la población de Jerusalén, proveer á su defensa, restaurar el culto divino, restablecer el buen orden y mejorar las costumbres públicas; auxiliándole sin descanso en todos sus propósitos

el venerable Esdras, que, puesto sobre un escaño á las puertas de la ciudad, leyó públicamente los libros de la ley, cuando se hallaban reunidos los israelitas para santificar la fiesta de los Tabernáculos. Y fué tan grande el efecto de esta lectura en los ánimos de la muchedumbre, que hubo de moderarle aquel prudente varón, procurando convertir las lágrimas y gritos de arrepentimiento en himnos y exclamaciones de religioso regocijo; de todo lo cual nació la idea de instituir sinagogas donde pudiera el pueblo, periódicamente congregado, volver á oír la palabra divina. Para cooperar á tal intento, el mismo Esdras, á quien denominaron sus compatriotas *Príncipe de los doctores de la ley*, reunió en un solo cuerpo los escritos sagrados; y asistido de inspiración celestial, los expurgó de toda corruptela, dividiéndolos en veinte y dos libros, correspondientes á las letras del alfabeto hebráico. Celebróse tras esto una numerosa junta, en que renovó solemnemente el pueblo, por excitación de Nehemías, su alianza con el Sumo Hacedor; y consolidadas así todas las reformas, se consigné el compromiso, en un acta que juraron obedecer los israelitas, firmándola sus principes y sacerdotes.

Digno era de la Sabiduría Eterna ordenar que enmudeciesen mucho ántes de descender al mundo nuestro Redentor, aquellos claros varones que por espacio de tantos siglos habian estado prometiéndole su venida; para que la exactitud de los vaticinios resaltase doblemente, al considerar, por el remoto tiempo en que se pronunciaron,

cuánto excedían á la humana previsión los hechos de que nos dieron cuenta. Extinguiéronse, pues, reedificada Jerusalén, las proféticas voces que habian los hombres comenzado á oír cuando salió Adán del Paraíso; sonando las últimas en boca de Malaquías, quien, después de afirmar que á los antiguos holocaustos sucedería una oblación incruenta, perpetua y universal, aseguró que aparecería, proclamando la llegada de Cristo, un santo Precursor, á quien designó así: «He aquí que envío mi *Angel de Santidad*, y preparará el camino ante mi faz. Y luego vendrá el DOMINADOR que buscáis y el ANGEL DEL TESTAMENTO, que apetecéis. He aquí que viene, dice el Señor de los ejércitos». Bastaba á los judíos observar los mandamientos de su religión hasta que se cumpliesen aquellos admirables oráculos; y tal fue cabalmente el postrer aviso que les comunicó el Sér Supremo por boca de su Profeta: «Acordáos de la ley de Moisés, mi siervo, que son mis preceptos y juicios».

Terminado el gobierno de Nehemías, heredaron su autoridad los Soberanos Pontífices.

II. Más de medio siglo era pasado, y había conseguido Judea, viviendo en continuo reposo, prosperidades de largo tiempo atrás desconocidas en su historia, cuando las expuso á innecesario riesgo con tomar parte en una sedición de fenicios contra el monarca persa Artajerges Oco; el cual atravesó inmediatamente las fronteras, ganó de una acometida á Jericó, y redujo á cautiverio considerable porción de israelitas, que, pe-

regirando luego de ciudad en ciudad , propagaron su raza por todo el mundo conocido.

Sobrevino después una revolución , de aquellas que en breves dias confunden los cálculos de la soberbia humana y trastornan la faz de los imperios más vastos. Alejandro , rey de Macedonia , recién levantado al trono de su padre Filipo , ardió en ambición de dominar el orbe , sumiso al cetro de los príncipes persas ; lanzóse al Asia en busca de Darío Codoman , y mientras se aprestaba á derrotarle en Arbela , asentó sus reales frente á la gran ciudad de Tiro.

Mas como para proseguir el asedio enviase á pedir viveres al pueblo israelita , el cual desoyó esta demanda por no quebrantar sus pactos con Darío , encolerizado el macedonio , marchó contra Jerusalén , cuyas fuerzas distaban mucho de poder igualarse al ímpetu de tan pujante adversario. Inspiró el Cielo á los judíos en tal extremidad un imprevisto medio de salvar su existencia , y fué que , abriendo las puertas de la plaza , sembrando de flores las calles , y llevando consigo á sus sacerdotes , ornados de magnificas vestiduras , se adelantasen procesionalmente al encuentro de Alejandro , con esperanzas de aplacarle , que justificó el suceso ; pues apenas leyó aquel príncipe el nombre de JEHOVÁ , que , escrito en caracteres de oro , ostentaba sobre su pecho el Soberano Pontífice , declaró haber visto á éste en sueños ántes de su partida de Macedonia , alentándole á salir á batalla ; y á impulsos de la gratitud , cambió súbitamente su furor en clemencia

y aun en religioso acatamiento. Sirvióse de tan favorable mudanza el Sumo Sacerdote para conducir a su enemigo hasta el Templo, donde tributó acciones de gracias y sacrificó víctimas; y luego colmó de asombro el espíritu de aquel ambicioso conquistador, mostrándole patentes los oráculos en que había predicho Daniel la ruina del imperio de Ciro y el rápido engrandecimiento de los griegos.

Destruída la monarquía pérsica, pasó Judea al dominio de Alejandro, el cual prosiguió la serie de sus proezas hasta que, sorprendiéndole temprana muerte, hubo de dejar la corona hecha trozos en poder de sus generales. Entonces tocó á los hijos de Lago dictar leyes á Egipto y á Israel, cuya prosperidad continuó acrecentándose bajo el amparo de estos príncipes, y en particular bajo el de Ptolomeo Filadelfio; monarca á quien se debe una célebre versión de las Santas Escrituras, hecha de su orden en lengua griega por setenta y dos sabios hebreos, y depositada 277 años ántes de Jesucristo en la Biblioteca de Alejandria.

III. Tiempo adelante desposeyeron de Judea á los Ptolomeos los descendientes de otro general de Alejandro, establecido por rey de Siria, donde fundó la dinastia de los Seleucidas. No fué desfavorable en sus principios á los israelitas la dominación siriaca, y, ántes al contrario, cuando empuñó el cetro Seleuco Filopator, mostróseles tan aficionado, que señaló de su peculio rentas con que se costease el gasto de los sacrificios;

pero dió en tierra con tan felices disposiciones la perfidia de un benjamita llamado Simón, quien, por vengarse de no haber podido vencer en cierto injusto intento la entereza del Sumo Sacerdote Onias, reveló á sus opresores que en el Erario de Jerusalem se guardaban gruesos caudales, de los que facilmente lograria el rey hacerse dueño. Y acertando Seleuco á recibir esta noticia, á tiempo en que, apoderadas de su propio hijo las legiones romanas, le exigian el pago de un cuantioso tributo, envió apresuradamente á Heliodoro, su privado y ministro, con orden de registrar el templo y confiscar, sin excepción alguna, las sumas de dinero que dentro de él se custodiasen.

Componiase aquel tesoro exclusivamente de cantidades dadas en depósito ó destinadas al sustento de huérfanos y viudas; por donde se comprenderá la consternación de los judios cuando cundió de boca en boca cuál era el fin con que pasaba á Jerusalem el dignatario siriaco. Llegó el dolor popular á sus últimos limites al ver que Heliodoro, desatendiendo súplicas y razones, se dirigia al templo y amenazaba derribar sus puertas, si de buen grado no se le concedia entrada. Asomados en las casas del tránsito, ó juntos en piadosas rogativas los habitantes de la Santa Ciudad, pedian al Todopoderoso que no permitiese el proyectado sacrilegio; oraban los sacerdotes puestos de rodillas delante del altar; clamaban las espantadas mujeres, vestidas de cilicios y discurrendo en tropel por las calles. Mas nada podia compararse en aquel cuadro de general tris-

teza con el estado del venerable Pontifice , cuyo temblor , palidez y decaimiento , doblemente angustiosos en persona de tantos años y dignidad, eran de tal especie , que «quien ponía los ojos en su cara , quedaba herido en el corazón»; sin que por esto dejase de mostrar Onías su acostumbrada firmeza, representando una y otra vez al emisario real lo ilícito del acto á que violentamente se arrojaba con defraudación de Dios y de los pobres.

A tal punto las cosas, plugo al Dueño de toda potestad castigar con un escarmiento aterrador la codicia de los impíos. Comunicaba ya á sus guardias el ministro de Seleuco órdenes para franquearle el paso , cuando vinieron á tierra, derribados por virtud divina, cuantos se aprestaban á obedecerle. Cayó también Heliodoro , acometido de un furioso caballo, que, sin verse por dónde , salió súbitamente y se arrojó de manos sobre su pecho , llevando encima una figura humana de horrenda vista y bruñidas armas de oro; y mientras gemía el miserable bajo los piés de aquel desbocado bruto , aparecieron dos hermosos mancebos, llenos de majestad y nobilísimo ornato, que, puestos junto á él, comenzaron á herirle con ásperos azotes , creciendo á cada golpe su ira. Dejaronle, por fin , faltar ya de sentido ; y el que con tanto aparato de armas y gente pretendia atropellar la inmunidad del templo, hubo de retroceder solitario y llevado en hombros, sin que sus amigos osasen socorrerle.

Fué el primer impulso de éstos , luego que á

ello les dió lugar el espanto, pedir rendidamente al Sumo Pontífice que orase por la salud de Heliodoro; y habiéndoles complacido aquel buen anciano, aparecieron otra vez al ministro de Seleuco los dos misteriosos mancebos, para comunicarle la voluntad divina, diciendo así: «Da las gracias á Onías, el Sacerdote, pues por amor suyo te ha concedido el Señor la vida. Mas tú, que fuiste azotado de Dios, anuncia á todos sus maravillas y su omnipotencia». Recogiendo, pues, su gente, y ofreciendo holocaustos al Altísimo, y acciones de gracias al venerable Pontífice, tomó Heliodoro la vuelta de Siria, donde publicó los prodigios en que le habia tocado tan importante parte. Mas no por eso desistía el monarca de sus sacrilegos intentos; y como buscase otras personas á quienes encomendar la empresa, le dijo el desengañado favorito: «Si tienes algún contrario ó que forme designios contra tu reino, envíalo allá y le recibirás azotado, caso de que escape con vida. Porque el mismo que mora en los cielos, es el visitador y protector de aquel lugar, y hiere y mata á los que van con resolución de profanarle».

IV. Harto sólido fundamento tenían estas razones; pero menor hubiera sido la pesadumbre de quien las escuchaba, si hubiese alcanzado á comprender entonces lo que el trascurso de algunos años puso en evidencia; que «no ama Dios la gente por el lugar, sino el lugar por amor de la gente». Con tantos ejemplos de la Justicia eterna, tantos preceptos celestiales, tantos y tan ex-

traordinarios beneficios , parecía imposible que volviese á su depravación el pueblo israelita ; y , sin embargo , no bien se vió libre de Heliodoro , comenzó Jerusalén á ser teatro de escandalosos hechos , que eclipsaron muy pronto la memoria de sus antiguos crímenes. Murió degollado el piadoso Onías ; vendióse al mejor postor la Sacrificatura Suprema ; instituyéronse fiestas profanas á estilo griego ; el Sumo Sacerdote Jasón infamó su nombre , contribuyendo con ofrendas al culto de las falsas deidades de Tiro ; y , disputada su autoridad por otro ambicioso , ardió de un extremo á otro la república en asoladora guerra de hermanos. Entonces apartó el Altísimo su diestra de la raza pecadora , y juntamente sintieron su castigo el pueblo en la ciudad y los levitas en el templo. Temiendo Antioco Epifanes , sucesor de Seleuco , que á favor de tantas revueltas quisiesen los judíos allegarse al bando de su rival el rey de Egipto , presentóse delante de Jerusalén , forzó su entrada , y arrojó , cuchilla en mano , á la soldadesca contra sus desventurados moradores , sin exceptuar edad ni sexo. Tres días duró la horrorosa matanza , con exterminio de ochenta mil personas , perdiéndose los caudales milagrosamente preservados ántes , el altar , la mesa y el candelero de oro ; y , aunque tan tremendo aquel castigo , sólo fué anuncio de mayores daños. Porque resuelto Antioco á intentarlo todo para consolidar su tiránico imperio , osó erigir en el Tabernáculo , como objeto de adoración , una estatua de Júpiter Olímpico , é impuso pena

de muerte á cuantos observaran la ley divina dentro y fuera de la capital de Judea.

Reanimándose por fortuna el celo de los descendientes de Abraham al rigor de la cruel persecución que de aquí tuvo origen, la mayor parte de ellos perseveró en su fe, y, para vergüenza de los prevaricadores, hubo muchos que ganaron á fuerza de constancia la inmarcesible corona del martirio. Con singular aplauso repetirá siempre la historia el nombre del anciano Eleazar, que, mostrando poseer un corazón tanto más vigoroso, cuanto más débiles eran sus miembros, prefirió morir á sustentarse de viandas consagradas á los dioses falsos. Rogábanle sus deudos que cambiase disimuladamente aquellas viandas por manjares licitos, con lo que salvaria las apariencias y se libertaria de cometer pecado; mas él se opuso á semejante ardid: «Porque no es decoroso (dijo) conservar este pequeño resto de una vida corruptible, atrayendo sobre mi ancianidad execración é infamia. Por cuanto muchos mancebos, pensando que Eleazar, de noventa años, se habia adherido á los gentiles, ellos también caerian en yerro por esta mi ficción; y aunque yo, en este tiempo presente, me librase de los suplicios de los hombres, mas de la mano del Todopoderoso no podré escapar, ni vivo ni muerto. Por lo que, muriendo varonilmente, me mostraré digno de esta ancianidad, y dejaré á los mozos un ejemplo de fortaleza, si en defensa de la ley de Dios sufre muerte honrosa con ánimo pronto y constante». Luego que hubo hablado asi, marchó al suplicio,

y mientras le remataban los verdugos , gimió y dijo: «Tú, Señor, que tienes toda ciencia, Tú conoces á las claras que , pudiendo librarme de la muerte, sufro en mi cuerpo extremados dolores; mas en mi alma los padezco de buena voluntad por amor tuyo». Y de este modo acabó su santa vida.

Ejemplos más sublimes aún dejaron que admirar una mujer llamada Macabea , y siete mancebos, hijos suyos , cuando exigió el monarca que se contaminasen también con el uso de alimentos ilícitos. Llamábanse aquellos valerosos hermanos Macabeo, Aber, Maquiri, Judas, Acás, Areth y Jacob (1); y como dispusiese Antioco que se les atormentara con azotes, hasta hacerles renegar de su fe, apresurándose el primero de ellos á desvanecer tales esperanzas , le dijo: «¿Qué pretendes y qué quieres saber de nosotros? Aparejados estamos á morir ántes que violar las leyes de Dios y de nuestra patria». Obedientes entonces los verdugos á una voz de su amo, arrancaron la lengua al esforzado Macabeo, quitáronle la piel de la cabeza, cortáronle las extremidades de las manos y de los piés, y cual si temieran que sobreviviese á tan cruel mutilación , le echaron dentro de una caldera encendida, presenciándolo todos sus hermanos y su propia madre. Y en tanto que le

(1) No constan estos nombres en las Santas Escrituras. Los trae Josefo, y ha parecido que, haciendo la presente advertencia, no habria inconveniente en copiarlos, para satisfacer el interés que despierta todo cuanto se refiere á estos santos mártires.

consumía la actividad de la lumbre, no flaqueaba su espíritu, ni el de aquella piadosa mujer, ni el de los demás mancebos; ántes al contrario, se aletaban unos á otros á sufrir con valor, diciéndose: «El Señor Dios verá la verdad, y El nos consolará, como lo declaró Moisés en su cántico»; hasta que sobrevino la muerte al atormentado mozo.

Pero era sobrado violenta la furia del tirano para hartarse con una sola víctima, y debía extenderse la gloria de aquella heroica familia á más que á las palmas triunfales del primogénito. Siguióle en su suplicio el hermano inmediatamente inferior en edad, y á éste los otros, por su orden. Todos soportaron antmosamente los tormentos delante de su madre; todos se despidieron del mundo fortaleciendo con su voz la fe de los que quedaban.

Arrancada al segundo la piel del cráneo, detuviéronse sus verdugos y le preguntaron si quería tomar viandas vedadas; pero él prefirió que continuase su suplicio, y á punto ya de espirar, dijo á Antioco: «Tú, ¡oh perversísimo! nos haces perder la vida presente; mas el Rey del mundo nos resucitará en la resurrección de la vida perdurable, por haber muerto por sus preceptos».

El tercero presentó voluntariamente la lengua y las manos al filo del cuchillo, diciendo: «Del cielo tengo estas cosas; mas todas ellas las desprecio hoy por las leyes de Dios, porque de El mismo espero recobrarlas».

Tras éste, padecieron martirio sucesivamente

otros tres, gritando el uno á su bárbaro opresor:

«Nos es mayor ventaja el ser entregados á muerte por los hombres, esperando firmemente en Dios, que de nuevo nos ha de resucitar; pero tu resurrección no será para la vida».

Y otro: «Aunque eres un hombre mortal, haces lo que quieres; mas no presumas que Dios ha desamparado á su pueblo; aguarda sólo un poco, y verás su grande poder, y de qué manera te atormentará á tí y á tu linaje».

Y el otro: «Por nuestra culpa padecemos esto, habiendo pecado contra nuestro Criador, y cosas terribles nos han acaecido; mas no te persuadas que quedarás sin castigo, porque has osado pelear contra Dios».

La madre, sobremanera admirable y digna de la memoria de los buenos, que, viendo morir á sus siete hijos en el término de un solo día, lo llevaba con ánimo constante por la esperanza que tenía en el Señor, llena de discreción y fortaleza, exhortaba á cada uno de ellos, según se desprendían de sus brazos para ofrecerse á la muerte; y uniendo un ánimo varonil á la ternura de mujer, les decía: «No se de qué modo os formásteis en mi seno, porque no fui yo quien os dió espíritu, ni alma, ni vida, ni quien coordinó los miembros de cada uno de vosotros. ¡El Criador del mundo, que formó al hombre en su origen, y dió principio á todas las cosas, misericordioso, os restituirá el espíritu y la vida, porque ahora por amor á sus leyes os despreciáis á vosotros mismos!»

Aún quedaba vivo el más joven de todos. Temeroso el rey de los efectos que podrían surtir en Israel tan repetidos ejemplos de constancia, amansó para con este mancebo su ferocidad, y viéndole de pocos años, esperó reducirle con persuasiones, halagos y promesas de hacerle objeto de envidia en el mundo por sus riquezas y valimiento; propósito en que se empeñó de tal manera, que, al conocer la inutilidad de sus propios esfuerzos, recurrió á la madre del adolescente para que le llamase al amor de la vida. Pero inclinándose ella hacia donde estaba su postrer hijo, le habló así en hebreo: «Hijo mío, ten piedad de mí, que te llevé en mi seno nueve meses, y te di el pecho tres años, y te he criado y conducido hasta esta edad. Ruégote, hijo, que mires al cielo, y á la tierra, y á todas las cosas que allí hay; y entiende que Dios de la nada las hizo á ellas y á todos los hombres. Así no temerás á este verdugo; mas haciéndote digno consorte de tus hermanos, recibirás la muerte, para que yo te recobre con ellos en la Misericordia que esperamos». Disponiase á seguir; pero la atajó el mancebo: «¿Qué esperáis de mí? (dijo al bárbaro monarca y á sus ministros). No obedezco al mandato del rey, sino al de mi ley. Mas tú, ¡oh malvado! que eres el autor de todos nuestros males, no te ensoberbezcas inútilmente con vanas esperanzas; no te escaparás de la mano de Dios. Porque mis hermanos, habiendo tolerado ahora un dolor pasajero, están ya bajo la alianza de la vida perdurable; pero tú, por el juicio divino, pagarás las

penas debidas á tu soberbia. Del mismo modo que mis hermanos, entrego mi alma y cuerpo por las leyes de mis padres; rogando al Señor que se muestre cuanto antes propicio á su pueblo, y que tú, al sentir el rigor de su mano, confieses que El es el solo Dios». Rebosó con esto la mal reprimida cólera de Antioco, y pasando en un instante de extremo á extremo, propúsose obtener á fuerza de crueldad el triunfo negado á sus viles sollicitaciones. Entregado, pues, aquel valiente niño á poder de los verdugos, vió expuesta su virtud á pruebas mucho mas prolijas y horrorosas que las usadas contra ninguno de sus hermanos; pero, por la misericordia del Señor, creció su fortaleza á proporción de los tormentos, hasta que sin contaminarse exhaló el espíritu. Tras esto llegó para la infeliz madre el descanso que ambicionaba, y por fin se reunió á sus hijos en el seno de Dios, agradecida al bárbaro golpe que mezcló su sangre con la de aquellos santos mártires.

CAPÍTULO III

GOBIERNO DE LOS MACABEOS. — SALE DE JUDÁ EL
CETRO.—ESPECTATIVA GENERAL.

I. *Matathías.*—*Primeras proezas de Judas Macabeo.*—*Muerte de Antioco.* (Años del mundo, 3837 á 3840; ántes de J. C., 167 á 164.)—II. *Siguen las proezas de Judas Macabeo.*—*Valor de Eleazar.*—*Ultimo triunfo y glorioso fin de Judas.* (Años del mundo, 3840 á 3843; ántes de J. C., 164 á 161.)—III. *Jonathás y Simón, sucesores de Judas Macabeo.* (Años del mundo, 3843 á 3870; ántes de J. C., 161 á 134.)—IV. *Ultimos caudillos del pueblo de Dios.*—*Judea en poder de extranjeros.*—*Espectativa general de un Salvador.* (Años del mundo, 3870 á 4004; ántes de J. C., 134 y siguientes.)

I. Queriendo apartarse de tantos escándalos y horrores, salió por entonces de Jerusalén un sacerdote anciano, nombrado Matathías, é hizo asiento con sus hijos en la ciudad de Modin; mas, lejos de lograr el descanso que buscaba, no tardó en ver invadida aquella población por mensajeros del rey de Siria, que, allí como en todas partes, comenzaron á establecer por fuerza el culto de los idolos. Obligado de este modo á declarar su fe: «¡Dios nos ampare! (dijo esforzadamente). ¡No sacrificaremos con infracción de nuestras leyes!» Y viendo al mismo tiempo que consentia otro israelita en apostatar, cerró con él y con un siriano que le acompañaba, dejó muertos á los dos sobre sus sacrilegos altares, atravesó la ciudad gritando: «¡Todo aquel que tenga celo por la ley, salga en pos de mí!» y se acogió fugitivo á los montes,

Alcanzó la voz de insurrección tan estruendoso eco, que muy pronto capitaneó el valiente sacerdote fuerzas bastantes para descender de su asilo y recorrer ciudades y campiñas, castigando á los infieles, alentando á los medrosos, fatigando á sus perseguidores, y destruyendo en todas partes las aras por ellos erigidas. Pero era demasiado árdua la obra con tan buenos auspicios empezada para poder llegar á término en vida de aquel animoso anciano. Rendido, pues, al peso de la edad, congregó Matathias en torno de su lecho á sus cinco hijos, Juan, Simón, Judas, Eleazar y Jonathás, y les encomendó la defensa de la religión y de la patria, diciendo así: «Ahora que ha tomado fuerzas la soberbia, y es el tiempo del castigo y de la ruina, ahora, ¡oh hijos! sed celosos de la ley y dad vuestras vidas por el testamento de vuestros padres. Acordáos de las obras que ellos hicieron en sus generaciones, y ganaréis gloria grande y nombre eterno. Porque ¿acaso Abraham no fué hallado fiel en la tentación, y le fué esto imputado á justicia? Por su fidelidad obtuvo Josef señorío en Egipto; Finées la promesa de un sacerdocio perdurable; Josué la dignidad de caudillo de Israel. Logró Caleb su herencia; David consiguió el trono para siempre; Elías fue recibido en el cielo; Ananias, Azarias y Misael fueron librados de la llama, y Daniel de la boca de los leones. Y así, id discurrendo de generación en generación—porque todos los que en EL esperan no se enflaquecen;— y no temáis de palabra de hombre miserable, sino esforzáos

26
MUSEO HISTORICO NACIONAL
DE LA CIUDAD DE MEXICO
MEXICO

se suscribe á EL CRONISTA DEL CLERO por un año.

y obrad con valor por la ley, por la cual seréis gloriosos. Ahí teneis á Simon, vuestro hermano, yo sé que es hombre de consejo; á él escuchad siempre, y él será á vosotros padre. Y Judas Macabeo, de grande valor desde su juventud, sea el general de vuestras tropas, y él manejará la guerra del pueblo. Y atraeréis á vosotros los que observaren la ley, y estad atentos á los preceptos de ella». Tras esto, bendijo el buen sacerdote á todos, y se reunió con sus ascendientes.

Asistido, pues, de sus hermanos y de cuantos habian contestado al llamamiento de Matathias, tomó Judas sobre si la dirección de la guerra, logrando, desde los primeros lances, que se esparciese por muchas leguas á la redonda el terror de su nombre. Caudillo ya de seis mil soldados, arrojabase á libertar y fortificar lugares, ó sorprendia las huestes siriacas, ó *cubría con su espada el campamento*; y era siempre, según las Santas Escrituras, «como un león en sus obras, ó como cachorro de león que ruje en la caza». Quiso Apolonio, gobernador de Samaria y Judea, salir en persona á contrarrestarle con toda la gente que al intento pudo reunir; pero derrotado y muerto en el combate, ni aún hubo quien libertase su espada, que desde entonces fué en manos del vencedor instrumento de prodigiosos hechos. Igual fortuna cupo al numeroso ejército con que acudió por las fronteras, á remediar aquel revés, el general de Siria Serón; si bien, contemplando la muchedumbre de sus compañías, decian los hebreos: «¿Cómo podremos pe-

lear contra tantos y tan fuertes, nosotros que estamos hoy debilitados por el ayuno?» Mas el valeroso capitán infundió á todos su propio esfuerzo con estas palabras : « Fácil cosa es encerrar á muchos en las manos de pocos; porque no está el vencer en el número del ejército , sino que del Cielo viene la fortaleza. Ellos vienen con multitud insolente y con orgullo , para destruirnos con nuestras mujeres y con nuestros hijos; mas nosotros peharemos por nuestras vidas y por nuestras leyes, y el mismo Señor los confundirá; por tanto, cobrad confianza». Dijo, y desde los altos de Bethoron cayó de improviso sobre sus adversarios , rompió sus filas, y, acuchillándolos por toda la bajada , les obligó á refugiarse en el territorio de los filisteos , con pérdida de ochocientos hombres.

A la fama de estas victorias , que cundió rápidamente hasta la corte enemiga , asombraronse los soberbios siriacos , y se trocó su desprecio á Israel en violenta sed de venganza. Llamado Antioco á las provincias superiores del Eufrates, por sucesos no menos aciagos para su corona, nombró regente del imperio á su deudo Lisias , con orden de arrojar sobre Judea cuantas tropas fuesen necesarias para apagar de una vez el fuego de la insurrección; y en breve se dispusieron á cumplir su voluntad cuarenta mil peones y siete mil ginetes, que , al mando de Ptolomeo , Nicanor y Gorgias , asentaron sus tiendas en la llanura de Emmaus, no lejos de la Ciudad santa. Seguiales gran turba de mercaderes, que, esperándolo todo

de tan crecidas fuerzas, llevaban oro y plata con que comprar por esclavos á los israelitas; mas fué harto diverso el fin en que vinieron á parar aquellos arrogantes preparativos. Porque, acometiendo uno por uno á los generales contrarios el animoso Macabeo, después de haber impetrado la protección divina con oraciones y penitencias públicas, mató tres mil hombres á Gorgias, nueve mil á Nicanor, y al presentarles otra batalla vióles correr delante de su reducida hueste, sin detenerse hasta pasar las fronteras. Con esto cobró Judas mayor renombre, logró riquísimos despojos y ganó tiempo para reforzarse, mientras Lisias, lleno de consternación y temeroso de la cólera de su soberano, se ocupaba también en levadas y acopios militares, con propósito de abrir personalmente la próxima campaña. Venida, pues, la hora de pelear, halláranse de parte de Israel diez mil soldados; contra los cuales sacó el lugarteniente de Antioco cinco mil caballos y sesenta mil infantes escogidos; ejército formidable, á cuyo aspecto levantó Judas su varonil corazón al Arbitro de los sucesos humanos, diciendo así: «¡Bendito eres, Salvador de Israel, que quebrantaste la fuerza del gigante por mano de tu siervo David, y entregaste las tiendas enemigas en poder de Jonathás y de su escudero! ¡Encierra este ejército en manos de tus defensores, y queden confundidas sus huestes y su caballería! ¡Derribales con la espada de los que te aman, y alámbente con himnos todos los que conocen tu nombre!» Y acaeciendo como lo deseaba, vieron

segunda vez las cumbres de Bethorón la ruina del poder siriaco: Lisias, abandonado de los suyos, se retiró ignominiosamente á Antioquia; y el piadoso Macabeo entró triunfante en Jerusalén, á donde le llamaban cuidados de diferente especie, aunque no menos importantes.

Nacían éstos de la deplorable situación en que se encontraba el Templo, por efecto de la barbarie de sus invasores. Profanado y yermo el espacioso santuario, robadas sus joyas, quemadas las puertas, derruidos los aposentos de los sacerdotes, cubiertos de silvestres plantas los átrios, urgía remediar tanto sacrilegio, en muestra de fidelidad al Sér Supremo, bajo cuyo amparo peleaba gloriosamente el pueblo israelita. Atento á todo su celoso caudillo, dió orden en la restauración de la parte demolida; hizo fabricar los objetos necesarios al culto, construir nuevo altar, purificar el edificio entero; y, después de haber celebrado el fin de estos trabajos con fiestas que duraron ocho dias, ciñó de muros y torres altas el monte de Sión, y le guarneció de fuerzas considerables, ya para resistir á las siriacas, que ocupaban todavía la ciudadela de Jerusalén, ya para proteger á las poblaciones fieles, situadas hacia los confines de Idumea. No tardaron en acreditar lo oportuno de tales aprestos los naturales de aquella tierra, que, envidiosos, como siempre, de las victorias de Israel, amenazaron su territorio, al mismo tiempo que procuraban invadirle por diversas partes las demás gentes fronterizas; pero sólo sirvieron estos repetidos amagos para baldón de

sus autores y aumento de la gloria de los Macabeos. Dispersa gran muchedumbre de idólatras por el esfuerzo de Simón, que los aventó hasta llegar al pié de Ptolemaida, pagaron los restantes su osadía á manos de Judas y Jonathás; y aún conservó la hueste vencedora ímpetu suficiente para triunfar otra vez de los generales siriacos ántes de regresar á la capital de Judea.

Entre tanto se dirigia Antioco en afrentosa fuga á la ciudad Ecbatana, malogradas sus tentativas de saquear el templo de Persépolis; y noticioso allí del auge que habia tomado la insurrección hebrea, torció iracundo el camino hacia Jerusalén, jurando cubrirla de cadáveres y destruirla tan de raiz, que llegase á las edades más remotas el espantoso recuerdo de su venganza. Fué aquel el postrer alarde que hizo de su feroz condición el hijo de Seleuco; pues apenas habia acabado de hablar, se sintió herido en el seno de una prodigiosa llaga, que comenzó á atormentarle con vivísimos dolores; y como intentase, completamente fuera de sí, apresurar la marcha de su carroza, desbocáronse los caballos y le arrojaron á tierra. Con esto apareció visible en él la Justicia del Omnipotente. Agitadas por intolerables convulsiones aquellas entrañas, que nunca se habian conmovido con la infelicidad ajena; hirviendo su cuerpo en gusanos; desprendiéndose á pedazos la carnes de sus rotos miembros, hallóse desamparado de los suyos, y fué objeto de horror para sí mismo, al ver cautivo su espíritu de tanta podredumbre. Entonces arrancó el amor de la vida

á su corazón lo que no habían podido obtener el llanto y la sangre por su crueldad derramados. «¡Justo es (decía) que no pretenda un mortal igualarse con Dios!»—y fuera de arrepentirse, á todo se dobléga el insensato para desenojar al Dios de los israelitas. Y así ofrecía dejar libre aquella ciudad, por él destinada poco ántes á ser monumento perdurable de su cólera; igualar á los hebreos con los atenienses; restituir sus riquezas al despojado templo; pagar el gasto de los sacrificios, y hacerse judío y publicar entre las gentes el nombre del Sér maravilloso que acertase á calmar su mortal angustia. Mas no podían subir hasta el trono del Altísimo estos interesados clamores. Inútilmente violentó Antioco su soberbia, hasta el punto de decir por escrito á los judíos, buenos ciudadanos: «Si tenéis salud vosotros y vuestros hijos, y todas vuestras cosas suceden según las deseáis, muchas gracias damos á Dios». Inútilmente exclamaba, destrozado por sus padecimientos: «¡A cuánta tribulación me hallo reducido, y en qué ondas de profunda melancolia me veo morir en tierra extraña!» No merece piedad la aflicción de corazones impenitentes; y el bárbaro atormentador de Eleazar y de los siete hermanos, espiró por fin en la soledad de un monte, luchando con horrible agonía y falto de todo consuelo, según él había hecho morir á otros.

II. Entró á reinar en Siria Antioco V, apellidado Eupator, quien, comunicando á los generales de sus huestes orden de proseguir la co-

menzada guerra, abrió á Judas nuevo campo en que mostrar su propio esfuerzo y la protección que el Cielo le dispensaba. Mas, como sería largo referir las victorias obtenidas por aquel ilustre caudillo, se omitirán aquí las que no conduzcan á la inteligencia de los hechos posteriores; bastando asentar, que sólo una vez vió el animoso Macabeo volverse obstinadamente contra él la su rte de las armas, y sucumbir sus tropas con gran mortandad, al filo de los aceros siriacos. Permitted la Divina Providencia este desastre como castigo á la codicia de muchos hebreos, que, entrando por fuerza en poblaciones enemigas, habían guardado para si riquisimas ofrendas quitadas á los idolos, según se reconoció al dar sepultura á sus cadáveres; con cuyo motivo prorrumpieron en fervorosas oraciones cuantos se hallaban juntos en el lugar de aquella catástrofe; y Judas, «hecha una colecta, envió á Jerusalén doce mil dracmas de plata para que se ofreciese sacrificio por los pecados de los que habían muerto, pensando con rectitud y piedad de la resurrección. Porque es santa y saludable la obra de rogar por los muertos, para que sean libres de sus pecados».

Repuesto de este descalabro, acometió el Macabeo la importante empresa de rendir el alcázar de Jerusalén, desde donde molestaban continuamente á la ciudad las tropas enemigas; pero apenas tuvo noticia Eupator de hallarse cercada aquella fortaleza, llamó hacia sí la atención de los judíos, saliendo en persona á buscarlos con

ciento diez mil peones, veinte mil ginetes, trescientos carros armados de hoces, y treinta y dos elefantes. Con fuerzas incomparablemente menores, y éxito indeciso, resistió Judas el ataque cerca de Bethzacaram, granjeándose renombre eterno por su heroísmo en aquella función el cuarto hijo de Matathías, nombrado Eleazar; pues como viera brillar á lo lejos los ostentosos jaeces de un elefante, más alto que los otros, creyendo equivocadamente que sobre él caminaba el monarca siríaco, y entregándose á la muerte por salvar á los suyos, se abrió en las filas contrarias ensangrentada calle hasta ponerse debajo de la enorme bestia; y muerta á estocadas, la recibió sobre sí con todo el peso de la gente que la gobernaba y guarnecía. Hazaña para cuyo encomio basta decir que cada elefante tenía en derredor, á manera de antemural, mil soldados de á pié y quinientos caballos; y que en sus lomos sustentaba una torre y máquinas de pelear servidas por treinta y dos hombres escogidos. Dejando en el campo cuatro mil seiscientos cadáveres siríacos, replegó Judas su escasa hueste á Jerusalén, y allí sostuvo el asedio de Antioco con tan indómita constancia, que al fin le arrancó tratos de paz y juramento de consentir que viviese la nación judía con arreglo á sus leyes. Pero sólo duraron las promesas del rey lo que fué necesario para disponer su venganza; porque, recibido amigablemente en Jerusalén, destruyó por dentro las fortificaciones que desde afuera no había podido rendir; y á más pasara, si en aquella

sazón el alboroto de su propio reino no le hubiese hecho regresar precipitadamente á Siria , donde murió asesinado por su rival Demetrio Sótero.

Por desgracia , no eran enemigos exteriores todos los que combatían contra la independencia de Israel ; cundía la corrupción en aquella ingrata é inconstante raza ; y se presagiara su inevitable ruina solamente al ver el número de malos ciudadanos que preferían vivir oprimidos, sin altar ni ley, á morir ó triunfar con los Macabeos. Profanando su sagrada investidura el Sumo Sacerdote, Alcimo, salió en busca del sucesor de Antioco , logró tropas y título para mandar en Judea, é inauguró su gobierno con dar muerte en un sólo día á sesenta varones indefensos, amigos de Judas. Indignado éste, expulsó de la ciudad al sacrilego Pontífice, preparóse á combatir, y ántes de llegar á las manos , le otorgó la paz Nicanor, caudillo vencido ya por él durante sus primeras campañas. Pero, juntos en Jerusalén los dos capitanes, desaprobó lo hecho Demetrio Sótero , á instigación de Alcimo; por lo que presentándose el general siriaco delante del monte de Sión, señaló con su diestra el Santuario , y dijo á los sacerdotes : «Si no me entregáreis á Judas encadenado, pondré fuego á esta casa, luego que volviere victorioso». Partióse en seguida , y ambos caudillos apercibieron sus huestes á la pelea.

Armó el israelita de valor á los suyos, no tanto con escudos y lanzas como con piadosas exhortaciones. Dijoles que aquella noche se le había aparecido , orando por la salvación del pue-

blo, el Sumo Sacerdote Onías, «hombre de bien y de noble presencia, modesto en su trato, afable en sus discursos, y ejercitado desde niño en las virtudes»; y que señalando á otro varón, no menos venerable por sus años y majestad, exclamaba: «¡Este es el amador de sus hermanos; éste el que ruega mucho por el pueblo y la Santa Ciudad; este es Jeremías, Profeta de Dios!» tras de lo cual presentaba á Judas el ilustre cantor de las *Lamentaciones* una espada de oro, y le decía: «Toma esta santa espada como don del Señor, con que derribarás los enemigos de Israel». Poseídas las huestes de indescriptible júbilo al oír el relato de su general, elevaron al Cielo fervorosas súplicas, y se metieron denodadamente en la batalla, cuyo éxito dejó de ser dudoso á la primer acometida. Porque, habiendo caído muerto Nicanor, sus soldados se dieron á huir; y hostigados de cerca por los hebreos, que con sus trompetas iban anunciando á gran distancia la victoria, fué mucha la gente que acudió á seguir el alcance desde Adarsa hasta Gazara, durante todo el término de un día. Perecieron treinta y cinco mil siriacos, y Judas regresó á Jerusalén con el cadáver de su presuntuoso enemigo, cuya cabeza expuso desde lo alto del alcázar, clavando delante del templo aquella sacrilega mano con que había jurado reducirle á escombros.

Fué aquel el último triunfo alcanzado por el heroico sustentador de la libertad de Judea. Mientras que se difundía de gente en gente la fama de sus portentosos hechos, y extendida has-

ta Roma , determinaba á los Senadores á cerrar con él tratos de protección recíproca , que se perpetuaron en láminas de bronce , recurrían á Demetrio muchos israelitas acaudillados por el pérfido Alcimo , y lograban que un nuevo ejército extranjero de veinte y dos mil hombres acampase junto al lugar de Berea. Al ruido de esta invasión temblaron los que por la misericordia divina habían ántes superado peligros mucho mayores; y desapareciendo unos tras otros, dejaron reducida la defensa de Israel al denuedo de ochocientos combatientes. Mas, aunque desfallecido con tan cobarde abandono el ánimo de Judas , no vaciló por lo menos en dar á sus compatriotas el ejemplo de una muerte generosa; ántes bien, dijo á los que le rodeaban: «Levantémonos y veamos de combatir». Y oyendo que respondían: «No podremos; librémonos ahora, y peharemos juntos con nuestros hermanos», les replicó esforzadamente: «¡No permita Dios que hagamos tal cosa de huir delante de sus enemigos! Y si nuestra hora es llegada, muramos con valor en lugar de nuestros hermanos , y conservemos sin mancha nuestra gloria». Dicho esto, movió su hueste hacia Berea, por donde avanzaban ya los siriacos en orden de batalla , puestos los de mayor pujanza en las primeras filas , con honderos y flecheros á la frente ; y porque la principal fuerza enemiga estribaba en el lado derecho , á donde asistía su caudillo Bécquides, arremetió el Macabeo por aquella parte con impetu tan gallardo , que , desconcertándola toda,

sólo tuvo que pensar en perseguir sus restos, como lo hizo, hasta el monte de Azoto. Pero cuando vió el ala izquierda el peligro de su general, y el degüello y la ignominia de los que con él estaban, apresurando el paso para alcanzar á Judas y á los suyos, los acometió por la espalda; y en el desigual combate que entonces comenzó, durando con horroroso estrago hasta el anochecer, cayó al fin mortalmente herido el valeroso hijo de Matathías. Varón prudente y magnánimo, á quien lloraron inconsolables cuantos judíos guardaban todavía vivo en su pecho el amor del Santuario y de la patria; hombre «cuyas hazañas y grandeza de corazón no están escritas», al decir de sus mismos historiadores; y cuyos infructuosos esfuerzos en favor de Israel prueban que para aquel pueblo caduco y corrompido no había ya esperanza de rehabilitación duradera, á pesar de los continuos auxilios que le dispensaba la misericordia del cielo.

III. Aumentándose éstos cuando parecía ser ya irremediable la pérdida de todo el territorio, pudo Jonathás, hermano y sucesor de Judas, reunir sus partidarios, lanzar nuevamente el grito de resistencia desde los desiertos de Thécue, y salir hasta la ribera del Jordán, donde tomó represalias del desastre de Berea con la muerte de mil soldados enemigos. Por entonces padecía Alcimo en Jerusalén la pena debida á su perversidad, perdiendo primeramente el uso de la lengua, á tiempo en que ordenaba demoler las fortificaciones de la Casa santa, y espirando poco des-

pués rendido á horrorosa agonía. Entre tanto movió Bacquides sus armas contra la ciudad de Bethbessen, que Jonathas y Simón habian fortificado apresuradamente; pero no sólo rechazaron su embestida los dos alentados capitanes, sino que, sahendo tras el, aplicaron fuego á sus máquinas de guerra, destruyeron su ejército y le forzaron á levantar el sitio. Trocadas las cosas en Israel con tan insigne triunfo, vióse al caudillo siríaco revolverse furioso contra los que, traidores á su patria, le habian puesto en hostilidad con los Macabeos; y, ajustando las paces, retirarse para siempre de Judea, mientras que Jonathás acumulaba en su persona la autoridad civil con el Sumo Sacerdocio, y establecía en Macmas la sede de su gobierno.

Al bonancible aspecto de la guerra se agregaron muy en breve, para facilitar la emancipación del pueblo judío, las discordias civiles, de que hicieron teatro á Siria diversos pretendientes á la corona. Adelantóse á todos cierto Alejandro, que diciendo ser hijo de Antioco Epifanes, y apellidándose Bales ó Balas, del nombre de la concubina en quien habia sido engendrado, alzó bandera contra el usurpador Demetrio Sótero; y como solicitasen á la par ambos competidores el auxilio de los israelitas, aún no olvidado Jonathás de los sangrientos desafueros del príncipe reinante, prefirió favorecer á Alejandro. Victorioso éste, pasó á Ptolemaida, donde tenía concertadas bodas con una hija del monarca egipcio; llamó al Macabeo, y le otorgó tan cordial acogi-

da, que para desmentir las calumnias de sus enemigos, allí como en todas partes numerosos y encarnizados, llegó el descendiente de Antioco á prohibir, por público pregón, toda queja contra Jonathás, y á sentarle junto á sí vestido de púrpura. Nuevas turbulencias intestinas acarrearón, años adelante, el triunfo de la familia de Sótero, y su segundo destronamiento, por la facción opuesta. Aplicábase en tanto el caudillo de Israel á afianzar la prosperidad y fortaleza de su pueblo, renovando antiguos pactos con naciones extrañas, ciñendo de muros las ciudades, logrando que se las aliviase de tributos, y aprovechando, en suma, cuantas ocasiones conducentes á su propósito le ofrecía la inestabilidad de los tiempos; pero le detuvo á deshora en tan buen camino la perfidia de un general siriaco, llamado Trifón, el cual, temeroso del poder de Jonathás, clavó aleve puñal en su seno ántes de rebelarse contra el rey Antioco el Joven, á quien quitó juntamente corona y vida.

De todos los hermanos de Judas sólo quedaba Simón, aquel *hombre de buen consejo*, que debía ser, y fué, en efecto, *padre á los demás*, conforme á las palabras de Matathias. Sabedor de lo ocurrido, marchó con diligencia á Jerusalén, donde dijo al pueblo: «No soy yo mejor que mis hermanos; y pues todos ellos han perecido en defensa de Israel, no me acontezca el que yo perdone á mi vida. Vengaré á mi gente, y al Santuario, y á nuestros hijos y mujeres». «Tú eres nuestro caudillo (respondió la muchedumbre), en

lugar de Judas y de Jonathás, tus hermanos. Dirige nuestras batallas, y haremos cuanto nos mandares». Acaudillando, pues, á sus compatriotas, peleó Simón infatigablemente en favor de los Demetrios, hasta destronar al monarca intruso; y en recompensa logró que renunciasen para siempre sus aliados á exigir tributos de Judea, con cuyo acto recobró esta nación la independencia, de que durante tanto tiempo había carecido. Deseosa entonces de manifestar su gratitud á los Macabeos, confirióles con título hereditario el principado civil y la dignidad de Pontífices, que solamente deberían perder cuando se levantase UN PROFETA FIEL, ó, en otros término, cuando apareciese el Mesías, próximo ya, si no eran ilusorias las esperanzas de todo el pueblo. Desde aquel punto disfrutó Simón prerrogativas de rey, bien que no llevase este nombre; y como tal, distribuyó premios y castigos, acuñó moneda, se vistió de púrpura, y ajustó nuevos tratados de amistad con Esparta y Roma. Y cuando intentaba sujetarle á sus leyes alguno de los principes que rápidamente se sucedían en el trono de Siria, contestaba así: «Habiendo tenido oportunidad, hemos recobrado la herencia de nuestros padres, que nuestros enemigos poseyeron algún tiempo injustamente. Ni hemos tomado tierra ajena, ni retenemos cosa alguna que no sea nuestra».

A pesar de las guerras que por consecuencia de tales reclamaciones hubieron de sostener los judíos, creyóse que, arrepentidos de sus antiguas culpas, habían vuelto sinceramente á la

observancia de la ley, según era próspero el estado en que á la sazón se encontraban. Pero solamente como postrera muestra de misericordia les dispensaba el Sumo Hacedor estos beneficios; siendo cierto, al decir de San Agustín, que nunca estuvo tan depravada la raza de Israel como en aquella época en que hacía presuntuoso alarde de sus merecimientos. Indicio de la honda corrupción que la contaminaba, cuando debía corresponder con mayor fidelidad á los favores divinos, fué la prematura muerte de Simón, á quien su propio yerno, movido de la esperanza de sucederle, asesinó con horrible alevosía en el castillo de Doc, á los pocos años de haber comenzado su feliz gobierno.

IV. Guardan silencio las Santas Escrituras acerca de lo ocurrido en Judea desde el fallecimiento de Simón hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo; pero de las noticias dadas por el historiador Josefo consta que, encenagándose en los vicios el pueblo israelita cada vez más profundamente, y perdiendo sus fuerzas en luchas civiles, llamó contra sí las armas extranjeras, de cuya prepotencia fué al cabo de pocos años miserable víctima. Predominaban alternativamente en el gobierno y se hostilizaban con sangrienta furia dos bandos religiosos, tan apartados ambos de los preceptos divinos, como discordes entre sí; distinguiéndose los *fariseos* (secta compuesta de sacerdotes, letrados y plebe) por su grosera adhesión á la letra de la ley, su servil apego á prácticas exteriores, su hipocresía y su intolerancia.

ble soberbia; en tanto que los ricos y poderosos, conocidos con el nombre de *saduceos*, procuraban destruir toda creencia, y al efecto se declaraban contra la tradición, negaban su autoridad á gran parte de los Libros Sagrados, y sostenian que, fuera de los bienes y males de la tierra, no habia premio ni castigo para las acciones humanas.

Favorecidos por la primera de estas dos facciones, comenzó á ejercer la judicatura y el sacerdocio Juan Hircano, hijo de Simón; el cual, por espacio de veinte y siete años, resistió con gloria las agresiones de Siria, subyugó á los cuteos é idumeos, arrasó á Samaria y pacificó sus dominios, hasta que; estrechado por las ambiciosas exigencias de la secta farisáica, se apartó de ella, condenando sus doctrinas en la sinagoga. Muerto Juan, plugo á su hijo y sucesor, Aristóbulo, restablecer la dignidad regia y ornarse con sus insignias, desusadas entre los judíos desde los tiempos del infeliz Sedecias; pero, sucumbiendo á imprevista dolencia, no bien acababa de empuñar el cetro, le trasmitió infamado por su crueldad y molicie á su hermano Alejandro, no diferente de él en condición y costumbres. Gastó este rey veinte y siete años en luchar con vario éxito, no tanto contra gente extraña comó contra sus propios súbditos; y á tal punto llegó en sus días el encono de los partidos, que si por un lado derramaban los fariseos rios de sangre enemiga durante la fiesta de los Tabernáculos, por otra parte obsequiaba el principe á sus concubinas,

reunidas en las azoteas de palacio , con la crucifixión de ochocientos de aquellos rebeldes , ante cuyos moribundos ojos perecían degollados al mismo tiempo sus hijos y sus esposas. Menos adversa fué para Israel la dominación de Alejandra , viuda de aquel monarca , la cual gobernó durante nueve años ; pero habiéndola sobrevivido dos hijos, la indolencia y debilidad del mayor, ascendido al trono con el nombre de Hircano II, alentó muy en breve las criminales esperanzas de su hermano Aristóbulo, con lo que otra vez ardió el reino en horrorosa guerra. Vióse , para ignominia común , á las diversas parcialidades traer en su auxilio á Judea árabes, romanos y partos; triunfar Hircano con las armas de Pompeyo , y ser depuesto y mutilado por el rey Pacoro, que, capitaneando gran muchedumbre de bárbaros, entró á sustentar las pretensiones de Antigono, hijo del segundo Aristóbulo. Ya para entonces no existía de hecho la libertad del pueblo israelita. Habían asentado en él su predominio los generales de Roma; separado el Sumo Sacerdocio de la autoridad real; establecido por procurador de Judea al idumeo Antípatro ; y elevado á Fasael y Herodes, hijos de aquel magnate, á la dignidad de tetrarcas. Al último de los dos tocaba cumplir la profecía de Jacob, y cerrar la serie de los sucesos que han suministrado asunto á la presente historia. Logrando , pues , que Antigono fuese declarado enemigo de la poderosa república que á la sazón avasallaba el orbe , obtuvo de ella el título de rey de los judios , entró por asalto en

Jerusalén y colocó sobre sus sienes la corona, mientras que el postrer descendiente de los Macabeos espiraba en afrentoso suplicio, á los ciento veinte y nueve años de haber resonado en Modin el grito de Matathias.

Así se habia ido preparando todo para recibir la nueva Ley. Yacia en espantosa degradación la familia humana; empuñaba un extranjero el cetro de Judá, y cumplidos en Babilonia, Persia y Grecia los oráculos de Daniel, se acreditaba por cuarta vez su exactitud con el maravilloso engrandecimiento de Roma, cuyos triunfos «más parecían dispuestos por algún poder divino, que por manos, consejos ni afectos de hombre», al decir de un escritor idólatra (1). Porque hasta los gentiles anunciaron involuntariamente la venida de su augusto Renegerador. De aquellas promesas hechas al mundo antes de la vocacion de Abraham, habian durado fuera de Israel memorias consoladoras, aunque destiguradas por su torpe enlace con las fabulas más impuras. Esperaban los persas su felicidad de un excelso *Mediador*, y los chinos de un *Pastor* y *Principe*, destinado á sufrir grandes trabajos; los druidas tributaban culto á una *Virgen que habia de parir*; y eran sombras confusas de las tradiciones del Paraiso la serpiente, para cuyo exterminio se aguardaba en la India una encarnación de Brahma, el monstruoso Tifón, cuya cabeza debía quebrantar un descendiente de Isis, conforme á la mitologia egipcia, y aquella

(1) Plutarco.

Esperanza, que no se desvaneció, según los romanos, cuando la curiosidad de una mujer derramó sobre la tierra todo genero de males. De igual manera, pero por distinto rumbo, se habian adelantado al encuentro de la verdad poetas y filósofos. Si encarecia Sócrates la perversidad de nuestra miserable raza, desconfiando de verla corregida, «á menos que viniese alguien de parte de Dios para instruir á los hombres», esperaba, sin embargo, «*de su bondad que no se hiciese aguardar mucho tiempo*». Si queria ofrecernos Platon la imagen del Justo: «Pasará (escribia) por el ser mas perverso, sin haber cometido iniquidad; pero ni la deshonra ni los dolores postrarán su virtuosa entereza, y encarcelado, azotado, afligido con tormentos indecibles, *espirará, por fin, en una cruz*». Como dirigiéndose á la humanidad entera, decia Esquilo al atormentado Prometeo: «*¡No cesará tu suplicio hasta que un Dios se ofrezca á padecer por ti!*» Y mucho antes pronunciaba Confucio, a la opuesta parte del mar, estas proféticas palabras: «He oido que en las regiones de Occidente (1) se levantara un hombre santo, el cual, sin ejercer actos de autoridad, evitara las disensiones, y sin introducir cambio alguno, hara brotar un oceano de obras meritorias. No hay quien sepa su nombre; pero yo he oido decir que este será el VERDADERO SANTO». Así cundia de pueblo en pueblo, como ecos de otro

(1) Recuérdese que la Tierra Santa se halla situada al Occidente respecto de la China.

mundo, perdidos entre el tumulto de la vida presente, vagas reminiscencias, suspiros ardientísimos y singulares afirmaciones.

Próximas a cumplirse las *setenta semanas*, pareció que tomaban repentino incremento estas creencias, conviniendo judíos y gentiles en esperar algo que trastornara la faz del mundo, por más que, sujetos unos y otros a la grosera servidumbre de sus pasiones, interpretasen equivocadamente aquella misteriosa inquietud que los agitaba. Y así, mientras los sensuales hijos de Israel concebían esperanzas de alzarse con el señorío del orbe, aplicaba Virgilio Marón a un suceso desnudo de importancia los sorprendentes pronósticos de la Sibila de Cumas: «Comienza otra vez la dilatada serie de los siglos; ya desciende un nuevo engendro de las alturas celestiales; El, con las virtudes de su Padre, gobernará pacíficamente el mundo; ante El morirá la serpiente; y si aún quedaren rastros de la antigua perversidad, por El se verá libre la tierra del perpetuo espanto que la oprimía». Ganaba crédito universal la voz de que por entonces naciera en Judea un Dominador; contra el cual llegó á dictar sangrientas leyes el Senado de Roma, según refieren los historiadores Tácito y Suetonio; y movidos de extraña impaciencia, acudían á Jerusalem los idólatras en innumerable muchedumbre, zarpaban de China emisarios para buscar al Santo de Occidente, y el mismo usurpador del cetro de David osaba apellidarse Mesías, no acertando á calmar de otra suerte el común de-

sasosiego. Nunca habían repetido con mayor insistencia los hombres de buena voluntad: «¡Envía, Señor, el CORDERO dominador de la tierra! ¡Cielos, enviad rocío de lo alto, y las nubes lluevan al Justo! ¡Abrase la tierra y brote al SALVADOR!» Nunca se pudo decir mejor que entonces: «EL será la espectación de las gentes». Si desde que sonaron por primera vez estas palabras no había adolecido de una inconcebible demencia la raza de Israel, al admitir como indudables los extraordinarios sucesos hasta aquí narrados; y si en tantos prodigios de amor y de justicia aparecía visible la diestra de Dios, forzoso era ya creer que el CRISTO prometido por los Profetas y figurado por los Patriarcas iba á cumplir las esperanzas de Adán, presentándose en medio de sus degenerados descendientes.

FIN DEL ANTIGUO TESTAMENTO

ÍNDICE

Al lector, pág. 5.
Dedicatoria, pág. 7.

Época primera.

Desde la creación hasta el diluvio.

CAPÍTULO PRIMERO

LA CREACIÓN.

I. Creación del mundo, pág. 9.—Adán y Eva, pág. 11.

CAPÍTULO II

DEGRADACIÓN DEL HOMBRE.—PRIMER ANUNCIO DEL
MESÍAS.—EL PATRIARCA NOÉ.

I. Caída y castigo del hombre, pág. 13.—II. Cain y
Abel, pág. 16.—III. Corrupción del género humano —
Primera revelación del diluvio —El arca de Noé, pág. 19.

Época segunda.

Desde el diluvio hasta la vocación
de Abraham.

CAPÍTULO ÚNICO

EL DILUVIO. — DISPERSIÓN DE LAS GENTES. — SEM,
ANTECESOR DEL MESÍAS.

I. El diluvio, pág. 21. — II. Maldice Noé á Cam, en la

cabeza de Canaam , pág. 23.—III. Torre de Babel.—Dispersión de las gentes —Idolatría, pág. 25.

Época tercera.

Desde la vocación de Abraham hasta la salida de Egipto.

CAPÍTULO PRIMERO

ELIGE DIOS SU PUEBLO.—LOS PATRIARCAS ABRAHAM É ISAAC , ASCENDIENTES DEL MESÍAS.

I. Vocación de Abraham, pág. 27.—II. Liberta Abraham á Lot, pág. 29.—III. Nacimiento de Ismael.—Predicción del nacimiento de Isaac , pág. 32.—IV. Predicese la destrucción de Sodoma.—Segunda promesa de Isaac.—Destrucción de Sodoma , pág. 34.—V. Nacimiento de Isaac.—Agar en el desierto, pág. 37.—VI. Sacrificio de Abraham — Muerte de Sara , pág. 39.—VII. Casamiento de Isaac — Muerte de Abraham, 41.

CAPÍTULO II

PRINCIPIOS DEL PUEBLO ISRAELITA.—EL PATRIARCA JACOB Ó ISRAEL , ANTECESOR DEL MESÍAS.

I. Jacob y Esaú, pág. 46 —II Bendición de Isaac, página 48 —III. Huida de Jacob.—Escala misteriosa.—Raquel y Lía, pág. 50.—IV. Sale Jacob de casa de Labán, pág. 53.—V. Encuentro de Jacob con Esaú , página 55.—VI. Dina.—Muerte de Raquel y de Isaac , página 57.

CAPÍTULO III

PROMÉTESE EL CETRO Á JUDÁ HASTA EL ADVENIMIENTO DEL MESÍAS.—HISTORIA DE JOSEF.

I. Venden á Josef sus hermanos, pág. 59.—II. Josef en Egipto —Véndenle á Putifar , cuya mujer le calumnia — Es encarcelado, pág. 62.—III. Explica Josef los sueños de

dos criados del rey y los del mismo Faraón. — Este le otorga su valimiento, pág. 64. — IV. Llegan á Egipto los hermanos de Josef, pág. 67. — V. Segundo viaje de los hijos de Jacob á Egipto, pág. 70. — VI. Reconocen á Josef sus hermanos, pág. 72. — VII. Pasa Jacob á Egipto. — Su muerte y la de Josef, pág. 75.

CAPÍTULO IV

HISTORIA DE JOB.

I. Virtudes, trabajos y paciencia de Job, pág. 79. — II. Visítale tres amigos suyos, pág. 82. — III. Pensamientos de Job acerca de sus trabajos, pág. 85. — IV. Acusado de graves culpas, defiende su inocencia, pág. 87. — V. Da el Señor á Job el doble de lo que le había quitado, pág. 89.

CAPÍTULO V

INSTITUCIÓN DE LA PASCUA. — MOISÉS EN EGIPTO.

I. Nacimiento y educación de Moisés, pág. 90. — II. Su vocación. — La zarza ardiendo, pág. 93. — III. Plagas de Egipto, pág. 95. — IV. Cordero Pascual. — Muerte de los primogénitos. — Salida de Egipto, pág. 98.

Época cuarta.

Desde la salida de Egipto hasta la construcción del templo de Salomón.

CAPÍTULO PRIMERO

REVELACIÓN DE LA LEY ESCRITA Y NUEVA PROMESA DEL MESÍAS. — MOISÉS EN EL DESIERTO.

I. Paso del mar Rojo, pág. 101. — II. El maná. — Agua de la peña. — Derrota de los amalecitas, pág. 104. — III. Dicta Dios su ley en el monte Sinaí. — Otra promesa del Mesías, pág. 106. — IV. Tablas de la ley. — Becerro de oro, pág. 109.

CAPÍTULO II

EL TABERNÁCULO.—MOISÉS EN EL DESIERTO.

I. Otras tablas de la ley.—Descripción del Tabernáculo, pág. 112.—II. Vestiduras sacerdotales.—Sacrificios.—Fiestas.—Año sabático.—Jubileo, pág. 116.—III. Nadab y Abiú.—Blasfemo apedreado.—Levantán los israelitas sus tiendas, pág. 121.

CAPÍTULO III

ESTRELLA PROFETIZADA POR BALAAM.—QUEJAS Y SEDICIONES DEL PUEBLO ISRAELITA.—MUERTE DE MOISÉS.

I. Murmuraciones del pueblo.—Nombra Moisés setenta ancianos para que le ayuden en el gobierno.—Nube de codornices.—Lepra de María, pág. 124.—II. Racimo de Canaan.—Más murmuraciones, pág. 127.—III. Coré, Dathán y Abirón.—Vara de Aarón.—Aguas de la contradicción.—Muerte de Aarón.—Serpiente de bronce, página 130.—IV. Vencen los israelitas á Sehón, Og y Arad.—Balaam, pág. 134.—V. Derrota de los madianitas.—Muerte de Moisés, pág. 137.

CAPÍTULO IV

ENTRADA EN LA TIERRA DE PROMISIÓN.—GOBIERNO DE JOSUÉ.

I. Entra Josué á suceder á Moisés.—Paso del Jordán, pág. 140.—II. Toma de Jericó y de Hai.—Los gabaonitas.—Párase el sol, pág. 143.—III. Reparto de la tierra de promisión entre las doce tribus.—Muerte de Josué, pág. 146.

CAPÍTULO V

GOBIERNO DE LOS JUECES.—RUTH, ASCENDIENTE DEL MESÍAS.

I. Primeros jueces.—El levita de Efraím, pág. 148.—

II. Débora. — Muerte de Sísara, pág. 150. — III. Historia de Ruth, pág. 153. — IV. Gedeón, pág. 159. — V. Jefté, página 163. — VI. Sansón, pág. 166. — VII. Hefí. — El Profeta Samuel, pág. 170.

CAPÍTULO VI

GOBIERNO DE LOS REYES. — SAUL. — MOCEDAD DE DAVID.

I. Piden rey los israelitas. — Elección de Saul, pág. 174. — II. Desobediencia de Saul. — Repruéhale el Señor, página 177. — III. Elección de David. — Triunfa de Goliath, página 181. — IV. Peregrinación de David, pág. 184. — V. Muerte de Saul y de Jonathás. — Aflicción de David, pág. 188.

CAPÍTULO VII

REINADO DE DAVID, ANTECESOR DEL MESÍAS. — PROFETIZA LA VIDA, PASIÓN Y MUERTE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

I. Sube David al trono. — Toma á Jerusalén, pág. 191. — II. Traslación del Arca de la Alianza á Jerusalén, página 193. — III. Pecado de David, pág. 196. — IV. Desgracias de su reino y de su casa, pág. 199. — V. Regreso de David á Jerusalén. — Perdona á Semeí. — Peste en Israel, pág. 202. — VI. Proclamación de Salomón. — Muerte de David, pág. 203. — VII. El libro de los *Salmos*, pág. 207.

Época quinta.

Desde la construcción del templo de Salomón hasta el fin de la cautividad de Babilonia.

CAPÍTULO PRIMERO

REINADO DE SALOMÓN, ANTECESOR DEL MESÍAS. — ERECCIÓN DEL TEMPLO.

I. Pide Salomón el don de la sabiduría. — Sentencia

notable.—Constrúyese el templo, pág. 212.—II. Dedicación del Templo, pág. 216.—III. Magnificencia del rey.—La Reina de Sabá.—Muerte de Salomón, pág. 219.—IV. *Los Proverbios*.—*El Eclesiastes*.—*La Sabiduría*.—*El Cantar de los Cantares*, pág. 223.

CAPÍTULO II

DIVISIÓN DE LOS REINOS DE JUDÁ E ISRAEL.—EL PROFETA ELÍAS.

I. División de las doce tribus —Roboam y Abiam, reyes de Judá —Jeroboam, primer rey de Israel, pág. 230.—II. Asa, tercer rey de Judá —Nadab, Baasa, Ela, Zambri, Acab, reyes de Israel.—Amonesta á Acab el Profeta Elías.—Seqúia.—La viuda de Sarefta.—Vuelve Elías á presencia de Acab, pág. 234.—III. Sacrificio de Elías.—Lluvia abundante —Fuga del Profeta, pág. 237.—IV. Viña de Naboth —Predicción contra Acab y Jezabel.—Josafat, cuarto rey de Judá.—Muerte del impío Acab, página 240.—V. Ococías, octavo rey de Israel.—Sucédele Joram.—Rapto de Elías, pág. 244.

CAPÍTULO III

SIGUEN LOS REYES DE JUDÁ É ISRAEL.—EL PROFETA ELISEO.

I. Milagros de Eliseo — Muerte de Josafat. — Joram, quinto rey de Judá.—Asedio de Samaria, pág. 247.—II. Jehú, décimo rey de Israel.—Es devorada Jezabel por perros.—Muerte de Ococías, sexto rey de Judá.—Sucédele Athalfá.—Joas, octavo rey de Judá, pág. 251.—III. Joacaz y Joas, undécimo y duodécimo reyes de Israel.—Muerte de Eliseo.—Amasfas, noveno rey de Judá, página 255.

CAPÍTULO IV

EL PROFETA ISAÍAS. — PREDÍCESE EL LUGAR DEL NACIMIENTO DE NUESTRO REDENTOR. — FIN DEL REINO DE ISRAEL.

I. Jeroboam II, décimotercio rey de Israel. — Historia de Jonás — Los seis primeros Profetas menores, pág. 257. — II. Ozías y Joathán, décimo y undécimo reyes de Judá. — Zacarías, Sellum, Manahem, Faceías y Facée, reyes de Israel. — Acaz, duodécimo rey de Judá. — El Profeta Isaías, pág. 262. — III. Osée, décimonono y último rey de Israel. — Cautividad de las diez tribus, pág. 267.

CAPÍTULO V

CAUTIVIDAD DE NÍNIVE. — TOBÍAS. — EL PROFETA NAHUM.

I. Juventud de Tobías. — Su cautiverio. — Sus buenas obras — Quédase ciego y pobre, pág. 269. — II. Avisos piadosos de Tobías á su hijo. — El Angel Rafael. — Viaje de Tobías el mozo, pág. 275. — III. Regreso de Tobías el mozo. — Dase á conocer el Angel, pág. 281. — IV. El Profeta Nahum, pág. 287.

CAPÍTULO VI

EL PROFETA JEREMÍAS. — JUDITH. — CONQUISTA DE JUDÁ.

I. Ezequías, décimotercio rey de Judá. — Pelea contra Sennaquerib. — Enferma y sana milagrosamente. — Jerusalén salvada, pág. 290. — II. Manassés, décimocuarto rey de Judá. — Sitio de Bethulia. — Judith, pág. 293. — III. Amón, sucesor de Manassés. — Josías, décimosexto rey de Judá — Restablece el Templo, y lee al pueblo el libro de la ley. — Empieza á profetizar Jeremías. — Su discípulo Baruc. — Habacuc y Sofonías, octavo y noveno Profetas menores, pág. 299. — IV. Joacaz y Joakín, décimoséptimo y décimoctavo reyes de Judá. — Predicciones de

Jeremías.—Joaquín y Jeconías, décimonono rey de Judá.
—Sucédele Sedecías.—Cautividad de los judíos, pág. 302.

CAPÍTULO VII

PROFETIZASE EL AÑO DEL NACIMIENTO DE CRISTO. —
CAUTIVIDAD DE BABILONIA. — LOS PROFETAS EZE-
QUIEL Y DANIEL.

I. El Profeta Ezequiel, pág. 314.—II. Daniel.—La casta Susana, pág. 320 —III. Explica Daniel los sueños de Nabucodonosor. — Horno de los tres mancebos, pág. 325.—IV. Idoló de Bel.—Daniel en el lago de los leones, página 333.—V. Cena de Baltasar.—Vuelve Daniel al lago de los leones —Profecía de las setenta semanas, pág. 337.—VI. Ciro —Fin de la cautividad —Reedificación del Templo.—Aggeo.—Zacarías, pág. 344.

Sexta época.

Desde el regreso de la cautividad hasta la
venida del Mesías.

CAPÍTULO PRIMERO

HISTORIA DE ESTHER.

I. Su casamiento.—Mardoqueo, Amán, pág. 351.—
II. Resolución de Esther, pág. 357.—Visítala Asuero y Amán.—Muerte del privado.—Triunfo de Mardoqueo, página 359.

CAPÍTULO II.

CONCLUYEN LAS PROFECÍAS. — GOBIERNO DE NEHE-
MIAS Y DE LOS SACERDOTES.

I. Esdras.—Nehemías —Edicto para la reedificación de Jerusalén.—Solemne dedicación de los muros.—Hallazgo del fuego sagrado.—Malaquías, último Profeta, pág. 364.
—II. Gobierno sacerdotal —Alejandro Magno en Jerusalén.—Versión de los Setenta, pág. 370.—III. Onías —

Castigo de Heliodoro, pág. 372.—IV. Antioco Epifanes.—Persecución en Jerusalén.—Muerte de Eleazar.—Martirio de una madre con sus siete hijos, pág. 375.

CAPÍTULO III

GOBIERNO DE LOS MACABEOS. — SALE DE JUDÁ EL CETRO. — ESPECTATIVA GENERAL.

I. Matathías.—Primeras proezas de Judas Macabeo.—Muerte de Antioco, pág. 383.—II. Siguen las proezas de Judas Macabeo.—Valor de Eleazar.—Ultimo triunfo y glorioso fin de Judas, pág. 390.—III. Jonathás y Simón, sucesores de Judas Macabeo, pág. 396.—IV. Ultimos caudillos del pueblo de Dios.—Judea en poder de extranjeros.—Espectativa general de un Salvador, pág. 400.

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU

CEU



15015226

D.

que vive en

provincia de

calle

The time is

D.

De la vida y de las virtudes cristianas, consideradas en el estado religioso: obra escrita en francés por Mgr. Carlos Gay, Obispo de Authenón, traducida de la 7.^a edición francesa por D. Gabino Tejado. — Tres volúmenes: 7'50 pesetas en rústica.

Diálogos de la conquista del reino de Dios, compuestos por Fr. Juan de los Angeles en el año 1610, y reimpresos bajo la dirección del distinguido sacerdote jesuita Rdo. P. Miguel Mir, autor del interesante prólogo que precede á la obra. — Este precioso libro consta de 450 páginas en 8.^o: su precio, 4 pesetas.

El Matrimonio canónico y el Matrimonio civil, por Perujo. — Un tomo, 2 pesetas.

El alma devota de la Santísima Eucaristía; obra escrita en italiano por el presbítero don J. B. Pagani, General de los PP. del Instituto de Caridad, y puesta en castellano por D. Manuel P. Villamil. — Un volumen: 2 pesetas rústica.

El aliento del alma devota, por el sacerdote José Frassinetti, Prior de Santa Sabina de Génova. Obra dirigida á facilitar la perfección cristiana y animar á las almas tímidas. — Un volumen en 8.^o: una peseta en tela.

El camino, la verdad y la vida. Comentario piadoso á la *Imitación de Cristo*, por el Eminentísimo Sr. D. Antolin Monescillo, Cardenal Arzobispo de Valencia. — Un volumen, una peseta.

Ejercicios de afectuosa contemplación para el santo tiempo de Cuaresma, por un religioso de la Orden de San Agustín. — Un volumen en 16.^o: tela, una peseta.

El camino del Paraíso; consideraciones sobre

Lawn-Tennis-Club de Burgos

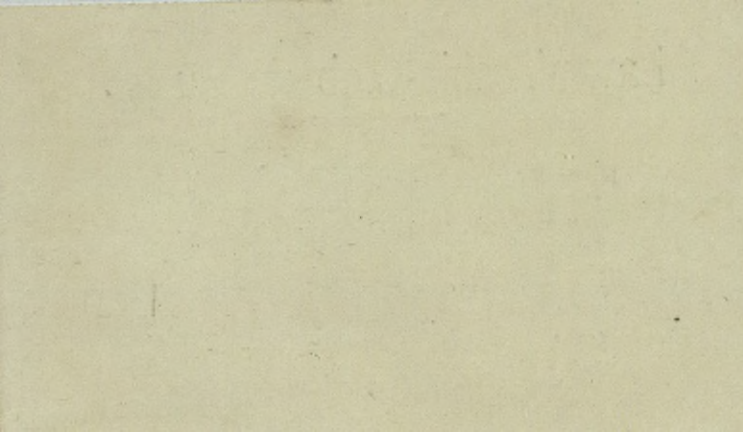
— ■ —
CONCURSO DE 1913
—

Tarjeta de invitación personal expedida á favor de

D.

Burgos.....de Agosto de 1913.

EL PRESIDENTE,



las máximas eternas y la Pasión de Jesús para cada día del mes, con otras devociones y prácticas, por San Leonardo de Porto-Mauricio.— Un tomo de 629 páginas: encuadernado, 2¹/₂ pesetas.

El Pater Noster de Santa Teresa de Jesús. Tratado de la oración, por el presbítero José Frassinetti, traducido al castellano por un Padre de la C. de J. Segunda edición.—Un volumen en 8.º: tela, 2 pesetas.

Esta vida no es la vida, ó el gran error del siglo XIX, por Monseñor Gaume, Protonotario Apostólico: en rústica, una peseta.

Examen crítico de la Historia de los conflictos entre la Religión y la ciencia, de Draper, por el P. J. Cornoldi, de la C. de J.—Un volumen en 8.º: en rústica, una peseta.

Historia de los Heterodoxos españoles, por el Dr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.—Tres tomos, 30 pesetas.

Homilias breves y populares.—Un tomo: rústica, 2 pesetas.

Librito del examen particular y general, con exámenes prácticos para un día de retiro al mes.—Un volumen: tela, una peseta.

Manual de retórica sagrada, por el P. Francisco de Paula Maruri.— Un tomo: dos pesetas.

Meditaciones diarias de los misterios de nuestra santa fe, y de la Vida de Cristo N. S. y de los Santos, por el P. Alonso Andrade, de la C. de J.—Cuatro volúmenes en 8.º: encuadernados, ocho pesetas.

Principios del reinado del Corazón de Jesús en España, por el P. José E. de Uriarte, de la C. de J.— Un volumen en 8.º: encuadernado con tapas de tela y plancha dorada, seis pesetas.